



De la autora de
La Hermandad de la Daga Negra

J.R. WARD

D E S E O

Ángeles Caídos II



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Isaac Rothe es un soldado de operaciones encubiertas con un pasado oscuro y un futuro nada prometedor. Perseguido por un asesino, acaba entre rejas y con su destino en manos de la guapísima abogada de oficio Grier Childe, por la que comienza a sentir una peligrosa e inoportuna atracción. Por si fuera poco, Jim Heron hace acto de presencia para comunicarle que su alma está en peligro. Atrapado en un perverso juego con el demonio que persigue a Jim, Isaac debe decidir si el soldado que hay en él puede creer que el amor verdadero es la única arma capaz de vencer al diablo.

L≡**LIBROS**

J. R. Ward

Deseo
Ángeles Caídos - 2

*Para la doctora Judith Peoples y sus buenas obras.
Ella es la prueba irrefutable de que los ángeles
pueden llevar zapatos MARAVILLOSOS
cuando sus pies pisan la tierra.*

PRÓLOGO



*En el desierto, lejos de Caldwell (Nueva York),
de Boston (Massachusetts) y de la cordura.*

Habían pasado más o menos dos años desde que aquella bomba había estallado en la arena y Jim Heron, que ya no estaba en Operaciones Especiales, reflexionaba sobre el hecho de que, tanto Isaac Rothe, como el cabrón de Matthias, e incluso él mismo habían dado un giro a su vida aquella noche.

Por supuesto, en aquel momento ninguno de ellos sabía lo que aquello implicaba ni adónde les llevaría, pero así era la vida: a nadie le hacían una visita guiada a su propio parque temático. Había que montarse en todas las atracciones a medida que iban apareciendo, sin saber si te gustaría aquélla para la que estabas haciendo cola o si sería una putada que te haría vomitar el perrito caliente con maíz y el algodón de azúcar, poniéndolo todo perdido.

Aunque tal vez fuera mejor así. Como si entonces se fuera a creer que acabaría enfrentándose a un demonio e intentando salvar al mundo de la condenación eterna. Venga ya.

Pero aquella noche, bajo el frío seco que lo había inundado todo en cuanto el sol se había puesto sobre las dunas, él y su jefe habían entrado en un campo de minas y sólo uno de ellos había salido por su propio pie. El otro no había tenido tanta suerte.

* * *

—Es aquí —dijo Matthias mientras se acercaban a un pueblo abandonado del color del caramelo de una copa de helado de Friendly's.

Estaban a veinticinco kilómetros del barracón lleno de militares donde se alojaban. Como él y su jefe eran miembros del grupo de Operaciones Especiales, en teoría no pertenecían a ningún cuerpo definido, lo que obraba a su favor: los soldados como ellos tenían identificaciones de todo tipo y las usaban como les convenía.

La «aldea» no era más que un poblado compuesto por cuatro estructuras de piedra que se caían a trozos y un puñado de chabolas de madera y lona. A medida que se acercaban, a Jim se le pusieron los huevos de corbata cuando empezó a registrar movimiento por todas partes con las gafas de visión nocturna. Odiaba aquellas putas lonas, ondeaban al viento y sus sombras revoloteaban como las de las personas de movimientos rápidos que iban armadas con pistolas. Y con granadas. Y con toda clase de objetos punzantes y brillantes. O, en aquel caso, sucios y llenos de arena.

Odiaba las misiones en el desierto, prefería matar en plena civilización. Aunque en una misión urbana propiamente dicha o incluso suburbana estabas más expuesto, al menos podías imaginarte lo que se te venía encima. Allí fuera, la gente tenía recursos con los que él no estaba familiarizado y eso siempre le ponía nerviosísimo.

Además, no se fiaba del hombre con el que iba. Era cierto que Matthias era el jefe de la organización y que tenía línea directa con Dios, que había adiestrado a Jim hacía un montón de años y que éste llevaba una década acatando sus órdenes, pero todo aquello sólo hacía que tuviera menos ganas aún de estar a solas con el gran hombre. Aun así, allí estaban, en una «aldea» del maravilloso municipio de Nadie-podrá-encontrar-tu-cadáver-landia.

Una ráfaga de viento recorrió con la rapidez de unas Nike el llano paisaje pasando a todo correr sobre la arena, recogiendo aquellas diminutas partículas y metiéndoselas por el cuello de su uniforme de camuflaje. Bajo sus botas negras de cordones, el suelo cambiaba constantemente, como si él fuera una hormiga caminando por la espalda de un gigante y al que estaba poniendo de muy mala leche.

Empezaba a tener la sensación de que, en cualquier momento, una manaza iba a bajar del cielo para aplastarlo.

Aquella caminata hacia el este había sido idea de Matthias. Tenían que hablar de algo que no podía discutirse en ningún otro sitio. Así que, obviamente, Jim había cogido un chaleco antibalas y unos veinte kilos de armas, además de agua y raciones de campaña.

La verdad era que parecía una mula de carga.

—Por aquí —dijo Matthias, colándose dentro de una de las construcciones de piedra por la entrada sin puerta. Jim se detuvo y miró alrededor. Lo único que vio fueron las lonas bailando *break dance*.

Empuñó las dos pistolas antes de entrar y es que aquél era el lugar perfecto para una violenta sesión inquisitorial. No tenía ni idea de lo que había hecho o de lo que se había enterado para merecerse un interrogatorio, pero algo tenía claro: no había ningún motivo para echar a correr. Si aquélla era la razón por la que le había llevado allí, al entrar se encontraría con dos o tres tíos más de Operaciones Especiales que le limpiarían el forro mientras Matthias hacía las preguntas. ¿Y si se largaba? Lo perseguirían por todo el mundo, aunque tardaran semanas en pillarlo.

Aquello podría explicar por qué Isaac Rothe había aparecido por la tarde con el protegido de Matthias y segundo de a bordo. Aquellos dos eran un par de asesinos natos, una pareja de pit bulls listos para lanzarse al cuello de cualquiera.

Sí, eso tenía sentido y debería habérselo imaginado antes. Aunque de todos modos, si lo hubiera hecho, no podría haberse evitado el ajuste de cuentas. Nadie salía vivo de Operaciones Especiales. Ni los espías, ni los tíos de inteligencia que se mantenían al margen, ni siquiera los jefes. Tu filosofía de vida se convertía en la de morir con las botas puestas, aunque cuando entraras nadie te lo dijera.

Sin embargo, él no dejaba de buscar alguna forma de dejarlo. Aunque matar a gente era lo único que sabía hacer para ganarse la vida, estaba empezando a hacerle comerse el coco. Puede que, en cierto modo, la culpa fuera de Matthias.

«Empieza el baile —pensó Jim, cruzando el umbral de la puerta—. También podría enfrentarme a ellos».

Pero allí no había nadie más, aparte de Matthias.

Jim bajó lentamente las pistolas y examinó de nuevo el pequeño espacio. Según las gafas de visión nocturna, allí sólo estaba el otro hombre. Le dio a un interruptor y cambió el modo a visión de calor. Y aun así, nada, únicamente Matthias.

—¿Qué pasa? —preguntó Jim.

Matthias estaba en la esquina del fondo, a unos tres metros de distancia. Cuando el hombre despegó las manos de los costados, Jim volvió a apuntarle con la SIG, pero lo único que hizo su jefe fue negar con la cabeza y aflojarse la cartuchera. Con un movimiento brusco, la dejó caer sobre la arena. Luego dio un paso adelante, abrió la boca y dijo algo en voz baja. Luz. Ruido. Descarga de energía.

Y luego nada más, salvo una suave lluvia de arena y escombros.

Jim volvió en sí al cabo de un rato. La explosión lo había lanzado contra el muro de piedra, dejándolo inconsciente. Y, a juzgar por lo entumecido que se sentía, debía de haber estado K.O. un buen rato.

Tras un par de minutos de confusión, se sentó con cuidado preguntándose si se habría roto algo.

Enfrente de él, donde había estado Matthias, había ahora un montón de despojos.

—Dios mío... —Jim se volvió a poner las gafas de visión nocturna, recuperó las armas y se arrastró por la arena hacia su jefe—. Joder, Matthias...

La pantorrilla del hombre parecía una raíz arrancada del suelo. La extremidad era sólo un muñón destrozado con el extremo hecho jirones. Su ropa de camuflaje estaba llena de manchas oscuras que debían de ser sangre.

Jim le tomó el pulso en el cuello. Aún lo tenía, pero era débil e irregular.

Se desabrochó el cinturón, se lo quitó, puso la tira de piel alrededor de la parte superior de la pantorrilla de Matthias y apretó fuerte para hacerle un torniquete en el miembro. Luego buscó rápidamente otras heri... Mierda. Al salir despedido hacia atrás, Matthias había caído sobre un pincho de madera. Aquella maldita cosa lo había atravesado como si fuera un pincho moruno.

Jim lo movió para comprobar si podía arrancárselo y llevarse a Matthias de allí. Parecía estar suelto. Bien.

—Da... nny... hijo...

Jim frunció el ceño y miró a su jefe.

—¿Qué?

Matthias abrió los ojos como si sus párpados fueran persianas de acero cuyo peso apenas podía levantar.

—Déjame...

—Has volado por los aires...

—Déjame...

—Y una mierda. —Jim cogió la radio y rezó para que fuera Isaac el que contestara y no el loco del segundo de a bordo—. Vamos, vamos...

—¿Qué quieres? —Escuchó aliviado el suave acento sureño que llegaba a través del auricular. Gracias a Dios que era Isaac.

—Matthias está herido. Una bomba. Asegúrate de que no nos usen para hacer prácticas de tiro mientras volvemos al campamento.

—¿Está muy mal?

—Bien no, desde luego.

—¿Dónde estáis? Enviaré un Land Rover a recogeros.

—Estamos cuarenta y siete grados nor...

La pistola retumbó al otro lado de la estancia y una bala cortó el aire y le pasó tan cerca de la oreja derecha, que dio por hecho que le había dado en la

cabeza aunque aún no notara el dolor. Mientras se apoyaba sobre una mano, Matthias dejó caer la SIG hacia un lado, pero, sorpresa, Jim no se desplomó por ninguna herida en el cráneo. Obviamente, se trataba de un disparo de advertencia. En el ojo de su jefe que aún funcionaba centelleó un brillo impuro.

—Lárgate... de aquí... mientras puedas.

Antes de que Jim pudiera decirle a Matthias que cerrara la puta boca, se dio cuenta de que se le estaba clavando algo en la mano que tenía apoyada. Lo recogió y vio que era, ni más ni menos, parte del detonador de la bomba.

Lo giró una y otra vez, ya que al principio no caía en la cuenta de lo que estaba mirando, pero al final le quedó claro como el agua.

Miró a Matthias con los ojos entornados, se guardó el fragmento en el bolsillo delantero y se arrastró hacia su jefe.

—No pienso dejar que me jodas —dijo Jim con determinación—. Ni de puta coña.

Matthias empezó a balbucear y Jim empezó a oír a alguien maldiciendo a gritos a través del auricular.

—Estoy bien —contestó a Isaac—. Ha fallado. Volvemos al campamento, asegúrate de que no nos disparen mientras nos acercamos.

La voz con acento sureño se volvió de pronto firme y segura, como la mano asesina de su dueño.

—¿Dónde estáis? Haré que...

—No, de eso nada. Busca a un médico en el QT y asegúrate de que mantiene la boca cerrada. Y vamos a necesitar un helicóptero. Habrá que trasladarlo por vía aérea, con discreción. Nadie puede enterarse de esto.

Lo último que necesitaba era que Isaac saliera a buscarlos en plena noche. Aquel tío era lo único que separaba a Jim de una acusación de asesinato del jefe de la organización clandestina más mortífera del Gobierno de Estados Unidos.

Nunca superaría aquello. Literalmente.

Pero al menos el secreto no se convertiría en noticia de primera plana. El *modus operandi* del cuerpo de Operaciones Especiales consistía en ocultar cosas: nadie sabía exactamente cuántos agentes había, dónde estaban, qué hacían, ni si respondían a su verdadero nombre o a un alias.

—¿Me oyes, Isaac? —preguntó—. Haz lo que te digo, o será hombre muerto.

—A la orden —respondió él a través del auricular—. Corto y cierro.

Tras confiscar la pistola que había usado, Jim cogió a su jefe, se colocó aquel peso muerto y flojo sobre los hombros y empezó a avanzar.

Primero para salir de la casucha de piedra. Luego bajo la noche ventosa y gélida. Después a través de las dunas. Su brújula le hacía seguir el camino correcto, el norte geográfico le ayudaba a orientarse y a continuar en medio de la oscuridad. Sin aquel punto de referencia, acabaría perdiéndose en el monótono paisaje del desierto, en el que lo único que veía era el reflejo de sí mismo en

todas direcciones.

Puto Matthias. Maldito fuera.

Aunque, bien pensado, si el tío lograba sobrevivir, le acababa de proporcionar a Jim el billete para salir de Operaciones Especiales, así que, en cierto modo, le debía la vida: la bomba era suya y Matthias había sabido exactamente en qué lugar de la arena poner el pie. Y aquello sólo pasaba si querías hacerte volar por los aires.

Al parecer, Jim no era el único que quería ser libre.

Sorpresa, sorpresa.

CAPÍTULO

1



Sur de Boston, en la actualidad

—¡Eh! ¡Espera un...! ¡Guárdate eso para el cuadrilátero! —Isaac Rothe lanzó el folleto publicitario sobre la capota del coche, dispuesto a volver a tirarlo de un manotazo, si no le quedaba más remedio.

—¿Qué hace aquí mi foto?

El organizador de combates parecía más preocupado por lo que le pudiera pasar a su Mustang que a él mismo, así que Isaac extendió el brazo y lo agarró por las solapas de la chaqueta.

—Te he preguntado qué hace mi cara aquí.

—Relájate, ¿vale?

Isaac se acercó a él hasta que estuvieron tan cerca como los panes de un sándwich y captó el tufillo de la hierba que aquel cabrón fumaba.

—Te lo he dicho, nada de fotos. Jamás.

Las manos del organizador se levantaron en un gesto que en una conversación equivaldría a una rendición.

—Lo siento. La verdad... Oye, eres mi mejor luchador: atraes a ríos de

gente. Eres la estrella de mí...

Isaac apretó el puño para esquivar el ataque del ego.

—Nada de fotos, o no pelearé. ¿Queda claro?

El organizador tragó saliva.

—Vale, lo siento —gritó.

Isaac relajó la mano e ignoró sus bufidos mientras hacía una bola con la foto de su cara. Echó un vistazo al aparcamiento del almacén abandonado y se maldijo a sí mismo. Menudo idiota. Hacía falta ser gilipollas para confiar en aquel cabrón lameculos.

El nombre no tenía la menor importancia. Cualquiera podía escribir «Tom», «Dick» o «Harry» en un DNI, en un certificado de nacimiento o en un pasaporte. Lo único que se necesitaba era la tipografía adecuada y una máquina de plastificar que pudiera hacer hologramas. Pero tu careto, tu cara, tu jeta... A menos que tuvieras la pasta y los contactos necesarios para hacerte la cirugía plástica, era la única forma que había para identificarte sin que hubiera lugar a dudas. Y con la suya acababan de hacer horas extras en la copistería Kinko's. Dios sabía cuánta gente lo habría visto. O quién habría descubierto su paradero.

—Oye, sólo quería hacerte un favor —dijo el organizador, sonriendo y dejando ver por un instante unos dientes de oro—. Cuanta más gente, más pasta ganarás.

Isaac empujó con el dedo índice el sombrero de copa del tío.

—Hazte un favor y cierra la puta boca ahora mismo. Y no olvides lo que te he dicho.

—Sí, vale. Claro.

Se produjo una sucesión de «perfectos», «no hay problemas» y «lo que tú digas», pero Isaac le dio la espalda mientras farfullaba.

Por todas partes había hombres hechos y derechos que salían de los coches y se empujaban los unos a los otros como si tuvieran quince años, como un puñado de *quarterbacks*^[1] cuadrados y envalentonados dispuestos a liarla, aunque no podían acercarse más al octógono de lo que la reja les permitía y no les quedaba más remedio que ver el combate a través de ella.

El hecho de que Isaac hubiera prácticamente dado al traste con su filón de artes marciales mixtas era irrelevante. La gente que lo estaba buscando no necesitaba ayuda y aquel pequeño y maravilloso primer plano junto con el número de teléfono con el prefijo 617 era justamente la propaganda que menos necesitaba.

Lo último que le hacía falta era un agente o, Dios no lo quisiera, que el segundo de a bordo de Matthias apareciera allí.

Además, había sido una gilipollez por parte del organizador. Las peleas sin guantes no reguladas unidas a las apuestas ilegales no eran del tipo de cosas de las que se hacía publicidad y, de todos modos, a juzgar por las multitudes que

acudían, estaba claro que para el público el boca a boca era más que suficiente.

Pero el tío que llevaba aquello era un imbécil avaricioso.

Y ahora la pregunta era si Isaac debía pelear o no. Los folletos ya se habían impreso, según el hombre que se los había enseñado, y mientras calculaba mentalmente el dinero que ganaría, tuvo más claro que el agua que podía darles buen uso a los otros mil o dos mil pavos que se sacaría esa noche.

Miró alrededor y supo que tendría que entrar en el octógono. Qué coño, lo haría una vez más para llenarse bien los bolsillos y luego desaparecería.

Sólo una última vez.

Caminó a grandes zancadas hacia la entrada trasera del almacén, hizo caso omiso de las exclamaciones de sorpresa y de la gente que lo señalaba al reconocerlo. La multitud llevaba un mes viendo cómo le limpiaba el forro a todo aquel que se le ponía por delante y, obviamente, aquello lo convertía en un héroe a sus ojos, lo cual, desde su punto de vista, indicaba una dudosa escala de valores. Él era de todo menos un héroe.

Los gorilas de la puerta de atrás se hicieron a un lado para dejarle pasar y él los saludó con la cabeza. Se trataba de la primera lucha en aquellas «instalaciones» en concreto, aunque en realidad todos los sitios eran iguales. En Boston y alrededores había un montón de edificios, almacenes y sitios parecidos abandonados donde cincuenta tíos a los que les encantaría ser Chuck Liddell podían ver a otra media docena que, definitivamente, no lo eran, moviéndose en círculos en una jaula de lucha improvisada. Y aquel cálculo poco inspirador se sumaba al hecho de por qué el promotor había fotocopiado la cara de Isaac. A diferencia del resto de los luchadores sin guantes, él sabía lo que se hacía.

Aunque, teniendo en cuenta la cantidad de dinero que el Gobierno de Estados Unidos se había gastado en adiestrarlo, a esas alturas tendría que ser un completo inútil para no romper cráneos como si fueran huevos.

Y precisamente serían esas y otras habilidades las que le ayudarían a seguir desaparecido. «Dios me oiga», pensó mientras entraba en el edificio.

Aquella noche, el MGM Grand de los pobres consistía en unos dieciocho mil metros cuadrados de aire helado estancado entre un suelo de hormigón y cuatro paredes llenas de ventanas sucias. El «octógono» estaba en la esquina del fondo. Se trataba de un *ring* de ocho lados atornillado y sorprendentemente sólido.

Claro que había muchos tíos de la construcción que estaban metidos en aquella mierda.

Isaac pasó por delante de los matones que llevaban las apuestas e incluso ellos le presentaron sus respetos y le preguntaron si quería comer o beber algo, o cualquier otra cosa. Él negó con la cabeza, se fue hacia la esquina que estaba detrás del *ring* y se quedó allí, con la espalda apoyada en la intersección de ambas paredes. Siempre era el último en luchar porque él era el reclamo, pero nunca sabía cuánto tendría que esperar. La mayoría de los «luchadores» no

duraban demasiado, pero de vez en cuando aparecía un par de supervivientes que se ensañaban como dos viejos osos pardos hasta tal punto, que hasta a él le entraban ganas de gritar: « ¡Basta ya! » .

No había árbitros y la cosa duraba hasta que uno de los dos idiotas se caía al suelo resollando, con la cara colorada y medio bizco con el guerrero urbano ganador de pie a su lado, sudoroso, tambaleándose como un pelele. Valían los golpes en todas partes, hígado y joyas de la corona incluidos, y se fomentaban los golpes bajos. La única condición era luchar con lo que Dios te había dado: los puños americanos, las cadenas, las navajas, la arena y todas esas mierdas no tenían cabida en la jaula.

Cuando dio comienzo el primer combate, Isaac se puso a escrutar las caras de la gente en lugar de atender a lo que sucedía en el *ring*. Buscaba algo que no encajara, un par de ojos posados sobre él, una cara que le sonara de hacía cinco años y no de las cinco semanas que hacía que había desertado. Joder, sabía que no tenía que haber usado su verdadero nombre. Cuando se había hecho con el carné falso tenía que haber elegido otro. Por supuesto, el número de la Seguridad Social no era el suyo, pero lo del nombre... Aun así, le había parecido importante. Era como mear en el territorio en el que se encontraba, como marcar aquel nuevo inicio como suyo.

Puede que también hubiera sido una especie de provocación. Una especie de « ven a buscarme, si te atreves » .

Ahora, sin embargo, se maldecía a sí mismo. Los principios, los escrúpulos y toda esa mierda ideológica no eran ni por asomo tan valiosos como el latido de un corazón.

¿Y él creía que el organizador era un gilipollas?

Al cabo de unos cuarenta y cinco minutos, el mejor cliente de Kinko's se puso de pie al lado de la alambrada e hizo bocina con las manos para gritar por encima de la multitud. El organizador estaba intentando hacerse el Dana White^[2], pero Isaac opinaba que se parecía más a Vanna^[3].

—Y ahora la atracción principal...

Mientras la muchedumbre que estaba en el suelo se volvía loca, Isaac se quitó la sudadera y la colgó fuera del octógono. Siempre luchaba con una camiseta de tirantes, pantalones de chándal flojos y los pies descalzos, como era obligatorio, aunque ésa era la única ropa que tenía, todo había que decirlo.

Mientras entraba por la puerta del octógono, continuó de espaldas a la esquina del almacén y esperó tranquilamente para ver cuál sería el plato fuerte de la noche.

Como no, otro señor Tío Duro con delirios de macho. En cuanto su contrincante entró, empezó a dar saltos por todas partes como si tuviera un muelle en el culo y remató el espectáculo previo al combate rompiendo la camiseta por la mitad y dándose puñetazos en la cara.

Como aquel hijo de puta siguiera así, a Isaac le bastaría un soplido para derribarlo.

Cuando sonó la bocina, Isaac dio un paso adelante y levantó los puños a la altura del pecho, manteniéndolos pegados al torso. Durante al menos un minuto, dejó que su contrincante alardeara y diera puñetazos al aire con la puntería de un ciego con una manguera.

Aquello era pan comido.

Pero mientras la multitud lo presionaba, Isaac reflexionó sobre la cantidad de copias que una fotocopiadora Xerox podía hacer en sesenta segundos y decidió ponerse serio. Le propinó al tío un izquierdazo directo al esternón que hizo que el corazón que latía tras aquel hueso se detuviera temporalmente. Le siguió un gancho de derecha que alcanzó al saltarín bajo la barbilla, lo que le hizo entrecocer los dientes y que la cabeza se le doblara hacia atrás sobre la columna vertebral.

Ahora le tocaba el turno al espectáculo de claqué: el señor Tío Duro se convirtió en Ginger Rogers y retrocedió de puntillas hasta la reja metálica. El bramido de los curiosos llenaba el aire resonando por todas partes e Isaac se acercó y machacó al pobre infeliz hasta que el saltarín se convirtió en un borracho tambaleante cuya cabeza le daba vueltas demasiado rápido como para organizar el cuerpo. Y justo cuando parecía que se aproximaba un K.O., Isaac retrocedió y le dejó recuperar el aliento.

Para sacarse unos cuantos miles más, aquello tenía que durar al menos tres minutos. Se puso a andar mientras contaba mentalmente hasta cinco. Entonces volvió a...

El cuchillo dibujó un gran círculo y le hizo un tajo en la frente a Isaac, justo a la altura del nacimiento del cabello. La sangre empezó a brotar y le nubló eficazmente la vista. Aquello era el tipo de cosa a la que él llamaría estrategia si aquel tío tuviera alguna idea de lo que estaba haciendo. Sin embargo, dada la forma en que asestaba los golpes, aquello había sido claramente un golpe de suerte.

La multitud empezó a abuchearlo e Isaac se puso en guardia. Un capullo con una navaja era casi tan peligroso como alguien que supiera realmente lo que hacía con una y él no tenía intención de dejar que aquel hijo de puta le hiciera la cirugía estética.

—¿Qué te ha parecido eso? —gritó su contrincante, aunque la verdadera pronunciación fue más parecida a: «¿Qué te ha padecido eso?», debido al labio hinchado.

Fueron las cinco últimas palabras que aquel tío pronunció en el *ring*.

Isaac le dio una patada girando en el aire y su sangre salpicó al público. Con el impacto, le arrebató el arma al tipo. Luego todo se redujo a uno, dos, tres puñetazos en la cabeza y toda aquella arrogancia se desplomó con más fuerza

que media ternera abierta en canal en un matadero, que fue precisamente el momento en que los fantásticos hombres y mujeres del Departamento de Policía de Boston irrumpieron en tropel en el almacén.

Y se hizo el caos.

Y, por supuesto, Isaac se quedó encerrado en el octógono.

Saltó por encima de su contrincante que yacía en el suelo como un pescado muerto, trepó por el lateral de casi dos metros de altura del *ring* y saltó por la parte superior. Aterrizó sobre ambos pies, y se quedó paralizado.

Todo el mundo estaba enzarzado en el follón menos un hombre que permanecía de pie, a un lado. Tenía el rostro familiar y el cuello tatuado salpicados de sangre de Isaac.

El segundo de a bordo de Matthias seguía siendo alto, fuerte y mortífero, y el muy hijo de puta sonreía como si hubiera encontrado el huevo de oro en la mañana de Pascua.

«Mierda —pensó Isaac—. Hablando del rey de Roma...» .

—Queda detenido —anunció un policía a sus espaldas a modo de saludo y, en un santiamén, estuvo esposado—. Cualquiera cosa que diga podrá ser utilizada en su contra en...

Isaac le echó un vistazo al policía y luego buscó al otro soldado. Pero el número dos de Operaciones Especiales se había esfumado como si nunca hubiera estado allí.

Hijo de puta. Ahora su antiguo jefe ya sabía dónde estaba. Lo que significaba que el hecho de tener a una unidad del Departamento de Policía de Boston pegada al culo era el menor de sus problemas.

CAPÍTULO

2



Caldwell, Nueva York

De pie en el jardín delantero del tanatorio McCreedy, en Caldwell, Jim Heron podía visualizar el interior de aquel edificio de dos plantas con tanta exactitud como si ya hubiera estado dentro: alfombras orientales en los suelos, cuadros de borrosos arreglos florales en las paredes, un montón de habitaciones con puertas de doble hoja y muchísimo espacio.

Según su escasa experiencia, los tanatorios eran como restaurantes de comida rápida: todos iguales, en cierto modo. Claro que aquello tenía sentido. Al fin y al cabo, sólo existía un par de formas de hacer una hamburguesa, así que se imaginó que con los cadáveres sucedía lo mismo.

Joder. No podía creer que estuviera allí para ver su propio cadáver.

¿De verdad había muerto hacía dos días? ¿Aquella era su nueva vida?

Tal y como se estaban desarrollando los acontecimientos, se sentía como un estudiante de un colegio mayor al que hubieran abandonado a su suerte, despertándose en una cama extraña y pensando: « ¿Ésta es mi ropa? ¿Me lo pasé bien anoche? » .

Al menos a esas preguntas sí podía responder: la cazadora de cuero y las botas militares que aquel tío llevaba puestas eran las suyas y la noche anterior no se lo había pasado nada bien. Había asumido la responsabilidad de luchar contra un demonio para salvar las almas de siete personas y, aunque había ganado el primer asalto, ya se estaba preparando para el siguiente aún sin saber cuál sería el objetivo. Eso sin contar que todavía no le había pillado el truco al oficio de ángel. Y, por si fuera poco, ahora tenía alas.

Alas.

Aunque puede que quejarse por eso último fuera una hipocresía, ya que aquel par de alerones mágicos emplumados lo habían llevado hasta allí desde Boston (Massachusetts) en un santiamén.

Total que, en lo que a él se refería, el mundo que una vez había conocido había desaparecido y el nuevo que lo había reemplazado hacía que sus años como asesino en Operaciones Especiales pareciera un trabajo de oficina.

—Tío, cómo mola. Adoro estas mierdas siniestras.

Jim miró hacia atrás por encima del hombro. Adrian, de apellido Vogel, era exactamente el tipo de chiflado capaz de meterse entre un montón de fiambres que reposaban en cámaras frigoríficas. Cubierto de *piercings*, tatuajes y enfundado en cuero, Ad estaba en el lado oscuro y viceversa, dado lo que su némesis le había hecho al ángel hacía dos noches: el lado oscuro estaba también en él.

Pobre diablo.

Jim se frotó los ojos y miró al menos loco de sus dos compinches.

—Gracias por la ayuda. Seré breve.

Eddie Blackhawk asintió.

—No te preocupes.

De pie bajo el riguroso viento de abril, Eddie seguía siendo el motero de siempre, con aquella gruesa trenza cayéndole por la espalda sobre la cazadora de cuero. La mandíbula cuadrada, la piel bronceada y los ojos rojos le hacían recordar a Jim al dios inca de la guerra. El muy cabrón tenía unos puños del tamaño de la cabeza de un hombre normal y sobre sus hombros podría aterrizar sin problemas una avioneta.

Y, mira por dónde, no era precisamente un *boy scout*, aunque tenía un corazón de oro.

—Vale, vamos allá —murmuró Jim. Sabía que colarse allí no formaba parte de su «trabajo», así que era mejor que movieran el culo. Aunque al menos su nuevo comandante en jefe había pasado de todo: Nigel, el estirado arcángel inglés, le había dado luz verde para aquel morboso entretenimiento. Aun así, no quería aprovecharse de su carta blanca.

Jim y sus chicos se desmaterializaron a través de las paredes de ladrillo y aparecieron en... Sí señor, un gran vestíbulo abierto en el que había un

candelabro, un puñado de adustas alfombras y el espacio suficiente para un cóctel. Miró a su alrededor, preguntándose dónde demonios guardaban los cadáveres.

Mientras permanecía allí de pie, se reafirmó en el hecho de que aquello tan divertido era algo que no le quedaba más remedio que hacer. Puede que se dedicara al negocio de salvar almas, pero en aquel momento la vida de un hombre estaba en la cuerda floja: Isaac Rothe había desertado de Operaciones Especiales y se suponía que Jim tenía que matarlo por ello. Y una mierda.

Pero había un problema: dada la forma que el cabrón de Matthias tenía de trabajar, si Jim no liquidaba al desertor, otra persona lo haría y entonces otro agente iría a por Jim.

Aunque para eso ya era un poco tarde, puesto que ya estaba muerto.

Entonces ¿cuál era su objetivo a corto plazo? Engañar a su antiguo jefe y encontrar a Isaac. Luego sacaría al soldado del país sano y salvo, antes de regresar a su rutina diaria de enfrentarse a Devina.

No le hacía ninguna gracia aquel retraso porque, sin duda, la demonio ya se estaba preparando para la próxima batalla. Pero salir de una vida y entrar en otra nunca había sido coser y cantar. Quisieras o no, siempre había flecos de la vida pasada que había que cortar y tirar, y eso llevaba su tiempo.

La verdad era que se lo debía a Rothe. Hacía dos años, en el desierto, cuando Jim había necesitado ayuda, él había estado allí y aquélla era una deuda que no podía ignorar.

Probablemente, ésa era también la razón por la que Matthias le había asignado la misión a Jim. El muy cabrón sabía perfectamente lo que les unía y lo que había sucedido aquella noche al otro lado del planeta. Puede que, en aquel momento, su jefe hubiera perdido el conocimiento en varias ocasiones, pero había prestado la suficiente atención durante aquellas oscuras horas de transporte, vuelo e intervención médica como para saber quién estaba involucrado y en qué.

Vale. Concentración. ¿Dónde estaban los fiambres?

—Abajo —les dijo a los chicos mientras se dirigía a toda prisa hacia una señal de salida.

De camino hacia las escaleras, los tres pasaron por delante de todo tipo de sensores de movimiento sin que éstos se activaran y luego atravesaron uno por uno una puerta que estaba cerrada.

Llevarse a Adrian y Eddie a aquella pequeña excursión era lo más seguro, porque Dios sabía que Devina podría aparecer en cualquier sitio en cualquier momento. Además, Jim todavía estaba aprendiendo todos los trucos propios de los ángeles caídos y Eddie era el mejor en aquellas lides. Hechizos, pociones, magia... Aquello de la brujería y la varita era el fuerte de Blackhawk.

Estaba claro que se había doctorado en Abracadabra, así que siempre venía bien tener a mano a aquel hijo de puta.

En el sótano reinaba la sobriedad y la limpieza y las paredes estaban pintadas de gris. El olor dulce del líquido de embalsamar hizo que Jim girara a la derecha y, mientras caminaba a grandes zancadas, se sintió como si hubiera retrocedido en el tiempo. Qué curioso. Andar a hurtadillas era justamente su especialidad en los años que había pasado con Matthias y era también precisamente lo que estaba decidido a dejar atrás.

Aunque ya se sabe lo que suele decirse de lo de planear las cosas, y todo eso.

En su primera batalla con Devina había necesitado cierta información, y el cabrón de Matthias había sido la única fuente a la que recurrir. Obviamente, en lo que a ese hijo de puta se refería, todo funcionaba siguiendo un estricto *quid-pro-quo*, así que, si querías algo, tenías que dar algo a cambio, y ese algo había sido matar a Isaac. Después de todo, en Operaciones Especiales no había preavisos para los despedidos ni Rolex de oro para los jubilados. Te daban un tiro en la cabeza y, con un poco de suerte, tal vez un ataúd para el cadáver.

Sin embargo, él se sentía curiosamente agradecido: que le hubieran asignado asesinar a aquel tío era la única forma de ayudarle. De no haber sido así, no habría habido manera de saber que Isaac había huido y que ahora estaba en busca y captura. Jim era el único al que habían dejado salir sin reservas.

Si bien era cierto que entonces su situación había incluido el « por los pelos » en las « circunstancias atenuantes » de Matthias.

Se detuvo delante de una puerta de doble hoja de acero inoxidable en la que ponía « SÓLO PERSONAL AUTORIZADO » y miró hacia atrás.

—Las manos quietas, Adrian.

Aquel ángel parecía dispuesto a tirarse a todo lo que se movía, lo que le hacía preguntarse si el hecho de que no se movieran sería una limitación para él.

Adrian maldijo y puso cara de santo.

—Yo sólo toco si me lo piden.

—Menos mal.

—Aunque podemos reanimarlos.

—Esta noche ni se te ocurra. Y menos en este lugar.

—Tío, eres capaz de hacer que un club de *striptease* pierda la gracia.

—Pasa.

Mientras se movían como fantasmas por la enorme y fría sala, quedó más claro que el agua por qué había películas de terror que transcurrían en morgues. Entre la luz verde de seguridad, las camillas con ruedas y los sumideros del suelo, aquel lugar era el telón de fondo perfecto para una peli de terror.

Aunque había muerto y había ido al cielo y toda esa mierda, sus glándulas suprarrenales aún funcionaban bastante bien. Supuso que los retortijones no eran tanto por los otros muertos como por el hecho de tener que encontrarse frente a frente con su propio cadáver.

Cuando se dirigió a la enorme cámara frigorífica, con todas aquellas filas de

bandejas heladas, sabía exactamente lo que estaba haciendo. Como no matara a Isaac como estaba planeado, sucederían dos cosas: lo haría otra persona y enviarían a alguien a buscar a Jim.

Y ésa era la razón por la que estaban allí. Su antiguo jefe quería asegurarse de que Jim había estirado la pata, por así decirlo. Matthias no se fiaba de los certificados de defunción, de los informes de autopsias ni de las fotografías, porque sabía muy bien lo fácil que era falsificar ese tipo de documentación. Tampoco se fiaba de los funerales, de las tumbas, ni de las viudas y las madres llorosas, porque él mismo había sustituido demasiados cadáveres a lo largo de los años. Para él, el sistema de verificación en vivo y en directo era la única manera de estar seguro.

Normalmente, Matthias enviaba al segundo de a bordo a hacer la comprobación, pero Jim se aseguraría de que aquella vez fuera el propio gran hombre el que hiciera la verificación. Al muy cabrón le costaba salir de su escondite y Jim necesitaba verlo cara a cara.

La única forma de conseguirlo era usar su propio culo congelado como cebo.

Y un poco de la magia de Eddie.

Comprobó los nombres de las placas que había en los huecos situados en la parte delantera de las puertas para tal fin y se encontró entre D'Arterio, Agnes y Rutherford, James.

Quitó el pestillo, abrió la puerta de noventa por sesenta centímetros y extrajo su cadáver de la nevera. Estaba cubierto por una sábana de pies a cabeza y le habían colocado cuidadosamente los brazos a los costados. El aire que salía de su agujero era frío, seco y olía a anticongelante.

Joder, con todos los fiambres que había visto en su violenta y sanguinaria vida y aquél le ponía los pelos de punta.

—Dame las pautas —le dijo a Eddie con determinación.

—¿Tienes el objeto para convocarlo? —preguntó el ángel, acercándose al otro lado.

Jim rebuscó en el bolsillo y sacó un pequeño trozo de madera que había sido tallado hacía muchos, muchos años en el trópico, al otro lado del planeta. Él y Matthias no siempre se habían llevado mal y Matthias no había sido siempre el jefe.

Cuando ambos eran reclutas del menor nivel en Operaciones Especiales, Jim le había enseñado a tallar.

Para ser la primera y la única cosa que Matthias había tallado, el caballo en miniatura estaba hecho con una destreza increíble. Si la memoria no le fallaba, hacerlo le había llevado casi dos horas y por eso lo usaban: al parecer, los objetos inanimados servían para algo más que para acumular polvo. Absorbían como esponjas la esencia de quien los poseía, de quien los hacía o de quien los usaba, y lo que quedaba en el espacio entre las moléculas era muy útil si sabías qué hacer

con ello.

Jim levantó el caballo.

—¿Y ahora qué?

Eddie retiró la sábana, dejando al descubierto la cara gris y llena de manchas de Jim. Por un momento, le resultó difícil concentrarse en otra cosa que no fuera en su rostro a las cuarenta y ocho horas de haber muerto. Santo Dios, estaba claro que la de la guadaña no era maquilladora profesional. Hasta los góticos tenían mejor aspecto.

—Eh, no te pases con mis colegas —intervino Adrian—. Yo me lo haría mucho antes con uno de nosotros que con cualquier Barbie del sur de California con melones de plástico y bronceado artificial.

—Deja de leerme la mente, gilipollas. Y tú te lo harías con la Barbie de todas formas.

Adrian gruñó y flexionó sus fuertes brazos.

—Es cierto. Y con su hermana.

Pues sí, al parecer aquel ángel había superado lo que fuera que el demonio Devina le hubiera hecho la noche de la «muerte» oficial de Jim. O eso, o la autoprescripción de Barbies de carne y hueso habían acabado con su introspección.

Eddie se sacó del bolsillo una lima de metal y se la tendió por el lado de la empuñadura.

—Ralla un poco de la talla y échatela por encima. Donde quieras.

Jim eligió sus pectorales lisos y el sonido de la lima fue amortiguado por la bóveda de ladrillo de la fría sala.

Le devolvió la lima a Eddie.

—¿Dónde tienes el cuchillo?

Jim sacó el cuchillo de caza que le habían regalado tiempo atrás, al alistarse en las Fuerzas Armadas. A Matthias le habían dado uno igual al mismo tiempo que a él y, de hecho, era el que había usado para tallar el caballo.

—Hazte un corte en la palma de la mano y sujeta el objeto con fuerza. Mientras lo haces, piensa con intensidad en la persona que deseas que venga. Recuerda el sonido de su voz. Visualiza recuerdos concretos. Fíjate en cómo se mueve, en los gestos que hace, en la ropa que lleva, en el olor de su colonia, si usa.

Jim obligó a su cabeza a centrarse e intentó recordar algo, cualquier cosa, sobre el hijoputa de Matthias.

La imagen que apareció en su lóbulo frontal era increíblemente nítida: había vuelto a aquella noche en el desierto. Notaba el hedor químico del explosivo en la nariz y la alarma que le apremiaba para que reaccionara le golpeaba los oídos. A Matthias le faltaba la pantorrilla, casi no tenía ojo izquierdo en la cuenca y su ropa de camuflaje estaba cubierta de polvo de color claro y sangre rojo brillante.

No dejaba de repetir: « Danny... hijo mío... Danny, mi niño... » .

Jim se puso el cuchillo en el medio de la palma de la mano y lo arrastró por la piel. Se oyó un siseo a medida que el acero penetraba profunda y limpiamente.

La voz de Eddie se acopló al recuerdo y al dolor glacial.

—Ahora frota la mano sobre las virtudes de madera. Después saca el mechero y enciéndelo. Levanta la mano y sopla más allá de ella hacia la llama y hacia el cuerpo, sin borrar esa imagen de tu mente.

Jim hizo lo que le ordenó y se sorprendió al ver un resplandor azul al final del Bic, como si éste se hubiera convertido por arte de magia en un soplete. Pero las sorpresas no acabaron allí. La llama rodeó al cadáver, envolviéndolo en un resplandor.

—Listo —dijo Eddie.

Jim apagó el Bic y se quedó mirándose a sí mismo, preguntándose qué pensaría Matthias.

Hacía mucho tiempo, había habido un momento en el que él y aquel tío habían estado muy unidos. Pero a medida que fueron pasando los años, aquel cabrón había seguido un camino y Jim otro. Y eso antes de lo de la muerte y el ángel caído.

Pero aquello no se trataba de él y de Matthias.

Jim volvió a poner la sábana en su sitio para cubrir su propio rostro y se preguntó cuánto tiempo tardaría el hechizo en convocar a Matthias y él en verlo de nuevo.

Deslizó la bandeja dentro de la cámara frigorífica y cerró la puerta, acabando con el brillo azul fosforescente.

—Vámonos cagando leches.

Se dirigía en silencio hacia la salida, perdido en los malos recuerdos de lo que había hecho y a quién había matado mientras estaba en Operaciones Especiales cuando, ¡sorpresa!: al parecer las glándulas suprarrenales no eran las únicas que habían sobrevivido a su muerte, sino también sus demonios personales. De hecho, tenía la sensación de que sus culpas serían una carga eterna. La parte que menos molaba de ser inmortal era que no había ningún final, ninguna posibilidad de bajarte del barco cuando las cosas se ponían feas y abrumadoras y tú te despreciabas.

La reparación de él y de sus compañeros en el jardín lateral del tanatorio implicó la vuelta a la caza de Isaac Rothe.

—Tengo que encontrar a ese hombre —dijo con determinación, aunque era difícil que se hubieran olvidado de lo que estaban haciendo.

Cerró los ojos y convocó a aquello que le ayudaría a recorrer los kilómetros que lo separaban de Caldwell, hasta donde Isaac había sido visto por última vez.

Las enormes alas de Jim se desplegaron sobre su espalda. Aquel montón de

plumas iridiscentes se estiraban y se doblaban como extremidades que sufrieran espasmos. Cuando abrió los ojos, vio que Eddie y Adrian lucían también las suyas: los dos ángeles caídos tenían un magnífico aspecto de seres de otro mundo bajo la luz de las farolas.

Un coche pasó por la calle, pero no frenó en seco ni se desvió de su camino. Las alas, al igual que él, Eddie y Adrian, ni estaban ni dejaban de estar, ni eran reales ni irreales, ni tangibles ni intangibles.

Existían y punto.

—¿Listo? —preguntó Eddie.

Jim volvió la vista atrás hacia su forma terrenal, que ahora no sólo era un fiambre congelado sino un reclamo para un hombre al que había acabado odiando.

A pesar de que le había salvado la vida, al muy cabrón.

—Sí, vamos.

Hasta el infinito y más allá, y toda esa mierda, y en un abrir y cerrar de ojos estaban surcando la oscuridad de los cielos entre las centelleantes estrellas con las alas fuertes y seguras de Aerolíneas Angélicas, como él les llamaba.

Vivo y en el aire, reanudó la persecución de un hombre perseguido y se dirigió hacia Boston armado hasta los dientes de armas proverbiales.

CAPÍTULO

3



La demonio Devina era casi tan todopoderosa como el Creador del cielo y de la Tierra: podía adoptar todo tipo de rostros y cuerpos, convirtiéndose en cualquiera, en cualquier lugar y en cualquier sitio. Era capaz de encarcelar almas durante una eternidad y comandaba un ejército de muertos vivientes.

Si te cruzabas en su camino, podía hacer de tu vida un infierno. Literalmente. Pero tenía un pequeño problema.

—Siento llegar tarde —dijo, entrando a toda prisa en la pequeña y acogedora oficina roja—. He tenido una reunión que ha durado más de lo previsto.

Su terapeuta le dedicó una sonrisa desde el sillón.

—No pasa nada. ¿Necesitas un momento para tranquilizarte?

Efectivamente, Devina estaba agotada. Se sentó y dejó a un lado su bolso de Prada. Respiró hondo, acarició la ilusión corpórea de cabello oscuro que la mujer humana veía y palpó los pantalones de cuero con estampado de lagarto que existían de verdad.

—El trabajo ha sido un infierno —dijo, echando un vistazo al bolso para comprobar que estuviera cerrado. La sudadera que llevaba dentro estaba

manchada de sangre y lo último que necesitaba era tener que dar explicaciones —. Un infierno total y absoluto.

—Me alegro de que hayas llamado para tener una sesión nocturna extra. Después de lo que sucedió la semana pasada, no he dejado de pensar en ti. ¿Cómo te va?

Devina fue saliendo poco a poco del caos en el que venía sumida y se concentró en sí misma, lo que no le produjo ninguna alegría. Inmediatamente, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Estoy...

Bien no, desde luego.

Se obligó a decir algo.

—Los de la mudanza ya se han llevado todo a mi nueva casa y aún está casi todo en cajas. He pasado toda la tarde intentando desembalar las cosas, pero son muchísimas y tengo que asegurarme de ordenarlas bien. Necesito comprobar que mis...

—Devina, deja de hablar de tus cosas. —La terapeuta hizo una pequeña anotación en el cuaderno de color negro—. Cuando esté acabando la sesión hablaremos de la planificación. Quiero saber cómo estás. Dime cómo te sientes.

Devina miró más allá de la alfombra de medio punto y se preguntó, no por primera vez, qué diría aquella mujer si supiera que estaba tratando a un demonio. Devina había estado viendo a la psicóloga desde que había llegado a Caldwell, así que hacía ya más de un año. Mantenía su verdadera identidad oculta tras su aspecto favorito: una mujer sexy, moderna y de cabello oscuro, pero lo que había bajo la superficie, sobre todo desde su primera derrota contra Jim Heron, estaba hecho un putito desastre.

La verdad era que aquella humana realmente le servía de ayuda.

Devina sacó un pañuelo de papel de la caja que había sobre la mesa, a su lado.

—Es sólo que... Odio mudarme. Me siento totalmente fuera de control. Y perdida. Y... asustada.

—Lo sé. —La mujer exhalaba auténtica calidez por todos los poros—. Para una persona como tú, cambiar de casa es lo más duro. Estoy muy orgullosa de ti.

—No he tenido tiempo para hacerlo como era debido. —Más lágrimas, lo cual era algo que odiaba, pero, por Dios, había tenido que sacar sus colecciones del lugar que les correspondían en cuestión de horas, metiendo todo en cajas a todo correr—. Aún no he tenido tiempo de revisarlo todo para asegurarme de que no se ha roto ni perdido nada.

Dios santo, «perdido».

El pánico le invadió el pecho e hizo que el corazón que había elegido latiera tres veces más rápido.

—Devina, mírame.

Tuvo que obligarse a centrar la vista en pleno ataque de pánico.

—Lo siento —dijo asfixiándose.

—Devina, la causa de tu ansiedad no son las cosas. Es tu lugar en el mundo. Es el espacio que reclamas como tuyo tanto emocional como espiritualmente. Recuerda que no necesitas ningún objeto para justificar tu existencia, ni para sentirte segura y a salvo.

Vale, todo aquello sonaba fenomenal, pero los objetos que tenía en la Tierra eran lo que la unían a las almas que poseía allá abajo, el único lazo que la unía a sus « hijos» . A lo largo de los siglos, había ido acumulando efectos personales de las almas que había robado: botones, gemelos, anillos, pendientes, dedales, agujas de tejer, gafas, llaves, plumas, relojes... La lista era infinita. Aunque sus preferidos eran los objetos de metales preciosos, cualquier tipo de metal servía: del mismo modo que dichos objetos reflejaban la luz, exhalaban reverberaciones de quienes los habían poseído, vestido y usado.

La huella que éstos emitían de aquellos humanos era lo único que la calmaba cuando no podía bajar a su santuario para visitarlos en persona.

Dios, odiaba tener que trabajar en la Tierra.

Con un escalofrío, se enjugó las lágrimas.

—No soporto estar tan lejos de ellos.

—Pero necesitas tu trabajo, tú misma me lo has dicho. Y tu ex marido está más capacitado para ocuparse a diario de los niños.

—Es verdad. —Había tenido que darle a su historia personal apariencia humana, encajándola con calzador. Obviamente no había ningún ex marido, pero el símil funcionaba: sus almas estaban a salvo donde las había dejado, pero no soportaba estar lejos. No había ningún sitio en el que estuviera mejor que en el fondo del pozo, observando cómo la gente se retorció y gritaba, atrapada para siempre entre aquellas paredes.

También le divertía jugar con ellos.

—¿Adónde te has ido? —preguntó la terapeuta—. Después de que tu novio y tú decidierais terminar vuestra relación, ¿adónde te fuiste?

Su ansiedad se transformó en ira. No podía creer que hubiera perdido la primera batalla contra Jim Heron ni que ese hijo de puta hubiera invadido su privacidad. Gracias a él y a aquellos otros dos ángeles, había tenido que coger todas sus pertenencias y abandonar el *loft* deprimida y corriendo.

—Tengo un amigo que tiene un edificio en obras vacío. —En realidad, no era un amigo, sino un tío al que se había estado tirando hasta que había conseguido que firmara todos los papeles. Luego lo había matado, había metido el cadáver en un bidón de residuos peligrosos y lo había cerrado bien. Ahora estaba en su propio sótano, descomponiéndose cómodamente.

—¿Y has terminado la mudanza?

—Sí, y a está todo allí. Aún no lo he colocado todo bien, como te he dicho. —

Sin embargo, ya había encontrado a otra virgen a la que había sacrificado de inmediato y dado buen uso protegiendo el espejo que la llevaría de vuelta al infierno—. Pero he instalado un sistema de seguridad.

Si alguien rompía el sello de sangre de la habitación donde estaban la mayoría de sus pertenencias más preciadas, lo sabría al instante. Así había sido como se había dado cuenta inmediatamente de que Jim y sus colegas celestiales habían invadido su espacio y había podido salvar sus cosas.

Aunque encontrar una virgen en los tiempos que corrían era toda una odisea. Actualmente practicar sexo era tan común que, lo que antes era pan comido, se había convertido en buscar una aguja en un pajar. Nunca mataba niños, simplemente consideraba que no estaba bien: era como si alguien le robara una de sus almas. Pero intentar encontrar a alguien de más de dieciocho años que no hubiera pasado por la piedra, podía llevar días.

Lo único que podía decir era: larga vida al movimiento de abstinencia.

—Un momento, ¿un edificio? —dijo la terapeuta—. ¿No te estarás quedando en un edificio en obras, no?

—No, claro. Por ahora estoy en un hotel. Voy a tener que irme de la ciudad por razones de trabajo. A Boston, para ser más exactos.

Había llegado la hora de librar la segunda batalla con su némesis. Y maldita fuera si esa vez no salía victoriosa.

—Devina, eso es un gran avance. —La terapeuta se dio una palmada en la rodilla y sonrió—. Estás dejando a un lado tus cosas, eso es un gran progreso.

No era para tanto, teniendo en cuenta que podía materializarse en cualquier sitio en un abrir y cerrar de ojos.

—Dime, ¿qué tal el trabajo? Sé que la semana pasada no fue fácil.

La mano de Devina buscó el bolso y acarició la suave piel.

—Mejorará. Me esforzaré más.

—¿Y tu nuevo compañero? ¿Cómo te va con él? Me habías comentado que al principio habíais tenido algún roce.

«¿Roce?». Bueno, podría llamarse así.

Se recordó a sí misma con Jim Heron en el aparcamiento de La Máscara de Hierro: él dentro de ella hasta lo más hondo de su ser y ella cabalgando ferozmente sobre él. A pesar de que lo odiaba con todas sus fuerzas, no le importaría compartir con él más momentos de intimidad.

Devina se irguió.

—No se hará con la vicepresidencia. Me da igual lo que tenga que hacer, pero llevo trabajando demasiado tiempo y demasiado duro para que aparezca un tí cualquiera y se lleve lo que es mío.

Siete almas. Siete oportunidades de que el bien o el mal triunfen. Y el primer tanto lo había marcado el otro equipo. Tres más a favor de Jim Heron y no sólo la echarían del «trabajo», sino que los ángeles se apoderarían de la Tierra y

todas y cada una de sus almas serían redimidas.

Todo su trabajo habría sido en vano: sus colecciones desaparecerían, su ejército desaparecería, hasta ella misma desaparecería.

Se quedó mirando fijamente a su terapeuta.

—No permitiré que gane.

La mujer asintió.

—¿Tienes algún plan?

Devina le dio unas palmaditas al bolso.

—Claro. Por supuesto que lo tengo.

* * *

Tras la sesión, Devina salió volando hacia el noreste en forma de oscura sombra, planeando en la noche. Se materializó en la calle Boylston, enfrente del Jardín Público de Boston, donde los sauces llorones germinaban sobre el estanque.

La discreta caja de ladrillo del hotel Four Seasons ocupaba casi toda la manzana, entre la entrada, el porche cubierto y los restaurantes con ventanales. Aunque por fuera era bastante sencillo, el interior estaba lleno de cálidas maderas y elegantes brocados, y siempre había flores frescas.

Podía haberse aparecido directamente en su habitación, pero sería una pena desperdiciar el modelito: los pantalones de estampado de lagarto de Escada y la blusa de Chanel eran impresionantes, por no hablar de la gabardina de Stella McCartney. Y, mira por dónde, sólo era su segunda noche allí y tanto los porteros como el personal de recepción ya la saludaron cuando irrumpió en el vestíbulo con aire majestuoso, haciendo repiquetear sus Louboutin sobre el mármol, lo que le hizo recordar algo que ya sabía: de todos los trajes ficticios de carne y hueso que había llevado puestos, aquél, el de chica morena con piernas interminables y con un par de pechos que hacían que los hombres humanos se tropezaran con sus propias lenguas, era el que mejor le sentaba. Aunque en teoría ella era un ente asexual, la experiencia le había demostrado que una mano con la manicura bien hecha blandía mejor las armas de su arsenal.

Además, le gustaba más la ropa de las mujeres.

Y su forma de follar.

Desde su *suite* del último piso tenía una vista espléndida sobre el jardín y el parque Boston Common, un montón de espaciosos cuartos y un excelente servicio de habitaciones. Y lo del ramo de rosas era un detalle agradable y gratuito. Aquel tipo de cosas era exactamente lo que conseguías cuando pagabas miles y miles de dólares por una madriguera.

Atravesó el salón y el dormitorio principal para ir hasta el baño de mármol. Dejó el bolso sobre la encimera que había entre los dos lavabos y sacó el jersey que se había llevado de aquel octógono de la MMA. Se trataba de una sudadera

con capucha de color gris humo y talla XXL. Era de las que se podían encontrar en cualquier Wal-Mart o Target, una de esas prendas anónimas que cualquier hombre podía llevar, algo fácil de encontrar y que todo el mundo se podía permitir. Nada especial. Sólo que aquella era única. Sobre todo por las manchas de sangre.

Gracias a Dios, aquellos policías habían aparecido en el momento preciso. De no haber sido así, habría perdido la cita con la terapeuta.

Se quitó la ropa a toda prisa e intentó dejarla tirada en un montón, hecha un gurrúño. No aguantó más de minuto y medio. El desorden hizo que le empezara a zumbar la cabeza, así que tuvo que recogerla, llevarla corriendo al armario y colgar cada prenda en su sitio. Dejó el sujetador que llevaba puesto sobre la cómoda. No había bragas por las que preocuparse.

Mientras regresaba a la encimera para volver a ponerse manos a la obra, se encontraba mucho más tranquila.

Sacó un par de tijeras doradas del estuche de maquillaje y recortó un círculo de la sudadera en el lugar donde el corazón del hombre que la había llevado debería haber estado. Después desmenuzó el tejido. Las fibras de algodón cedían con facilidad y caían sobre el mármol pulido formando un montoncito. Usó un lado de las tijeras para hacerse un corte en la palma de la mano y la sangre de color gris sucio empezó a brotar y a gotear sobre el nido que había hecho.

Por un instante, la decepción la paralizó. Le hubiera gustado que su sangre fuera roja y, por consiguiente, mucho más atractiva.

A decir verdad, Devina odiaba su aspecto. Le gustaba muchísimo más aquel cuerpo. Y los otros.

Recogió los jirones de la sudadera y los aplastó en la palma de la mano manchada de sangre. Luego visualizó al hombre que había llevado puesto el tejido sobre su propia carne: la cara tosca, el pelo cortado a cepillo un poco crecido y los tatuajes por el cuerpo.

Apretando todavía la mano y con la imagen de Isaac Rothe en la cabeza, Devina entró desnuda en el dormitorio y se sentó sobre el edredón. Abrió una caja achatada de ébano que había sobre la mesilla y sacó una pieza de ajedrez tallada a mano: se trataba de la representación de una reina que no era tan bella ni por asomo como su traje de carne y hueso. Ella no había visto a Jim Heron tallando aquella gran dama, pero como él sí lo había hecho, pudo ver mentalmente cómo lo hacía. Se lo imaginó encorvado sobre un afilado cuchillo, con aquellas manos seguras empuñando la navaja de acero para sacar a la luz el objeto que se encontraba dentro de la madera. Apretó lo que se había hecho en la mano contra las fibras de la sudadera y lo unió todo, haciéndolo uno. Luego se inclinó y cogió una vela que encendió con el poder de la mente. Se tumbó, sopló la llama y las esencias mezcladas de los tres flotaron sobre ésta.

El resplandor púrpura que salía del extremo la cubrió, envolviéndola en un

halo fosforescente, invocando a los propietarios de los objetos para que se unieran y acudieran a su llamada.

Esa vez, a Jim Heron no le iba a dar tiempo a reaccionar al golpe. Puede que hubiera ganado el primer asalto, pero aquello no volvería a suceder.

CAPÍTULO

4



Trabajando en la central de tramitación de la cárcel del condado de Suffolk, en el centro de Boston, se veían un montón de mierdas. Algunas te hacían posponer el café y los donuts y otras, simplemente, eran raras de narices.

Billy McCray había sido primero un policía de barrio en Southi, donde servía junto con sus hermanos, sus primos y su viejo. Tras haber recibido un disparo estando de servicio hacía unos quince años, el sargento había hecho que le adjudicaran un puesto en las oficinas y había resultado que, no sólo la silla de ruedas encajaba a la perfección bajo la mesa, sino que además se le daban realmente bien los papeleos. Había empezado tramitando detenciones y haciendo fotografías para las fichas policiales, pero ahora estaba a cargo de todo. Allí a nadie se le ocurría ni sonarse los mocos si Billy no le daba el visto bueno para coger un pañuelo de papel.

A él le encantaba aquel trabajo, aunque a veces pasaran cosas extrañas hasta decir basta.

Como a primera hora de aquella mañana. A las seis había registrado la entrada de una mujer blanca que llevaba un par de latas de Coca-Cola a modo de

cubre pezones. Llevaba los dos envases de aluminio pegados a la parte de abajo de las tetas, apuntando hacia afuera. Como le daba la sensación de que su foto para la ficha policial iba a acabar siendo de lo más visto en Internet, cosa que a ella le encantaría, antes de hacérsela le preguntó si quería ponerse una camiseta, o algo. Pero de eso nada, ella prefirió salir enseñando las... latas.

Había gente para todo.

Resultó que el pegamento que llevaba era fácil de quitar, pero aun así le sirvieron la bebida en un vaso de papel por si se le ocurría otra brillante idea.

Cuando la puerta de acero se abrió al final del pasillo, Billy se irguió un poco más en la silla.

La mujer que entró era digna de ver, pero no en el sentido en que lo eran el resto de los *frikis* que pasaban por allí. Medía aproximadamente uno setenta y cinco y solía llevar el rubio cabello recogido en un moño en lo alto de la cabeza. Llevaba puestos un traje de entallado perfecto y un abrigo largo de vestir. No hacía falta preguntarle para saber que su bolso y su maletín costaban más de lo que él tenía ahorrado en el plan de jubilación.

Eso por no hablar del grueso cordón de oro que lucía alrededor del cuello.

Un par de guardias pasaron a su lado, enderezaron también la espalda, bajaron la voz e, inmediatamente, miraron hacia atrás por encima del hombro para admirar su retaguardia. Cuando llegó a la mampara de metacrilato que él tenía delante, se alegró de que ésta no estuviera cerrada para poder oler su perfume.

Dios, el aroma a rico y a caro de siempre.

—Hola, Billy. ¿Cómo le va a Tom en la Academia de Policía?

Como sucedía con muchos de los tipos de Beacon Hill, Grier Childe tenía una entonación que hacía que una simple pregunta pareciera mejor que cualquier obra de Shakespeare. Pero, a diferencia de aquellos estirados, ella no era ninguna pija y su sonrisa era auténtica. Siempre le preguntaba por su hijo y su esposa y lo miraba como debía ser, a los ojos, como si fuera mucho más que un administrativo pringado.

—Le va muy bien. —Billy le dedicó una sonrisa de oreja a oreja y cruzó los brazos sobre el pecho hinchado—. Se graduará en junio y trabajará fuera de Southie. Tiene buena puntería, como su padre. Podría darle a una lata a más de un kilómetro de distancia.

Por desgracia, aquello le recordó a la chica Coca-Cola, pero se quitó la imagen de la cabeza al instante. Era mucho mejor disfrutar de la vista de la señorita Childe.

—No me sorprende que Tommy sea tan bueno. —Firmó en el registro y apoyó una cadera contra el mostrador—. Como bien has dicho, ha salido a ti.

Aunque ya hacía dos años de aquello, aún no se podía creer que se parase a hablar con él. Por supuesto, los chicos del fiscal del distrito y los abogados

normales y corrientes le daban coba, pero ella pertenecía a uno de aquellos elitistas despachos de rancio abolengo, lo que habitualmente significaba que lo único que les importaba era dónde estaban sus clientes.

—¿Y qué tal le va a tu Sara? —preguntó ella.

Mientras hablaban, él tecleó su nombre en el programa para saber a quién le habían asignado. Cada seis meses, más o menos, le tocaba el turno de oficio. Por supuesto, no cobraba honorarios por ello. Sin duda, su tarifa por hora sería carísima, así que estaba más claro que el agua que los clientes a los que representaba allí jamás podrían haberse permitido cruzar más de dos palabras con ella, mucho menos una hora entera. Eso por no hablar de todo el tiempo que requería un caso.

Cuando vio el nombre que estaba al lado del suyo, frunció el ceño.

—¿Va todo bien? —preguntó ella.

Pues la verdad era que no.

—Sí, no pasa nada.

Porque él se encargaría de que así fuera.

Alargó la mano hacia un montón de expedientes.

—Aquí están los papeles de su cliente. Vaya a la sala número uno, lo llevaremos allí.

—Gracias, Billy. Eres el mejor.

Él la dejó entrar por la puerta principal de la central de tramitación y recepción de la cárcel, y ella se dirigió hacia la sala que él le había asignado, que resultó ser la más próxima a su oficina. Apuntó algo en el ordenador, levantó el teléfono y llamó al calabozo.

Le contestó Shawn C.

—Sube al 548970, de apellido Rothe, para nuestra señorita Childe —le dijo.

Se produjo un pequeño silencio.

—Es uno de los peces gordos.

—Sí, y oye, ¿podrías hablar con él? A lo mejor le viene bien que le recuerdes que ser educado con su abogada podría facilitarle las cosas.

Otra pausa.

—Yo me quedaré delante de la puerta mientras esté con ella. Tony me sustituirá aquí abajo.

—Vale. Sí, está bien. Gracias.

Billy colgó y se volvió para observar las pantallas del sistema de seguridad. En la de la esquina inferior izquierda pudo ver cómo la señorita Childe se sentaba en la mesa, abría con un crujido el expediente y miraba los informes que había dentro.

No la perdería de vista hasta que saliera de allí sana y salva.

El problema era que, en la cárcel, había dos tipos de gente: los locales y los foráneos.

Los foráneos recibían un trato cordial y todo eso, pero con los locales era diferente. Sobre todo si eran jóvenes, especialmente simpáticos, con bonitas sonrisas y mucha clase. A éstos había que protegerlos.

Lo que quería decir que Shawn C., el guardia, estaría plantado fuera en el pasillo, mirando a través de la ventanita enrejada todo el tiempo que aquel maníaco homicida, que había sido detenido por participar en peleas en jaulas, estuviera dentro con su chica.

Como a aquel cabrón se le ocurriera siquiera respirar de la forma equivocada cerca de ella... Bastaba con decir que en la tienda de Billy nadie estaba exento de que se le aplicara un pequeño correctivo. Todos los guardias y el personal conocían la esquina ciega del sótano donde no había cámaras de seguridad y nadie podía oír los gritos de un capullo al que un buen escarmiento le estaba haciendo chillar como una puta.

Billy se recostó en la silla y sacudió la cabeza. La chica que estaba dentro era muy agradable, realmente agradable. Claro que lo que le había pasado a su hermano... Las vidas duras solían generar buena gente, ¿verdad?

* * *

Grier Childe se sentó ante una mesa de acero inoxidable en una fría silla de acero inoxidable que estaba frente a otra silla de acero inoxidable. Todo el mobiliario estaba atornillado al suelo y las únicas cosas que había, aparte de él, eran una cámara de seguridad en el techo, en una esquina, y la bombilla, que estaba metida en una jaula. Las paredes estaban hechas de bloques de cemento que habían sido pintados tantas veces que casi estaban tan suaves como el papel pintado, y el aire olía a friegasuelos cutre, a la colonia del último abogado que había estado allí y a tabaco rancio.

Aquel sitio no podía ser más diferente al lugar donde ella solía trabajar. Las oficinas de Boston de Palmer, Lods, Childe, Stinston & Dodd eran como un museo de mobiliario y obras de arte del siglo XIX. En PLCS&D no había guardias armados ni detectores de metales y nada estaba atornillado para evitar que lo robaran o que alguien lo lanzara.

Allí los uniformes eran de Brooks Brothers y Burberry.

Llevaba alrededor de dos años ejerciendo de abogada de oficio y había tardado casi doce meses en llegar a tener una buena relación con la gente de recepción, con el equipo y con los guardias. Pero ahora, ir allí era como volver a casa. Sentía verdadero cariño por aquella gente.

Era un montón de buenas personas a las que les había tocado hacer el trabajo sucio del sistema.

Abrió el expediente de su nuevo cliente, revisó los cargos, el formulario de entrada y su historia. Isaac Rothe, veintiséis años, vivía en un piso de la calle

Tremont. Sin trabajo. Sin antecedentes. Detenido la noche anterior junto con ocho individuos más en una redada llevada a cabo en un garito de juego y lucha clandestino. No fue necesaria orden de detención porque los luchadores estaban allanando una propiedad privada. Según el informe policial, su cliente estaba en el *ring* en el momento en que llegó la policía. Al parecer, el tipo contra el que había luchado estaba siendo tratado en el Mass General.

Son las nueve de la mañana de un domingo, ¿qué haces ahí?

Con la cabeza gacha, Grier cerró los ojos con fuerza.

Ahora no, Daniel.

Es sólo un comentario.

La voz de su hermano muerto entraba y salía flotando de su cabeza desde atrás y aquel incorporéico sonido la volvía loca.

Tienes treinta y dos años y, en lugar de estar ligando con algún tío bueno, estás ahí sentada en la comisaría con un café de mierda.

No estoy tomando café.

En aquel momento, la puerta se abrió de par en par y Billy apareció.

—Pensé que tal vez le gustaría tomar algo para despertarse.

Bingo, dijo su hermano.

Cállate, replicó ella mentalmente.

—Billy, eres muy amable.

Tomó lo que el supervisor le ofrecía y notó cómo se dispersaba el calor del vaso de papel en la palma de su mano.

—En realidad, es como aguachirle. Todos lo odiamos —señaló Billy sonriendo—. Pero es una tradición.

—Ya. —Fruunció el ceño al ver que él se quedaba allí—. ¿Algún problema?

Billy dio una palmada en la silla vacía que tenía al lado.

—¿Le importaría sentarse aquí?

Grier posó el vaso.

—Por supuesto que no, pero ¿por qué...?

—Gracias, cielo.

Se quedaron en silencio. Estaba claro que Billy estaba esperando a que ella se cambiara de sitio y no tenía ninguna intención de dar explicaciones.

Arrastrando el archivo, se cambió de silla para ponerse de espaldas a la puerta.

—Ésa es mi chica. —Billy le apretó el brazo y se lo acarició.

Aquel cambio de posición le permitía ver la vaporosa aparición de su joven y querido hermano. Daniel estaba tranquilamente apoyado al fondo de la habitación con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y los brazos entrelazados sobre el pecho. Tenía el cabello rubio y limpio y llevaba un polo de color coral y un pantalón corto de madrás.

Era como un modelo de un anuncio de Ralph Lauren pero en muerto viviente, cien por cien americano, un privilegiado bronceado y a punto de levar las anclas de un velero en el puerto de Hyannis.

Sólo que esa vez no le sonreía, algo que solía hacer.

Quieren que esté de frente a la puerta para que el guardia de fuera pueda vigilarlo. No quieren que te quedes acorralada en la habitación. Así, si el tío se pone agresivo, será más fácil sacarte.

Se inclinó hacia delante olvidándose de la cámara de seguridad y de que estaba hablando sola.

—Nadie va a...

Tienes que dejarlo. Deja de intentar salvar a la gente y haz tu vida.

—Lo mismo digo. Deja de perseguirme y haz tu eternidad.

Lo haría. Pero tú no me dejas irme.

Dicho eso, la puerta tras ella se abrió y su hermano desapareció.

Grier se puso tensa al oír el tintineo de las cadenas y los pies arrastrándose.

Luego lo vio.

« Por todos los santos... » .

Lo que Shawn C. había traído del calabozo era un metro noventa y tres centímetros de puro músculo. Su cliente estaba « vestido », es decir, que llevaba puesta la ropa de presidiario, y tenía los pies y las manos unidos por una cadena de acero que le recorría las piernas por delante e iba sujeta alrededor de la cintura. Su duro rostro tenía las mejillas hundidas, como solía suceder con la gente que tenía cero grasa corporal y su cabello era oscuro y muy corto, como el de un militar. Tenía algunos moratones arracimados alrededor de los ojos que ya se estaban desvaneciendo, una venda de color blanco reluciente en el nacimiento del pelo y el cuello enrojecido como si hubiera sido maltratado hacía muy pero que muy poco tiempo.

Lo primero que pensó fue que se alegraba de que el bueno de Billy McCray le hubiera hecho cambiar de sitio. No sabía por qué, pero tenía la sensación de que, si su cliente hubiera querido, podría haber tumbado a Shawn C. en un abrir y cerrar de ojos, a pesar de las esposas y del hecho de que el guarda era fuerte como un bulldog y tenía años de experiencia tratando a hombres grandes e imprevisibles.

Los ojos de su cliente no se encontraron con los suyos, sino que se quedaron clavados en el suelo mientras el guardia lo embutía en el pequeño espacio que había entre la silla vacía y la mesa.

Shawn C. se inclinó y le dijo algo al oído. O más bien le gruñó algo.

Luego, el guarda miró a Grier y esbozó una sonrisa tensa, como si aquello no le gustara nada pero hubiera decidido comportarse de manera profesional.

—Estaré al lado de la puerta. Si necesita algo, dé un grito y vendré. —Y, en voz baja, añadió—: Te estaré vigilando, muchacho.

Por alguna razón, tantas precauciones no le sorprendían en absoluto. El simple hecho de estar sentada enfrente de su cliente le hacía estar alerta. No se lo quería imaginar andando por la cárcel. Dios, era enorme.

—Gracias, Shawn —dijo en voz baja.

—De nada, señorita Childe.

Y se quedó a solas con el señor Isaac Rothe.

Calculó la enorme envergadura de sus hombros y percibió que ni se retorció ni estaba inquieto, lo que le pareció una buena señal: nada de metadona o coca en su organismo, afortunadamente. Tampoco la miraba de forma inapropiada, no observaba la pechera de su traje ni se relamía. De hecho, ni siquiera la miraba y permanecía con los ojos clavados en la mesa que tenía delante.

—Soy Grier Childe. Me han asignado su caso. —Como él no levantó los ojos ni asintió, ella continuó—: Cualquier cosa que me cuente será información privilegiada, lo que quiere decir que, dentro de los límites de la ley, quedará entre usted y yo. Es más, la cámara de seguridad que está ahí arriba no tiene audio, de manera que nadie más podrá oír lo que usted me diga.

Esperó una respuesta que nunca llegó. Él se limitó a permanecer allí sentado, respirando rítmicamente. Una enorme fuerza en potencia con las esposas que llevaba en las manos puestas sobre la mesa y el enorme cuerpo encajado en la silla.

En la primera reunión, los clientes que solía tener allí se quedaban repanchingados en la silla haciéndose los huraños o fingían estar indignados y sentirse ofendidos y soltaban una perorata exculpatoria. Pero él no hizo nada de eso. Tenía la espalda recta como el palo de una escoba y estaba completamente alerta, pero no dijo ni una palabra.

Ella se aclaró la garganta.

—Los cargos contra usted son serios. El tipo con el que estaba luchando está ingresado en el hospital con una hemorragia cerebral. Por ahora está acusado de agresión en segundo grado e intento de asesinato, pero, si muere, será asesinato u homicidio involuntario.

Nada.

—Señor Rothe, me gustaría hacerle una pregunta, si no le importa.

Ninguna respuesta.

Grier apoyó la espalda en la silla.

—¿Puede usted oírme?

Justo cuando se estaba preguntando si tendría alguna discapacidad que ella ignorara, habló.

—Sí, señora.

Tenía una voz tan profunda y seductora que la hizo quedarse sin respiración. Aquellas dos palabras fueron pronunciadas con una delicadeza que no encajaba en absoluto con el tamaño de su cuerpo ni con la severidad de su rostro. Además,

tenía un acento que identificó como sureño.

—Estoy aquí para ayudarle, señor Rothe. Lo entiende, ¿verdad?

—No es por faltarle al respeto, señora, pero no creo que pueda.

Definitivamente sureño. Hermosamente sureño, a decir verdad.

Sacudió la cabeza para centrarse.

—Antes de que usted me despidiera, le recomendaría que tuviera en cuenta un par de cosas. La primera es que, por ahora, no han fijado fianza para usted, así que se quedará aquí metido mientras su caso avanza, lo que podría significar meses. La segunda es que, quien se representa a sí mismo tiene a un loco por cliente, lo cual no es sólo un dicho. Yo no soy el enemigo. Estoy aquí para...

Por fin la miró.

Tenía los ojos del color de la escarcha que empañaba los cristales de las ventanas y estaban llenos de sombras de actos que ensuciaban el alma. Cuando esa adusta y exhausta mirada le traspasó la cabeza, se le paró el corazón y supo al instante que no era un simple matón callejero.

Era un soldado. Tenía que serlo. Tenía la misma mirada que su padre en las noches en que no abría la boca.

La guerra le hacía eso a la gente.

—¿Irak? —le preguntó en voz baja—. ¿O Afganistán?

Arqueó un poco las cejas, pero ésa fue la única respuesta que obtuvo de él.

Grier le dio unos golpecitos al expediente.

—Deje que haga que le fijen la fianza. Empezaremos por ahí, ¿vale? No tiene que darme explicaciones de su arresto ni de qué sucedió. Sólo necesito saber sus vínculos con la sociedad y dónde vive. Sin arrestos previos, creo que podríamos intentar...

Se calló al darse cuenta de que él había cerrado los ojos.

Vale. Primera vez en su vida que tenía un cliente que se echaba una cabezadita en plena reunión. Quizá Billy y Shawn C. tenían menos de lo que preocuparse de lo que creían.

—¿Le estoy aburriendo, señor Rothe? —le preguntó al cabo de un rato.

CAPÍTULO

5



—¿Le estoy aburriendo, señor Rothe?

No. Imposible. La voz de su abogada de oficio era una especie de nana a oídos de Isaac. Aquella aristocrática entonación y la gramática perfecta le tranquilizaban de tal forma que, por extraño que pareciera, hacía que ella le diera miedo. Al principio había cerrado los ojos porque, simplemente, le parecía demasiado hermosa para mirarla, pero al hacerlo había obtenido un beneficio añadido. Sin la distracción de aquel rostro perfecto y aquella mirada inteligente, pudo concentrarse totalmente en sus palabras.

La forma que tenía de hablar era poesía hasta para un tío que pasaba de los corazones y las flores.

—Señor Rothe.

No era una pregunta, era un reclamo. Evidentemente, estaba empezando a hartarse de su culo.

Entreabrió ligeramente los párpados y sintió un pinchazo en el esternón. Intentó autoconvencerse de que le había impresionado tanto porque hacía años que no tenía tan cerca a una verdadera dama. Al fin y al cabo, la mayoría de las

hembras que se había follado o con las que había trabajado eran bastante toscas, como él. Por ello, aquel ejemplar meticulosamente peinado, claramente educada y exóticamente perfumada que estaba al otro lado de la mesa, era una especie de excepción deslumbrante.

Dios, probablemente se desmayaría si viera su tatuaje.

Y saldría corriendo y dando gritos si supiera cómo se había estado ganando la vida durante los últimos cinco años.

—Déjeme intentar solucionar lo de la fianza —repetió—. Luego ya veremos.

No le quedó más remedio que preguntarse por qué se preocupaba tanto por un pringado al que no conocía de nada, pero estaba claro que en sus ojos brillaba una misión y puede que aquello lo explicara: obviamente, bajaba allí abajo a mezclarse con la chusma para exorcizar algún tipo de demonio. Puede que fuera un caso de culpabilidad por exceso de dinero. O algo religioso. Fuera cual fuera la razón, lo hacía con una determinación de mil demonios.

—Señor Rothe, déjeme ayudarle.

No quería que se involucrara en su caso, pero si podía hacer que lo soltaran, podría largarse y allí fuera estaría mucho más seguro, desde luego: su antiguo jefe no tendría ningún problema en enviar a un hombre a aquel calabozo para asesinarlo delante de las narices de los guardas.

Para Matthias eso sería un juego de niños.

La conciencia de Isaac, que llevaba mucho tiempo en silencio, lo llamó a gritos, pero la situación era de cajón: ella tenía pinta de ser la típica abogada que conseguía lo que quería del sistema, así que, por muy poco que le gustara involucrarla en el lío en que estaba metido, pesaban más sus ganas de continuar con vida.

—Se lo agradecería mucho, señora.

Ella respiró hondo, como si estuviera haciendo una pausa en plena maratón.

—Bien. Perfecto. Veamos, aquí dice que vive en Tremont. ¿Cuánto tiempo lleva allí?

—Sólo dos semanas.

Por la manera en que ella juntó las cejas, intuyó que aquello no iba a ser de mucha ayuda.

—¿Está desempleado?

El término técnico era «ausente sin permiso», pensó.

—Sí, señora.

—¿Tiene familia aquí, o en otro lugar del Estado?

—No.

Su padre y hermanos pensaban que estaba muerto, por suerte para él. Y para ellos, con toda probabilidad.

—Al menos no tiene antecedentes. —Cerró el expediente—. Subiré a ver al juez en media hora, más o menos. La fianza va a ser muy alta, pero conozco a

algunos fiadores con los que podríamos hablar para conseguir el dinero.

—¿A cuánto cree que podría ascender?

—A veinte mil, con un poco de suerte.

—Puedo pagarlo.

Grier volvió a fruncir el ceño y abrió de nuevo el expediente para echar un segundo vistazo a los papeles.

—Aquí consta que ha declarado no tener ingresos ni ahorros.

Él se quedó callado y ella no pareció censurarlo ni sorprenderse. Sin duda, estaba acostumbrada a que la gente como él mintiera. Sin embargo, apostar a que el cuello a que, por desgracia, lo que él le estaba ocultando era bastante más mortífero que a lo que le tenían acostumbrada sus travesuras de buena samaritana.

Mierda. En realidad, estaba poniendo su vida en peligro. Matthias tenía una red muy amplia en lo que a misiones se refería y cualquiera que estuviera cerca de Isaac corría el riesgo de convertirse en objetivo.

Aunque una vez que se hubiera ido, ella no volvería a verlo jamás.

—¿Qué tal la cara? —le preguntó al cabo de un rato.

—Bien.

—Tiene pinta de doler. ¿Quiere una aspirina? Tengo alguna.

Isaac clavó la vista en sus manos engrilletadas.

—No, señora. Pero gracias.

Escuchó el repiqueteo de sus altos tacones al ponerse en pie.

—Volveré después de... —La puerta se abrió y el musculitos que lo había traído desde el calabozo entró precipitadamente—. Voy a hablar con el juez —le dijo al guardia—. Por cierto, ha sido un auténtico caballero.

Isaac permitió que lo levantara a empujones, aunque no estaba prestando atención al guardia, sino a su abogada de oficio. Hasta caminaba como una dama...

Notó un fuerte tirón en el brazo.

—Deja de mirarla —ordenó el guarda—. Un tipo como tú no se merece ni mirar a una chica como ella.

La forma en que el señor Educación lo estaba agarrando era un poco incómoda, pero aquel hijo de puta tenía toda la razón del mundo. Aunque hubiera tenido un trabajo inofensivo y sólo un par de multas por exceso de velocidad, Isaac no se acercaría ni por asomo a la liga en la que jugaba aquella mujer. Por el amor de Dios, si ni siquiera practicaban el mismo deporte.

CAPÍTULO

6



Hacía mucho que Jim Heron era consciente de que había dos clases de gimnasios en el mundo: los comerciales y los de la vieja escuela. En los primeros, los colores estaban combinados, había mujeres que asistían a clases de *spinning* completamente equipadas y tíos con tatuajes de carpas a lo John Mayer levantando pesas con guantes acolchados. En ellos se esperaba que limpiaras las máquinas después de usarlas y alegres monitores bronceados con espray controlaban tus idas y venidas.

Había probado a ir a uno de éstos justo después de dejar Operaciones Especiales y casi se convierte en teledicto.

Los de la vieja escuela, como en el que estaban entrando Adrian, Eddie y él en el sur de Boston, eran más de su estilo. El gimnasio de Mike era un mundo para hombres, nena: olía a sobaco, las paredes eran dignas de una prisión y estaban llenas de fotos descoloridas de Arnold en los años ochenta. Las colchonetas eran de color azul neón, las pesas eran de hierro y la única bicicleta estática que había en un rincón era de éstas con un ventilador metido en una jaula que servía para hacer trabajo de resistencia contra el viento.

Aquel putito trasto con el sillín lleno de polvo era una reliquia.

Los hombres que hacían circuitos en las máquinas o que levantaban pesas a su bola eran corpulentos, parcos en palabras y estaban llenos de tatuajes de la Virgen María, de Jesús y de la cruz. Había un montón de narices rotas que habían cicatrizado torcidas y algunas fundas de mala calidad sobre varios incisivos, sin duda fruto de partidos de *hockey* o de peleas en bares.

Estaba claro que todos se conocían, porque entre ellos se percibía cierta relación. Jim se acercó a la mesa de recepción sintiéndose como en casa. El tipo que había tras ella era un hombre de unos sesenta o sesenta y cinco años o tal vez de setenta de tez rubicunda, ojos de color azul claro y el pelo más blanco que la espuma de una cerveza Bass Black & Tan.

—¿Puedo ayudarte, chicos? —dijo el hombre mientras bajaba el *Boston Herald*.

Un par de socios volvieron la vista hacia ellos y se les quedaron mirando. Jim y sus acompañantes no eran precisamente pesos pluma, pero eran desconocidos, lo que les hacía preguntarse qué coño hacían allí.

—Estoy buscando a un tío —contestó Jim, sacando el folleto con la foto de Isaac y extendiéndolo sobre el astillado mostrador de formica—. ¿Lo ha visto alguna vez por aquí?

—No —respondió el tipo sin bajar la vista—. No he visto a nadie.

Jim miró a su alrededor. Había muchos más ojos sobre ellos y muchas más pesas paradas. Obviamente, presionar al viejo no era una opción inteligente si no quería salir de allí escaldado.

—Vale. Gracias.

—Nada. —El *Herald* subió de nuevo a su sitio.

Jim dio media vuelta y volvió a doblar la foto de Isaac. Mientras iba hacia la puerta, maldijo entre dientes. Aquél era el tercer sitio donde lo intentaban y lo único que habían conseguido eran evasivas.

—Eh. Yo lo conozco.

Jim se detuvo y miró hacia atrás por encima del hombro. Un tío con una camiseta del Cuerpo de Bomberos de Boston se acercó.

—A mi viejo no le gusta meterse en líos. —El tipo señaló el folleto con la cabeza—. ¿Tiene algo que ver contigo?

—Es mi hermano. —Aquello no era del todo mentira. Tenían una relación visceral debido a lo que Isaac y él habían vivido en Operaciones Especiales. Además, estaba lo de la deuda.

—Lo detuvieron anoche.

Jim arqueó súbitamente las cejas.

—¡No jodas!

—Tengo varios primos polis e hicieron una redada en un combate. Tu hermano es un asesino de jodones. La gente se metía con él en el *ring* para

llevarse la pasta, pero no le ganaban nunca. No perdió ni una vez.

—¿Cuánto lleva por aquí?

—Sólo lo he visto luchar tres veces, o así. —Pronunció «visto» con pena—. Por aquí si una panda de cabrones quiere reunirse para romperse la crisma, allá ellos. Pero hay que ir de legal, por eso hicieron la redada. El organizador siempre lo hacía, menos con tu chico.

Maldito capullo. Que la poli hubiera fichado a Isaac no era nada bueno.

—Viejo, pásame el *Herald*. —El tipo extendió el brazo hacia su padre y cogió el periódico. Empezó a pasar las páginas—. Aquí está.

Jim leyó el artículo por encima. Peleas clandestinas, bla, bla, bla... ¿Isaac Rothe? Un momento, ¿usaba su verdadero nombre?

Hablando de dianas en el pecho... Para Matthias infiltrar a alguien en el sistema penal para matar a aquel hijoputa sería pan comido.

—Si quieres ver a tu hermano —dijo el bombero con cara pensativa—, puedo decirte adónde irá al salir.

* * *

No habían pasado más de dos horas desde que Grier había dejado a su cliente para ir a ver al juez y ya estaba al volante de su Audi A6, atascada en el tráfico cerca del Boston Common. Por suerte, éste se volvió más fluido a la altura de Chinatown y finalmente pudo salir por el otro lado en la calle Tremont.

En parte tenía prisa porque, en realidad, no tenían tiempo para aquello. Tenía una reunión con una empresa de Fortune Fifty a la una en su oficina del distrito financiero y, en aquel momento, sus rascacielos se estaban haciendo cada vez más pequeños en el espejo retrovisor.

Pero necesitaba más información. Aquélla era la segunda de las razones por las que tenía tanta prisa.

Mientras se maldecía a sí misma, se preparó para una de las apariciones de Daniel y miró hacia el asiento trasero. Al ver que no aparecía, respiró hondo.

Ciertamente, lo que menos necesitaba en aquel momento era a su consejero editorial metafísico.

Daniel había muerto hacía dos años y medio, y la primera vez que se le había aparecido había sido en sueños, la noche anterior al funeral. Se había sentido realmente aliviada al verlo sano y salvo, en lugar de colocado por la heroína, y en aquel sueño habían hablado como solían hacerlo antes de que la adicción acabara con él. El salto a la «vida real» había tenido lugar unos seis meses después. Una mañana estaba hablando con él y la alarma había sonado. Sin pensarlo dos veces, había extendido el brazo para apagarla y entonces se había dado cuenta de que estaba despierta y que él estaba aún allí con ella.

Daniel había sonreído cuando ella se había levantado de golpe, como si

estuviera orgulloso de sí mismo. Y luego, con su tranquilidad característica, le había informado de que no se estaba volviendo loca. La otra vida existía en realidad, y allí era donde él estaba.

Le había llevado algún tiempo acostumbrarse, pero, dos años después, ya no cuestionaba sus visitas periódicas para saludarla, aunque se las guardaba para sí misma. Después de todo, que ella pensara que no estaba loca no quería decir que el resto del mundo estuviera de acuerdo, y era lo que le faltaba. Además, aunque se tratase de una alucinación y se estuviera convirtiendo en un personaje salido de *Una mente maravillosa*, a ella le funcionaba, así que, al diablo con los expertos en salud mental: había echado mucho de menos a Daniel y, en cierto modo, él había vuelto.

Se volvió a centrar en los muros de ladrillo que se alzaban a ambos lados de la calle Tremont y siguió los números que había al lado de las puertas, cuando los había. Aún no podía creer que hubiera conseguido la fianza para su cliente, si bien era cierto que la falta de antecedentes de éste y lo desbordado que estaba el sistema habían obrado en su favor.

El señor Rothe, por su parte, no pareció ni sorprendido ni contento cuando se lo contó. Se limitó a pedirle con su educación y parquedad características que fuera a su piso y cogiera veinticinco mil dólares en efectivo, porque no había nadie a quien pudiera llamar para que se acercara hasta allí.

Claro. Ningún problema. Por supuesto.

Como si manipular dinero negro en efectivo no la convirtiera en cómplice ni amenazara su posición en modo alguno.

Aún seguía sacudiendo la cabeza al pensar en la situación cuando redujo la velocidad delante de una casa de tres plantas que había sido dividida en apartamentos. No había sitio para aparcar en kilómetros a la redonda, por supuesto. Maldijo y dio la vuelta a la manzana un par de veces, dudando si arriesgarse a aparcar en doble fila cuando por fin, aleluya, un coche se fue al otro lado de la calle. Tardó un segundo y medio en hacer un cambio de sentido ilegal y meter el coche en el hueco. No tenía pegatina de residente, pero no iba a tardar mucho y, por lo menos, no estaba delante de una boca de incendios.

Salió del coche y se acurrucó bajo el fino abrigo de lana. Abril en Nueva Inglaterra, al lado del océano, se traducía en treinta días de viento cortante y húmedo que te helaba hasta los huesos y causaba estragos en el pelo. Y eso no era lo peor: había charcos por todas partes, aunque no hubiera llovido. Toda la ciudad parecía gotear, como si fuera una esponja que hubiera superado su capacidad: los coches, los edificios, los larguiruchos árboles... Todo ello absorbía la humedad del aire y lo redirigía hacia el asfalto impermeable y el cemento que pisabas, haciéndolos más apropiados para unos L.L. Bean que para unos Louboutin.

Una vez en la entrada principal de la casa, estiró la cabeza para ver más de

cerca el interfono de los años setenta en el que había tres pequeños botones. Siguió las instrucciones que le había dado Isaac y pulsó el de abajo del todo.

Al cabo de un rato, le abrió una mujer con un abrigo afgano retro del tamaño de un edredón que hacía daño a la vista. Tenía el pelo enroscado en tirabuzones del color de una calabaza de Halloween y llevaba un cigarro entre las uñas pintadas de la mano derecha.

Obviamente, su atuendo se había quedado anclado en la época del interfono.

—¿Eres la chica de Isaac?

Grier extendió la mano sin corregirla. Pensó que era mejor «chica» que «abogada».

—Soy Grier.

—Me ha llamado. —La mujer retrocedió—. Me dijo que te dejara entrar. ¿Sabes? No pareces su tipo.

A Grier le vino a la cabeza una imagen fugaz del hombre sentado, tan callado e inquietante. Según su teoría, aquel tipo debería salir con una pistola Beretta.

—Los polos opuestos se atraen —explicó, mirando por encima del hombro de la casera. Al fondo del estrecho pasillo, la escalera brillaba en la distancia como una baliza espiritual, a la vez evidente e inalcanzable.

—Bueno —respondió la casera, dejándose caer contra el papel pintado hecho jirones—. Hay polos opuestos, como ser parlanchín y callado, y hay otros polos opuestos. ¿Cómo os conocisteis?

Mientras la mirada curiosa de la casera se detenía sobre la cadena de oro de Grier, ésta tuvo la tentación de responder «en la cárcel», simplemente para ver hasta qué punto podrían salirse de las órbitas los ojos de aquella mujer.

—Nos emparejaron.

—Vaya, ¿como con eHarmony, o algo así?

—Exacto. —Su compatibilidad radicaba en que él necesitaba a alguien licenciado en derecho para conseguir que le fijaran la fianza y en que ella tenía un doctorado en jurisprudencia de Harvard—. ¿Puedo entrar ya en su casa?

—Parece que tienes prisa. ¿Sabes? Mi hermana lo intentó con eHarmony. El tío al que conoció era un capullo integral.

Al final, conseguir que la casera subiera las escaleras le costó tanto como cargársela al hombro y acarrearla hasta el tercer piso. Sin embargo, tras diez minutos más esquivando preguntas, por fin llegaron a la puerta.

—Creo que deberías pensar en... —dijo la casera, poniendo las llaves en acción y comenzando a abrir los cerrojos.

—Muchas gracias por su ayuda —cortó Grier, colándose dentro y dejando a la mujer fuera, en el pasillo.

Se recostó contra los paneles de madera, respiró hondo y oyó una queja desvanecerse escaleras abajo.

Entonces se dio la vuelta y... Dios santo.

El inhóspito cuarto estaba tan deslucido y solitario como un pobre viejo, lo que demostraba que la pobreza, al igual que la edad, era un gran equalizador. Podría estar en un sitio cualquiera donde se vendieran drogas o en cualquier edificio a punto de ser derribado en cualquier ciudad de cualquier país: los viejos suelos de pino tenían el brillo de un papel de lija y en el techo había manchas de humedad en las esquinas del color de la orina. No había ningún mueble a la vista, ninguna mesa, silla o televisión. Sólo un saco de dormir, un par de botas militares y alguna ropa pulcramente doblada y amontonada en pilas.

La almohada de Isaac Rothe era una simple sudadera.

Mientras estaba dentro del piso, le vino a la cabeza el último lugar en el que había estado su hermano. Al menos su cliente era limpio y allí no había agujas hipodérmicas y cucharas sucias por todas partes: aquella austeridad no parecía fruto de las prioridades sesgadas de un adicto.

Aunque, Dios santo, seguía siendo realmente desagradable recordar el sitio donde Daniel había acabado. La suciedad, las cucarachas, la comida podrida...

Se obligó a moverse y entró en la cocina. No le sorprendió encontrar las alacenas, los cajones y la nevera totalmente vacíos. En el baño había una cuchilla y crema de afeitar, un cepillo de dientes y una pastilla de jabón.

Cuando llegó al dormitorio, que estaba totalmente vacío, fue hacia el armario y utilizó la linterna de su llavero para examinar el interior. El panel del que Isaac le había hablado estaba en la parte superior izquierda y logró abrirlo sin problema.

En efecto, allí estaba: una bolsa de plástico del Star Market con veinticinco mil dólares en efectivo oculta en el hueco polvoriento que había entre las tablas que lo enmarcaban. O al menos aquel gran fajo de billetes tenía el aspecto y el peso que tendría dicha cantidad de dinero.

Se oyó un crujido.

Grier se quedó paralizada.

Escuchó con atención.

Miró por encima del hombro conteniendo la respiración, pero lo único que oyó fue el estruendo de su corazón.

Cuando vio que todo seguía en silencio, volvió a poner la bolsa en su sitio, colocó de nuevo el panel y cerró otra vez el armario. A continuación se dirigió hacia la ventana del otro lado de la habitación. Aquel maldito cristal estaba tan lechoso por culpa de la mugre, que era imposible que nadie viera nada desde el exterior, pero aun así se sentía como si la estuvieran observando.

Vio un destello y se inclinó para acercarse más.

Encima de la ventana habían encajado un par de diminutas placas metálicas en la pintura agrietada, una en el marco y otra en la moldura. En la parte inferior había otro par de ellas. Parecían estar hechas de cobre revestido con algún tipo de acabado mate. Si no se hubiera acercado, no las habría visto nunca.

Grier volvió a cruzar la sala de estar, la cocina y el baño, y se encontró las mismas cosas en todas y cada una de las ventanas. En la parte superior y en la inferior, dos en cada una. Las puertas estaban igualmente equipadas, tanto las interiores como la exterior.

Sabía perfectamente qué eran aquellas placas.

Su casa de Louisburg Square, en Beacon Hill, que valía millones de dólares, las tenía también en los marcos y las jambas. Eran receptores de un sistema de seguridad de última generación.

De pie en el centro del apartamento, se puso a darle vueltas a la cabeza. El piso estaba desierto, un saco de dormir de cuarenta dólares hacía las veces de cama, no había teléfono, pero el lugar estaba blindado como una cámara acorazada.

Era hora de indagar.

Con el suave trapito de limpiar las gafas de sol, revisó los efectos personales de su cliente sin dejar huellas y encontró el mando de la alarma entre los pliegues del saco de dormir. Eso y un par de pistolas del calibre cuarenta con sendos silenciadores y sin número de serie, y un cuchillo de caza muy gastado pero afilado con saña.

—Dios bendito —susurró, volviendo a dejar todo como lo había encontrado.

Se levantó de la «cama» y fue hacia la cocina. Hizo un recorrido sistemático por todas las manillas para borrar las huellas y luego miró bajo el fregadero y detrás de la nevera. La siguiente parada fue el baño. Las manos le temblaban mientras se deshacía de cualquier rastro que pudiera haber dejado a su paso e iluminaba con la linterna de bolsillo los rincones oscuros. Aunque confundida por una incipiente sospecha, era absolutamente consciente de que estaba violando la intimidad de su cliente, pero el sabueso que había en ella no podía parar: se sentía como si aquella búsqueda desesperada fuera fruto de la necesidad de desentumecer un músculo que hacía tiempo que no usaba. Había hecho aquello tantas veces en los pisos y los coches de Daniel que, cuando hubo terminado con la casa de Isaac Rothe, la sensación de estar sudorosa y ligeramente asqueada le resultó muy familiar.

Sin embargo, allí no había drogas. En ningún sitio.

Regresó a la sala de estar y analizó de nuevo las ventanas. Los veinticinco de los grandes merecían aquella protección, pero el sistema de seguridad no estaba activado. Lo que significaba que Isaac lo usaba como alarma para cuando dormía.

Según su experiencia, el único tipo de criminales con acceso a ese nivel de equipamiento eran los narcos o los capos de la mafia de muy alto nivel. El carácter de su cliente y su apariencia física no encajaban en ninguno de dichos perfiles, dado que normalmente solían ser hombres mayores y no tipos por debajo de los treinta con pinta de matones.

No obstante, había otra explicación posible.

Sacó el teléfono móvil y marcó un número al que había recurrido demasiadas veces en el pasado.

Cuando respondieron a la llamada, respiró hondo y se sintió como si se estuviera tirando por un barranco.

—Hola, Louie, ¿cómo le va a mi detective privado favorito? Eres un encanto. Ajá, estoy bien.

Mentira cochina.

Mientras se ponían al día, ella volvió al escondrijo del dinero y limpió el pomo del armario con el pedazo cuadrado de tela.

—La verdad es que necesito una cosa. Si tienes tiempo, ¿podrías investigar a una persona para mí, por favor?

Después de contarle a Louie todo lo que sabía de su cliente, que no era más que el nombre, la fecha de nacimiento y aquella dirección intrascendente, colgó.

Por supuesto, la pregunta era: ¿y ahora qué?

No había creído a Isaac Rothe cuando le había dicho que tenía dinero en efectivo, así que le había pagado la fianza ella misma. Era su única opción: el tribunal estaba dispuesto a dejar libre a su cliente, siempre y cuando los fiadores no estuvieran de por medio en el caso. Demasiado riesgo de fuga. Lo cual sugería que el juez debía de estar pensando en sabía Dios qué cuando tomó la decisión.

O más bien ella.

Echó un vistazo al piso vacío y se dio cuenta de que su cliente tenía la austeridad de un prófugo. Ni de broma se quedaría para el juicio.

Joder, probablemente no perdería ni un minuto más en cuanto lo soltaran. Estaba claro que tenía recursos y sus enseres cabían en una mochila.

Miró hacia la puerta.

Al menos ella podía permitirse perder los veinticinco de los grandes que había puesto. Su plan era comprometerse para que él confiara en ella y le dejara ayudarlo.

Pero aquello tenía toda la pinta de acabar siendo una lección demasiado cara para aprender que no se debía invertir en personas que no conocías y en las que no debías confiar.

CAPÍTULO

7



Er an las seis de la tarde cuando por fin un guardia sacó a Isaac de la celda. A pesar de lo que habían tardado en ir a buscarlo —tenía la sensación de que el personal se había tomado su tiempo—, una vez que habían decidido soltarlo, el proceso de liberación fue tranquilo y rápido. Le quitaron las esposas, le hicieron echar un par de firmas, se quitó aquella ropa, se puso la suya y le devolvieron la cartera.

No era capaz de quitarse a su abogada de la cabeza. No podía creer que hubiera conseguido que le fijaran una fianza. Ni que hubiera ido a buscar el dinero.

Joder, estaba en deuda con ella. Sin Grier Childe, no estaría a punto de obtener la libertad que le salvaría la vida.

No la había vuelto a ver desde que había ido a decirle que todo había salido bien con el juez, pero estaba claro que había solucionado lo del dinero, o él no llevaría puestos de nuevo sus propios calzoncillos.

Los calabozos del juzgado estaban separados del sector público por una serie de puertas que lo llevaron hasta la sala en la que se había reunido con ella. Acabó

de autoconvencerse de que estaba fuera de su alcance al llegar a la central de tramitación, donde lo habían fichado y fotografiado.

Dios, todavía podía oler su perfume.

Con un ruido metálico, el cerrojo de acero se abrió y el guardia le dedicó un empujón en lugar de un *bon voyage*.

—¿Quiere que lo lleve a algún sitio?

Isaac se quedó paralizado en la sala de espera. La señorita Childe estaba de pie sobre el linóleo, con un aspecto más apropiado para un cóctel que para la prisión del condado. Aunque seguía teniendo el cabello recogido en un moño, y a no iba de traje. Llevaba una especie de vestido negro y unas medias negras tan finas que tuvo que tragar saliva para poder hablar correctamente.

Pedazo de mujer.

—¿Quiere o no?—insistió.

Negó con la cabeza, sintiéndose como un Neandertal con los ojos como platos.

—No, gracias, señora.

Ella se dirigió hacia la salida y abrió la puerta. Se quedó de pie a un lado, con aspecto de valer un millón de pavos y como si no tuviera nada mejor que hacer en su tiempo libre que hacerle de portera.

Isaac salió de la sala de espera y entró en un vestíbulo en el que había simplemente una hilera de ascensores y una salida de incendios.

—Deje que lo lleve —le dijo ella mientras pulsaba la flecha de bajada—. Sé dónde vive, ¿no se acuerda? Además, no le resultará fácil conseguir un taxi en hora punta.

Tenia toda la razón. Además, sólo llevaba encima cinco dólares en efectivo.

—Ya me las arreglaré.

—Exacto, dejando que yo lo lleve. Hace frío y ni siquiera lleva puesto un abrigo, por el amor de Dios.

Otra gran verdad. Había perdido la sudadera en medio del caos, cuando lo habían esposado. Pero como todo lo que tenía que ver con él, aquello tampoco era de su incumbencia.

Ella se dio la vuelta como si no hubiera más que hablar y él se quedó mirando el complicado peinado que llevaba. No veía ninguna horquilla, ni nada parecido, pero aun así no parecía que se hubiera echado laca.

«Magia», pensó.

Sin darse cuenta, levantó la mano que tenía herida de asestar puñetazos como si le fuera a tocar la nuca. Afortunadamente, se detuvo a tiempo.

Al cabo de un instante, desapareció escabulléndose en silencio por el hueco de la escalera, que era amplio y cuadrado. Perfecto.

No hizo ningún ruido mientras se descolgaba por la barandilla para dejarse caer dos pisos más abajo, agarrándose justo a tiempo y balanceando el torso

hacia arriba. Aterrizó en silencio en cuclillas y no esperó ni un segundo para salvar los últimos escalones de un salto y llegar a la salida. Se topó de bruces con el frío viento de abril y les dio un susto de muerte a los fumadores que había al lado de la puerta, antes de dejarlos allí con un palmo de narices.

Echó a correr y su ruta le llevó primero a través de un oscuro laberinto y luego adonde estaban todas las joyerías, Macy's y Filene's Basement. Era hora punta, y las calles estaban llenas de empleados que huían del distrito financiero como almas que llevaba el diablo y que llenaban las estaciones de metro o se movían como ríos de hormigas por el parque. Afortunadamente, aunque en Chinatown había más tráfico y menos peatones, lo que le permitió acelerar el ritmo.

Mientras se abría paso, el esfuerzo le ayudó a olvidarse de que lo único que llevaba puesto era una camiseta de tirantes, aunque al menos aquel aire frío y húmedo evitaba que los moratones y el corte que tenía en la frente le dolieran demasiado. Cuando llegó a la manzana en la que vivía, casi se sintió contrariado por tener que bajar el ritmo: el ejercicio le venía bien para relajar la mente y evitar malos rollos.

Se aproximó por la parte de atrás a la casa de tres pisos, recorrió en zigzag los patios abandonados de los vecinos y se detuvo a unos diez metros de la puerta trasera. Las luces de la madriguera de la casera y las del segundo piso estaban encendidas, pero en el suyo estaba todo apagado.

Cuando estuvo lo bastante seguro de que no lo habían seguido, se inclinó y cogió una piedra. Se acercó entre las sombras, echó la mano hacia atrás, disparó y le dio a la oscilante bombilla sin lámpara que colgaba sobre la escalera, haciendo que la luz de fuera se apagara.

Isaac esperó un momento donde estaba. Aunque a menudo la velocidad era su aliada, no siempre era así. A veces la calma era la única responsable de que te despertaras a la mañana siguiente.

Abajo, una sombra se levantó y pasó por delante de las ventanas antes de hacer el viaje de vuelta hacia el resplandor de la televisión. No eran buenas noticias, pero tampoco le sorprendió. La señora Mulcahy sólo abandonaba su percha para ir a por comida y era de esas caseras pesadas que le hacían a uno plantearse las ventajas de los bancos del parque. Aquella noche, sin embargo, ella no era la razón por la que estaba entrando de forma furtiva en su propia casa. Había bastantes posibilidades de que, al haber sido fichado, los de Operaciones Especiales se hubieran enterado de dónde vivía, lo que significaba que aquel sitio ya no era seguro.

Tenía que entrar allí y largarse de inmediato.

Diez minutos más tarde, llegó a las escaleras de atrás. Introdujo la llave en la cerradura y ascendió por ellas como un fantasma.

En su camino hacia el último piso evitó los escalones que crujían, que eran

uno de cada cuatro. Menuda putada.

La puerta de su piso se abrió sin hacer ruido porque había engrasado las bisagras la noche que se había mudado y, con un rápido giro del cerrojo, se encerró dentro. Escuchó durante un instante y comprobó que el único ruido que había era el de la televisión de abajo pero, aun así, se quedó donde estaba más de un minuto para cerciorarse. Cuando estuvo seguro de que no había nada raro, se puso manos a la obra.

Se movió a la velocidad del rayo, silencioso como una sombra.

Salió de la cocina y entró en el cuarto que daba a la parte delantera.

Le echó un vistazo a sus cosas y se dio cuenta de que Grier había estado husmeando: el cambio que se había producido en el montón de ropa era tan sutil que sólo él sería capaz de darse cuenta, pero el sistema que había ideado para doblar estaba expresamente diseñado para dicho propósito.

Se puso la sudadera que utilizaba como almohada, se metió las dos pistolas del calibre cuarenta en los dos grandes bolsillos centrales delanteros y se calzó las botas militares. Se guardó la munición, el cuchillo de caza y el teléfono móvil en los pantalones y a continuación se puso la cazadora negra, que era la única prenda de abrigo que tenía.

Fue hacia el dormitorio y, una vez allí, se dirigió hacia el armario.

En el escondrijo había veintisiete mil ochocientos cincuenta y tres dólares, así que aún le sobraría algo después de lo de la fianza.

Retiró el panel y extendió la mano.

—Joder.

No le hizo falta abrir la bolsa de Star Market para contar. Ya sólo por el peso se dio cuenta de que Grier no había cogido ni un solo dólar de los rollos de billetes de cien y de veinte, ni del esponjoso montón que estaba esparcido dentro.

Pero había estado allí. Si hubiera sido Matthias le habría quitado las armas para que no fuera tan peligroso. Y lo habría esperado para volarle los sesos.

Joder... Que la mierda del dinero en efectivo siguiera allí significaba o que había un fiador implicado o que ella misma había pagado la fianza con su propio dinero. Y dado que, cuando lo habían procesado, no había comentado nada sobre una tercera persona que hubiera puesto la pasta, debía de haber sido ella.

Mierda.

Se puso de nuevo en marcha, cogió la bolsa y volvió a colocar en su sitio el trozo de panel. Luego recorrió las ventanas y las puertas una por una, retirando los receptores con el cuchillo y guardándose las plaquitas metálicas en los bolsillos. No más de tres minutos más tarde, salió como había entrado: por la puerta de atrás y silencioso como una sombra.

Los quinientos dólares que dejó sobre la encimera de la cocina tendrían que cubrir la ruptura del contrato de alquiler y la señora Mulcahy se percataría de que se había ido cuando no diera señales de vida en un par de días.

Cuanto menos contacto tuviera con él, más segura estaría. Como su abogada. Joder.

Abajo, en el jardín trasero, los sentidos de Isaac se agudizaron mientras se deslizaba rodeando la casa dividida en apartamentos y salía corriendo de nuevo. No redujo la velocidad hasta que estuvo a más de dos kilómetros de allí. Se agachó en un callejón e hizo una llamada a la que respondieron al segundo tono.

—¿Sí?

—Soy Rothe.

El organizador de combates se animó al instante.

—Por los clavos de Cristo, me han dicho que estás en la cárcel. Oye, no puedo pagarte la fianza...

—Estoy fuera. ¿Luchamos esta noche?

—¡Qué coño, claro! De todos modos, íbamos a tener que largarnos de aquel sitio. Es increíble, ¿cómo lo has hecho?

—Dime la dirección y cómo llegar.

El sitio estaba a unos diez kilómetros, en un pueblo llamado Malden. Aquello tenía sentido, ya que, obviamente, a los polis de Southie no les hacía ninguna gracia que se celebraran combates en sus dominios. Lo que se convirtió en un misterio fue que el organizador hubiera conseguido que no lo empapelaran. A menos, claro, que fuera él quien hubiera dado el chivatazo y se hubiera largado a tiempo.

Con ese tipo de gente nunca se sabía.

Lo primero que hizo Isaac después de colgar fue buscar una marquesina de autobús en la que hubiera un horario. Cuando el monolito de diez ruedas que le correspondía llegó rodando lentamente, se subió y se sentó al lado de la ventana de la salida de emergencia.

Mientras miraba fijamente los pisos, los negocios y los edificios que iban dejando atrás, le entraron ganas de gritar.

Había decidido dejar Operaciones Especiales porque había descubierto que tenía conciencia, lo que significaba que no podía dejar pasar el hecho de que Grier Childe hubiera llegado tan lejos para protegerlo. Aunque tenía pinta de ser rica, veinticinco de los grandes era una pasta, valieras lo que valieras. Qué coño, ni siquiera se sentiría cómodo aunque fuera un fiador anónimo el que tuviera que pagar el pato, así que todavía menos con aquella elegante mujer a la que había mentido y enviado a hacer un recado inmoral.

No. No iba a dejarla en la estacada.

Y eso lo complicaba todo.

* * *

Dos horas después de salir de la cárcel sin su cliente y sin tener ni idea de adónde

había ido, Grier se encontraba en medio de una fiesta llena de gente que, supuestamente, pertenecían a su misma especie.

Todos ellos eran miembros de antiguas familias adineradas de Boston y tenían en común que sus ancestros iban a bordo del *Mayflower*.

Qué Dios les conservara la salud, pero algunos de aquellos personajes de sangre azul eran lo suficientemente mayores como para haber llegado ellos mismos a bordo de aquel barco.

Sin embargo, ella no tenía la cabeza en aquel salón de baile del Four Seasons. Ni en el hombre que tenía delante y que le estaba hablando de... ¿De qué era aquella fiesta? ¿Del Museo de Bellas Artes o del ballet?

Echó un vistazo a los murales que habían puesto. Eran reproducciones de Degas, algo que no tenía por qué ayudarle a resolver la cuestión, ya que aquellos tutús borrosos podían encajar en cualquiera de las dos categorías.

La pajarita que tenía delante seguía parlotando y ella seguía sin hacerle caso. Tenía la cabeza en aquel pasillo del juzgado, en el momento en que se había dado la vuelta delante de los ascensores y se había dado cuenta de que estaba sola.

Ni siquiera había oído moverse a Isaac, mucho menos marcharse. Estaba detrás de ella y, de repente, allí no había más que aire. Era asombroso que una persona de su tamaño pudiera desaparecer de aquella forma.

Por supuesto, no hacía falta ser ningún genio para suponer que se había ido por el hueco de la escalera trasera, así que había abierto de golpe la puerta de incendios y había salido detrás de él, zapatos de tacón en mano y corriendo escaleras abajo descalza, sólo con las medias. Había llegado hasta abajo del todo, había empujado la puerta y se había encontrado con un tipo encendiendo un cigarro. Le había preguntado si había visto salir a un hombre, pero él se había encogido de hombros exhalando una lechosa nube blanca y se había alejado.

Se había vuelto a poner los zapatos de tacón de aguja, había ido al aparcamiento subterráneo, se había metido en el coche y había vuelto al apartamento de su cliente. Arriba, las luces estaban apagadas, aunque eso ya se lo esperaba. El último lugar al que iría alguien que estuviera huyendo sería a la dirección que le había dado a la policía.

Sabía que se trataba de un cliente con riesgo de fuga, pero con lo que no contaba era con que se desvaneciera como la exhalación del fumador en la brisa, tan rápido como había aparecido.

Volviendo al presente, Grier dejó el chardonnay tibio en la bandeja de un camarero que pasaba, justo cuando empezó a notar la vibración del móvil en la cadera.

Se excusó y se escabulló al pasillo.

—¿Sí?

—¿Qué pasa, señorita Childe? ¿Cómo va eso?

—Pues esperando impaciente tu llamada, Louie.

—Vaya, tú sí que eres un encanto. Eres una buena chica. —Louie abandonó los cumplidos y fue al grano—: No te va a gustar lo que tengo que decirte.

«No sé por qué, no me sorprende», pensó Grier.

—Dime.

—Es un fantasma.

Hasta ahí, todos de acuerdo. Aunque, teniendo en cuenta que últimamente charlaba con su hermano muerto, los fantasmas podían ser reales.

—Pues me pareció bastante real cuando lo tenía sentado enfrente, al otro lado de la mesa.

—Bueno, el Isaac Rothe que he podido localizar murió hará unos cinco años en Mississippi. Lo encontraron muerto en la zanja de una granja. Tenía diecinueve años. Los artículos de los periódicos que he leído dicen que lo habían golpeado de tal forma que era imposible reconocerlo, pero la foto que saqué de la esquila encaja con la de la que le hicieron ayer por la noche para la ficha policial en la comisaría. Es el mismo tío.

—Dios santo...

—No es por nada, pero en aquella época lo de desaparecer era caro y costoso. Me refiero al hecho de haber vivido en la clandestinidad todo este tiempo. Hombre, claro que se puede hacer, el país es grande y tal, pero hay que andarse con ojo porque hay un montón de bases de datos centralizadas. El número de la Seguridad Social que ha estado usando no es el suyo, sino uno diferente al original, así que eso le podría haber ayudado a permanecer fuera del sistema. Pero tengo la corazonada de que sabe perfectamente lo que está haciendo. Y de que tiene un respaldo importante.

—¿Qué clase de respaldo importante?

—Te daré una pista: la primera palabra empieza por T y la segunda por S.

—¿Y el apellido es «Gobierno»?

—Me refería al Tío Sam, pero sí, eso es.

—A pesar de todo, no lo entiendo. Si quería permanecer en la clandestinidad, ¿por qué ha conservado el nombre? Lo más normal es comprar una nueva identidad, que suele incluir un nombre y un apellido diferente, ¿no?

—Los porqués tendrás que preguntárselos a él, pero lo primero que se me ocurre es que nunca pensó que lo buscarían. Y te diré algo más: yo que tú tendrías cuidado con él. Aquel cadáver no llegó a la zanja de Mississippi por casualidad. Apostaría mi anticipo a que alguien mató a un chico blanco que se parecía a él lo suficiente como para meterlo en un ataúd cerrado y, ¡sorpresa!, tu cliente aún respira. Así que ese hijo de puta podría ser un asesino.

Grier cerró los ojos. Genial. Aquello se estaba poniendo cada vez mejor: no sólo le había pagado la fianza a un tipo con riesgo de fuga que se había largado a la primera de cambio, sino que, además, era probable que éste hubiera matado a

alguien y fingido su propia muerte.

« ¿Educado y amable? Y una mierda », pensó mientras se preguntaba cómo demonios alguien como ella, que se había graduado *summa cum laude*, había podido ser tan estúpida.

Entonces la multitud se abrió y apareció Daniel vestido de esmoquin, apoyado contra uno de los Degas. Brindó con ella con una copa de champán mientras en su bello rostro se apreciaba un gesto de « te lo dije » .

El hijoputa del muerto tenía razón. Aunque ya hacía dos años que había fallecido, ella seguía haciéndole una especie de reanimación cardiopulmonar. Desesperada por devolverle la vida, se involucraba hasta la médula en los dramas ajenos y esa necesidad de entrometerse y ayudar a veces era lo único que le hacía seguir viviendo.

—¿Todo bien, niña?

Apretó el móvil con más fuerza y se preguntó qué diría el investigador privado si supiera que estaba mirando cara a cara a su omnipresente y difunto hermano.

—La verdad es que no, Louie.

—¿Te ha camelado?

—Me he camelado a mí misma.

—Bueno, tengo otro dato para ti, aunque no sé si contártelo. Creo que ya estás lo suficientemente metida en el ajo.

Ella se preparó y murmuró:

—Dispara. Ya puestos, quiero saberlo todo.

CAPÍTULO

8



Pradera norte, en el cielo

Muy por encima de la Tierra, en el reino celestial, el arcángel Nigel caminaba dando grandes zancadas sobre una hierba verde y alta con las manos unidas a la espalda, la cabeza gacha y la mirada fija en el horizonte. Se había puesto los pantalones blancos de croquet en vano, ya que su falta de concentración lo había convertido en un penoso contrincante para las prodigiosas habilidades del arcángel Colin con el mazo.

De hecho, las bolas que Nigel golpeaba salían disparadas por doquier e iban a parar a todas partes menos entre los palos.

Al final, había dejado de fingir. No lograba dejar de pensar en aquello que le irritaba y, por lo tanto, no podía centrarse en otra cosa que no fuera pasear mientras le daba vueltas a la cabeza.

Maldición, las reglas estaban para ser cumplidas. Por eso, cuando se trataba de un concurso de ingenio y artimañas, éstas debían ser fijadas antes de empezar, para que no hubiera lugar a dudas ni errores debidos a una mala interpretación en pleno juego. Verdaderamente, siempre había creído que un

concurso justo requería dos cosas: contrincantes del mismo nivel y parámetros bien definidos.

Y en el caso que les ocupaba, es decir, el futuro de la humanidad, el primer criterio se cumplía con bastante rigor. Tanto su bando como el de la demonio Devina estaban igualados en lo que a fortalezas, debilidades y empeño se refería.

Sobre todo el tema del empeño, dado que ambos « equipos » tenían claro lo que se jugaban: el mismísimo futuro del mundo de allá abajo pendía de un hilo, la paciencia del grandioso Creador había sido puesta a prueba durante el curso de un prolongado e inconcluso conflicto entre el bien y el mal en el planeta Tierra. Apenas unas semanas antes, desde las alturas habían informado de que habría siete últimas oportunidades para imponerse y que el ganador por minoría simple se haría no sólo con el mundo físico, sino también con los bucólicos cielos y las feroces profundidades del infierno.

Nigel comandaba el equipo de los « buenos » y Devina capitaneaba a los « malos ». Pero aquel insidioso demonio estaba haciendo trampas.

Las reglas decían que Nigel y Devina serían los que elegirían las almas « en juego » y que luego se sentarían a observar cómo Jim Heron interactuaba y se hacía cargo de la situación hasta que ésta finalizara con la redención o la condenación.

Siete oportunidades. Y la primera se había resuelto a favor de Nigel.

Las seis restantes serían luchas encarnizadas. Durante el transcurso de los acontecimientos, a Nigel y a Devina se les permitía « dar consejos » hasta cierto punto: como Nigel había ganado al lanzar la moneda, había sido el primero en poder aproximarse a Jim y, para garantizar la igualdad, a Devina también se le había permitido del mismo modo interactuar con aquel hombre. Pero ahora se suponía que debían mantenerse fuera del campo de juego, al margen, durante la mayor parte del tiempo, limitando las interacciones a los tiempos muertos ocasionales y a la reflexión del final del partido por parte del bando ganador.

Sin embargo, Devina se había quedado allá abajo. Se había quedado allá abajo y no dejaba de hacer de las suyas.

—Tú también interferiste.

Nigel se quedó inmóvil, pero no se volvió para mirar a Colin a la cara.

—Mi querido muchacho, anda y que te jodan.

Colin dejó escapar una potente carcajada, por una vez carente de sarcasmo.

—Ése es nuestro chico. Me preguntaba dónde te habrías metido después de lo mal que has jugado.

Aún de espaldas a su mejor amigo, Nigel se quedó mirando fijamente el castillo de altos muros que había al otro lado de la pradera, la Mansión de las Almas. Más allá de la enorme fortaleza de piedra, en un palacio infinito, agradable y tranquilo, estaban las almas de aquellos que habían demostrado ser bondadosos y de naturaleza virtuosa durante su estancia en la Tierra.

Si los ángeles no se imponían, todos aquellos que tanto merecían lo que ahora tenían, se perderían en los abismos del infierno. Ellos y todos, incluidos él mismo y sus tres socios.

—Lo de Adrian y Edward no forma parte de las reglas —señaló Colin.

—Ellos se limitan a cumplir órdenes. No tiene nada que ver con lo que ella está haciendo.

—Concedido. Pero a nosotros no nos falta representación allá abajo.

—Ella está jugando con los fundamentos del conflicto.

—¿De verdad te sorprende? —El tono de Colin, siempre agudo, se volvió serio —. Llevamos luchando contra ella demasiado tiempo como para ignorar su hipocresía. Tal vez sea por eso por lo que el Creador te permite continuar con nuestros dos emisarios.

—Puede que el Creador también quiera que ganemos.

Nigel se obligó a empezar a caminar de nuevo, pero no logró apartar la vista del puente sobre el foso y de la robusta entrada de la mansión. Observar aquella enorme puerta cerrada, de la que sólo él poseía la llave metafísica, lo tranquilizaba. Aunque, desafortunadamente, no había razón alguna para ello. Las almas únicamente estarían a salvo si ganaban aquellos combates.

—¿Vas a tomar más medidas? —preguntó Colin mientras trazaban una gran curva sobre la pradera para dirigirse hacia la mesa en la que estaba servido el té.

—¿Cómo?

—¿Estás dispuesto a arriesgarte a perder sólo por ser honesto?

Nigel agitó la mano para saludar a Bertie y Byron, que estaban sentados allá lejos, delante de una tetera y de un carrusel de diminutos sándwiches. Como era debido, no se habían servido aún el té ni habían comido nada, y no lo harían hasta que las otras dos sillas de la mesa estuvieran ocupadas. Mientras tanto, *Tarquin*, el adorado lebrél irlandés de Bertie, estaba hecho un ovillo en un asiento al lado del arcángel. La enorme bestia miraba fijamente a Colin y a Nigel, captándolo absolutamente todo con aquellos sabios y tranquilos ojos.

Nigel se toqueteó la corbata.

—La victoria y el engaño son incompatibles. Y lo de Adrian y Edward fue idea tuya. No sé por qué lo permito.

Colin maldijo y su aristocrática entonación añadió agudas aristas a las palabrotas.

—Sabes perfectamente que no tendremos ni una maldita oportunidad a menos que también nosotros infrinjamos las normas. Por eso has hecho la vista gorda.

La única réplica de Nigel fue una discreta tos, señal de que aquella conversación había llegado a su fin. Y con él en cabeza, ambos se dirigieron a la mesa que se ponía con sólo desearlo y que desaparecía de la misma manera.

Nigel, al igual que los demás, ni vivía ni respiraba, simplemente era. Con la

comida sucedía lo mismo, ni era necesaria ni existía, al igual que el paisaje y todo lo que los cuatro hacían para pasar la eternidad. Pero los lujos de una vida elegante tenían su valor. A decir verdad, las estancias que compartía con Colin estaban bien equipadas, y cuando estaban en ellas no era por necesidades del sueño, sino para llevar a cabo una recarga totalmente diferente.

La guerra era agotadora, las responsabilidades que ésta generaba infinitas y, en ocasiones, uno necesitaba auxilio físico.

Nigel ocupó su lugar en la mesa, reunió fuerzas y volvió a asumir el papel de líder al tiempo que Byron sonreía y los servía. Delante de los otros dos, siempre se comportaba como se esperaba de él. Colin, sin embargo, era diferente... aunque nada más que cuando estaban solos. Nunca cuando había otros presentes.

Mientras levantaba la bonita taza de porcelana china del platito, el perfumado vapor del Earl Grey se le introdujo en la nariz. Aunque en apariencia parecía tranquilo, en el fondo estaba preocupado.

No podían arriesgarse a perder ni una sola batalla, pero un caballero nunca jugaba sucio.

Tenía sus normas en cuanto al uso de la astucia en el juego.

Maldición.

CAPÍTULO

9



A las afueras de Boston, en el barrio periférico de Malden, Jim, Adrian y Eddie no eran más que unas sombras en la densa oscuridad mientras se aproximaban a un edificio de oficinas a medio construir. La estructura formaba parte de una urbanización caótica y abandonada en la que había quince edificios o más como aquél, y ninguno de ellos estaba en uso ni acabado siquiera, lo que sugería que la cuenta bancaria del promotor/propietario estaba herida de muerte.

Eso suponiendo que no hubiera cavado su propia tumba con papeleo relacionado con el capítulo siete, el de las bancarrotas, y se hubiera metido en el callejón sin salida de la liquidación.

En el edificio que estaban viendo había un círculo de césped dentro del bosque medio pelado de la parte de atrás, y los tres se quedaron entre los árboles mientras examinaban la distribución. El esqueleto de cinco pisos estaba cerrado con ventanas de cristales de color ciruela, pero no había ninguna luz encendida y en el aparcamiento de la parte de atrás lo único que había era tierra apisonada.

Aquel sitio estaba totalmente abandonado.

Al menos en lo que se refería a visitantes dentro de la ley.

Los intrusos ilegales llegaban a raudales formando una fila sorprendentemente ordenada con los coches y camionetas no muy lejos de donde estaban Jim y sus chicos.

Parecía que la información que les había dado el bombero del gimnasio era cierta.

—Me gustaría meterme en el *ring* a dar unos puñetazos y cargarme a un humano o dos —dijo Adrian.

Jim negó con la cabeza.

—No creo que sea eso lo que necesitamos en este momento.

—En tu vida anterior, ¿eras un par de frenos?

—Más bien una pared de ladrillo. Venga, vamos para abajo.

Se mezclaron con el resto de los hombres que se dirigían a la puerta trasera y Jim empezó a buscar a Isaac por si había conseguido salir de la cárcel y aún le quedaban ganas de pelea, lo cual no era muy probable. Pero, sobre todo, estaba alerta por si descubría a alguien con aspecto de soldado: fuerte, con cara de duro y que estuviera allí para hacer un trabajillo y no como espectador.

Buscaba al que se suponía que tenía que matar a Isaac.

Según la forma en que funcionaba equipo de Operaciones Especiales, sería alguien con el que ambos habían trabajado. Dada la cantidad de investigación, formación y campos de pruebas por las que había que pasar para entrar en el equipo, muy pocas personas lo conseguían y los nuevos reclutas tardaban años en formarse. Jim sólo llevaba fuera seis meses, conocería al asesino. E Isaac también.

—Vosotros entrad —les dijo a sus chicos mientras se acercaban a una puerta que se mantenía abierta gracias a un bloque—. Voy a dar una vuelta por aquí. Avisadme si veis a Rothe.

Aunque apostaría a que no lo verían. Si el soldado estaba realmente allí, estaría oculto en algún lugar observando quién había venido antes de dejarse ver. Después de todo, no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que ser fichado por la policía era como ponerse una bandera roja en el culo. Razón por la cual, en cierto modo, interceptar al asesino era incluso más importante que tropezarse con Isaac.

Mientras Eddie y Ad se colaban por la puerta de incendios, Jim se quedó atrás, pegado al edificio. Aquello era una costumbre más que una necesidad, ya que nadie lo podía ver. Otra ventaja de ser un ángel: podía elegir cuándo ser visible para los mortales.

Encendió un Marlboro que resultó ser tan invisible como su cazadora de cuero y sus botas militares y escrutó a la multitud mientras iba entrando en fila. Aquella noche, el gallinero estaba compuesto por fulanos normales y corrientes: un montón de panzas cerveceras de equipos universitarios que en otros cinco años serían los campeones del Estado. Sólo había gorras de los Patriots y de los Red

Sox y un par de sudaderas del Instituto Chelmsford. Cuando el río de gente se convirtió en un goteo, le entraron ganas de cagarse en todo. Tal vez debería haberse colado en aquella maldita jaula, aunque no habría sido fácil. Demasiada gente mirando y, aunque pudiera hacerse invisible, ¿qué pasaría si tenía que matar o salvar a alguien? El público se volvería loco y él probablemente acabaría apareciendo en algún artículo titulado « Los alienígenas existen » en el *National Enquirer*.

Un hombre emergió en solitario del anillo de árboles. Era enorme y la cazadora negra que llevaba no reducía en absoluto el tamaño de sus hombros. A medida que se acercaba, vio que caminaba como el soldado que era, mirando alrededor y con ambas manos en los bolsillos, como si empuñara una, o tal vez dos pistolas.

—Hola, Isaac.

Tan pronto como aquel nombre se le escapó de los labios, a Jim le invadió un impulso irrefrenable que convertía a aquel tío no sólo en un objetivo, sino en una meta.

El plan original consistía en encontrarlo, meterlo en un avión y sacarlo del país con algún dinero para facilitarle el camino. Ahora, sin embargo, se daba cuenta de que aquello no era suficiente.

Consciente de lo radicalmente que había cambiado la situación desde la última vez que había visto a Rothe aquella noche en el desierto, Jim evitó correr hacia él gritando su nombre o hacer cualquier otra cosa que pudiera asustar a aquel cabrón. En lugar de ello, atrajo la luz hacia él, invocándola desde la oscuridad al agitar las moléculas que había en torno a su cuerpo.

Se aseguró de levantar las manos vacías. Y de que Isaac fuera el único que lo viera.

Isaac volvió bruscamente la cabeza y un arma con pinta de peligrosa emergió de su cazadora.

Jim no se movió y se limitó a negar con la cabeza, un gesto universal que indicaba que no estaba allí para volarle la tapa de los sesos.

Cuando Isaac por fin decidió acercarse, lo hizo sin arriesgarse. Mientras avanzaba, sacó otra arma del bolsillo y la sujetó discretamente con el brazo caído al lado del costado. Ambas armas tenían silenciadores y se confundían con los pantalones de chándal de color negro que llevaba puestos.

Durante unos instantes, se quedaron mirándose el uno al otro como un par de idiotas, y Jim sintió el impulso absurdo de abrazar a aquel hijo de puta, aunque se le pasó rápidamente. En primer lugar, no había razón alguna para comportarse como un mariquita. Y en segundo, si lo hacía era probable que se ganara un disparo a bocajarro: los soldados de Operaciones Especiales no se tocaban a no ser que fuera para matar a alguien.

—Qué hay —dijo Jim toscamente.

Isaac se aclaró la garganta. Dos veces.

—¿Qué haces aquí?

—Estaba paseando. Pensaba invitarte a cenar.

Consiguió arrebatarle una sonrisa lenta, de las que recordaban el pasado.

—¿Ajuste de cuentas?

—Sí. —Jim miró hacia el terreno de la parte de atrás, pero sólo vio un par de personas rezagadas—. Puede llamarse así.

—Pensaba que estabas fuera.

—Lo estoy.

—¿Entonces? —Como Jim no respondió al instante, la gélida mirada del tío se volvió perspicaz—. Te envía para matarme, ¿no?

—Le pedí un favor y me salió caro.

—¿Y qué hacemos hablando?

—Ya no acepto órdenes de Matthias.

Isaac frunció el ceño.

—Qué capullo, ahora también irá a por ti. A no ser que me vueles la cabeza ahora mismo.

Jim sujetó el cigarro entre los dientes y extendió las manos.

—Estoy desarmado. Regístrame.

No le sorprendió que Isaac hiciera desaparecer una de las armas para cachear rápidamente con la mano libre a Jim. Luego frunció aún más el entrecejo.

—¿En qué coño estás pensando?

—¿En este momento? Pues veamos, en que no deberías entrar ahí dentro para pelear, para empezar. Supongo que no formarás parte del clan de las palomitas y las chocolatinas. En lugar de ello, quiero que vengas conmigo y me dejes ayudarte a salir del país para ponerte a salvo.

Isaac negó con la cabeza.

—Sabes que no puedo fiarme de ti. Lo siento, tío, pero no puedo —declaró con voz cansina.

Maldito fuera.

La conclusión, sin embargo, era que no podía criticar aquel razonamiento: en Operaciones Especiales, incluso cuando estabas en una misión con tus compañeros, cada uno respondía de sí mismo. Y si decidías desertar, si eras listo, no depositabas ni tu vida ni tu confianza en manos ni de tu propia madre.

Jim le dio una calada al cigarro y se concentró en la cara del otro hombre mientras el ardiente impulso que notaba en el pecho le quemaba cada vez más. Era difícil explicar por qué, pero ahora que había encontrado a Isaac, no podía retirarse. Aunque aquello pusiera en peligro su batalla con Devina. Aunque Isaac rechazara su ayuda. Aunque se pusiera él mismo en peligro.

Tenía que salvar a Isaac Rothe.

—Lo siento —se oyó decir—, pero tengo que ayudarte. Y tú dejarás que lo haga.

El otro hombre entornó los ojos.

—¿Qué?

Jim miró hacia la puerta. Adrian y Eddie habían vuelto a aparecer y los miraban como si aquello fuera algo programado. Como si hubieran sabido todo el tiempo que Isaac aparecería por allí. Y que Jim hablaría con él. Y que...

Jim inclinó fugazmente la cabeza para mirar hacia el oscuro cielo, y pensó en cómo había sido su primera misión: nada que ver con ninguno de los acontecimientos. Todos y todo con lo que se había topado había encajado en su tarea. Y mira tú por dónde, no era difícil imaginar que Matthias jugara en el equipo de Devina. Aquel tío había sembrado el mal allá donde había ido, perpetrando actos de violencia y engaño que habían afectado al todo mundo en general y habían cambiado vidas privadas para siempre.

Jim se volvió a centrar en Isaac. Puede que la razón por la que se sentía tan comprometido con aquel soldado desertor no fuera sólo que se tratara de una página suelta del pasado. Joder, ni siquiera el arcángel Nigel, su nuevo jefe, que no se caracterizaba precisamente por ser poco exigente, había puesto objeción alguna cuando Jim había anunciado que iba a ir a buscar a Isaac. Ésa no era la forma de reaccionar propia del capitán de un equipo cuyo *quarterback* empezaba a correr hacia su propia portería. Era la forma de reaccionar cuando tu chico estaba exactamente donde querías que estuviera.

Por los clavos de Cristo... Isaac era su siguiente misión.

Al final, aquella mierda que había esparcido por encima de su propio cadáver en el tanatorio iba a resultar ser una genialidad.

—Me vas a necesitar —dijo.

—Puedo cuidarme solo.

Mientras Isaac se disponía a marcharse, Jim lo cogió del brazo.

—Sabes que no puedes hacerlo solo. No seas idiota.

Se produjo un largo silencio.

—¿Qué coño haces, Jim? —La angustia se reflejaba en los pálidos ojos del tipo—. Estás fuera. Eres libre. Has sido el único que ha conseguido escapar. ¿Por qué ibas a volver a meterte en aquel infierno?

Jim le dio una razón a Isaac que resultaba creíble y que, aunque cierta, no era la única.

—Estoy en deuda contigo. Ya lo sabes. Te debo una por lo de aquella noche.

* * *

Jim Heron seguía siendo exactamente como Isaac le recordaba: corpulento, fuerte y directo. Seguía teniendo los mismos ojos azules, el cabello rubio rapado

casi al cero y, como siempre, iba recién afeitado. Hasta llevaba un Marlboro que se consumía lentamente entre los dedos. Pero había una pequeña diferencia, una especie de vibración que había desaparecido, aunque no era nada malo.

Tal vez fuera que aquel cabrón con suerte había conseguido finalmente dormir bien por las noches, en lugar de hacerlo con una pistola en la mano y despertarse con el más leve ruido.

Por Dios, cuando se había enterado de que Heron había dejado Operaciones Especiales había supuesto que no lo volvería a ver, ya fuera por si Matthias se pensaba mejor lo de la tarjeta de despedida del soldado y decidía meterle una bala en la mollera o porque Jim fuera listo y se mantuviera alejado de cualquier persona o cosa que tuviera que ver con su antigua vida.

Sin embargo, allí estaba.

Isaac se quedó mirando a Jim a los ojos y acabó creyendo, dentro de lo que cabía, que Heron había ido allí para ayudarlo por causa de la deuda que había adquirido con él en la tierra del sol y la arena. Además, si aquel hijoputa quisiera matarlo, lo habría hecho mucho antes de haberse puesto a charlar.

—Si hubiera venido a matarte —murmuró Jim—, ya estarías en el suelo.

Bingo.

—Vale —dijo Isaac—. Guárdame mis cosas mientras peleo. Podemos empezar por ahí.

Al parecer, iba a tener que preguntarle a gritos a la puta cara si estaba de coña.

—No puedes entrar en ese *ring*. Entre el folleto que vi y la detención, es como si tuvieras un GPS metido en el culo.

—Necesito el dinero.

—Ya tengo yo.

Isaac miró hacia la salida y se dio cuenta de que había dos tíos enormes al lado de la puerta. Al verlos levantar la mano a modo de saludo, preguntó:

—¿Están contigo?

Jim pareció sorprendido.

—Ah, sí. Sí.

—¿Te has montado tu propio negocio? ¿Ahora vas por libre?

—Algo así. Pero estábamos hablando de ti y de que no puedes pelear.

Y una mierda. No pensaba afanarle a aquella abogada veinticinco de los grandes, y los dos mil dólares que le quedaban después de aquello no lo llevarían muy lejos. Además, aunque Matthias era capaz de enviar a alguien al *ring* que podría matarlo delante de cientos de testigos y hacer que pareciera un accidente, ¿qué otra opción tenía? No necesitaba la compasión de nadie —eso lo había aprendido hacía mucho tiempo— y tampoco quería adquirir una deuda con Jim únicamente por saldar viejas cuentas.

En diez minutos podría ganar mil o dos mil pavos más. Y si el segundo de a

bordo de Matthias lo apuñalaba, el que había aparecido la noche pasada, ¿qué importaba, en realidad? Desde que había desertado del equipo, sabía que le esperaba un funeral. Era como si aquello fuera una enfermedad mortal: curarse del mal de la deserción era realmente complicado y era probable que éste acabara matándolo, pero al menos le estaba plantando cara y moriría según sus propias reglas.

¿Y quedarse en Operaciones Especiales? Allí ya estaba muerto aunque le latiera el corazón, joder. Había llegado a un punto en el que se sentía tan vacío que bien podría estar en su propia tumba.

—Voy a luchar —dijo—. Y te dejaré mis cosas para que me las guardes mientras estoy en el octógono. Es la única ayuda que aceptaré esta noche.

No consideró que hubiera ninguna razón para decirle cuánto dinero había en la cazadora y Heron ya sabía lo de las pistolas, aunque estaba claro que no iba a utilizarlas.

—Es un gran error.

Isaac frunció el ceño.

—Muchos te habrían dicho que dejaras morir a Matthias en aquel desierto, pero lo llevaste de vuelta porque tenías que hacerlo y no habrías permitido que nadie te convenciera de lo contrario. Pues esto es lo mismo. O subes a bordo o te quitas de mi camino.

Un taco. Luego otro. Por último, Jim le dio una última calada al cigarro y aplastó la colilla con el tacón de la bota militar.

—Como quieras. Pero pienso intervenir, ¿está claro? Entra en el *ring* con el capullo equivocado y hago que se acabe el combate.

—¿Por qué coño lo haces? —dijo Isaac con voz ronca.

—¿Por qué coño saliste a buscarnos a Matthias y a mí aquella noche?

Los recuerdos de hacia dos años manaron a borbotones e Isaac regresó al desierto, al momento en que la radio encriptada había graznado y él había respondido y había oído la débil voz de Jim.

Sólo le había llevado diez minutos arreglarlo todo: llevar el médico a la tienda, tener el helicóptero preparado y enviar un equipo de urgencia a la frontera a pegar tiros. Luego se había sentado a esperar durante un minuto y medio, aproximadamente.

El Land Rover que había encontrado estaba aparcado con las llaves puestas e Isaac se había puesto al volante y había salido disparado. Lo que Jim no sabía era que, cuando Matthias y él se habían ido, Isaac se había fijado en qué dirección iban.

Había algo que no encajaba en aquella excursión a las dunas: nadie iba solo a ningún sitio con Matthias. Era como pedirle a un enfermo de ébola que te tosiera en la cara.

Una vez fuera del campamento había hecho varios grandes barridos y los

había encontrado al cabo de una hora a ocho kilómetros, como mínimo, del lugar de donde habían salido: con las gafas de visión nocturna, había visto algo que se movía lentamente por una pendiente y, dado que los trols no existían, supuso que era un hombre cargando a otro a través de la arena.

Mientras conducía hacia ellos, había pensado en lo curiosos que eran los desiertos: como sus equivalentes antagónicos, los océanos, por la noche se fundían con el cielo en el horizonte y hasta que no tenías un punto de referencia como un arbusto o un barco —o una gilipollez de idea como la que se le había ocurrido a Jim, en plan salvador—, no había manera de confirmar a simple vista que la Tierra efectivamente era redonda y no cuadrada. Y que no estabas en el cielo.

Había estado viajando con los faros apagados y no los encendió. En lugar de ello, cogió una camiseta interior blanca y la sacó por la ventanilla, a sabiendas de que Jim la vería y, con un poco de suerte, no pensaría que se trataba del enemigo. El muy cabrón había salido del campamento con más armas que un batallón de tanques.

Isaac redujo la velocidad hasta detenerse y salió del coche con las manos a la vista y dejando que Jim se acercara. Parecía exhausto, claro que había estado cargando con el peso muerto de Matthias en la espalda durante Dios sabía cuántos kilómetros por aquella arena escurridiza.

No le había sorprendido que Jim se lo montara a lo caballero andante incluso a pesar del estado de su jefe que, claramente, era crítico.

« Estaba paseando —le había dicho Isaac—. Pensaba invitarte a cenar» .

Con un escalofrío, volvió a la noche actual, allí en... ¿Cómo se llamaba? ¿Malden?

Su voz revelaba el mismo agotamiento que la de Jim entonces.

—No dejes que te maten por mi culpa, ¿entendido?

Jim murmuró algo parecido a « demasiado tarde» , pero obviamente no había dicho eso.

Isaac obligó a su cabeza a volver al juego, dejó a un lado el pasado y los sentimientos y se centró en el presente mientras daba media vuelta y comenzaba a andar hacia la entrada del edificio.

Mientras Isaac entraba, Jim y sus dos colegas lo siguieron pisándole los talones, lo que le hizo preguntarse por qué Heron no llevaba una gorra para ocultar el rostro, o algo para evitar que lo reconocieran. Valiente gilipollas. Había salido sólo para volver a entrar.

Estaba loco.

Como una puta cabra.

Pero él tenía sus propios problemas de los que preocuparse y Dios sabía que Jim ya era mayorcito y podía comportarse como un idiota en lo que se refería a su propia vida si le daba la gana.

Mientras Isaac seguía adelante, el pasillo trasero del edificio de oficinas abandonado era una ginkana por culpa de los innumerables cubos vacíos de cemento y los miles de botellas medio vacías de Mountain Dew y Coca-Cola, aunque hacía tiempo que allí nadie levantaba un dedo, a juzgar por la cantidad de polvo que había sobre los escombros.

Estaba claro que el dinero se había acabado justo cuando habían llegado las cuadrillas armadas de destornilladores y llaves inglesas: había cables eléctricos que serpenteaban por el techo colgando desnudos, además de conductos a medio instalar de aire acondicionado, calefacción y tuberías. La iluminación procedía de una serie de focos a pilas situados cada metro y medio en el suelo y el aire era tan fresco que hacía frío. Al menos hasta que entraron en el enorme vestíbulo del edificio donde, a pesar del techo abovedado, el calor corporal de los cincuenta tíos como mínimo que se arremolinaban en el suelo desnudo de cemento hacía que subiera la temperatura.

Estaba claro por qué aquél era el lugar perfecto para pelear: los arquitectos habían diseñado una chaladura de cristal en la entrada principal que, como tantas otras cosas, no había sido terminada. En lugar de un montón de paneles transparentes, había tablones de contrachapado clavados en las vigas de tal forma que las luces y la gente quedaban ocultas.

Habían situado el octógono en el centro del lugar y, en cuanto Isaac se abrió paso entre la multitud, comenzaron los vítores. Mientras los desconocidos le daban palmaditas en la espalda y lo felicitaban por haber salido de la cárcel, los móviles se posaban en todo tipo de orejas para hacer llegar hasta el pueblo la noticia de que Isaac había vuelto a la carga, aun después de lo de la redada.

El organizador fue corriendo hacia él.

—¡Santo cielo, ya se están volviendo locos! ¡Esto es la hostia!

Bla, bla, bla.

Isaac observó las caras mientras se dirigía hacia la esquina del fondo para esperar. Jim se inclinó a su lado.

—Anoche vino un viejo amigo nuestro —dijo Isaac.

—¿Quién?

—Y mira por dónde —indicó éste en tono serio—, hoy ha vuelto.

Más allá de donde los gorilas recaudaban el dinero de las apuestas y las cuotas de lucha, vieron al segundo de a bordo de Matthias sacando la cartera del bolsillo. Mientras el efectivo cambiaba de manos, el tipo los miró sonriendo como un cocodrilo.

Entonces señaló directamente al pecho de Isaac.

—No vas a entrar en ese *ring* —le espetó Jim, poniéndose delante de él para bloquear el ángulo de visión.

Por encima del macizo hombro de Heron, Isaac miró fijamente al hombre que habían enviado para matarlo.

—Por supuesto que sí.

CAPÍTULO

10



Er an más de las diez cuando Grier aparcó el Audi a las afueras de Malden y apagó el motor. Había hecho maniobras con el coche sobre la tierra apisonada para dejarlo con el morro hacia la salida y lejos de la mayoría del resto de los vehículos, aunque la verdad era que el «aparcamiento» no tenía ni salidas, ni entradas, ni plazas marcadas.

Mientras conducía hacia el sitio que Louie le había dicho por teléfono, temía haberse equivocado. Que ella supiera, aquel parque empresarial formado por una docena, aproximadamente, de edificios idénticos de cinco pisos sin iluminar que serpenteaban desde la calle principal como colegiales en fila para un recuento, siempre había estado vacío. Evidentemente, la urbanización estaba pensada para empresas de alta tecnología, al menos según lo que ponía el cartel: «PARQUE TECNOLÓGICO DE MALDEN». Pero, en lugar de eso, había acabado siendo un pueblo fantasma.

Sin embargo, Louie nunca fallaba, así que lo había rodeado para ir a la parte de atrás, donde se había encontrado con unas veinticinco camionetas y coches aparcados detrás del edificio más alejado de la carretera principal. Tenía sentido.

Si ella hubiera entrado sin permiso en un edificio para celebrar un combate ilegal en una jaula, también se habría asegurado de hacerlo en el sitio más recóndito posible.

Bajó del coche y fue hacia la salida de incendios que se mantenía abierta gracias a un bloque y entró. Los atronadores ruidos de excitación de la multitud de hombres retumbaban por el pasillo y la testosterona formaba un muro que prácticamente tuvo que atravesar. Mientras se dirigía hacia el ruido, no le preocupó el cociente de idiotez que, obviamente, iba a ser alto. Llevaba un spray de pimienta en un bolsillo y, en el otro, una pistola eléctrica. Lo primero era legal en el Estado de Massachusetts si tenías un permiso de armas en vigor, cosa que ella tenía. Lo segundo... Bueno, pagaría la multa de quinientos dólares si tenía que llegar a usar aquella cosa. Si era capaz de entrar en una casa donde se traficaba con crack en New Bedford a medianoche, podía con aquello. Emergió en un vestíbulo, si se le podía llamar así, y echó un vistazo a las paredes enrejadas de metro ochenta de alto del octógono donde se celebraban los combates. Era consciente de que podía haberse limitado a poner al corriente a la policía de la pelea de esa noche, pero entonces Isaac, suponiendo que apareciera, habría vuelto a ser detenido o habría huido. Y, en cualquiera de los dos casos, perdería la oportunidad de hablar con él. Su objetivo era hacer que Isaac se parase a reflexionar el tiempo suficiente para darse cuenta de lo que estaba haciendo. Huir nunca era la solución y, si elegía ese camino, se ganaría una orden de arresto, más cargos y la apertura de un expediente.

Eso asumiendo que no lo tuviera ya: el asesinato en Mississippi le preocupaba, aunque aquello era cosa de la autoridad competente, al igual que todo el resto. Como su abogada defensora, tenía que intentar lograr que se quedara y se enfrentara a las consecuencias de sus actuales cargos. Era lo correcto para con la sociedad y también para con él.

¿Y si no conseguía que entrara en razón? Entonces renunciaría al caso y les contaría a las autoridades todo lo que sabía de él. Incluido lo de las pistolas y lo del sistema de seguridad con todo lujo de detalles. No pensaba convertirse en cómplice de un delito en su afán de hacer lo correcto.

Se quedó paralizada al ver a su cliente y se llevó la mano a la base del cuello.

Isaac Rothe estaba allí de pie, solo, en la esquina del fondo y, aunque las cadenas que sujetaban la jaula los separaban, no había duda de que era él. Además, éstas no hacían que el impacto que causaba disminuyera: tenía un aspecto amenazador y tanto su tamaño como la expresión de su cara hacia que el resto de hombres parecieran niños. Y aunque en la cárcel le había sorprendido su amabilidad, ahora tenía ante ella su verdadera cara.

Aquel hombre era un asesino.

Se le aceleró el corazón, pero no vaciló. Estaba allí para hacer su trabajo, por decir algo, y maldita fuera si no hablaba con él.

Justo cuando había empezado a avanzar, un capullo con dientes de oro trepó por un lado de la jaula como si fuera un mono.

—¡Y ahora, lo que todos estabais esperando!

Isaac se quitó la sudadera y las botas militares, dejó todo en el suelo y empezó a acercarse al *ring* con la barbilla gacha y los ojos brillando bajo las cejas. La camiseta se le ajustaba considerablemente a los pectorales y sus brazos se veían poderosamente cincelados aun cuando le colgaban relajados a los costados. Dispuesto para el combate, era todo músculo, huesos y venas, y sus hombros eran tan anchos que parecía que pudiera levantar el maldito edificio.

Mientras trepaba por la jaula y aterrizaaba descalzo dentro de ella, el bramido de la multitud resonó en su cabeza como una campana y convirtió su espina dorsal en un conductor de adrenalina. Bajo el resplandor de las ocho linternas de camping que colgaban de los postes de sujeción, su cliente era mitad gladiador, mitad animal, un paquete bomba preparado para hacer aquello para lo que, obviamente, había sido entrenado.

Por desgracia, el oponente que saltó por la parte superior y aterrizó enfrente de él era casi su vivo retrato: la misma constitución bestial, la misma altura, la misma mirada mortífera, hasta llevaba puesta una camiseta de tirantes igual a la suya que dejaba al descubierto gran parte de un tatuaje de una serpiente que le recorría los hombros y el cuello. Y mientras el público aullaba y se acercaba, ambos empezaron a caminar en círculos buscando una oportunidad, con los brazos, el pecho y los muslos tensos.

Isaac fue el primero en atacar. Se balanceó, lanzó una patada y le dio al otro tío en el costado con un golpe tan despiadado que apostaría que los antepasados de su contrincante se revolvieron en la tumba.

Todo fue muy rápido. Ambos entraron en una rutina de golpes y regates, sus camisetas de tirantes se humedecieron al instante alrededor del cuello y por la espalda y la luz amarillo manteca de las lámparas hacía que pareciera que estaban luchando dentro de un anillo de fuego. Los contactos, cuando se producían, eran de esos que sonaban como disparos, impactos duros y resonantes que animaban a una multitud excitada e infatigable. Chorros de sangre salían volando por los aires, procedentes del corte que Isaac tenía en la cabeza y que se había vuelto a abrir y también de un tajo en el labio de su contrincante. Aunque a ninguno de los luchadores parecía importarles, los curiosos lo encontraron tan fascinante como si fueran vampiros.

Se volvió al notar una mano sobre el culo.

Se echó hacia atrás con brusquedad y se quedó mirando fijamente al tío de la mano demasiado larga.

—¿Qué coño haces?

Él pareció sorprendido durante unos instantes y luego entornó sus ojos burlones.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Se lo preguntó como si la hubiera reconocido.

Claro que podría haber estado hablando con Papá Noel y habérselo creído. Tenía la cara grasienta por el sudor y la mitad de su rostro estaba retorcida como si hubiera sufrido un cortocircuito eléctrico en la mejilla. Estaba claro que la estaba tanteando, y Dios sabía que ella era una experta en ese tipo de diagnósticos.

—Perdona —respondió, alejándose.

Él la siguió. Menuda suerte, el único idiota del lugar que estaba más interesado en ligar con ella que en el combate que había ido a ver.

La agarró del brazo y le dio un tirón.

—Yo te conozco.

—Quítame las manos de encima.

—¿Cómo te llamas?

Grier se soltó con brusquedad.

—No es asunto tuyo.

Se abalanzó sobre ella de repente y el metro de distancia que los separaba se convirtió súbitamente en cinco centímetros.

—Eres una puta borde. ¿Te crees mejor que yo, zorra?

Grier no se movió, pero sacó la pistola eléctrica y le quitó el seguro. Apuntó con el arma a la parte delantera de los vaqueros del tío y le espetó:

—Como no te vayas al puto infierno ahora mismo, te dispararé una descarga de seiscientos veinticinco mil voltios en las pelotas. Contaré hasta tres. Uno... Dos...

Antes de que se acabara el tiempo, él retrocedió y levantó las temblorosas manos.

—No pretendía... Creía que te conocía.

Mientras se alejaba, ella siguió empuñando la pistola eléctrica y respiró hondo. Puede que lo hubiera conocido cuando buscaba a Daniel, pero sin duda estaba loco y ella ya tenía suficiente.

Se volvió de nuevo hacia el *ring* y alzó la vista, justo a tiempo para ver desplomarse a Isaac como un saco de patatas.

* * *

Luchar contra el segundo de a bordo de Matthias era un placer. Isaac nunca se había fiado de aquel tío y nunca le había caído bien, así que tener a aquel tío a tiro era uno de sus objetivos profesionales, tácitamente hablando.

Qué ironía, justo cuando lo estaba dejando, le llegaba la oportunidad de...

¡Zas!

Aquello en vez de un gancho de derecha parecía una apisonadora y alcanzó a

Isaac en plena mandíbula, lo que le hizo echar la cabeza hacia atrás y le causó todo tipo de problemas. Dado que el cerebro no era más que una esponja flotando en una esfera de nieve, su materia gris se descompuso y rebotó por las paredes de su casa de duro hueso, dejándolo sin sentido y haciéndolo caer.

Lo cierto es que le habían preocupado más las armas de tipo metálico, pero sus puños funcionaban. Joder si funcionaban.

Aquello fue lo último que pensó mientras el suelo del octógono subía a saludarlo a la misma velocidad ultrasónica del puño de su camarada.

Menos mal que era como el conejito de Duracel.

Un segundo después de caer redondo estaba ya en pie, aunque tenía las piernas entumecidas y flojas y su visión era como una televisión que necesitaba que le ajustaran los botones. Arremetió contra su contrincante por instinto y con toda la voluntad del mundo, prueba de que la mente podía hacer caso omiso de los receptores del dolor del cuerpo, al menos momentáneamente. Lo agarró por la cintura y lo tumbó sobre el suelo; a continuación le dio la vuelta sobre el estómago y le hizo una llave en el brazo, retorciéndoselo hacia atrás y tirando de él como si fuera una cuerda.

Con un crujido, algo se rompió e Isaac tuvo que agarrarse bruscamente para no caer.

La multitud se volvió loca y toda aquella panda de gilipollas empezó a dar saltos por el vestíbulo a medio construir hasta que un estridente silbido interrumpió los bramidos. Al principio creyó que aquel sonido formaba parte del caos de su cabeza, pero luego se dio cuenta de que alguien había entrado en el *ring*. Era el organizador y, por primera vez, aquel cabrón estaba ligeramente pálido.

—¡Fin del combate! —gritó mientras le agarraba la muñeca a Isaac y se la levantaba en el aire—. ¡Ganador! —Luego se inclinó y le susurró—: Suéltalo.

Isaac no entendía qué problema tenía aquel tío hasta que, finalmente, consiguió enfocar bien la vista. Mira por dónde, parecía que el segundo de a bordo de Matthias necesitaba una radiografía, una escayola y puede que un par de tornillos. El húmero le sobresalía de la piel como un palo quebrado y ensangrentado. Como mínimo, tenía el brazo roto.

Isaac retrocedió de un salto y se apoyó contra la reja, jadeando. Su contrincante se puso en pie casi igual de rápido sujetándose la mano caída con indiferencia, como si sólo le hubiera picado un bicho.

Cuando sus miradas se encontraron y el tío sonrió de aquella forma tan característica, Isaac pensó que aquel combate no había sido más que una advertencia.

La confirmación de que iban a por él.

Una invitación para echar a correr.

Muy bien. Que le dieran a Matthias. Y aquella fractura múltiple era su

respuesta: puede que consiguieran quitárselo de en medio, pero les causaría graves daños en su camino hacia la tumba.

Isaac no perdió el tiempo. Trepó por la reja y saltó por la parte superior. Afortunadamente, la multitud sabía que era mejor no acercarse demasiado, así que podría llegar rápidamente hasta donde estaba Jim.

Entonces se topó de bruces con su abogada de oficio.

—¡Por los clavos de Cristo! —gritó, dando un salto hacia atrás para alejarse de la mujer.

—Cristo no, Childe. Con « Ch » —dijo Grier, arqueando una ceja—. Se me ha ocurrido volver a intentar lo del chófer, ¿quieres que te lleve a Boston? ¿O no vas en esa dirección?

—¿Qué demonios haces aquí? —le espetó Isaac, olvidando por un momento sus modales.

—Yo iba a preguntarte lo mismo, dado que una de las condiciones de la fianza es que no vuelvas a meterte en una jaula para participar en ningún combate. Y la verdad es que eso a lo que acabas de jugar no se parece en nada al parchís. Le has roto el brazo a ese hombre.

Isaac miró alrededor, preguntándose cuál era el camino más rápido hacia la puerta. Ella no pintaba nada entre aquel grupo de matones y tenía que sacarla de allí.

—Oye, ¿por qué no vamos fuera?

—¿Estás loco? ¿Qué es eso de aparecer aquí y ponerte a luchar?

—Iba a ir a verte.

—¡Soy tu abogada, se supone que eso se da por hecho, joder!

—Te debo veinticinco mil dólares.

—Pues te diré cómo puedes saldar la deuda. —Puso los brazos en jarras y se inclinó hacia delante. Su perfume invadió la nariz y la sangre de Isaac—. Deja de comportarte como un capullo y preséntate a la vista en dos semanas. Te repetiré la fecha y la hora, por si te has olvidado de apuntarlo.

Joder, se ponía tremenda cuando se cabreaba.

Y aquél no era el momento ni el lugar para pensar eso. Entre otras cosas.

De pronto, Jim y sus chicos aparecieron. Grier ni siquiera los miró, aunque Jim tenía los ojos clavados en ella. Isaac se imaginó cómo sería en la sala de un tribunal. Joder, estaba preciosa así de concentrada, enfadada y lista para comerse a alguien con patatas.

—Y un par de cositas más —le espetó ella—: la primera es que será mejor que reces para que ese tipo al que le tienen que escayolar el brazo no llame a la policía, y la segunda es que necesitas ver a un médico. Otra vez. Estás sangrando.

Para llenar el vacío, aunque no se había producido ninguno, el organizador se acercó con lo que parecían un par de miles de pavos.

—Aquí está tu parte.

De repente, Grier lo miró con ojos suplicantes, aunque su hermoso rostro permaneció tenso.

—No cojas el dinero, Isaac. Y ven conmigo. Haz lo correcto esta noche y te ahorrarás un montón de miserias más tarde. Te lo prometo.

Isaac se limitó a negar con la cabeza y extendió la mano hacia el organizador.

—Venga ya, no jodas.

Mientras ella maldecía y daba media vuelta, él se quedó mudo por un instante al oírla soltar aquel taco.

Volviendo de nuevo a la acción bruscamente, extendió la mano para agarrarla del brazo, pero el organizador se interpuso en su camino.

—Espera, antes de darte esto —dijo, golpeando los billetes sobre la palma de la mano—, quiero que vengas a pelear dentro de dos noches.

«Olvidalo» sería la respuesta más oportuna, dado que para entonces esperaba estar ya fuera del país.

—Vale.

—Si no hay ningún problema, será aquí. Has estado de puta madre.

—Corta el rollo y dame la pasta.

Isaac se puso de puntillas para mirar por encima de las cabezas que iban de aquí para allá y vio el elaborado peinado de Grier dirigiéndose hacia la puerta trasera. La mayoría de los hombres se apartaban de su camino, aunque claro, con el cabreo que tenía probablemente era capaz de castrar a alguien.

No tenía más que proponérselo.

Isaac se escaqueó del peloteo del capullo del organizador, cogió el dinero, se calzó las botas militares y volvió a ponerse la sudadera y la cazadora. Mientras corría tras su abogada, metió la pasta en los bolsillos y comprobó que tenía las pistolas, los silenciadores y la hucha en forma de bolsa de plástico.

—¿Adónde diablos vas? —preguntó Jim mientras él y sus chicos le seguían al trote.

—Detrás de ella. Es mi abogada.

—¿Hay alguna posibilidad de disuadirte?

—No.

—Maldita sea —dijo Jim entre dientes, apartando a algún que otro tío de su camino—. Por si te interesa, el segundo de a bordo de Matthias se ha marchado.

—En un coche negro —interrumpió el tío de los *piercings*—. El guardabarros estaba abollado y lleno de mierda, pero los neumáticos eran nuevos y había aparatos electrónicos en el maletero.

«Con todos ustedes: Operaciones Especiales», pensó Isaac. El arte de pasar desapercibido y disponer de las últimas tecnologías, todo en uno.

Mientras salía corriendo por la puerta, el ruido de los coches y las camionetas que arrancaban y se iban convirtió la noche en una discoteca para coches. Buscó el vehículo de Grier entre los motores que rugían y los destellos de los faros.

Supuso que tendría algún modelo extranjero. Un Mercedes, un BMW, tal vez un Audi.

¿Dónde estaba?

CAPÍTULO

11



Posición confidencial, OCONUS

Matthias tenía clarísimo que era un representante del demonio en la Tierra. Pero eso no quería decir que fuera rematadamente perverso. De hecho, por regla general, los miles de millones de inocentes que había en el mundo le traían sin cuidado y, por lo tanto, los dejaba en paz. Tampoco iba por ahí robando caramelos a los niños, despellejando gatos ni dando la dirección de correo electrónico de la gente que le caía mal a ninguna página web europea de juguetes eróticos. Y una vez, en 1983, había ayudado a una viejecita a cruzar una calle peligrosa, así que no era tan malo.

Aun así, si mientras hacía su trabajo no le quedaba más remedio que asumir ciertos daños colaterales o sacrificar a un par de « inocentes », la filosofía era la siguiente: aquellos casos no diferían de un accidente de coche, un cáncer o un rayo. Para el individuo al que le tocaba, simplemente era como perder en la lotería de la vida. Después de todo, el reloj estaba en marcha y él había jugado lo suficiente con la de la guadaña como para saberlo en primera persona.

Gimió mientras reacomodaba su cuerpo destrozado en la silla de cuero.

Aunque sólo tenía cuarenta años, se sentía como si tuviera cien mil, aunque eso era lo que pasaba cuando eras un superviviente. Al menos no tenía que cagar en una bolsa y aún le quedaba un ojo sano.

Delante de él, sobre el brillante escritorio, había siete pantallas de ordenador. Algunas mostraban fotos y otras aluviones de datos, pero había una en concreto que le decía en qué punto del planeta Tierra se encontraban sus agentes. Para el puesto que ocupaba, la información era vital, lo cual era una ironía superlativa. Él era un hombre sin identidad que dirigía un equipo que oficialmente no existía en un mundo de sombras y la información era lo único concreto con lo que tenía que trabajar. Aunque al igual que las personas, eso también te podía fallar.

Su móvil sonó, lo cogió y miró la pantallita. Sí señor, justo a tiempo. Matthias estaba buscando a dos hombres y había enviado a su mano derecha tras uno de ellos. El otro... Era complicado. Aunque no debería haberlo sido.

Contestó a la llamada.

—¿Lo has encontrado?

—Sí, y me he enfrentado a él en el *ring* unos cuantos asaltos.

—Y a pesar de todo, sigue vivo.

—Sólo porque tú quieres que lo esté. Por cierto, su abogada apareció en el combate. Adivina. Resulta que es la hija de un amigo nuestro.

—¿En serio? Qué coincidencia. —En realidad, no lo era en absoluto, porque Matthias había entrado en el sistema judicial del condado de Suffolk en Massachusetts, y le había asignado el caso al vástago del capitán Alistair Childe que aún seguía con vida.

Necesitaban sacar de la cárcel al traidor de Isaac Rothe para poder matarlo y conservar su cuerpo para usarlo en el futuro y la niña del bueno de Albie era justo la apropiada: una buena abogada con el corazón roto que la llevaba a meterse donde no la llamaban. Una combinación perfecta.

Evidentemente, había funcionado, y Rothe había sido puesto en libertad en menos de veinticuatro horas después de su detención.

Por Dios, había sido facilísimo encontrar a aquel cabrón. Aunque, ¿quién habría pensado que usaría su propio apellido?

Vaya, tal vez al final eso sí había sido como robarle un caramelo a un niño, pensó Matthias.

—Tendrías que haberme dado permiso para matarlo en el *ring* —refunfuñó el segundo de a bordo.

—Demasiados testigos. Además, quiero que se vaya de Boston.

Y es que ahora que Grier Childe había cumplido su tarea, tenía que alejar a Isaac de aquella mujer. Matthias ya había matado al hijo del capitán, así que consideraba que estaban empatados. Sin embargo, el muy hijo de puta ya había intentado inclinar la balanza a su favor una vez, y aquello significaba que tendría que utilizar a la hija para mantener al mojígato del papaíto a raya: mientras ella

siguiera viva, sería susceptible de ser asesinada, y un día aquella amenaza sería más útil que pegar un pedazo de cinta americana sobre una boca con tendencia a hablar demasiado.

—Síguelo fuera del Estado como tú sabes —se oyó decir Matthias a sí mismo con voz calmada e inexpresiva—. Espera el momento adecuado y que la hija de Childe no esté cerca.

—¿Y eso por qué?

—Porque me sale a mí de los cojones. Por eso.

Matthias colgó y tiró el móvil sobre la mesa. Todos sus hombres eran buenos en lo que hacían, pero el segundo de a bordo tenía recursos con los que el resto no podía ni soñar. Por supuesto, eso hacía que fuera realmente útil, pero también un peligro si su ambición o su sed de sangre iban demasiado lejos.

Aquel tío era un demonio en toda regla.

De pronto, Matthias se vio obligado a respirar hondo para aliviar el dolor que sentía en el pecho. Últimamente, aquellos dolores agudos que lo dejaban sin aliento y le provocaban náuseas le sobrevinían cada vez con más frecuencia. Tenía la sensación de que sabía de qué se trataba, pero no pensaba hacer nada para impedir el infarto de miocardio que se aproximaba. Nada de visitas al médico, pruebas de esfuerzo, Sintrom ni Coumadin.

Llegado a aquel punto, encendió un puro y exhaló. Nada de Champix para dejar de fumar, tampoco. Lucharía con uñas y dientes hasta que la de la guadaña lo fulminara; Dios sabía que había intentado suicidarse con aquella bomba en el desierto y que había sido una enorme cagada. Mucho mejor acabar en la tumba a la antigua usanza: mala dieta, falta de ejercicio y adicciones.

Cuando la punzante alarma desapareció, apoyó las palmas de las manos sobre los brazos de la silla y se preparó para ponerse en posición vertical. Los medicamentos para el dolor le habrían ayudado muchísimo, pero también le habrían embotado el cerebro, así que no eran una opción. Además, la agonía física nunca le había incomodado.

Apretó los dientes, empujó con fuerza la silla y levantó el peso sobre las piernas. Se tomó un instante para recuperar el equilibrio, cogió el bastón y respiró hondo.

Aquella noche en el país de arena, cuando Jim Heron lo había salvado, le había dejado secuelas, muchas de ellas en forma de plomo y acero, aunque no de los de las armas. Gracias a aquel gilipollas que lo había sacado de aquella polvorienta construcción en ruinas y lo había cargado a la espalda durante kilómetros por las dunas, Matthias era ahora mitad hombre y mitad máquina; una versión chirriante y pesada del luchador fuerte y potente que una vez había sido. Cuando lo recompusieron con la ayuda de pernos, tornillos y tuercas, al principio se había preguntado si aquello sería un punto de inflexión. Si el dolor y el sufrimiento que había soportado en el transcurso de todas aquellas operaciones

serían la clave de su transformación en ser humano. En alguien opuesto al sociópata que era de nacimiento.

Pero no. Lo único que había sacado en limpio desde entonces habían sido aquellos precursores de los ataques cardíacos que tanto abundaban en su familia. Al menos aquello era algo positivo. A diferencia de la bomba que había puesto en la arena y que había pisado de forma deliberada, sabía que una enfermedad coronaria haría bien el trabajo: no en vano había visto a su padre morir por causa de una.

A decir verdad, la muerte de su padre había sido su primer asesinato, cortesía de la habilidad de Matthias para saber exactamente qué decir para hacer que la patata de su viejo dejara de latir para siempre. Él tenía quince años y su padre cuarenta y uno. Matthias se había sentado en el suelo de la habitación para observar el espectáculo mientras movía con indiferencia el dial de la radio que lo despertaba para ir a la escuela, intentando encontrar una buena canción entre aquella mierda de ondas.

Mientras tanto, su padre se ponía rojo, luego azul... y, finalmente, empalidecía hasta adquirir un color grisáceo.

Aquel cabrón pervertido se lo merecía, después de todo lo que había hecho.

Matthias dejó a un lado el pasado y se puso el abrigo. Como siempre, el mero hecho de vestirse fue una odisea, ya que se vio obligado a enderezar la espalda para poner los brazos en posición. Luego salió de la oficina y recorrió los pasillos subterráneos del complejo anónimo en el que trabajaba, mientras su cuerpo se quejaba por la caminata.

Su coche y el chófer lo estaban esperando en el aparcamiento subterráneo de las instalaciones. Se subió al asiento trasero del vehículo y dejó escapar un gruñido.

La respiración superficial lo mantuvo consciente mientras el candente dolor crecía hasta hacerse volcánico, antes de remitir gradualmente mientras el coche daba marcha atrás.

—Tiempo estimado de llegada: once minutos —le oyó decir al conductor desde el asiento delantero.

Matthias cerró los ojos. No tenía muy claro por qué hacía aquel viaje, pero el noreste de Estados Unidos lo llamaba con tal urgencia que ni siquiera su lado racional se podía negar. Simplemente, tenía que ir allí, aunque a él mismo le sorprendía aquella necesidad.

Al tiempo que el segundo de a bordo localizaba su objetivo, Matthias había encontrado también al soldado al que había estado buscando y aquel largo vuelo sobre el océano tenía como objetivo mirar a la cara por última vez al soldado que le había salvado la vida, antes de que enterraran el cadáver de aquel cabrón.

Intentaba autoconvencerse de que era para confirmar que Jim Heron estaba realmente muerto, pero ésa no era la única razón.

Aunque no sabía explicar por qué, aquel viaje implicaba muchas más cosas.

CAPÍTULO

12



Principalmente, Grier estaba furiosa consigo misma. Mientras se apresuraba para llegar hasta su Audi, esquivando el resto de los coches al tiempo que un par de trogloditas la interrumpía, todo cobró sentido: dónde estaba, qué había hecho antes en el tribunal, a quién estaba intentando salvar.

Isaac le había roto el brazo a aquel tío. Delante de ella y de cien personas más. Y lo había hecho con la naturalidad de alguien que colgaba el teléfono. Como si lo hiciera todos los días.

Y luego había aceptado dinero por ello.

Mientras se acercaba al coche, sacó el mando de las llaves y desactivó la alarma. Y mientras observaba su reflejo en el cristal de la ventanilla del copiloto, pensó en su hermano. La desenfundada urgencia que la había llevado hasta allí, le recordó la noche en que éste murió.

Grier había sido quien había encontrado su cadáver y sus intentos de reanimación no habían servido para nada, porque él ya estaba muerto antes de que ella hubiera empezado. De todos modos, había continuado presionándole el pecho e introduciéndole aire en la boca.

Los enfermeros habían tenido que arrancarla de su lado. Gritando.

El hecho era que, en la muerte, como en la vida, él había ignorado el esfuerzo que ella había hecho para salvarlo. Estaba transfigurado por su expresión definitiva, una mirada inolvidable de placer extático congelada en su pálida cara gris que revelaba la satisfacción de una adicción que era su razón de ser.

La temeridad adoptaba muchas formas diferentes, ¿verdad?

Siempre se había sentido orgullosa de ser la responsable de los dos, la mejor estudiante, la que trabajaba duro para lograr el éxito y la que nunca había hecho nada que sus padres le pudieran reprochar. Por supuesto, jamás había probado ninguna sustancia ilegal. Ni una sola vez.

Y sin embargo allí estaba, poniendo en riesgo su integridad física y laboral por la poco probable posibilidad de convencer a un completo desconocido para que se enderezara. Si hubiera llegado a aparecer la policía —o en caso de que apareciese, ya que aún estaba a tiempo de hacerlo—, el hecho de haber sido detenida como espectadora habría hecho que la echaran a patadas del mundo de la abogacía en Massachussetts antes de que pudiera decirle al juez que estaba allí por culpa de su cliente. Ya había puesto veinticinco de los grandes y, aunque no le había supuesto un gran esfuerzo, se planteaba si no habría sido de más utilidad donarlos a uno de esos programas para jóvenes en riesgo de exclusión social.

Mientras el corazón se le aceleraba, estudió con objetividad lo que había hecho desde las nueve de la mañana, aproximadamente. Y lo que vio no fue precisamente a alguien dedicado a hacer el bien en el mundo, sino a una mujer fuera de control que...

Daniel apareció al otro lado del coche, con su fantasmal rostro mortalmente serio.

Entra, Grier. Entra en el coche y cierra las puertas.

—¿Qué? —replicó ella—. ¿Por qué...?

Hazlo ahora mismo. Su difunto hermano parecía mirar fijamente el aire que había sobre su hombro derecho. *Maldita sea, Grier...*

—Yo te conozco.

Ella cerró los ojos con fuerza. Por Dios, lo que le faltaba. El regreso del pastillero.

Se volvió para dar a su antiguo pretendiente otro...

El tío le agarró los brazos y, con un empujón que le dejó los dientes temblando, le puso la cara contra el coche. La inmovilizó con su cuerpo y aquello le recordó que estaba claro que los hombres tenían una constitución diferente a la de las mujeres: ellos eran condenadamente fuertes, mucho más que ellas. Sobre todo cuando estaban colocados y desesperados.

—Eres la hermana de Danny. —Notó su aliento caliente y apesoso como un bicho muerto en agosto en la mejilla—. Fuiste un par de veces por su casa. ¿Qué ha sido de él?

—Murió —respondió ella con voz quebrada.

—Dios santo, lo siento. —El drogata parecía realmente afectado. Eso sí, muy a lo Tim Burton, en plan mundo tenebroso—. Oye, ¿me das algo suelto? Una tía rica como tú fijo que lleva pasta encima. Sólo si tienes, claro.

Vale. Ella sabía que iba a darle lo que quería, le hiciera gracia o no: así funcionaban los atracos y, a pesar de la forma de decirlo, estaba en mitad de uno de ellos.

Aquellas manos ásperas la registraron y le arrancaron el bolso del hombro. Ella pensó en gritar, pero el peso que tenía sobre la caja torácica le impedía hacer algo más que respirar de forma superficial y, además, había aparcado doblando la esquina, en la oscuridad. ¿Quién la iba a oír?

Mientras seguía con la mirada los coches y las camionetas que se iban y que parecían estar tan cerca y a la vez tan lejos, le vino a la cabeza el recuerdo completamente absurdo de la escena inicial de *Tiburón*, en la que éste arrastraba hacia abajo a la mujer y se veían las brillantes luces de las casas de la costa.

—No voy a hacerte nada... Sólo necesito dinero.

Reteniéndola aún con el cuerpo contra el coche, vació el contenido del bolso sobre el suelo embarrado: el móvil, la cartera, las llaves, todo cayó, desparramándose. A continuación, lanzó el bolso Birkin de dieciséis mil dólares sobre el capó del Audi.

Menudo gilipollas. Habría sacado muchísimo más vendiéndolo en eBay que la pasta que encontraría en la cartera.

La mitad de su mente estaba aterrorizada y la otra mitad mantenía la calma con frialdad. Decidió ponerse del lado de la segunda, como digna hija de su padre que era: aquel drogata fuera de sí le daría la vuelta en cualquier momento porque quería que le diera las joyas y, cuando lo hiciera, ella tendría la oportunidad de darle un rodillazo donde más dolía.

Aunque tuviera que fingir que estaba a punto de vomitarse los zapatos.

El peso que la aplastaba no es que se retirase, sino que se evaporó como si nunca hubiera estado allí: primero no podía respirar y, de repente, tenía todo el oxígeno del mundo a su disposición.

Mientras inhalaba una enorme cantidad de aire y se sujetaba al techo del coche para mantener el equilibrio, oyó unos resoplidos a su lado.

Se dio la vuelta y tuvo que parpadear un par de veces para entender lo que estaba viendo, aunque, por mucho que no se lo creyera, la realidad no iba a cambiar: Isaac había surgido de la nada, había tirado al suelo al atracador de un puñetazo y le estaba haciendo un par de endodoncias a lo bestia. Es decir, a puñetazos.

—Isaac. —Su voz se quebró y empezó a toser—. ¡Isaac, déjalo! —La voz de Louie, el detective privado, le resonó en la cabeza: aquel hijo de puta podía ser un asesino—. ¡Isaac!

Estaba a punto de abalanzarse sobre él o de pedir ayuda para que dejara de pegarle, pero, tal como empezó, acabó. Isaac abandonó el modo Rocky y puso al hombre boca abajo mientras le tiraba hacia atrás de los brazos para inmovilizarlo. Aquella vez no había nada roto.

Miró a Isaac y vio que ni siquiera jadeaba.

—¿Estás bien?

Tenía una mirada penetrante, una expresión mortífera y tranquila y una voz regular y afable. Era obvio que tenía un control total de sí mismo y de la situación, y fue entonces cuando cayó en la cuenta de que, probablemente, la había salvado de algo horrible. Con los drogadictos nunca sabías a qué te exponías.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó Isaac—. ¿Estás bien?

—No —respondió ella con brusquedad, sin tener muy claro a qué pregunta estaba respondiendo.

Con pura fuerza bruta, Isaac levantó al hombre y le dio un empujón. No hubo objeción ni comentario alguno. Su agresor se alejó con dificultad, como si tuviera más claro que el agua que se había librado por los pelos de la paliza de su vida.

Luego Isaac recogió sus pertenencias. Reunió uno por uno lo que había estado en su bolso mientras se sacudía el barro de su propia camiseta y colocaba todo sobre el capó del coche. Ella se apoyó contra la puerta del asiento del copiloto y se quedó cautivada por lo meticuloso que era y lo cuidadosas que eran sus manos ensangrentadas.

Daniel apareció justo a su lado, al parecer sorprendido por cómo trataba sus enseres.

Deja que te lleve a casa, Grier. No estás en condiciones de conducir.

—Ni siquiera me lo ha preguntado —musitó.

—¿Preguntarle qué? —dijo Isaac, mirando hacia ella.

Grier hizo un gesto para que lo olvidara y él recogió el bolso, metió todo dentro y se lo tendió.

—Me gustaría llevarla a casa, si no le importa.

Bingo, exclamó su hermano.

Ella abrió la boca para soltarse a Daniel que se callara, pero no tenía fuerzas para seguirle el rollo.

—¿Señorita Childe? —El acento sureño de su cliente convirtió aquellas dos palabras en una sola: «Señoritachiíiiiiilde». Cielo santo, no sabía qué hacer. Por supuesto, a pesar de la opinión de Daniel, lo más sensato era negarse en redondo.

Confía en mí, pidió Daniel.

—Permítame solamente dejarla en su casa sana y salva. Por favor —insistió Isaac, bajando la voz.

Por alguna razón, su instinto le decía que confiara en aquel desconocido a la fuga, de pasado turbio y presente delictivo. ¿O era sólo que su complejo de

salvadora le nublabla el juicio?

¿O sería la mirada del fantasma? Era como si Daniel viera algo que ella no podía ver en aquel encontronazo que había tenido con aquel peligroso desconocido de dulce acento sureño.

—No necesito un chófer. Puedo conducir perfectamente —dijo, arrebatándole el bolso—. Lo que sí necesito es que se quede por aquí y se enfrente a sus cargos.

Isaac echó un vistazo alrededor.

—¿Qué le parece si lo hablamos en su casa?

—Llevo un espray de pimienta.

—Hace bien.

—Y un arma paralizante. —Para lo que le había servido hasta entonces...

Santo cielo, no podía creer que se estuviera planteando siquiera llevarse a casa a Isaac. El pastillero se había comportado como un aficionado nervioso, pero estaba más claro que el agua que su cliente parecía todo un profesional.

Sus pálidos ojos grises taladraron los suyos.

—No voy a hacerle nada. Se lo juro.

Ella profirió un juramento y abrió la puerta del coche.

—Yo conduzco.

La pregunta era: ¿adónde demonios se dirigía? ¿Y con quién?

* * *

Jim vio cómo el Audi se alejaba, con el humo lechoso elevándose tras ambos tubos de escape fríos. En realidad, no le preocupaba adónde se dirigía la pareja: había puesto transmisores tanto en la sudadera de Isaac como en la bolsa del dinero.

—Podrías haberme dejado hacer un hechizo localizador y listo —murmuró Eddie.

—Estoy acostumbrado a usar la mierda esa del GPS por mi antiguo trabajo. —¿Quién le iba a decir que acabaría sufriendo nostalgia tecnológica? Hablando de inteligencia... Era hora de aclarar ciertas cosas al respecto: aunque podía ver cómo y por qué Isaac podría ser el siguiente de la lista de las siete almas, un breve cara a cara con el dandi inglés de su jefe era la única manera de estar seguro. Se le quitaría un peso de encima si resultaba que salvarle el culo a Isaac obedecía a una causa mayor. Se volvió hacia Eddie—. Dime cómo puedo ir a ver a los Cuatro Colegas. ¿Tengo que volver a morirme?

Si no le quedaba otro remedio, tenía una Beretta y ya sabía lo que era irse al otro barrio a tiros. Dejó escapar un ronquido.

—No te molestes —señaló Adrian, haciendo crujir los nudillos—. No te van a decir nada. No pueden.

—No me jodas, creía que trabajaba para ellos.

—Trabajas en ambos lados y ellos ya te han ayudado en todo lo posible.

Jim miró a los dos ángeles una y otra vez: parecía que los estaban agarrando por los huevos.

—¿Que me han ayudado?—contestó—. ¿Y dónde está la maldita ayuda?

—Somos nosotros, gilipollas —le espetó Adrian—. Es todo lo que pueden hacer: ya he ido a preguntarles quién se supone que es el siguiente. Supuse que te serviría de ayuda, cabrón desagradecido.

Jim alzó las cejas en plan pensativo. La primera vez que se había embarcado en algo con Adrian, el tío le había puesto en bandeja al enemigo: hasta tal punto que había acabado tirándose a Devina en el aparcamiento de un club nocturno. En su camioneta. Sin saber que era un demonio.

—Las cosas han cambiado desde entonces —indicó Ad con aspereza—. Ya lo sabes.

De pronto, Jim recordó el aspecto que se le había quedado un par de días después de que Devina lo dejara hecho un Cristo en todos los sentidos. Se había entregado a ella para que Jim tuviera una remota posibilidad de ganar el primer asalto.

—Sí, es cierto. —Jim le ofreció los nudillos a modo de disculpa por haber insinuado que era un mierda.

Mientras Ad se los chocaba, Eddie explicó:

—Técnicamente, estamos infringiendo las reglas.

Jim se encogió de hombros.

—No pienso renunciar a nada que me pueda ayudar a ganar. Las reglas son relativas.

Por eso lo habían elegido, ¿no? Él no era un puto *boy scout*.

Jim giró la cabeza al oír el sonido de dos objetos metálicos chocando entre sí. Habían desmontado el octógono portátil y cuatro tíos lo estaban sacando por la puerta para cargarlo en una furgoneta U-Haul. Cuando volvieron a salir, llevaban los ocho pesos de hormigón de las esquinas y los postes. Pronto no quedó nadie allí, a excepción de Eddie, Adrian y él. Lo cual era una buena metáfora de la historia en la que estaba metido, ciertamente.

Muy bien. ¿Conque así estaban las cosas? De puta madre. Estaba acostumbrado a depender de él mismo y de sus instintos sobre el terreno... y todo lo llevaba hacia Isaac.

La pregunta era: ¿dónde estaba Devina? Suponiendo que estuviera persiguiendo a Isaac, debía de estar buscando una manera de atraparlo de forma que su naturaleza parásita pudiera hacerse con él y, finalmente, poseerlo eternamente en el infierno después de matarlo. Jim volvió a centrarse en sus ángeles.

—¿Si Devina está poseyendo a alguien, hay forma de saberlo? ¿Hay algún

indicio? ¿Algo que lo pueda revelar?

Al menos así podría vigilarla.

—A veces —explicó Eddie—. Pero puede borrar sus huellas dactilares, por así decirlo, y ahora que sabe que Ad y yo estamos contigo, tendrá aún más cuidado. Sin embargo, hay ciertas almas limpias que ella nunca osaría tocar. Son las que brillan.

—¿Las que brillan? ¿Cómo si tuvieran una aureola? —Joder, el cuerpo de aquella abogada rubia que se había llevado a Isaac desprendía luz. Por eso Jim la había visto y se había quedado mirando hacia ella.

—Exactamente igual.

Bueno, al menos había una cosa que les beneficiaba. Había dado por hecho que sólo estaba soñando. Pero había resultado ser verdad, gracias a Dios.

Jim sacó el receptor GPS y localizó los dos pequeños puntos parpadeantes que representaban a Isaac. Antes o después, si Devina quería joder al tío, haría acto de presencia de una u otra forma y ellos estarían allí cuando lo hiciera.

—¿Existen los hechizos protectores? —preguntó—. ¿Hay algo que pueda poner alrededor de Isaac para protegerlo de ella?

—Podemos inventarnos algo —indicó Eddie con una sonrisilla malvada—. Ya es hora de empezar a enseñarte esos truquillos.

«Tienes toda la razón del mundo», pensó Jim.

Cerró los ojos y desplegó las alas. Notó el enorme peso en la columna y en los hombros mientras se hacían visibles.

—Se dirigen a la ciudad. Vamos.

—Un momento —señaló Eddie mientras aparecían sus alas—. Tenemos que pasarnos por el hotel y coger algunas cosas. Eso suponiendo que no quieras entrar en la casa.

—Siempre y cuando Devina no aparezca, nos quedaremos fuera.

—No nos llevará mucho tiempo.

—Eso espero.

Mientras daba un par de pasos corriendo para coger el impulso necesario, sintió, irónicamente, que todo era como una gran ráfaga de viento debajo de él: nunca habría creído que los ángeles existieran o que la eterna batalla entre el bien y el mal no sólo fuera real, sino que acabara involucrado en ella.

Por otro lado, cuando pesabas unos ochenta y dos kilos de puro músculo y eras capaz de levantarte del suelo con unas alas de plumas metafísicas... la realidad superaba a la ficción y era creíble de narices.

Si Devina le ponía las garras encima a Isaac, estaba jodido, fuera cual fuera la forma que hubiera adoptado. Isaac era su chico y la idea de que cayera en manos enemigas no era aceptable, sobre todo si a aquel demonio le daba por adoptar un rostro familiar.

Que resultó tener un parche en el ojo.

CAPÍTULO

13



Isaac había estado en los alrededores de Boston sólo dos veces y ambas de paso cuando se dirigía al extranjero. Habían sido de esas visitas en las que lo único que hacía era darse un paseo por la pista de la base aérea de Otis, en Cape Cod.

Aun así, mientras Grier se desviaba a la izquierda por una calle llamada Charles, no necesitó una visita guiada a la ciudad para saber que estaban en la mejor zona. Las casas unifamiliares a ambos lados de la colina por la que estaban ascendiendo eran prístinas construcciones de ladrillo con contraventanas y puertas de color negro brillante. A través de las impolutas ventanas, podía ver los interiores atiborrados de antigüedades y con las suficientes coronas en las molduras como para chafar la cabeza de un rey.

Obviamente, aquél era el hábitat natural de los yanquis de sangre azul.

Mientras le venían a la cabeza las viejas parodias del *Saturday Night Live* de Dan Aykroyd imitando el acento de Boston de Kennedy, Grier giró a la izquierda en una pequeña plaza cercada por una verja de hierro forjado y senderos de ladrillo en los cuatro costados. En el medio había un pequeño parque con elegantes árboles que ya mostraban brotes diminutos y las calles que lo rodeaban

eran de lo mejorcito que había en aquel barrio, que era el mejor del mundo.

No le sorprendía.

Después de estacionar el Audi en paralelo a la verja, ambos salieron del coche. Ella no había hablado mucho durante el camino y él tampoco. Si bien era cierto que él no era muy hablador y ella llevaba a un fugitivo como pasajero, así que aquélla no era precisamente una situación como para hablar del tiempo.

La casa que Grier señaló como suya estaba en la esquina, tenía arcos en la fachada y unos escalones de mármol que conducían a la puerta principal, de color negro. A ambos lados de la entrada había sendos maceteros negros estriados del tamaño de un gran danés y el llamador de bronce era casi tan grande como su cabeza. Una luz brillaba en el tercer piso y varias más en el exterior. Hizo un reconocimiento de la zona y no le pareció que hubiera nada fuera de lugar: ningún coche de incógnito, ningún sonido extraño y ningún sospechoso al acecho.

Mientras caminaban sobre los desiguales ladrillos de la calle, le entraron ganas de estirar el brazo y sujetarla, dada la altura de sus tacones, pero no se atrevió. En primer lugar, seguramente ella todavía quería abofetearlo y, en segundo... Palpó las pistolas que llevaba dentro de la cazadora, por si acaso.

Isaac siempre se mantenía alerta, pero el hecho de estar con ella hacía que el nivel de vigilancia aumentara de forma considerable.

Además, Grier había llegado sana y salva a la puerta de su casa, a pesar de llevar tacones de aguja y haber sido atacada por un cabrón colocado.

Era una pena que no se hubieran conocido en otra vida. Le habría encantado... Vale, ¿tener una cita con ella?

Lo que fuera. Aunque él hubiera ido de legal, en plan «no soy ningún asesino», eran polos opuestos: él era un chico de granja y ella una chica de impresión.

Tenía que evitar por todos los medios pensar en lo atractiva que era. La alarma de seguridad se apagó en cuanto ella abrió la puerta, cosa que le alegró, aunque no le gustaba que dejara entrar a gentuza como él en su casa. Había que joderse.

Mientras ella tecleaba el código en el panel ADT, él bajó la vista a las suelas de sus botas militares, que estaban llenas de una gruesa capa de barro y tierra. Se agachó, las desató, se las quitó y las dejó fuera.

Notó el cálido suelo de mármol blanco y negro bajo los calcetines.

Levantó la vista y vio que ella se le había quedado mirando los pies con una expresión extraña en el hermoso rostro.

—No quería dejar todo lleno de pisadas —murmuró él, cerrando la puerta y echando el cerrojo.

Luego se quitó la cazadora, sacó la bolsa de Star Market con los ahorros de toda su vida y ambos se quedaron allí de pie: ella con su abrigo negro de diseño y

su bolso sucio que tenía una de las asas colgando y él con su sudadera y un montón de dinero sucio en la mano ensangrentada y dos pistolas en los bolsillos, de las que ella no sabía nada.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste algo? —le preguntó ella con suavidad.

—No tengo hambre. Pero gracias, señorita. —Echó un vistazo alrededor, estudiando la habitación de techos altos pintada de un rojo intenso. Sobre la regia chimenea de mármol había un óleo de un hombre sentado muy erguido en una silla dorada con un par de anteojos antiguos sobre la nariz.

Era un sitio realmente tranquilo y no sólo porque no se oyera ningún ruido, sino porque se respiraba paz.

—Entonces te haré una tortilla —dijo, posando el bolso y empezando a quitarse el abrigo.

Él se acercó para ayudarla, pero ella retrocedió.

—Ya está. Gracias.

El vestido que llevaba debajo... Santo Dios, qué vestido. La combinación de la sencillez y el negro nunca había sido tan sexy, o al menos eso le parecía a él, aunque se debía más a ella que al diseño o al tejido. Y qué piernas. Joder, aquellas piernas con aquellas medias negras transparentes...

Isaac hizo entrar en vereda rápidamente al Casanova que había en él recordándose que no era muy probable que alguien como ella permitiera siquiera que alguien de su calaña le lavara el coche, mucho menos que se la beneficiara. Además, ¿qué iba a hacer él con una mujer como aquélla? Desde luego, lo de follar en plan salvaje se le daba bien: las mujeres le habían pedido más las veces suficientes como para tener confianza a ese respecto.

Pero una dama como ella merecía que la paladearan.

Maldito fuera. Tenía la sensación de estar humedeciéndose los labios.

—La cocina está en la parte de atrás —se limitó a decir ella, recogiendo el bolso y alejándose.

Él la siguió por el pasillo, fijándose en las habitaciones, en las ventanas y en las puertas, quedándose con las vías de escape y las de entrada. Hacía aquello en todos los sitios por los que pasaba, fruto de los numerosos años de entrenamiento que, por supuesto, le acompañaban como si formaran parte de él. Pero no se trataba únicamente de eso. Buscaba pistas sobre ella.

Y era extraño, pero aquella sensación de paz continuaba, lo que le sorprendió. Las cosas antiguas y caras solían ir de la mano de personas estiradas. Allí, sin embargo, podía respirar profundamente y sin dificultad, aunque no tenía ningún sentido.

A diferencia del resto de la casa, la cocina era toda blanca y de acero inoxidable y, mientras ella se ponía manos a la obra sacando cuencos, huevos y queso, él dejó el dinero sobre la encimera y empezó a desear salir de aquella

habitación donde, en el otro extremo, había una cristalera compuesta por vidrios de aproximadamente un metro ochenta por dos.

Lo que significaba que cualquiera con un par de ojos podía acercarse a husmear.

—¿Qué hay en la parte de atrás? —preguntó como quien no quiere la cosa.

—El jardín.

—¿Está tapiado?

Con los brazos repletos de cosas, Grier se acercó a la vitrocerámica que había en la isla de granito.

—¿Preocupado por la seguridad?

—Sí, señorita.

Ella cruzó la habitación, encendió la luz de fuera y atenuó las interiores, lo cual le proporcionaba una vista perfecta de la parte trasera sin muchos problemas. Dios santo, sí que era lista.

Además, el jardín estaba rodeado por una pared imposible de ladrillo de tres metros de alto que le pareció perfecta.

—¿Satisfecho? —preguntó ella.

En la oscuridad, su voz adquirió un tono áspero que le hizo sentir deseos de seguir su cuerpo por la habitación y levantarla con suavidad para poder colarse bajo aquel vestido negro. Joder, se suponía que aquél era del tipo de preguntas que no debería hacerle esa noche.

—Sí, señorita —susurró.

Cuando las luces volvieron a encenderse, ella tenía una pincelada de rubor en las mejillas, algo que tal vez él habría pasado por alto si no estuviera entregado en cuerpo y alma a observarla. Aunque quizá se debía únicamente a que estaba nerviosa por todo lo que había sucedido esa noche.

Sin duda era eso.

El hecho de que lo hubiera notado no le sorprendía en absoluto como miembro del sexo masculino que era, ya que, por alguna razón, aun en medio del mayor de los caos, aunque sonara a ordinariéz, los hombres lograban ponerse cachondos por una mujer.

—Siéntate —le indicó ella, señalando con la varilla de batir un taburete que había bajo el alero de la isla de la cocina—, antes de que te desplomes. Y no se te ocurra soltarme el rollo ese de que estás bien así y todo eso, ¿queda claro?

Joder, aquella mujer lo ponía a cien.

Totalmente a cien.

—¿Hola? —dijo ella—. Creo que ibas a sentarte ahí.

—A la orden.

Mientras ella regresaba a la vitrocerámica para seguir con las manos en la masa —literalmente—, él hizo lo que le ordenaban.

Para apartar los ojos de ella, se fijó en el bolso que había dejado cerca de

donde él lo había puesto. Era una puta pena que le hubieran estropeado algo tan bonito y caro. La piel estaba llena de barro y el asa hecha un desastre.

Pastillero cabrón.

Se levantó, fue hacia el fregadero, cogió un trozo de papel de cocina y lo humedeció. Luego se volvió a sentar y se puso manos a la obra para intentar limpiar toda aquella suciedad.

Cuando levantó la vista, ella tenía de nuevo los ojos clavados en él. Dejó lo que estaba haciendo y levantó las manos.

—No voy a robarle.

—No pensaba que fueras a hacerlo —respondió con aquella suave voz.

—Siento mucho lo de su bolso. Creo que no tiene solución.

—Tengo más. Y, aunque no los tuviera, no es más que un objeto.

—Un objeto caro. —Y, dicho eso, se inclinó sobre la isla y empujó el dinero hacia ella—. Necesito que acepte esto.

—Y yo necesito que no salgas corriendo. —Cascó otro huevo en el borde del cuenco y lo partió con una sola mano—. Necesito que cumplas lo que accediste a hacer cuando te conseguí la fianza.

Isaac bajó la vista y retomó la tarea de limpieza a la que se había entregado sin éxito alguno.

Ella dejó escapar un suspiro que estaba sólo a un par de sílabas de convertirse en juramento.

—Estoy esperando a que me respondas.

—No sabía que fuera una pregunta, señorita.

—Vale. Entonces ¿podrías hacerme el favor de quedarte y seguir a rajatabla el sistema?

Isaac se levantó y volvió de nuevo al fregadero. Mientras arrancaba un nuevo papel de cocina del rollo, la verdad se le escapó.

—Mi vida no me pertenece.

—¿De quién estás huyendo? —susurró ella.

Puede que hubiera bajado el volumen por discreción fruto de la deformación profesional. O quizá se estaba imaginando lo correcto: los tipos que lo perseguían podían oír y a veces hasta ver a través de las paredes más sólidas. Los cristales como los de su cocina para ellos eran pan comido.

—¿Isaac?

No podía responder a aquello, así que sacudió negativamente la cabeza y continuó limpiando el barro del bolso. Aunque, probablemente, lo primero que ella haría a la mañana siguiente sería tirar aquella maldita cosa a la basura.

—Puedes confiar en mí, Isaac.

La respuesta se hizo esperar.

—No es usted quien me preocupa.

Grier estaba al otro extremo de la isla. Los huevos de Humpty-Dumpty estaban por ahí esparcidos y desparramados, goteaban sobre el granito y había un cuenco rojo lleno de yemas amarillas y claras transparentes a la espera de ser batidas.

Su cliente parecía enorme, allí subido al taburete, mientras sus manos heridas se hacían cargo del Birkin. Pero, a pesar de su tamaño y del cariño con el que estaba tratando su bolso, le entraron ganas de romperle la crisma con algún objeto contundente. Para ella la solución estaba clara: seguir las reglas del sistema, resolver la situación con cualquiera que fuese el organismo militar del que hubiera desertado, conocer las repercusiones, cumplir la sentencia... y empezar de nuevo.

Fuera lo que fuera lo que hubiera hecho, podía ser enmendado.

La sociedad podía perdonar.

Las personas podían seguir adelante.

A menos, claro, que fueran unos gilipollas empeñados en desobedecer las reglas e ir a lo suyo. Cogió un último huevo y le dio un golpe contra el borde del cuenco para romper la cáscara.

—Madre de Dios.

Isaac alzó la vista.

—No pasa nada, no me importa que esté un poco crujiente.

—Claro que pasa algo. De hecho, pasa mucho. —Se inclinó y retiró las cascaritas blancas con la uña.

Cuando solucionó el problema del cuenco, se sorprendió a sí misma al preguntar:

—¿Te gustaría darte una ducha antes de comer?

—No, señorita. —Fue su discreta y en absoluto sorprendente respuesta.

—Tengo ropa que te podría servir para cambiarte. —Aquello consiguió que Isaac levantara una ceja fugazmente aún sin mirarla—. De mi hermano. A veces se quedaba aquí conmigo. Aunque no será exactamente de tu talla, por supuesto.

—Estoy bien. Pero gracias, señorita.

—Oye, deja de llamarme señorita. Cambiamos de nivel en el momento en que te subiste a mi coche.

Mientras Isaac alzaba de nuevo la ceja, ella cogió un pedazo de cheddar y empezó a rallarlo con fuerza.

—¿Sabes? Me recuerdas a él. A mi hermano.

—¿En qué?

—También a ti quiero salvarte de lo que le estás haciendo a tu vida por culpa de las decisiones que tomas.

Isaac negó con la cabeza.

—Mala idea.

Tenia toda la razón. Dios sabía que ya había fracasado una vez. Sacudió el queso del rallador, lo dejó a un lado y cortó en dados un poco de beicon canadiense. Mientras ambos se entregaban a sus tareas, el silencio no tardó demasiado en invadir a Grier. Aunque, en realidad, tirar la toalla no era propio de ella.

Lo que venía a significar que, si participara en una carrera de coches, sería en un circuito de destrucción.

—Oye, puedo intentar ayudarte con algo más que con los cargos que hay contra ti. Si estás...

—He quitado la mayor parte de la suciedad. —Levantó el bolso y la miró a los ojos—. Pero no puedo hacer nada con el asa.

—¿Adónde piensas ir?

Pero no obtuvo respuesta alguna. Cortó un trozo de mantequilla, lo echó en la sartén y encendió el hornillo.

—Puedes quedarte a pasar la noche, si quieres descansar. Mi padre ha blindado este lugar hasta tal punto, que ni un ratón podría entrar sin hacer saltar la alarma.

—El ADT es bueno. Pero no tanto.

—Ése no es el verdadero sistema de seguridad. —Aquel comentario hizo que Isaac levantara ambas cejas. Ella asintió—. Mi padre estuvo en las Fuerzas Armadas. En el ejército, para ser exactos. Cuando lo dejó, se matriculó en derecho y luego... Bueno, digamos que sigue estando al día. Al día y obsesionado por protegerme.

—No creo que le gustara que yo estuviera aquí.

—Hasta ahora te has comportado como un caballero y a él siempre le ha importado más eso que lo que la gente lleva puesto o cuál es su origen. Y a mí también, por cierto.

—Cuando me vaya, dejaré el dinero.

Ella levantó la sartén del fuego, inclinó la superficie plana y esparció la mantequilla hasta que se derritió.

—Pues que sepas que yo no puedo aceptarlo. Me convertiría en cómplice. —Le pareció oír un pequeño juramento, pero puede que sólo hubiera sido un suspiro—. Después de todo, apostaría a que ese dinero procede de las peleas. ¿O es de la droga?

—No soy ningún camello.

—Lo cual implica que procede de lo anterior y sigue siendo ilegal. Por cierto, le he echado un vistazo a tus antecedentes. —Se puso a batir de nuevo los huevos y echó más de la mitad en la sartén. Se oyó un leve siseo—. Lo único que había era un artículo de periódico de hace cinco años sobre tu muerte. Iba acompañado de una foto, así que no te molestes en negarlo.

Él se quedó petrificado y Grier se dio cuenta de que la miraba sobresaltado.

Por un momento, se preguntó a quién le habría abierto las puertas de su casa. Pero, entonces, por alguna razón, le vino a la cabeza la imagen de él quitándose las botas y dejándolas al lado de la puerta principal.

« Hora de ser sinceros », pensó.

—¿Piensas decirme para qué departamento del Gobierno trabajas o esperas que lo adivine?

—No estoy en el ejército.

—No me digas. ¿Se supone que debo creerme que peleas así, que blindas tu casa y que huyes precipitadamente de la ciudad sólo porque eres un delincuente callejero o un matón de baja estofa? No me lo trago. De hecho, al verte en el *ring* me quedó clarísimo. Eso y la manera en que te comportaste con el drogata que me agredió al lado del coche. Tenías el control absoluto tanto de ti mismo como de la situación, no actuaste como un gorila cualquiera, chapucero y dejándote llevar por la emoción. Actuaste como un profesional. Y seguramente lo eres. ¿Me equivoco?

No hacía falta que él explicara nada, sabía que tenía razón. Pese a todo, al ver que no respondía, levantó la vista, medio esperando que se hubiera esfumado. Pero Isaac Rothe, o como fuera que se llamara, continuaba sentado en la isla.

—¿Cómo te gustan los huevos? —le preguntó—. ¿Muy hechos o poco?

—Mucho —le espetó.

—No sé por qué, no me sorprende.

CAPÍTULO

14



Lo había calado. Cuando miró a los ojos a su abogada de oficio, anfitriona y cocinera de comida rápida, le quedó claro que ella también sabía que lo había pillado.

Aquello le hizo sentirse como si estuviera completamente desnudo.

—Creo que deberías renunciar a mi caso —le dijo con voz seria—. Desde esta noche.

Grier esparció el queso y el beicon canadiense sobre el burbujeante círculo de la tortilla.

—Yo no soy ninguna rajada. A diferencia de ti.

Aquello lo cabreó.

—Yo tampoco.

—No me digas. ¿Y cómo se llaman los que huyen de las responsabilidades?

Cuando quiso darse cuenta, se había inclinado sobre la encimera y se cernía sobre ella. Los ojos de Grier chispeaban y él respondió con rudeza.

—Yo le llamo sobrevivir.

Pero, para bien o para mal, ella no se dio por vencida.

—Cuéntamelo. Por el amor de Dios, déjame ayudarte. Mi padre tiene contactos en lo más ignoto del Gobierno. Podría hacer algo para ayudarte.

Isaac parecía tranquilo. Pero, por dentro, estaba hecho un lío. ¿Quién coño era su padre? Childe... Childe... Aquel apellido no le decía nada.

—Isaac —le rogó ella—. Por favor...

—Me sacaste del calabozo, ahora puedo seguir adelante. Ya me has ayudado mucho. Tienes que dejarme marchar. Deja que me vaya y olvídate de que me has conocido. Si tu padre es el tipo de hombre que dices que es, sabes perfectamente que hay departamentos del ejército en los que desertar equivale a una sentencia de muerte.

—¿No decías que no estabas en el ejército?

Dejó que aquella pregunta aterrizará donde quisiera, y lo hizo encima del montón de mierda que él había acumulado delante de su puerta.

Grier aprovechó aquel silencio para aliñar la tortilla. El salero no hizo ruido alguno, pero el molinillo de la pimienta crujió. Luego dobló la tortilla a la mitad y la dejó en el fuego unos instantes.

Dos minutos después, le presentó un plato blanco y cuadrado. El tenedor era de plata de ley con filigranas.

—Sé que eres un tío educado —indicó ella—, pero no me esperes. Está mejor caliente.

No le hacía gracia comer antes que ella, pero, teniendo en cuenta que se había cerrado en banda en todo lo demás, le pareció que aquélla era una buena oportunidad para ser complaciente. Fue hacia el fregadero, se lavó las manos con agua y jabón, se sentó y se comió hasta la última migaja.

Estaba deliciosa.

—Quédate a pasar la noche —dijo ella después de haberse preparado la suya y mientras empezaba a comérsela, de pie al lado de la encimera—. Quédate a pasar la noche y renunciaré a tu caso. Pero no hasta que hayas desayunado conmigo mañana por la mañana. Y te llevarás el dinero contigo cuando te vayas. No quiero tener nada que ver con eso. Si te vas, será con el peso de una deuda sobre tu conciencia.

Se sintió repentinamente desmoralizado y se desplomó sobre el taburete. Entre sus numerosos pecados, el deberle dinero a ella le parecía una carga particularmente insoportable, mucho más pesada que la de los numerosos cadáveres que había enviado a la tumba. Aunque la buena gente siempre conseguía hacerle ver con demasiada claridad quién y qué era.

Justo cuando estaba a punto de ponerse a discutir el plan del alojamiento y desayuno, ella se lo impidió.

—Oye, aquí sé que estás a salvo. Sé que vas a hacer un par de comidas y que te irás en mejor forma. Para empezar, necesitas que te curen las heridas de la cara, otra tortilla y una cama en la que puedas descansar. Como te he dicho, esta

casa está mucho más protegida que una casa normal de cualquier civil y guarda un par de secretos en su interior, así que no tienes por qué preocuparte por si entra alguien. Además, nadie que tenga algo que ver con el Gobierno osaría hacerme daño, siendo quien es mi padre.

Childe... Childe... Nada. De todos modos, como recluta del cuerpo de Operaciones Especiales, sólo le habían preocupado dos cosas: conseguir su objetivo y salir con vida. No era precisamente de los que entendían de jerarquía militar.

Sin embargo, Jim Heron sí. Y le había dado su número.

—¿Trato hecho, entonces?—insistió ella.

—Luego renunciarás—replicó él con aspereza.

—Sí. Pero tendrás que contarles todo lo que sé sobre ti cuando lo haga. Y antes de que me lo preguntes, como ni has confirmado ni desmentido tu conexión con el Gobierno... me limitaré a olvidar que hemos hablado del tema.

Isaac se limpió la boca con la servilleta y sintió ganas de cagarse en su falta de opciones. Joder, aquella mandíbula angulosa reflejaba su determinación. Estaba claro que, con ella, las cosas se hacían a su manera, o no se hacían.

—Enséñame el sistema de seguridad. —Ella relajó los hombros ostensiblemente y posó el tenedor, pero no hizo lo que le pedía—. No, antes acaba de comer.

Mientras ella comía, él se levantó y empezó a pasear mientras lo memorizaba todo, desde los cuadros de las paredes a las fotos que había cerca del sofá y en la sala de estar. Finalmente, se detuvo delante de la cristalera.

—Te lo enseñaré.

Al oír su voz, sus ojos se centraron en el reflejo de Grier, que estaba detrás de él con aquel vestido negro, como si del hermoso espectro de una mujer se tratase.

En el silencio de la casa, con el estómago lleno por la cena que ella le había preparado y comiéndosela con la mirada..., las cosas pasaron de ser complicadas a completamente caóticas.

La deseaba. Con una avidez que iba a ponerlos a ambos en un aprieto de mil demonios.

—¿Isaac?

Aquella voz... Aquel vestido... Aquellas piernas...

—Tengo que irme—dijo bruscamente. Y realmente necesitaba irse... dentro de ella. Pero aquello no iba a suceder. Aunque tuviera que cortarse la polla y enterrarla en su hermoso jardín.

—Pues no pienso renunciar a tu caso.

Isaac dio media vuelta y no le sorprendió en absoluto que ella ni retrocediera ni se moviera siquiera un centímetro.

Antes de que pudiera abrir la boca, ella levantó una mano para detenerlo

antes de que empezara.

—No importa que ni te conozca ni te deba nada, así que puedes ahorrarte el discurso. Tú y yo vamos a echar un vistazo a mi sistema de seguridad, luego vas a dormir en la habitación de invitados y te irás por la mañana...

—Podría matarte. Aquí mismo. Ahora.

Eso hizo que se callara.

Mientras ella levantaba las yemas de los dedos para tocar la gruesa cadena de oro que llevaba puesta, como si se estuviera imaginando sus manos alrededor de su garganta, él se aproximó.

Y esa vez ella sí que retrocedió, hasta que la encimera en la que reposaba su plato vacío la detuvo.

Isaac siguió acercándose hasta que puso los brazos al lado de ella, aferrándose al granito, aprisionándola con eficacia. Miró fijamente aquellos enormes ojos azules, desesperado por intimidarla para hacerla entrar en razón.

—No soy la clase de hombre al que estás acostumbrada.

—No vas a hacerme nada.

—Estás temblando y te estás clavando la mano en el cuello. Así que dime tú de qué crees que soy capaz. —Mientras ella tragaba saliva, él pensó que hacía tiempo que aquella llamada de atención era necesaria, aunque se sentía como un matón montando el numerito de la agresión—. Sé que vas en plan salvadora, pero no soy de éstos por los que hacer una obra de caridad nutriría tu alma. Créeme.

Una especie de energía empezó a vibrar entre ellos acompañada de un zumbido y las moléculas de aire que había en el espacio entre sus cuerpos y sus rostros se volvieron locas.

Él se acercó más aún.

—Soy más de los que te comería viva.

Grier exhaló de golpe e Isaac notó el cosquilleo del aire en la piel del cuello.

Luego ella dijo algo que lo dejó de una pieza.

—¿Y a qué esperas? —le espetó.

Isaac frunció el ceño y retrocedió un poco.

Ella tenía la mirada encendida y una ira repentina le tiñó el hermoso rostro con una pasión que le sorprendió y excitó.

—Hazlo —gruñó ella, agarrándole de un brazo.

Tiró de la mano hacia arriba y se la puso sobre la garganta.

—Adelante, hazlo. ¿O sólo intentas asustarme?

Él se soltó bruscamente la muñeca.

—Estás loca.

—Así que es eso, ¿no? —El verla así de cabreada no debería haberlo puesto a cien de nuevo, pero así fue. O más bien a mil. O a cien mil—. Quieres tratar de intimidarme asustándome para que te deje marchar. Pues buena suerte porque, a menos que estés dispuesto a llevar a cabo tu amenaza, no pienso ceder y no te

tengo miedo.

Le empezaron a arder los pulmones y, aunque habría sido muchísimo más inteligente por su parte retroceder y hacer uso de una de las puertas, acabó posando de nuevo la mano derecha donde estaba antes sobre el granito, de manera que ella quedó otra vez acorralada entre sus fuertes brazos.

La quería exactamente donde estaba, prácticamente cubierta por su cuerpo. Y respetaba su demostración de fuerza, de verdad que lo hacía, aunque le preocupase su temeridad.

—¿Sabes qué?—dijo él en voz baja y grave.

Ella volvió a tragar saliva.

—¿Qué?

Isaac se acercó a ella y le puso la boca sobre la oreja.

—Matarte no es lo único que podría hacerte... señorita.

* * *

Hacía mucho tiempo que Grier no tenía conciencia de cada milímetro de su cuerpo al mismo tiempo, pero, Dios, ahora vaya si la tenía, y no sólo del suyo. También de cada recodo del de Isaac Rothe, aunque ni siquiera la estaba rozando.

Lo sentía perfectamente. Y, aunque aquella actitud de macho dominante podía haberle cortado el rollo, la cruda realidad sobre el poder que éste tenía no consiguió más que se sintiera cada vez más y más atraída por él. Separados por apenas unos centímetros, jadeando ambos, se sentía completamente enajenada y con las emociones desatadas como si él le hubiera arrancado la cabeza del cuerpo y la hubiera echado a rodar por el suelo.

Dios, lo deseaba con desesperación: se moría por lanzarse a sus brazos y quedar K.O. por el impacto. Se moría porque él fuera la pared de ladrillos con la que chocara. Se moría por estar inconsciente, por tambalearse y perder el contacto con la realidad, por él, por el sexo que emanaba como si fuera un perfume y por el polvo salvaje que sería.

Por supuesto, no duraría. Y, cuando volviera en sí, se sentiría fatal. Pero en aquel momento electrizante, todo le daba igual.

—Isaac...

Él retrocedió. En el momento en que ella pronunció su nombre con voz ronca, no sólo se apartó, sino que salió del vórtice.

Empezó a dar vueltas mientras se frotaba el corto cabello como si estuviera intentando dejar el cerebro en carne viva y la distancia física le dio una pista sobre cómo se sentiría ella después si alguna vez llegara a estar con él: muy vacía, ligeramente asqueada y definitivamente avergonzada.

—No volverá a pasar —señaló él con aspereza.

Mientras aquella declaración de intenciones todavía pendía en el aire entre

ellos, Grier pensó para sus adentros que se sentía aliviada por no haber tenido que enfrentarse al tema del sexo.

Pero aquella palpitación entre los muslos le dejó claro que era una mentirosa de tomo y lomo.

—Sigo queriendo que te quedes —le dijo.

—Nunca te das por vencida, ¿verdad?

—No. Nunca. —Pensó en la cantidad de veces que había intentado sacar a Daniel del pozo—. Jamás.

El rostro de Isaac envejeció mientras la observaba desde el otro extremo de la cocina y sus gélidos ojos se transformaron en pozos de oscuridad.

—Un consejo: huir puede ser un importante mecanismo de supervivencia.

—Y a veces una inmoralidad.

—No si te están arrastrando detrás de un coche. O si te han metido en una ratonera. A veces para salvarse hay que huir.

Ella sabía que se estaban acercando a su verdad y se mantuvo lo más firme posible.

—¿De qué huyes, Isaac? ¿De qué quieres salvarte?

Él se limitó a observarla. Y entonces...

—¿Dónde está el sistema de seguridad?

A Grier aquel cambio de tema no le hizo ninguna gracia, pero el hecho de que se quedara ya era, en cierto modo, un triunfo. Y mientras lo llevaba a la parte delantera de la casa, intentó recomponerse dentro de la medida de lo posible. A pesar de que todavía le temblaban las rodillas, de que tenía la piel sobrecalentada y de que la mente le iba a mil por hora.

La forma en que se sentía le resultaba muy familiar, aunque no quería pensar en ello. Tal vez se lo plantease a su hermano muerto cuando volviera a verlo. Daniel nunca hablaba de la noche en que había muerto ni de todo el daño que se había infligido a sí mismo antes de eso. Pero tal vez necesitaban hablar de todo aquello.

—Como te había dicho, esto es sólo para despistar —dijo ella, pasando una mano sobre el teclado ADT que estaba instalado en la pared—. El verdadero sistema de seguridad está detrás del armario de mi habitación. Todas las puertas y las ventanas tienen sensores de movimiento, pero el sistema real utiliza ondas de radio, rayos infrarrojos y láminas de cobre. Como el tuyo.

—Enséñame los conectores. Y quiero ver la placa base. Por favor.

Lo que significaba que tendría que llevarlo arriba.

Ella miró los escalones enmoquetados, le costó creer que se estuviera preguntando si podía fiarse de él... con una cama tan cerca.

¿Qué demonios le estaba pasando?

CAPÍTULO

15



Isaac fue conducido a una acogedora habitación tipo biblioteca y se dio cuenta de que allí era donde Grier pasaba su tiempo libre. Había artículos del *New York Times* y del *Wall Street Journal* en una papelería de mimbre que estaba al lado de un sillón y, sin duda, en la pantalla panorámica de televisión que estaba en la pared de enfrente, sintonizaba CNBC, CNN o FOX News casi todas las noches.

¿Quién se sentaba allí con ella? ¿Ese tal hermano suyo?

—¿Ves? —dijo ella, separando una de las cortinas de tartán de Black Watch.

Isaac se inclinó para echar un vistazo y percibió el aroma de su perfume: precisamente lo último que necesitaba en aquel momento.

Se obligó a centrarse en las diminutas placas de cobre y aprobó lo que estaba viendo. Material de última generación.

¿Quién coño era su padre?

Antes de hacer alguna estupidez, como tocarla, se alejó y, al pasar al lado de la tele, no le sorprendió en absoluto la colección de DVD que había en las estanterías. Un montón de títulos extranjeros y películas serias de las que nunca había oído hablar y que, por supuesto, nunca había visto. Aunque claro, él no

había vuelto al cine desde finales de los ochenta.

Para él Bruce Willis era un poli que buscaba desesperadamente un par de zapatos que le quedaran bien, Arnold un robot con gafas de sol y Steven Seagal tenía un pelazo.

—¿Me enseñas la placa base? —le dijo, volviéndose hacia ella.

Decidió omitir la parte de: « Y tu cama » . Qué caballeroso.

—Desde luego.

La siguió escaleras arriba manteniéndose a una distancia prudencial, lo cual le venía bien para conseguir tener las manos quietas y no tan bien para la vista, que tenía tanto de lo que disfrutar. Dios santo, sus caderas le hacían apretar los dientes.

Cuando llegaron al segundo piso, se detuvo un instante y analizó de pasada tres dormitorios que tenían las puertas abiertas. La decoración continuaba en la línea del piso de abajo, estilo familia bien, pero tenía un aire acogedor. Mucho más « de familia » que « de hotel » .

Nada que ver con la forma en que él había vivido, desde luego. A él le había tocado compartir una habitación del tamaño del vestíbulo de Grier con dos de sus hermanos cuando era pequeño. En Operaciones Especiales echaba una cabezada donde podía, que solía ser sentado en una silla frente a una puerta, bien erguido, con una pistola en la mano.

—Estoy en el tercer piso —le informó ella desde varios escalones más arriba del descansillo.

Él asintió y movió el culo. Resultó que, en realidad, toda la tercera planta era suya. La habitación principal consistía en un espacio abierto con su propia sala, chimenea y puertas acristaladas que se abrían hacia lo que supuso sería una terraza privada.

—Aquí dentro.

Seguía el sonido de su voz y se dirigió hacia el vestidor en el que ella había desaparecido. Aquella maldita cosa era tan grande como el salón de mucha gente, tenía moqueta color crema de pared a pared y legiones de ropa alineada y colgada por categoría.

El aire olía a su perfume.

Ella estaba al fondo, haciendo a un lado aproximadamente una docena de sobrios trajes, para dejar a la vista una rejilla de un metro veinte de alto por noventa centímetros de ancho con aspecto de cubreradiador antiguo. Pero mira por dónde, aquella cosa se deslizó hacia atrás y dejó a la vista una diminuta buhardilla.

Un pequeño clic y se encendió la luz.

Ella pasó primero y él la siguió de cerca para entrar en el angosto cuartucho. Allí estaba.

Santo Dios.

Se arrodillaron uno pegado al otro. Joder, si aquel tío llega a ser un *friki* de la informática, se cae de culo. El sistema era tan sofisticado como era posible, nada de tecladitos con diez dígitos y opciones de apagado, encendido o ausente para elegir. Aquello era un sistema informático que controlaba una serie de parámetros de las diferentes zonas de la casa. Y, si había entendido bien, la única manera de acceder a los componentes era llegar hasta allí, y desactivarlo no parecía fácil.

A menos que...

—No te he visto desconectarlo al entrar.

Ella le tendió algo similar al mando del coche.

—El botón funciona con la huella digital de mi pulgar. Lo llevo conmigo vaya adonde vaya y el sistema está ahora conectado. —Mientras él le daba la vuelta a aquel objeto en la mano, ella añadió—: ¿Te parece bien?

Él alzó la vista hacia ella.

—Me parece perfecto.

Se quedaron en silencio un buen rato. Mucho tiempo, dado el sitio en el que estaban.

Demasiado para quienes eran.

—¿Algo más? —preguntó ella.

« Sí » .

—No.

Grier asintió y deshizo el camino para salir del cuartucho. Cuando él hubo salido, volvieron a colocar la rejilla y entraron en la habitación. Y claro, él no pudo evitar mirar hacia la cama. Era grande y en ella había un montón de edredones y cojines. En el extremo opuesto había una pequeña televisión sobre una exquisita mesa antigua y una librería repleta de DVD meticulosamente ordenados.

Frunció el ceño y se acercó, aunque no era de su incumbencia. Era imposible que estuviera viendo bien los títulos.

La chica de rosa. El club de los cinco. Dieciséis velas. La jungla de cristal. Alerta máxima.

Hasta él las conocía.

—Es mi colección nocturna —dijo Grier, mientras se acercaba y colocaba las finas cajas, aunque ya estaban perfectamente ordenadas.

—Nada que ver con la de abajo. —Le costaba creer que fuera una farsante que se hiciera la Jane Austen en público y que, en la intimidad de su habitación, fuera Jerry Seinfeld.

Ella cogió *Cuando Harry encontró a Sally* y acarició la escena otoñal de la cubierta.

—No duermo bien y esto me ayuda. Es como si mi cerebro retrocediera a la época en que se estrenaron. Veo los coches, las escenas en el supermercado con

los precios más baratos, la ropa que estaba de moda, los peinados que ya nadie lleva. Vuelvo a la edad en que las vi por primera vez, cuando todo era más... fácil. —Grier dejó escapar una risa incómoda—. Son algo así como « pastillas cinematográficas para dormir ». Es lo único que me funciona.

La observó mientras ella miraba a Meg Ryan y se la imaginó acurrucada de lado con el resplandor azul de la pantalla jugueteando sobre sus facciones, mientras el viaje al pasado la tranquilizaba y la hacía desconectar.

Se preguntó si tendría un amante que las viera con ella. O un novio.

No llevaba anillo, así que suponía que no estaba ni casada ni comprometida.

—¿Qué? —interrogó ella, tirando hacia abajo del precioso vestido negro. Él se aclaró la garganta, maldiciendo porque lo hubiera pillado mirándola fijamente.

—¿Qué ducha quieres que use?

Aquello la hizo sonreír. Por primera vez.

Y aun con lo « inocente » que él era, se quedó sin respiración y le dio un vuelco el corazón.

Grier volvió a poner la película en su sitio.

—Antes más comida —dijo ella, dando media vuelta para bajar las escaleras.

* * *

Jim y sus chicos aterrizaron en el jardín trasero de una casa de ladrillos de tres pisos que a la vez rezumaba abolengo y se disculpaba por llamar la atención. Al igual que ella, todo el vecindario era refinado, pulcro y de ladrillo. Por el amor de Dios, el barrio al completo parecía como si los tres cerditos se hubieran vuelto locos: casas de ladrillo, muros de ladrillo, caminos de ladrillo, calles de ladrillo.

Aquello era suficiente para hacer que el Gran Lobo Feroz acabara con un pulmón de acero.

A través de las cristaleras de las ventanas se extendía en todas direcciones una cocina para caerse de culo, en cuya encimera había algo de comida. Sin embargo, no se veía a nadie. Jim retrocedió y cerró los ojos para concentrarse y mirar no la casa, sino a través de ella.

Sí, podía sentirlos a los dos... y a algo más. Dentro había una especie de... presencia.

Abrió los párpados de golpe y, mientras se lanzaba hacia la puerta trasera, Eddie lo agarró por el brazo. Lo cual, considerando la fuerza de aquel tipo, fue como chocar contra un coche aparcado.

—No, no es Devina. Es un alma perdida.

Jim frunció el ceño y se concentró en sentir la alteración.

—¿Un alma perdida?

—Es un alma que ha sido liberada del cuerpo, pero que aún no ha alcanzado

la eternidad a la que está destinada. Está atrapada aquí, en la Tierra.

—Un fantasma.

—Sí. —Eddie se quitó la mochila de los hombros y la gruesa trenza se le cayó hacia delante—. Está vagando por ahí, esperando ser libre.

—¿Y qué es lo que hace que esa cosa se quede aquí?

—Algún asunto pendiente.

—¿Y estás seguro de que es eso? —Cuando los ojos rojos del ángel adquirieron la dureza de una piedra, Jim levantó las manos—. Vale, vale. Pero ¿podemos seguir llamándoles « fantasmas » ? La mierda esa del « alma perdida » suena a cuento de abuelitas.

—No hay problema —dijo Adrian, metiéndose en la conversación.

—Por el amor... —murmuró Eddie—. Por mí como si les llamas « Fred » . Si te pone...

—Trato hecho.

En ese momento, Isaac y Grier entraron en la cocina. Mientras el tío se apalancaba en un taburete, ella volvió a ponerse a cocinar para él. La tensión entre ellos era obvia, al igual que la atracción: ambos se dirigían miraditas furtivas constantemente —cada vez que uno echaba un vistazo, el otro apartaba la mirada— y aquel rubor en las mejillas de la mujer lo dejaba clarísimo de forma implícita.

Mientras miraba a través del cristal, Jim se sintió viejísimo y ajeno a aquello. Se suponía que, ahora que era un ángel, los sueños de casarse, formar una familia y todo ese rollo se habían ido al traste. Eso por no hablar de las citas. Aunque, por Dios bendito, ¿cuándo había tenido él una cita con nadie?

Por otro lado, nunca había sido de los de casarse, ¿así que por qué coño le jodía tanto? Además, no era precisamente una película de Lifetime bajada en tiempo real lo que estaba viendo al otro lado del cristal: lo que estaba observando era a un hombre perseguido y a una mujer a la que la situación se le había ido de las manos.

Era difícil envidiar aquello.

De hecho, se preguntaba en qué demonios estaría pensando aquel tío. Cualquiera que hubiera trabajado con su antiguo jefe sabía que los daños colaterales eran algo más que probable, dadas las circunstancias.

—Tío, podemos mudarnos a vivir aquí con ellos —gruñó Adrian—. A la mierda los hechizos protectores. Me encanta la tortilla y estoy muerto de hambre.

Jim miró hacia él.

—Por favor.

—¿Qué? En esta casa hay un montón de habitaciones. —De repente la voz del ángel se hizo más grave—. Además, puedo hacer mis ejercicios extracurriculares con discreción.

Y no, no estaba hablando precisamente de hacer cestería. Se refería más bien al hecho de practicar sexo con mujeres anónimas. A veces con Eddie como sujetavelas.

Jim sólo había pasado una única noche con aquellos dos, pero ya sabía de qué iba el rollo. Y aunque Ad había accedido a ser usado y maltratado por Devina al final del primer partido, no le había llevado mucho tiempo volver de nuevo a la carga. Aquel tío estaba obsesionado con las mujeres.

—Haz el favor de centrarte, anda. —Jim miró a Eddie—. ¿Qué podemos hacer?

Adrian lo interrumpió con un gruñido.

—Vaya, le está haciendo otra.

—¿Puedes dejar de hablar como si la comida fuera porno?

—Cuando me meto en algo, llego hasta el final.

—Pues intenta aprender a cocinar...

Eddie se aclaró la garganta.

—Muy bien, pero hay un inconveniente en lo de proteger la casa: los hechizos más potentes serán como balizas señalizadoras para Devina.

—Ella ya lo sabe —dijo Jim en voz baja—. Me apuesto las pelotas a que ya lo ha encontrado.

—Sigo creyendo que no deberíamos llamar la atención.

—Apoyo la moción.

Eddie extendió el brazo.

—Dame la mano.

Jim le ofreció la palma sin apartar la vista de los dos que estaban dentro de la casa. Parecían aislados por un huracán que giraba a toda velocidad en su horizonte y él sentía la extraña necesidad de hacer que siguieran así.

—Joder —susurró, retirando el brazo. Bajó la vista hacia el pinchazo que tenía en la mano y se topó con un grueso tajo en la línea de la vida que rezumaba sangre, o algo por el estilo.

Aquel torrente rojo tenía un brillo similar al de la pintura metalizada cuando le daba el sol. Qué raro que no hubiera notado nada raro en el tanatorio, aunque era cierto que le había distraído un poco el aspecto de saco de arena que tenía su cuerpo sobre la mesa de autopsias.

Eddie enfundó de nuevo la daga de cristal.

—Da la vuelta a la casa y marca todas las puertas. Concéntrate en la imagen de ambos y visualízalos en paz, protegidos y tranquilos. Como siempre, cuanto más fuerte sea la imagen, mejor funcionará. Formará una especie de barómetro emocional dentro de la casa, así que, si se presenta alguna alteración, lo notarás. Es un hechizo básico y te permitirá venir rápidamente si pasa algo. No debería llamar la atención de Devina. Por supuesto, no la mantendrá alejada, pero puedes llegar en un santiamén si rompe la barrera.

Con la mano goteando, Jim subió las escaleras de la puerta de atrás a hurtadillas, de manera que para Isaac y su amiga no fuera más que una sombra pasajera. Apretó la mano contra los fríos paneles pintados y miró a aquellas dos personas. Los pilló justo en un momento en que sus ojos se encontraban y se sostenían la mirada. Luego cerró los párpados y se concentró exclusivamente en aquella imagen.

El mundo desapareció. Todo, desde la brisa en su rostro hasta el crujido de la chaqueta de cuero de Adrian, pasando por los distantes sonidos del tráfico. Todo se esfumó. Entonces su cuerpo también se fue y dejó de sentir peso sobre los pies, aunque permanecía en el suelo.

No existía nada para él, alrededor de él, o en él, a excepción de la imagen de su mente.

Y fue de ese vacío que surgió su poder.

Un inmenso torbellino de energía se canalizó en el espacio libre que había creado y, sin saber por qué, supo exactamente qué hacer con aquella fuerza. Hizo que parte de ella empezara a envolver la casa y comprobó que ésta no cesaba de manar.

Jim dejó caer el brazo y retrocedió.

Se quedó paralizado. El brillo de su sangre estaba sobre la puerta y se extendía ondulante en todas direcciones para cubrir los paneles, los marcos y esparcirse sobre los ladrillos. Se expandía hacia arriba y hacia los laterales ganando terreno, apoderándose de la casa.

Sellándola.

—No está mal para ser la primera vez —murmuró mientras se disponía a rodear la casa para ir hacia la parte delantera.

Al doblar la esquina, se detuvo un momento. Los dos ángeles lo miraban como si fuera un extraño.

—¿Qué? —dijo, echando un vistazo por encima del hombro. La brillante ola roja aún seguía extendiéndose, ascendiendo hacia el tejado y esparciéndose por encima de él—. Esta mierda tiene toda la pinta de funcionar.

Eddie se aclaró la garganta.

—Ya, bueno, se podría decir que sí.

—La fachada...

—No es necesario —dijo Eddie—. Has cubierto la casa entera.

Adrian murmuró algo en voz baja mientras negaba con la cabeza y Jim se preguntó qué coño estaba pasando.

—Vaya caras, ni que os hubieran meado en las botas. A ver, ¿cuál es el problema? —Pausa. Pie para la respuesta... que nunca llegó—. Muy bien. Desembuchad.

—Deberíamos largarnos ahora mismo —dijo Eddie, volviendo a guardar el cuchillo en la mochila—. Una vez hecho el hechizo, no es conveniente que nos

quedemos aquí. Seríamos como balizas señalizadoras para ella.

—¿Y eso?

Los dos ángeles se miraron. Ad fue el que respondió.

—Todos hemos estado con ella. Ya me entiendes.

Jim miró a Eddie con los ojos entornados, pero el ángel se limitó a ocuparse de su maldito equipaje. Vaya, mira tú por dónde. Al parecer Devina sabía cómo engatusar a la gente.

Jim alejó aquella idea de la mente, cruzó la puerta trasera del jardín y rodeó la casa hasta la entrada principal. Después de tomar nota del número y de la calle, se fue volando, a pesar del impulso que sentía de quedarse allí plantado.

A pesar de todo, Jim estaba satisfecho con su pequeño hechizo sellador. Además, *Perro* llevaba mucho rato ya en el hotel y tenía que sacarlo. Puede que comprara una *pizza* para los dos.

Entretanto, Adrian y Eddie seguramente disfrutarían de un tipo diferente de pastel.

CAPÍTULO

16



Mientras Isaac se comía la segunda tortilla —y se preguntaba cómo demonios iba a conseguir pasar la noche—, Grier fue a prepararle la habitación. Cuando ambos terminaron, lo llevó arriba, a lo que era a todas luces la habitación de invitados para hombres: las paredes y las cortinas eran de color azul marino y marrón chocolate y había sillas de cuero y un montón de libros encuadernados en piel.

Se sentía como un intruso en toda regla.

—Voy a cambiarme y a limpiar la cocina —dijo mientras salía y dejaba la puerta entornada—. Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy. —Hizo una breve pausa, como si estuviera buscando algo que contar—. Buenas noches, entonces —murmuró.

—Buenas noches.

Después de marcharse dejándolo dentro, la oyó dirigirse hacia su habitación con paso suave y firme. No la oyó caminar en el piso de arriba, pero se la imaginó yendo hacia aquel enorme vestidor y quitándose el vestido negro.

Sí... aquella cremallera bajándose centímetro a centímetro, enseñándole la

espalda. Los tirantes de la parte superior deslizándose por sus brazos... el tejido enroscándose en su cintura para luego resbalar por sus caderas.

Notó una sacudida en la polla.

Luego se le puso totalmente dura.

Mierda. Lo que le faltaba.

Mientras iba hacia el baño, se detuvo para quitarse de la cabeza a su anfitriona. Sobre la encimera de mármol le había dejado toallas limpias, una serie de útiles de aseo, una pomada antibiótica Neosporin y una caja de tiritas. También había una sudadera de talla de hombre y un par de pantalones de pijama de franela con cordones que le hicieron sentir un pinchazo de celos en pleno pecho.

Esperaba de todo corazón que fueran de su hermano y no de algún abogado vende peines que se acostara con ella.

Maldiciéndose, se metió en la ducha de cristal y abrió el grifo. No era asunto suyo con quién se acostaba, cuándo ni dónde, ni cómo eran sus amantes. En cuanto al pantalón de pijama, al menos estaba limpio y evitaría que enseñara el culo. Fuera de quien fuera.

Se despojó de la sudadera y comprobó las pistolas. Luego se quitó la camiseta de tirantes por la cabeza, los pantalones y echó una ojeada a su reflejo en el espejo: tenía un montón de moretones y cardenales en los hombros y en el pecho, intercalados con una serie de antiguas heridas que habían cicatrizado sin problema.

Era difícil no preguntarse qué pensaría Grier de él.

Aunque si el polvo era a oscuras, no tenía por qué preocuparse...

Maldito capullo. Tenía que acabar con esa mierda.

Se metió en la ducha pensando qué tendría ella para hacerle sentir como un quinceañero. Llegó a la conclusión de que reaccionaba así porque hacía un año que no se acostaba con nadie y porque además aquella noche se había peleado, y ambas cosas solían hacer que los tíos se pusieran a tono.

En serio.

Era así.

No era posible que se hubiera colgado por su abogada sólo porque era un metro setenta y cinco de mujer envuelta en un paquete de Tiffany.

Por desgracia, fuera cual fuera la causa, al parecer el jabón y el agua caliente no fueron de mucha ayuda para sus hormonas sobrecargadas. Mientras se lavaba, notaba las manos resbaladizas y calientes sobre la piel y el jabón corriéndole entre las piernas, goteando de su polla dura y haciéndole cosquillas en las rígidas pelotas.

Estaba acostumbrado a tener el cuerpo dolorido, así que aquella mierda era fácil de ignorar. Pero obviar lo que estaba sintiendo por aquella mujer era como intentar disimular que alguien grita en una iglesia.

La mano enjabonada merodeaba por donde no debía, metiéndose entre los muslos y acariciando hacia arriba la parte inferior de su erección.

—Mierda —dijo entre dientes, dejando que su mano se deslizara de nuevo hacia abajo poniéndolo a cien.

Le hizo falta toda su fuerza de voluntad para desviar aquella maldita mano y acabó lavándose el pelo tres veces para intentar mantenerse ocupado. Hasta se echó una tonelada de acondicionador. Por supuesto, la mejor solución era abandonar la traicionera intimidad y la seductora calidez de la ducha, pero no era capaz de convencer a su cuerpo para que se dirigiera hacia la alfombrilla del baño.

Antes de que se diera ni cuenta, su erección atrajo como un imán a la mano y ésta se puso manos a la obra, así que abandonó la lucha.

Cerdo. Lascivo. Cabrón.

Sin embargo, era tan agradable sentir la presión de aquella mano que él se imaginaba que era la de ella, el deslizamiento, el giro en la punta.

Además, ¿qué iba a hacer? ¿Intentar ignorarlo? Sí, claro. Se ponía el pantalón de pijama y montaba el circo de Barnum & Bailey en plan obsceno, con carpa y todo. Además, tenía que ir a verla abajo antes de meterse en el sobre.

Quería hacerle una advertencia a su encantadora abogada.

El último de sus argumentos internos se quedó en el aire. Un par de caricias más y luego seguiría el viaje. Se puso de cara a la ducha, apoyó una mano en la pared de mármol y se recostó sobre el hombro. Tenía la polla dura y tesa como el puto antebrazo cuando empezó a trabajársela como era debido, moviendo la mano arriba y abajo. La ardiente ráfaga que le subió por la columna le hizo bajar la cabeza y abrir la boca para respirar.

En medio del creciente caos, se negó a pensar en Grier. Puede que hubiera sido la causa de la erección, pero no pensaba fantasear con ella mientras se la cascaba en su ducha. Se negaba en redondo. Era demasiado asqueroso e irreverente: ella se merecía mucho más, aunque nunca podría saber lo que había hecho.

Aqué fue su último pensamiento consciente antes de centrarse en el orgasmo. Tenía la parte superior del sexo tan sensible, que cada vez que la acariciaba notaba un agradable pinchazo que le recorría el miembro erecto y le bajaba directamente a las pelotas. Separó más las piernas, se puso cómodo y se preparó mientras encontraba el ritmo apropiado y el chorro de agua caliente le corría por el pelo y por la cara al tiempo que empezaba a jadear...

De pronto, salido de la nada y en contra de su propia voluntad, el recuerdo de Grier pegada a él le invadió la mente y lo convirtió en un bulldog. Daba igual cuánto se empeñara en olvidarlo o en centrarse en otra cosa, no lograba sacarse de la cabeza lo que había sentido al haber estado tan cerca de ella.

Dios, sus labios habían estado a un centímetro de los suyos. Una simple

inclinación de cabeza y la habría besado.

La liberación llegó rápida y potente, golpeándole con tal fuerza que tuvo que inclinarse hacia el biceps y morderlo para evitar aullar su nombre.

Y, de perdidos al río, se dejó llevar hasta el último y vibrante espasmo, exprimiéndose hasta que sus rodillas flaquearon y notó la sangre del mordisco.

Acto seguido, se sintió débil y vacío por dentro, como si el hecho de correrse hubiera acabado no sólo con el impulso sexual, sino con todo lo demás.

Estaba muy cansado.

Muy, pero que muy cansado.

Profirió una maldición, extendió la mano que había efectuado el trabajo y se aseguró de no dejar rastro de nada en el mármol o el cristal. Luego se aclaró una última vez, cerró el grifo y salió del empañado habitáculo que lo había metido en un lío.

La seguía teniendo dura, a pesar del agotamiento y del ejercicio.

Estaba claro que su polla no se había tragado el soborno.

Y sí, tenía razón: la franela no sirvió de nada para disimular lo evidente. Como mucho, lo de estar empalmado le hacía parecer el doble de grande, lo cual, teniendo en cuenta que aquello debería estar colgando, no era exactamente lo que más le interesaba.

Ocultó la erección sujetándola contra la barriga con la cinturilla del pijama y cogió el jersey rogando para que fuera lo bastante largo como para ocultar la enrojecida cabeza del miembro.

Que seguía llena de ideas brillantes.

Vale, fracaso absoluto en lo del disimulo. El jersey habría sido suficientemente largo si no tuviera el pecho tan grande. Pero, tal y como estaba, iba más desnudo que en pelota picada. Isaac se deshizo del jersey y se puso la sudadera. La camiseta de tirantes estaba demasiado asquerosa después de la pelea. Aquella maldita prenda había que quemarla, no lavarla.

Antes de volver abajo, usó los artículos de primeros auxilios. No porque le importara, sino porque estaba convencido de que si no lo hacía, ella insistiría en subir y hacerse la Florence Nightingale.

Una idea nefasta, teniendo en cuenta lo que acaba de hacer.

El punto de aproximación que le habían puesto los enfermeros en la cárcel no habían aguantado ni un asalto en el *ring* y sabía Dios dónde había acabado. Sin embargo, era un corte normal y corriente. Un tajo en la piel lo suficientemente profundo para montar un espectáculo sanguinolento, pero nada por lo que ponerse histérico. Le iba a quedar una cicatriz, pero ¿y qué?

Se puso una tirita sobre el corte sin molestarse en echarle la pomada antibiótica. Era más probable que se muriera por envenenamiento de plomo de una Smith & Wesson que por una infección cutánea.

Salió de la habitación de invitados. Bajó las escaleras. Cuando llegó al

vestíbulo de la parte delantera, las cosas habían empezado a calmarse un poco allá en las caderas.

Hasta que dobló la esquina de la cocina y vio a Grier.

Joder.

Si con el minivestido negro estaba preciosa, con aquel *boxer* de franela de chico y aquella vieja sudadera verde que ponía «CAMPAMENTO DARTMOUTH», obviamente su versión de pijama, estaba como para tirársela. Con los calcetines blancos que llevaba puestos y las zapatillas de casa hechas polvo, parecía más una colegiala que una treintañera. Además, la ausencia de maquillaje y el cabello despeinado incluso eran puntos a su favor. Tenía la piel tersa y satinada y sus pálidos ojos destacaban en lugar de perderse tras las gafas de carey.

Supuso que debía de usar lentillas.

Y tenía el pelo tan largo, mucho más de lo que pensaba, y ligeramente ondulado. Apostaba a que olía bien y que tenía un tacto aún mejor...

Ella levantó la vista por encima del cuenco rojo que estaba secando en el fregadero.

—¿Encontraste arriba todo lo que necesitabas?

«Ni de lejos».

Por si acaso, ciñó la parte de debajo de la sudadera para asegurarse de que el señor Feliz estaba a cubierto. Luego se limitó a observarla como un gilipollas.

—¿Isaac?

—¿Estás casada? —le preguntó en voz baja.

Mientras los ojos de ella giraban para encontrarse con los suyos, supo perfectamente cómo se sentía: él tampoco podía creer que se lo hubiera soltado así.

Antes de que él pudiera dar marcha atrás, ella se subió las gafas en la nariz y dijo:

—No. ¿Y tú?

Él negó con la cabeza y lo dejó estar, porque Dios sabía que, para empezar, no debería haber abierto la puerta.

—¿Y tienes novia? —le preguntó ella, cogiendo la sartén para secarla.

—Nunca la he tenido. —Mientras ella le clavaba los ojos, él se encogió de hombros—. No es que nunca hay a... Bueno, que no haya estado con...

Por el amor de Dios. ¿Se estaba ruborizando?

Vale, tenía que alejarse de ella y huir de la ciudad, y no sólo porque Matthias quisiera su cabeza. Aquella mujer lo estaba convirtiendo en un desconocido.

—Supongo que no has conocido a la persona adecuada. —Se inclinó y guardó el cuenco. Luego se acercó con la sartén para guardarla en las alacenas de la isla

—La razón siempre es la misma, ¿no?

—Entre otras.

—Yo sigo pensando que un día aparecerá —susurró ella—. Pero nada. Aunque me gusta mucho mi vida.

—¿No tienes novio? —se oyó decir a sí mismo.

—No —contestó encogiéndose de hombros—. Y no soy de rollos de una noche.

Eso no le sorprendió. Tenía demasiada clase.

Un silencio curiosamente agradable se instaló entre ellos. No tenía ni idea de cuánto tiempo se había quedado allí plantado, mirándola a través de la isla.

—Gracias —añadió finalmente.

—¿Por qué? La verdad es que no te he ayudado en nada.

Y una mierda. Le había proporcionado algo cálido en lo que pensar cuando estuviera solo en la fría noche. Recordaría aquel momento con ella durante el resto de sus días.

Aunque ya habían pasado unos cuantos.

Se movió para acercarse a ella, extendió la mano y le tocó la mejilla. Ella inspiró bruscamente y se quedó inmóvil.

—Siento lo de antes —dijo él.

Aunque no tenía muy claro a qué «antes» se refería: si a los veinticinco de los grandes que había puesto por él, a lo de infringir la ley, al intento de asustarla para hacerla reaccionar... o a la ducha.

Le sorprendió que ella no se apartara.

—Sigo sin querer que te vayas.

Isaac ignoró aquellas palabras.

—Me gusta cómo te queda el pelo suelto —expresó en cambio, pasándole los dedos entre el pelo hacia el hombro. Grier se ruborizó y él retrocedió—. Me voy a la cama. Si me necesitas, llama antes, ¿vale? Llama antes y espera a que conteste.

Ella parpadeó con rapidez, como si tuviera niebla dentro de la cabeza.

—¿Por qué?

—Tú prométemelo.

—Isaac... —Él negó con la cabeza y ella cruzó los brazos sobre el pecho—. De acuerdo. Te lo prometo.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Dio media vuelta y la dejó sola en la cocina. Recorrió el pasillo y subió las escaleras con rapidez, porque su autocontrol estaba en las últimas y, a pesar de las dos tortillas, estaba muerto de hambre.

Aunque no de comida.

Como una nenaza, se encerró en la habitación de invitados y esperó detrás de la puerta cerrada para oírla subir por las viejas escaleras que crujían ligeramente. Cuando la oyó cerrar la puerta, dio media vuelta y se preguntó qué

demonios iba hacer durante las siguientes ocho horas.

La polla le daba tirones como si estuviera levantando la mano para que el profesor le preguntara, porque sabía la respuesta.

—Pero eso no va a pasar, grandullón —se espetó Isaac a sí mismo.

Se frotó los ojos. No se podía creer que hubiera caído tan bajo como para estar hablando con su amiguito mudo. O para intentar razonar con él.

Y, sobre todo, no podía creer que hubiera aceptado quedarse: principalmente teniendo en cuenta quién había entrado al *ring* con él. Pero no podía negarse después de haber visto lo que había visto en la parte de atrás del armario de Grier y, aunque a Matthias los daños colaterales le traían sin cuidado, tenía clarísimo que no lo buscaría allí. Sobre todo si su padre era militar: Matthias conocía a todo el mundo y era perfectamente consciente de las complicaciones que tendría matar a la hija de alguien importante.

Isaac profirió otra maldición, entró en el baño y se cepilló los dientes; luego se tendió sobre el edredón y apagó la luz. Mirando al techo, se la imaginó arriba en aquella acogedora cama, con algo de la época de *Magnum* en la televisión encendida ante sus párpados cerrados.

Le gustaría estar allí arriba con ella.

Le gustaría estar allí arriba... encima de ella.

Lo cual significaba que tenía que irse al amanecer, antes incluso de que Grier se despertara. Si no, puede que no fuera capaz de irse sin intentar algo que no tenía derecho a hacer y que en absoluto se merecía.

Cerró los ojos y estuvo así unos quince minutos hasta que, de tantas vueltas que dio, el pantalón del pijama se le subió hasta tal punto que tenía la sensación de que podría toser franela.

Cuando dormía con colchón, almohada y todo eso, normalmente lo hacía desnudo. Ahora sabía por qué. Aquello era realmente ridículo.

Media hora después, no pudo soportarlo más y se desnudó por completo. Lo único que dejó a mano fue el par de pistolas, embutidas bajo las mantas. Después de todo, puede que estuviera con el culo al aire, pero no había razón alguna para ser vulnerable.

CAPÍTULO

17



El Comfort Inn & Suites de Framingham, Massachusetts, tenía pasillos queapestaban a Febreze, ventanas atrancadas con masilla y sábanas que picaban. Pero al menos el silencioso zumbido de la máquina de Coca-Cola que había al lado del ascensor despedía un torrente continuo de paraíso helado con cafeína.

A Adrian Vogel le encantaba la Coca-Cola y, aunque prefería las clásicas botellas de vidrio a las latas, aceptaba de buen grado las de plástico de cuello largo.

Tenía intención de comprar un par de ellas en cuanto llegara a su piso. Una para él y otra para...

—¿Cómo has dicho que te llamas?

La pelirroja que estaba a su lado era exactamente su tipo: tetas enormes, medio borracha y sin pretensiones de que aquello fuera a ser algo más que sexo.

—Rachel —dijo con una sonrisa, mostrándole unos dientes brillantes y blanquísimos—. Creo que me reservaré mi apellido. Colega, aquellos piños eran increíbles: estaban tan bien colocados y resplandecientes como azulejos de baño. Aunque claro, como era higienista dental seguramente le hacían descuento.

Demonios, con el aspecto que tenía bien podría hacer de modelo para las líneas de productos.

Se oyó una campanita y la puerta se abrió deslizándose, dejando ver la máquina expendedora roja y blanca de sus sueños. Mientras se hacía a un lado para dejar pasar a la encantadora y radiante Rachel sin apellido, pensó que, aunque estaba claro que la estaba utilizando, se trataba de algo recíproco: la conversación que habían tenido en el bar que había al lado del hotel había empezado porque ella se estaba quitando la alianza.

Por lo visto, su marido se estaba tirando a una amiga suya.

A Adrian le había llevado cero coma tres proponer la venganza perfecta.

La invitó a un par de copas y luego a otra más, y supo que la tenía en el bote cuando ésta le preguntó si se alojaba en el hotel. Le informó de que sí, que estaba con su mejor amigo y que era mucho más guapo que él.

Mentira y gorda. Pero si las mujeres no se oponían, le gustaba compartir con Eddie. Tal y como se lo montaba su colega, aquel cabrón nunca echaría un polvo si Ad no se lo ponía en bandeja.

—Un momento —le dijo, parándose delante de su máquina para coger la cartera y sacar un par de billetes.

—¿Sabes? —le señaló su rollete—. Nunca he estado con nadie como tú.

Ya, eso él lo tenía clarísimo.

—¿En serio? —Él le sonrió por encima del hombro y ella observó la curva de su labio inferior. A modo de agradecimiento, lamio con parsimonia el metal gris oscuro—. No estoy tan mal, ¿no?

Los ojos de ella estaban ansiosos.

—En absoluto. Por cierto, ¿tienes novia? No te he preguntado.

Adrian se volvió hacia la máquina, introdujo el dinero y escuchó el leve zumbido que emitía aquel trasto al zamparse a George Washington.

—No —contestó al tiempo que pulsaba el botón de la Coca-Cola normal—. No estoy con nadie.

En realidad, lo había estado hacía demasiado poco tiempo. Y, aunque siempre le había gustado el sexo, aquélla era la razón por la que se había empeñado en ligarse a aquella tía de la noche anterior y por la que había atacado a Rachel esa noche. Limpiarse después de que Devina lo utilizara llevaba su tiempo. Por supuesto, justo después de que lo soltara, el agua caliente y el jabón le habían ayudado a eliminar la sangre y el resto de las sustancias que le cubrían la piel... pero aquella cosa asquerosa y sucia no desaparecía nunca.

Aquel precioso pedacito de humanidad, sin embargo, le ayudaría a reemplazar las sensaciones que aún perduraban en su cuerpo. Las que no tenían nada que ver con los cardenales que tenía sobre la piel y que ya se estaban desvaneciendo.

La mierda de lo que había pasado con Devina lo acompañaba y perduraba en

el fondo de su mente, carcomiéndole la conciencia hasta tal punto que se había convertido en dos personas: el que bromeaba con Jim, que permanecía alerta y estaba dispuesto a luchar por el alma de Isaac Rothe y el que seguía hecho un ovillo en lo más profundo de su mente, temblando, paralizado y completamente solo.

—¿*Light*? —le preguntó.

—Sí, por favor.

Esa vez le tembló la mano al alimentar la boca de la máquina. Tuvo que hacer un par de intentos para introducir el billete.

—Oye, ¿podrías hacerme un favor?

—Claro.

—Abrazame.

Oyó una risilla antes de sentir una dulce presión alrededor de la cintura cuando Rachel sin apellido hizo lo que le había pedido. Él se recostó contra ella y notó sus pechos suaves contra la dureza de sus músculos y el calor de su cuerpo le hizo sentir un brutal contraste con lo que sucedía en su interior.

Estaba condenadamente frío. Frío como la Coca-Cola que estaba comprando.

Adrian dejó caer la cabeza y apoyó una mano en la máquina para evitar que se cayeran.

Devina acabaría matándolo. Aunque no lo había hecho cuando se lo estaba tirando, lo haría a través de los efectos secundarios: el cerebro ya no le funcionaba bien y, a medida que iban pasando los días y no volvía a la normalidad, empezaba a preocuparse. No creía que Jim lo supiera. Le preocupaba que Eddie sí, y ése era el problema: no tenía intención alguna de permitir que los jefes lo mandaran de nuevo al banquillo. Era un luchador y tenía una *vendetta* personal contra Devina. Y por eso tenía que esforzarse.

—¿Sabes? —murmuró Rachel contra su hombro—. Si quieres notar mis pechos, hay una manera mejor.

Él tragó saliva y se volvió a poner la máscara. Se giró entre sus brazos, le separó el pelo rojo del cuello y le echó la barbilla hacia arriba.

—Tienes toda la razón.

Se sentía completamente vacío mientras la besaba, pero ella lo ignoraba y él estaba tan desesperado por hacer una conexión que le daba igual.

—Adrian... —La forma en que alargó su nombre le hizo suponer que le gustaba la sensación que le producía la barrita metálica que le atravesaba la lengua al chocar contra la suya.

Le pasó las manos por las caderas hasta el culo, la apretó contra él e intentó romper aquel círculo ártico con sus curvas, con la manera en que se movía contra él, con el olor de su perfume y con el sabor de los vodkas con arándanos que se había bebido.

Manteniendo el ritmo, pulsó el botón que ponía «*light*» y la máquina escupió

otra botella.

—Vamos —gruñó, cogiendo el refresco—. Déjame que te presente a Eddie. Como ya te he dicho, te va a encantar. Le encanta a todo el mundo.

Le guiñó un ojo intentando tontear y, a juzgar por la risita tonta, le quedó claro que había mordido el anzuelo y que estaba realmente dispuesta a adentrarse en aquel terreno.

—Nunca he hecho esto antes —dijo ella, siguiéndolo por el pasillo—. Lo de... Bueno, ya sabes.

—¿Estar con dos personas? —Ella soltó otra risita tonta y él le sonrió—. No te preocupes. Te trataremos muy, pero que muy bien.

Mientras sacaba la llave de plástico de la puerta, se dijo a sí mismo que aquello iba a funcionar. Tenía que funcionar. La noche anterior no había sido suficiente, pero, después de aquello, haría borrón y cuenta nueva y volvería a la carga y lograría arrebatarle a Devina su kilo de carne.

Cuando llegaron a la puerta, Adrian se detuvo, introdujo la tarjeta en la ranura y la abrió sólo una rendija.

—Tenemos compañía. ¿Estás visible?

—Pues claro que sí —respondió Eddie al instante, cabreado.

* * *

Adrian se abrió paso con aquella sonrisa artificial clavada en la cara.

—¿Dónde estás, colega?

Eddie salió del baño y su dura mirada cambió al ver a la mujer.

Ya no estaba tan enfadado. Adrian sabía que le ponían las pelirrojas, por eso con la encantadora Rachel había cantado bingo.

Mientras Eddie daba un paso adelante para presentarse, Ad se acercó a la puerta que daba al cuarto de Jim y asomó la cabeza.

El ángel estaba sentado delante del portátil que había comprado ese mismo día. A un lado tenía una caja abierta con una *pizza* a medio comer y al otro un Marlboro consumiéndose en silencio en un cenicero. Tenía a *Perro* en el regazo: una bola de pelo zarrapastroso gris y canela, en el que no se podía distinguir cuál era la cola y cuál el hocico.

A juzgar por el ceño fruncido de Jim, estaba bastante claro qué estaba haciendo en el ordenata: buscaba información de la niña que Devina había asesinado, mancillado y colgado boca abajo en aquella bañera de Caldwell, la virgen que había sido sacrificada para proteger el territorio de la demonio y que Jim había intentado salvar... demasiado tarde.

—Jim.

Al oír su nombre, el tío responsable de salvar al mundo levantó la mirada. Tenía ojeras por la falta de sueño y la mirada vacía. En fin, lo que era de esperar

dada la pesada carga que llevaba sobre los hombros. Aun así, estaba claro que seguía entregado a la tarea. El hechizo que aquel tío se había sacado de la manga en la casa de ladrillo había sido increíble. No lo había hecho nunca y le había salido que te cagas a la primera. Eddie y él habrían tenido que ir por toda la casa marcando las puertas para asegurarse de que quedara bien protegida. Aquélla era una de las cosas que hacían que te preguntaras de qué más sería capaz aquel cabrón.

—¿Qué pasa, Ad? —preguntó Jim, cogiendo el cigarro para darle una calada. Exhaló el humo con lentitud y hastío.

Adrian señaló con el dedo por encima del hombro.

—Vamos a estar ocupados durante un ratito.

—¿Ahora?

Como si lo hubieran calculado, Rachel soltó una de sus risitas tontas a la que siguió inmediatamente un débil gruñido ronroneante. Lo cual solía significar que Eddie se disponía a hacer algo. Besar. Dar un azote. Comer...

Jim entornó los ojos.

—¿Estás bien?

Adrian dio un paso atrás y empezó a cerrar la puerta. No quería que Jim se involucrara en su drama. Aquello sólo lo podía saber Eddie, con quién había vivido un infierno. Literalmente. Pero no Jim. Aquel tío le caía bien, confiaba en él y estaba dispuesto a trabajar con él. Pero eso era todo.

—Espera un momento —le pidió Heron.

—Tengo que irme.

—¿Puedes dedicarme un puto minuto? Algo me dice que no llegarán muy lejos sin ti.

* * *

A Adrian le pasaba algo.

Jim se dio perfecta cuenta al verlo en el umbral de la puerta con aquella sonrisa falsa en la jeta y el cuerpo tan tenso como el cable de un puente. Por supuesto, intentaba fingir que tenía aquella mierda controlada, pero tras la máscara de tío duro, estaba claro que no era cierto.

Y el cansancio de la batalla no era ninguna broma: te resquebrajaba el cerebro y era un peligro tanto para ti como para los demás. Después de todo, andar por ahí con una sesera que no funcionaba bien era como llevar un arma cargada que podía dispararse en cualquier momento y estallarte en la mano.

—Adrian.

—¿Qué? —Aquella respuesta no daba pie a ningún debate. Y tampoco la mano de largas uñas rojas que reptó por su cadera y empezó a subirle la camisa.

—Ven un momento —dijo Jim, muy consciente de que aquello era como

pedirle peras al olmo. El ángel no pensaba alejarse de la señorita Dedos Prodigiosos ni de broma.

—Ahora mismo estoy un poco ocupado, colega. —Los ojos de Adrian eran de cristal, como si lo que lo iluminaba por dentro se hubiera largado de vacaciones.

—Esto es más importante.

—Oye, no soy un gran conversador. Yo soy más de acción.

Aquello provocó una nueva risita al tiempo que la camisa subía más arriba de los pectorales del ángel. Se produjo una pausa, como si a la mujer le hubiera sorprendido lo que había encontrado. Normal. Ad tenía sendos *piercings* en los pezones, interconectados con una cadena pavonada. Pero aquello no era todo. Los eslabones descendían por la tableta de chocolate y se perdían bajo la cinturilla de sus vaqueros.

Jim también se había quedado de una pieza la primera vez que había visto aquel rollo en plan « une los puntos » .

—Mira, Adrian —dijo Jim, dispuesto a abordar el tema aunque fuera en público.

Ad se volvió hacia la mujer.

—Ve a saludar a Eddie un momento, cariño.

La pelirroja aceptó la sugerencia y se la tomó al pie de la letra. Atravesó la habitación para ir junto al otro tío y lo atrajo hacia sí para darle un beso. A través de la rendija de la puerta se podía ver el maldito espectáculo, mientras Eddie maniobraba hacia la cama, la tumbaba y la cubría con su pesado cuerpo. A juzgar por los jadeos, ella estaba completamente en el cielo cuando le sacó la camiseta y...

Jim frunció el ceño y se inclinó hacia delante, preguntándose si estaba viendo bien. Pues sí. Eddie tenía la espalda llena de cicatrices, pero no eran fruto de quemaduras ni de latigazos aleatorios. Eran los mismos símbolos que tenía aquella niña en la tripa en casa de Devina.

Jim se levantó de golpe y Adrian se interpuso entre ellos, impidiéndole ver nada.

—¿Qué coño es eso que tiene ahí? —murmuró Jim mientras se aferraba a *Perro*.

Adrian se limitó a negar con la cabeza mientras en la habitación contigua se apagaban las luces y algo que sonaba como las botas militares de Eddie caía al suelo.

—No vamos a hablar de nada —remarcó el ángel en voz baja—. Trabajaremos para ti y haremos lo que tenemos que hacer para ayudarte a ganar, pero no eres bienvenido en nuestro pozo negro, Jim. Él y yo llevamos mucho tiempo juntos y, por si no te has dado cuenta, tú eres nuevo en esto.

Una voz profunda y gutural surgió de la oscuridad.

—Venga, Adrian.

Estaba claro que no era la mujer quien lo reclamaba. Y, por una vez, Ad, que no era de los que aceptaban órdenes, pareció dispuesto a acatarlas.

—Si nos necesitas estamos aquí al lado —continuó el tío, antes de sumirse en la oscuridad y en el sexo—. Da un grito.

Y se hizo el silencio absoluto.

Jim se hundió de nuevo en la silla y volvió a poner a *Perro* en su regazo. Mientras acariciaba el áspero pelaje del animal, tuvo que obligarse a permanecer donde estaba. Tenía ganas de irrumpir en el otro cuarto y obligar a Adrian a ir a un loquero y a Eddie a que le contase qué eran aquellas marcas. Pero venga ya, estaban todos medio desnudos y a punto de estarlo por completo. Y los taladros estaban a punto de entrar en acción.

—Joder. Menuda mierda.

Cerró los ojos, visualizó el dibujo que Eddie tenía grabado en la espalda y recordó el momento en que había irrumpido en el baño de Devina y se había topado con aquella niña inocente colgada boca abajo en la bañera. Su sangre rojo brillante destacaba sobre la porcelana blanca y sobre su pálida piel y su cabello rubio. Había sido mancillada y marcada por la demonio y tenía la piel llena de salvajes arañazos que dibujaban varios símbolos.

Como Eddie.

Obviamente, Devina también le había puesto las zarpas encima a aquel ángel. Y Jim iba a necesitar detalles.

Volvió a centrar su atención en el portátil que había comprado esa misma tarde e hizo desaparecer el salvapantallas pasando el dedo. El Dell sólo tenía la velocidad y la memoria de un ordenador de uso civil, pero, al fin y al cabo, no pensaba dirigir satélites desde él y la página del *Caldwell Courier Journal* se había cargado bastante rápido.

Mientras regresaba a los archivos, la imagen de aquella niña permanecía en su mente como una herida abierta. Aunque los cadáveres no eran nada nuevo para él, aquél se aferraba a su bulbo raquídeo y se había instalado en el corazón de su CPU.

Al menos le gustaría poder haberle proporcionado un entierro como era debido. Pero al entrar en la habitación había roto el hechizo que protegía el espejo sagrado de Devina y habían tenido que irse. Después de aquello, los restos de la niña habían desaparecido.

Por eso Jim estaba buscando en el periódico. Alguien tenía que estar buscando a su hija y el cadáver —o al menos parte de él— tendría que acabar apareciendo: Adrian aseguraba que Devina normalmente tiraba lo que le sobraba en lugar de destruirlo porque eso causaba más dolor a la familia y a los amigos.

Así de maja era.

Aquello le hizo preguntarse si estar desaparecida era mejor que estar

mancillada y destrozada. Condenada elección.

En la caja de búsqueda, introdujo frases como: « mujer rubia encontrada muerta », « homicidio de mujer rubia » y « mujer rubia asesinada », pero nada. Bueno, salieron un montón de cosas, pero ninguna encajaba con lo que estaba buscando. O las víctimas eran demasiado mayores, mientras que la suya debía de tener apenas dieciocho o diecinueve años, o los artículos eran de hacía seis meses o un año, cuando su chica había sido asesinada muy recientemente: la sangre estaba fresca y su cuerpo, aunque mutilado, estaba relativamente en buen estado, lo cual le había hecho pensar que no había sido torturada ni había pasado hambre antes de su muerte.

Como el CCJ no le proporcionó lo que buscaba, su siguiente parada en la superautopista de la información fue la base de datos nacional de personas desaparecidas. Buscó en el Estado de Nueva York

Joder. Había muchísimas.

Qué cantidad de sufrimiento había por el mundo: noches llenas de padres, maridos, mujeres, hermanas o hermanos, preguntándose si aquel que les había sido arrebatado estaba vivo, muerto o agonizando en manos de alguien.

—Dios —susurró.

Y pensar que él había formado parte de aquello. A gran escala, había perpetrado crímenes que habían dejado vacíos en la vida de otras personas. Vale que la inmensa mayoría de sus objetivos hubieran sido malhechores, pero le constaba que muchos de ellos tenían familia y ahora se preguntaba qué panorama había dejado a su paso. Aun cuando los cabezas de familia merecían morir, ¿qué tipo de caos colateral había creado? Sabía que un par de sus objetivos amaban de verdad a sus hijos: puede que fueran enemigos con recursos peligrosos en el ámbito político, pero no eran unos cabrones en casa.

—Joder, *Perro*. —Se oyó un resoplido y luego una nariz fría y húmeda se encontró con su mano—. Pues nada, manos a la obra.

Perro levantó su desaliñada cabeza y bostezó con la boca tan abierta que dejó escapar un sonido similar al del chirrido de una bisagra. A continuación, con otro resoplido, el chucho se volvió a acomodar en el regazo de Jim, enroscando las patitas y relajándose.

Jim intentó peinarle el pelo revuelto por el cambio de postura, pero el pelaje enmarañado de *Perro* hizo que todo esfuerzo fuera en vano. Aquel ridículo animal siempre tenía pinta de haber sido secado por un regimiento de ventiladores de sobremesa y rociado con cuatro latas de laca Aqua Net.

Caras, nombres, historias...

Un gemido procedente del cuarto de al lado le hizo pensar en la última vez que había practicado sexo y sintió náuseas. El mero hecho de pensar que se había corrido dentro de su enemiga, era suficiente para que la polla no se le volviera a levantar jamás.

Y pensar que los otros dos también se la habían tirado...

Al principio le costó identificar aquella sensación. Simplemente, notaba que algo iba mal. Aquella leve inquietud se le materializó en la parte posterior del cuello hasta hacerle sentir de verdad que alguien le echaba aire helado en la nuca.

Se giró de golpe, pero allí no había nadie. Sin embargo, el frío persistía y le bajaba por la columna vertebral, convirtiéndose en un ejército de hormigas que le cubrían la espalda.

Jim se puso en pie y dejó a *Perro* en la alfombra.

Isaac, pensó. Isaac y Grier.

Aquella casa.

El hechizo de la casa.

Dejó el hotel y regresó a Beacon Hill en un santiamén. Aterrizó en el jardín trasero. El encantamiento que había creado seguía en su lugar pero, ahora que estaba allí, se daba cuenta de que había hecho bien en ir.

Devina andaba cerca. Podía sentir su maligna y parasitaria presencia.

Sin embargo, todo parecía tranquilo: a través de los ventanales de la parte trasera se veía la cocina a oscuras, sin más iluminación que un lejano punto de luz en el pasillo. No se movía ninguna sombra, la alarma no había saltado, no se oía ninguna pistola ni ningún grito.

Batió con fuerza las alas, se elevó hasta la terraza del tercer piso y aterrizó en silencio. Fue hacia las puertas acristaladas manteniéndose invisible al ojo humano y echó un vistazo al interior. La abogada rubia estaba en la cama, tumbada de lado frente a una pequeña televisión y con pinta de dormida.

Parecía estar bien.

De hecho, todo parecía ir bien. Por supuesto, sentía a aquel fantasma rondando por allí, pero no representaba ninguna amenaza para ella ni para Isaac.

Sin embargo, aquella intensa alarma que notaba en la médula espinal era cada vez más fuerte y se sentía más inclinado a escucharla que a convencerse de que estaba todo bien e irse. En un abrir y cerrar de ojos, atravesó la puerta de cristal y se materializó en el centro de la habitación, preparado para la acción.

Lo que resultó ser un desperdicio de tensión muscular.

Una vez más, no había nada fuera de lugar ni se oía ningún ruido.

Frunciendo el ceño, dejó atrás la cama y atravesó la puerta cerrada para salir al pasillo. Se detuvo en el descansillo de la parte superior de las escaleras y la granja de hormigas que tenía en la espalda se volvió loca. El hormiguelo era tan intenso que convirtió todo su cuerpo en un diapasón. Corrió escaleras abajo y supo que iba en la dirección correcta porque la sensación iba cada vez a peor hasta que entró como un fantasma en el cuarto que Isaac estaba utilizando.

Allí estaba el problema.

Su compañero soldado estaba en la cama, dando vueltas y rodando sobre las

sábanas con el cuerpo contorsionado y el rostro fuertemente contraído en una máscara de agonía. Se aferraba con sus grandes manos al edredón y tenía los brazos en tensión mientras su fuerte pecho bombeaba aire violentamente.

Sí, Devina estaba allí, pero dentro del hombre, no al lado de él: el demonio había arrastrado a Isaac a una pesadilla y lo había atrapado en algún tipo de tortura. Jim se imaginó que el resultado era un tormento aún más real por su irrealidad, porque la muy zorra podía personalizar el maltrato en función de las debilidades de Isaac, fueran cuales fueran.

Al menos la solución era sencilla: despertar a aquel pobre diablo.

Jim se dispuso a...

Nigel, su nuevo jefe, apareció en la esquina del cuarto y le sujetó la mano en alto como si fuera un policía en un cruce.

—Si lo despiertas, ella se hará con algo más que con su mente.

Jim abandonó el ataque, dejó el peso de nuevo sobre los talones y se enfrentó al caballero inglés que aquella noche era el comandante en jefe. El arcángel lucía un esmoquin de los años veinte y llevaba un cigarrillo con boquilla en la mano derecha y una copa de martini en la otra. Pero para él aquello no era ninguna fiesta: a pesar del aspecto de falso Gatsby y la bebida de 007, tanto su cara como su voz eran mortalmente lúgubres.

Jim señaló la cama.

—Así que tenía razón. Isaac es mi próxima misión.

Nigel le dio una calada al cigarrillo y echó el humo, lo que hizo que Jim se percatara de que, en realidad, tenían algo en común. Aunque dado que ambos eran inmortales, suponía que aquello ya no era un mal hábito.

—En efecto, la respuesta es salvar su vida —le respondió finalmente.

—Pero no puedo dejarle así —dijo Jim mientras Isaac dejaba escapar un gemido—. Aunque sobreviva, es cruel.

—Sin embargo, no puedes despertarle. Te relacionas con los humanos a través de sus almas. Ésa es tu vía, la manera en que les tocas cuando interactúas con ellos. En este momento, su mente está contaminada por ella, si abres la puerta molestándole, ella podrá hacer lo que le dé la gana.

Por supuesto, aquélla no era en absoluto el tipo de ayuda que quería proporcionarle al enemigo.

A pesar de todo, mientras Jim observaba al hombre que estaba siendo maltratado, le preocupó que aquella experiencia acabara matando a aquel cabrón arrepentido. Era como si le estuvieran arrancando los brazos y las piernas.

—No voy a permitir que siga sufriendo así.

—Utiliza las herramientas que tienes. Hay muchas.

Joder, tendría que haberse llevado a Eddie y Adrian.

—Dime alguna.

—No puedo. Ni siquiera debería estar aquí. Si te oriento demasiado, me arriesgo a influir en el resultado y a que nos descalifiquen en la partida... O a algo peor.

Boca abajo en la cama, Isaac dejó escapar un grito tenso.

—Mierda, ¿qué hago?

Al no obtener respuesta alguna, Jim miró hacia la esquina y lo único que vio fue una voluta de humo desvaneciéndose que había dejado el cigarro del arcángel. Su jefe había desaparecido como había llegado: rápidamente y en silencio.

—Joder, Nigel...

Allí de pie, más solo que la una, con la espalda ejerciendo de alarma y aullando de dolor e Isaac sufriendo, Jim sacó el teléfono e intentó llamar a Eddie, luego a Adrian y luego de nuevo a Eddie. Estaba a punto de volver al hotel para arrastrarlos fuera de la cama —desnudos, si era necesario— cuando se le ocurrió la solución.

CAPÍTULO

18



Grier se despertó con un grito ahogado y se levantó repentinamente de la almohada agarrándose el pecho, sintiendo el corazón a mil contra la palma de la mano. Con la que le quedaba libre, se apartó el pelo de la cara y miró a su alrededor. La habitación estaba en penumbra y únicamente el logotipo del DVD que flotaba en la pantalla de la televisión emitía alguna luz.

—¿Isaac? —preguntó con voz quebrada.

No obtuvo respuesta. Tampoco oyó pasos subiendo por las escaleras.

La decepción ralentizó su ritmo cardíaco. Decepción, no, alivio, se corrigió a sí misma.

—¿Daniel? —dijo en voz baja. Cuando vio que su hermano no se manifestaba, imaginó que se había despertado porque tenía los nervios de punta.

Pero entonces Grier se quedó helada. Había un hombre en su habitación. Un hombre enorme que estaba de pie delante de las puertas acristaladas, justo en los confines del brillo de la televisión. Estaba petrificado, como si fuera una fotografía, y sólo se había dado cuenta de que estaba allí porque su silueta se recortaba sobre el resplandor de la ciudad.

Abrió la boca para gritar, pero se quedó paralizada.

Tenía alas.

Unas enormes alas que se elevaban por encima de sus hombros y brillaban como la luz de la luna sobre el agua, hipnotizándola.

Pensó que era un ángel. Y mientras una extraña y ajena tranquilidad la invadía, llegó a la conclusión de que aquello tenía que ser un sueño. ¿No? No había otra opción.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó. Su voz sonó muy, muy lejana.

Él dio un paso hacia delante y su rostro emergió de entre las sombras. Le sorprendió el aspecto de tipo duro que tenía. Ni rastro de la dulzura de los querubines. Ni de la expresión etérea propia de un mensajero caritativo. Tampoco llevaba túnica, sino una camiseta negra ajustada y... ¿unos vaqueros?

Era un guerrero.

Y le recordó a Isaac.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó de nuevo. No estaba segura de si la primera vez había formulado la pregunta o sólo la había pensado.

Él la miró a los ojos y señaló la puerta que daba al pasillo.

Pensó en Isaac. O tal vez oyó su nombre mentalmente.

Grier salió disparada de la cama y corrió hacia las escaleras. La urgencia le hacía hundir los pies en la alfombra mientras apenas se agarraba con la mano a la barandilla, derrapando en su carrera hacia el piso de abajo.

Cuando llegó a la puerta de la habitación de invitados, oyó unos ruidos dentro, como si alguien se estuviera peleando. Dios santo... Irrumpió en el cuarto, pero apenas logró ver nada en la oscuridad.

—¿Isaac? ¿Estás bien? —gritó.

Todo sucedió tan rápido que casi ni se enteró. Ella estaba en el umbral de la puerta y, de repente, alguien la agarró, la tiró al suelo y la inmovilizó poniéndole los brazos a la espalda y sujetándola con fuerza.

Sintió un metal frío contra la sien y un peso pesado sobre las caderas.

El miedo la dejó sin aire, aunque estaba segura de que era Isaac, porque olía a su jabón.

—P-p-por favor... —avisó, intentando coger aire—. Soy yo... Grier.

Él no se movió. Simplemente empezó a jadear como si estuviera forcejeando.

Las lágrimas le rodaron por las mejillas.

—Is... aac...

—Joder. —En un abrir y cerrar de ojos se levantó de encima de ella y la pistola desapareció. Mientras Grier trataba de recuperar el aliento, él se inclinó hacia ella—. Lo siento mucho... —dijo con voz ronca.

Ésta se apartó bruscamente, se puso de pie de un salto y retrocedió hasta chocar contra la pared. Se llevó las manos temblorosas a la cara e intentó tomar

aire con calma, pero las costillas le presionaban los pulmones y tenía la garganta tan cerrada que le daba la sensación de que la estaban estrangulando.

Isaac le dejó todo el espacio del mundo sin abrir la boca. Se limitó a quedarse donde estaba, de pie en la franja de luz que se filtraba procedente del aplique del pasillo. Cuando el zumbido que notaba en los oídos empezó a atenuarse, se dio cuenta de que Isaac estaba desnudo y de que se estaba cubriendo sus partes nobles únicamente con una sudadera, lo que hacía que sus pectorales y abdominales destacaran considerablemente.

Era obvio que había cambiado la pistola por el pudor.

—No sabía que eras tú —explicó él—. Te lo juro.

Recordó que le había dicho que no entrara hasta que contestara.

—Grier... —La voz de Isaac se quebró e hizo un gesto de dolor físico, como si no soportara lo que acababa de hacer.

Cuando ella se sintió capaz de hablar, lo miró directamente a los ojos.

—Sólo dime una cosa. ¿Estás huyendo por una buena razón o por una mala?

La respuesta tardó en llegar y fue tan queda como su respiración.

—Por una buena. Te lo prometo. —Y lo que confesó a continuación le sorprendió—: Necesitaba el dinero y, como no puedo trabajar legalmente, me puse a pelear. Además, da la casualidad de que estoy bien entrenado.

Ya.

Profirió un juramento y se pasó la mano por el corto cabello, lo que hizo que se le abultaran los bíceps y que dejara a la vista la brillante marca de un mordisco de enfado en uno de ellos.

—Debo abandonar el país, así tendré más posibilidades. Si dan conmigo, me matarán. —Se puso la palma de la mano sobre el corazón, como si hiciera una promesa—. Nunca te haría daño de forma intencionada. Te lo juro. Cuando entraste, no sabía que eras tú. Estaba teniendo un sueño. Una pesadilla. Hostia —añadió estremeciéndose—. Quiero decir ostras. Perdona por la palabrota.

A ella no le quedó más remedio que esbozar una pequeña sonrisa.

—A veces es lo único que encaja.

—¿Por qué has bajado? ¿Estaba haciendo ruido?

Como si fuera típico de él.

Grier frunció el ceño y decidió guardarse lo del visitante alado para sí misma.

—Supongo que sentí que me necesitabas. —Se miraron durante un rato a los ojos en la penumbra—. ¿Puedo hacer algo para ayudarte? —susurró.

—Coge el dinero que te debo y desiste. Por favor. Y si viene alguien preguntando por mí, cuéntales todo lo que sabes.

—Que no es casi nada —contestó, pensando en voz alta.

—Exactamente.

Ella sacudió la cabeza, se acercó a él y le puso la mano en el antebrazo.

—No puedo detenerte si vas a huir, pero no puedo permitirme contaminarme

por la forma en que conseguiste el dinero. Si lo dejas aquí, se lo entregaré a la policía.

—Es para pagarte.

—No puedo aceptarlo. Sabes que no puedo. Me arriesgaría a perder la licencia para ejercer. La verdad es que ya casi me he convertido en cómplice. Debería haber llamado a la policía en Malden. Y mañana por la mañana voy a tener que contarles que te he escondido durante un tiempo mientras intentaba convencerte para que te entregaras. Lo cual ya es lo suficientemente malo.

Dios santo, puede que se estuviera volviendo loca, pero confiaba en él. Creía que huía para salvar la vida. Y, maldita fuera, iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para ayudarlo.

* * *

Isaac permanecía desnudo ante su abogada defensora mientras seguía intentando volver a la realidad. Aquella pesadilla le había dejado otra vez el cerebro como un granizado. O al menos así era como se sentía. Durante los instantes inmediatamente posteriores al momento de despertarse, todo daba vueltas siempre demasiado rápido y requería demasiada energía entenderlo.

Dios, aquella mierda se repetía constantemente e incluso después de dos años seguía dándole tanto pavor como la primera vez: en un oscuro pozo, un muerto viviente sin párpados le zurraba hasta que estaba cubierto de sangre de la cabeza a los pies, mientras no paraba de gritar a pesar de que le habían metido algo en la boca. Nunca había escapatoria. Estaba clavado a una especie de mesa y nadie podía oírlo y, aunque podía soportar el dolor físico, lo que acababa con él era saber que la tortura duraría eternamente. Que no tendría fin.

Grier le apretó el brazo y lo llevó de vuelta al presente.

—¿Y el artículo de periódico de hace cinco años? —Le preguntó—. ¿Quién fue el responsable de lo del cadáver en la cuneta?

—Yo no lo maté.

Pero había oído lo de la muerte y le había entregado a Matthias su cartera y su ropa sin hacer demasiadas preguntas. Y en cuanto dejó atrás esas señas de identidad, entró en el rebaño de Operaciones Especiales y desapareció. Dejar a su familia había sido fácil. Su padre había criado él solo a cinco condenados niños en la granja y ser uno menos era una bendición para ese puñado de trogloditas. Además, él y su viejo nunca se habían llevado bien.

Por eso al desertar siguió usando su verdadero nombre en el carné falso que compró. Nadie de su familia lo estaba buscando y, por supuesto, no pensaba ser arrestado. Pero el tema era que, si iba a volver a empezar, quería volver a ser la persona que era antes de que Matthias apareciera. Aunque aquello era una estupidez. Ninguna dirección en el sobre iba a devolverlo a aquel lugar y a aquel

momento y nada iba a borrar los últimos cinco años. Lo que necesitaba era el perdón.

De pronto, centró su atención en el rostro de Grier. Dios, qué ojos tan claros, inteligentes y hermosos.

—Grier... —Hasta a él le pareció que había pronunciado su nombre con avidez. Con avidez y desesperación.

—Sí...

Aquello más que una pregunta le pareció una respuesta. Pero joder, no era la correcta.

Se zafó de su mano e intentó acabar con lo que estaba sucediendo entre ellos.

—Creo que es mejor que te vayas.

Ella se aclaró la garganta.

—Sí. Debería.

Ninguno de ellos se movió.

—Vete —insistió—. Venga.

Ella dio media vuelta y él cruzó el brazo que tenía libre sobre el pecho para evitar agarrarla y atraerla hacia él.

Pero Grier no fue demasiado lejos. Se detuvo en la puerta y la luz del pasillo dibujó su contorno, perfilando su perfecta figura con extrema delicadeza.

Isaac pensó que ella se merecía que su amante la tratara con ese mismo cuidado.

Pero él era demasiado salvaje y estaba demasiado necesitado, demasiado hambriento como para tratarla con ternura.

Grier se detuvo en el umbral de la puerta, apretando el pomo con tal fuerza con la mano que había estado sobre él, que se le pusieron blancos los nudillos.

—¿Qué pasa? —dijo él con una voz tan profunda que casi ni se oyó.

Menuda estupidez de pregunta.

Sobre todo teniendo en cuenta que, mientras se la hacía, seguía con la mirada la curva de su pecho y estaba deseando hacer lo mismo con la boca.

—¿Alguna vez has deseado algo que no debías? —preguntó ella.

Joder. Si aquello fuera algo unilateral, es decir, sólo por su parte, al menos tendría una mínima oportunidad de resistirse a ella: y es que no había nada como decirte a ti mismo que eras un cerdo asqueroso para estrangular la libido. Pero ¿y si se despertara en un universo paralelo en el que, inexplicablemente, ella lo deseara a él con la misma intensidad?

Estaban jodidos. Incluso dejando a un lado el tema del sexo.

—¿Lo has deseado? —insistió.

—Sí, señorita. —Como en ese preciso instante.

—¿Y qué hiciste? —preguntó con una voz tan ronca como la de él.

«Avancé un par de pasos, la agarré por las caderas y le di la vuelta. Tiré de ella bruscamente y la besé durante un minuto y medio antes de desnudarla de

cintura para abajo. Me arrodillé, le puse una pierna sobre mi hombro, la comí hasta que se corrió en mi lengua y ...» .

—Me fui. —Tenía la garganta tan cerrada que la respuesta le salió como si lo estuvieran estrangulando—. Me fui sin mirar atrás.

Ella irguió los hombros como si hubiera tomado una decisión.

—Muy inteligente.

Él dejó de contener la respiración, aliviado porque no estuviera tan loca como él.

Cuando Grier cerró la puerta, quedó claro que estaba en el mismo barco que él. Se dirigió hacia Isaac en la oscuridad, deslizándose como una sombra, y lo rodeó para tumbarse en la cama.

Isaac no podía respirar, ni pensar. Pero podía moverse.

Joder si podía.

Todo el rollo aquel de comportarse con inteligencia salió volando por la ventana cuando se acercó y se inclinó sobre ella mientras observaba su pálida piel en contraste con las sábanas azul marino. Ella se estiró en el lugar que él había calentado no precisamente con un sueño agradable, sino al intentar despertarse de la pesadilla. Y fue justo aquello lo que le recordó lo que estaban a punto de hacer.

—¿Estás segura? —le preguntó con voz gutural—. Si me tumbo ahora mismo en ese colchón, no pararé hasta estar dentro de ti.

Lo decía totalmente en serio.

Ella abrió la boca, pero él la interrumpió.

—Asegúrate de darme una respuesta con la que puedas vivir. Porque lo que pase ahora no cambiará el plan de mañana.

—Lo sé. Y ésta es mi respuesta: aquí y ahora.

Y, dicho eso, se quitó la camiseta y se volvió a tumbar.

CAPÍTULO

19



Grier se quedó sin respiración cuando el aire frío le acarició los pechos desnudos y los pezones se le endurecieron en un agudo pinchazo de placer, aunque la respuesta de su cuerpo se debía más bien a la forma en que la mirada ardiente de Isaac se posó sobre ella, que a la temperatura.

Aun así, tuvo que esperar unos instantes a que éste hablara, a que se moviera, a que hiciera algo... Lo que fuera.

Él dejó caer la sudadera.

Ella ahogó un jadeo.

Viril. Bestial. Aquello fue lo único que se le pasó por la cabeza.

No es que hubiera visto a demasiados hombres desnudos, pero estaba segurísima de que podrían haber sido cien mil y ninguno de ellos tendría ni punto de comparación con Isaac Rothe: hombros y pecho fuertes, estómago y caderas firmes y ... ¿empalmadísimo?

Su sexo estaba más que a la altura del resto de su cuerpo.

Descendió en la oscuridad y deslizó sobre ella un cuerpo más sólido y más grande de lo que sus ojos habían asumido, al tiempo que sus pechos

amortiguaban sus pectorales cuando éste acomodó su peso encima de ella.

Dios, qué bien olía.

Y joder, se moría por hacerlo suyo.

Su mano exploró el terreno bajo la cintura de Grier, al tiempo que la estrechaba aún más entre sus musculosos brazos. Juntaron las caderas y los *boxer* que ella llevaba puestos no supusieron ninguna barrera para que la roma cabeza de su miembro se introdujera en su interior, que estaba más que listo para recibirlo.

—Dios...

Él la interrumpió al encontrar su boca para adueñarse de sus labios como si le pertenecieran. La besó sin rastro de la torpeza de la primera vez a la que estaba habituada; no hubo ni un ápice de duda, de cortesía ni de indecisión: Isaac la besó como si necesitara poseerla y ella estaba dispuesta a ser poseída.

Nunca había deseado nada con tanta intensidad.

Súbitamente, él rodó sobre la espalda y la arrastró con él para que se quedara tumbada sobre su cuerpo. Ella abrió las piernas y se sentó a horcajadas sobre sus caderas. Isaac profirió un juramento cuando ella se acomodó sobre su miembro erecto y empezó a moverse arriba y abajo, acariciándolos a ambos. Mientras ella gemía, él deslizo la lengua dentro de ella y Grier arrastró las manos hacia la parte de abajo de su cuerpo, notando las ondulaciones de sus músculos mientras arremetía rítmicamente contra ella.

Pero antes de que le diera tiempo a tocarlo, Isaac la levantó sobre él para ponerle los labios sobre el cuello, luego sobre la clavícula y luego...

Se prendió a uno de sus pezones y la ardiente y húmeda succión la hizo arquearse ferozmente hasta casi romperse la columna. Para mantener el control sobre ella, se aferró a sus caderas para sujetarla, algo que ella agradeció cuando él volvió a lamerla antes de volver a chupar con fuerza.

—Quiero estar desnuda —gimió ella—. Quiero...

Dicho y hecho, Isaac enganchó la cinturilla del *boxer* con los pulgares para bajárselos. Ella se levantó para ayudarlo y tuvo que deslizarse sobre el costado de él para quitarse de encima y despojarse de ellos, porque la boca de Isaac seguía en acción y se dirigía hacia su otro pecho para mordisquearlo y chupárselo también.

Cuando Grier se volvió a poner sobre el estómago de Isaac, su sexo húmedo se fundió con la piel caliente de la cintura de él y, cuando éste levantó las caderas, notó los movimientos ondulantes de los músculos de su estómago, cada vez más tensos, contra ella, elevándola con tal seguridad que parecía que tenía la mano de él entre los muslos. Los espasmos que notaba en los pechos competían con los que notaba en su interior y la hacían sentir como si él estuviera tocando cada centímetro de su cuerpo. Pero incluso así, no era suficiente. Ya habría tiempo más tarde para explorar: lo único que deseaba era tenerlo dentro.

Estaba claro que Isaac pensaba lo mismo. Sin decirle una palabra, la volvió a poner sobre el colchón. Ella notó su miembro erecto como una tea entre sus muslos mientras se ponía en posición. Le separó las rodillas con una suya y se abrió paso.

Ambos gimieron mientras frotaban sus sexos el uno contra el otro.

—Estoy limpio —le dijo él al oído.

—Lo sé —respondió ella, arañándole los hombros—. ¡Vi... tu informe... médico... y o... estoy... tomando... la píldora!

Se acoplaron con urgencia y el cuerpo de él se puso cada vez más tenso sobre el de ella mientras empujaba hasta lo más hondo, dando en la diana. Grier notaba su miembro grande y grueso en su interior, sentía el peso de Isaac sobre ella y su calor contra su piel. Puede que aquello no fuera demasiado positivo en muchos aspectos, pero en lo que se refería a encajar, él era perfecto.

Isaac dejó caer la cabeza sobre su cuello y empezó a moverse, haciendo rodar su cuerpo contra el suyo mientras la cabeza de Grier se movía arriba y abajo sobre la almohada al tiempo que él entraba y salía. Deslizó las manos a la parte baja de su espalda y pudo notar la creciente tensión que había en él, aunque no era el único que se acercaba al clímax.

Con un gemido, abrió más las piernas y se entregó más aún mientras hundía las uñas en su piel y sentía un cosquilleo en las puntas de los pechos y en lo más profundo de su ser. Respiró con fuerza por la boca mientras las rítmicas y amplias embestidas la elevaban a los cielos aun cuando se encontraba en la Tierra. Y entonces se liberó. Alzó el vuelo libremente en un viaje salvaje que hizo que el mundo real pareciera quedar felizmente lejano. Era justo lo que necesitaba, un potente estallido que la hiciera salir de ella misma, de la vida demasiado ordenada que llevaba y de su poderoso cerebro que, aunque la había hecho llegar hasta allí, también la había atrapado.

Mientras empezaba a venirse abajo, Isaac empezó a dar empujones más cortos y rápidos sin dejar de rodearla con los brazos para elevarla con fuerza. La estaba aplastando contra él, pero a Grier no le importaba y se alegraba de haber acabado primero para poder concentrarse plenamente en lo que a él le estaba pasando.

Pero, de pronto, empezó a ir más despacio.

Hasta que se detuvo por completo.

Levantó la cabeza y alzó el torso dejando el peso sobre los brazos, sin mirarla siquiera.

Justo cuando iba a preguntarle qué pasaba, se apartó de ella, todavía completamente empalmado, y saltó de la cama. El aire que se apresuró a llenar su espacio fue como una ráfaga procedente del ártico sobre su piel desnuda y el intenso frío no hizo más que empeorar cuando Isaac entró en el baño y cerró la puerta.

Allí sola, se quedó tumbada en la oscuridad con todos los músculos en tensión y el cuerpo entero ruborizado por un tipo de calor totalmente diferente.

Esperó y, al no oír el agua correr ni el sonido de la cisterna, la idea de que simplemente debía de ser un fallo técnico fue apagándose. Y no podía ser que se avergonzara de su rendimiento, porque Dios sabía que la había satisfecho y la había tenido bien dura todo el rato.

Se cubrió el rostro con manos temblorosas y la realidad le sobrevino a la velocidad del rayo. Aquello nunca tenía que haber pasado.

¿Un acoplamiento perfecto? Más bien una fijación perfecta: se había comportado de forma imprudente desde que había visto por primera vez los ojos escarchados de Isaac Rothe y, como con su hermano, se había metido en algo muy peligroso.

¿Dónde tenía la cabeza? Acostarse con un hombre que no conocía. No, peor que eso: con un cliente... ¿Acusado de agresión? ¡Y sin protección! Y es que, aunque estuviera tomando la píldora y supiera que no era seropositivo, aquello seguía suponiendo un peligro considerable.

En el fervor del momento, había tomado una decisión difícil de defender y mucho menos de comprender.

Por alguna razón, pensó en Daniel y se acordó de cuando le habían robado el coche a su padre. Tenían trece y dieciséis años. Había sido en Hyannis Port, en verano, donde las noches más que oscuras eran negras como la boca del lobo. Habían empujado el Mercedes de dos plazas al camino de entrada, habían arrancado y se habían ido a dar una vuelta turnándose para conducir. Habían acabado en un callejón sin salida que daba a los pantanos, en un sendero de arena que iba directo al borde del océano. Con la brisa del mar en el cabello, el zumbido del aire y una sensación de libertad eléctrica, se habían reído hasta no poder ver. Por eso se habían estrellado contra una cabaña.

Al parecer, ambos venían mal programados. De acuerdo, Daniel un poco peor que ella, pero no era sólo su hermano el que hacía locuras. Y, en cierto modo, su descenso al sórdido submundo de los yonquis había sido su droga: los subidones y bajones mientras avanzaba con él, las pérdidas y los reencuentros se habían convertido en los tambores que marcaban el ritmo de la orquesta de su vida, en la fuerza motriz que marcaba el resto de las notas.

Y ahora que él se había ido...

Dejó caer las manos y miró hacia la puerta cerrada, imaginándose a Isaac al otro lado. Él encajaba a la perfección en el vasto agujero que la muerte de su hermano había dejado. Había llevado una oleada de acción a su vida, convirtiéndose en algo a lo que aferrarse. Después de todo, Daniel como fantasma no tenía ni la mitad de vitalidad que había tenido en vida.

Isaac era droga dura.

Se quitó las sábanas de encima de un tirón, se sentó y se echó el pelo hacia

atrás, por detrás de las orejas. La realidad era que el hombre que estaba allí tenía más sentido común que ella. Él quería irse y alejarse de ella y ella le había hecho quedarse. Él le había dado la oportunidad de volver a la cama sola y ella se había encerrado allí con él. Él iba a largarse sin mirar atrás y ella iba a querer volver a verlo en dos días.

Frunció el ceño al percatarse de que aún no se oía nada en el baño. Nada en absoluto.

¿Qué estaría haciendo Isaac allí dentro? Ya llevaba un buen rato.

Grier se levantó envuelta en una sábana, se acercó a la puerta y la golpeó con suavidad.

—¿Estás bien? —preguntó.

Nada.

—¿Isaac? ¿Ha pasado algo?

Aparte, claro está, del hecho de que fuera un prófugo del Gobierno federal y ahora del Estado de Massachusetts, de que se estuviera quedando en casa de la que pronto sería su ex abogada y de haberse acostado con ella.

Casi nada.

Un momento, ¿o la falta de orgasmo por su parte restaba validez al polvo? Ella había acabado, aunque... ¿Debería considerar entonces que había estado con cuatro hombres y medio?

—¿Isaac?

Al no obtener ninguna respuesta, golpeó la puerta discretamente.

—¿Isaac?

Sin muchas esperanzas, agarró el pomo de la puerta, pero éste giró con facilidad. Para su alivio, no se había encerrado dentro. Abrió un poco la puerta y vio un pie descalzo y un tobillo bajo la tenue luz procedente del exterior. Obviamente, estaba sentado en el suelo, en la esquina al lado de la ducha.

—¿Puedo entrar? —le preguntó, metiéndose en el baño.

Santo cielo... Estaba hecho un ovillo, con la cara apoyada sobre los bíceps, un brazo levantado para taparse la cara y la mano magullada sobre el pelo. Respiraba con dificultad mientras sus hombros subían y bajaban.

Estaba llorando. Llorando de esa forma contenida y masculina, prácticamente improductiva. De hecho, las inspiraciones ahogadas eran lo único que le había dado la pista.

Grier se acercó lentamente y se sentó a su lado. Le puso la mano con cuidado sobre el hombro desnudo y él se sobresaltó.

—Shhh... Soy yo.

Ni siquiera la miró, y apostaría a que si hubiera sido capaz de hacerlo sería para decirle que se fuera. Pero no fue así. Y lo único que ella pudo hacer fue sentarse con él y calmarlo dulcemente con caricias.

—No pasa nada —murmuró ella, consciente de que no había razón alguna

para preguntar las razones: había un montón donde elegir—. Todo va bien... No pasa nada...

—Claro que no —dijo él con voz quebrada—. Por supuesto que no. Yo... no...

—Ven aquí. —Tiró de él, sin esperar que él se dejara... pero lo hizo. Se giró hacia ella y le dejó que lo envolviera con sus brazos como si fuera un animal salvaje que hubiera decidido ser domesticado durante unos instantes. Era tan grande que no consiguió rodearlo por completo, pero hizo que el contacto que tenían fuera intenso y apoyó la cara sobre su pelo rapado—. Shhh... Todo va bien... —murmuró aquella mentira una y otra vez y, aunque hubiera deseado poder decir algo más, eso fue lo único que se le ocurrió, pese a que no le quedaba más remedio que estar de acuerdo con él. Nada iba bien en aquella situación. Ninguno de ellos estaba bien.

Y tenía la sensación de que la palabra «bien» no iba a encajar con la manera en que las cosas iban a acabar ni entre ellos ni para él.

—Aún no lo entiendo —dijo él al cabo de un rato.

—¿El qué?

—Que supieras que estaba teniendo la pesadilla.

Ella frunció el ceño en la oscuridad y le acarició el pelo.

—No me creerías si te lo contara.

—Prueba.

—Un ángel vino a mi habitación. —Hizo una pequeña pausa—. Era magnífico. Un guerrero. Me despertó, señaló hacia la puerta y supe que se trataba de ti. Supongo que también estaba soñando —añadió simplemente para que aquello no sonara tan raro.

—Supongo que sí.

—Claro. —Porque los ángeles no eran más reales que los vampiros o los hombres lobo.

Al menos eso era lo que ella creía hasta esa noche. Con la salvedad de que lo que había visto no le había parecido en absoluto un sueño.

Sabe Dios cuánto tiempo permanecieron así, acurrucados el uno alrededor del otro, mientras el calor común aumentaba por una razón diferente a la que lo había hecho en la habitación: ahora se trataba del consuelo de la piel contra la piel.

Cuando Isaac finalmente se alejó de ella para incorporarse, Grier se preparó para que éste le diera las gracias con torpeza y le dijera que se fuera. Pero, en lugar de ello, intercambiaron papeles con ella y la rodeó con los brazos poniéndole una mano por detrás de las rodillas y la otra en la espalda. Luego la levantó del suelo como si no pesara nada y se la llevó más allá de la cama revuelta, hacia el pasillo. Subió las escaleras sin ralentizar el paso y sin mostrar ningún signo aparente de esfuerzo. De hecho, su respiración apenas cambió mientras la sostenía.

Una vez arriba, en su habitación, la tumbó entre las sábanas y se le quedó mirando.

Grier pudo notar su ansiedad, pero aquella vez no se trataba de algo sexual. Era por algo que parecía incluso más importante que aquella pasión desesperada.

Se hizo a un lado para dejarle sitio y, al cabo de un instante, éste se deslizó dentro junto a ella. Ahora le tocaba a ella que la acunaran contra el pecho, contra aquel musculoso pecho que, de alguna manera, hacía que todos sus problemas parecieran menos importantes como por arte de magia. Por supuesto, la idea de estar cayendo en una especie síndrome de Cenicienta la hacía avergonzarse, pero estaba demasiado relajada como para rebelarse.

Cerró los ojos y le puso el brazo alrededor de la cintura.

A medida que el agotamiento la invadía y la dejaba K.O., lo último que se le pasó por la cabeza fue que sería mejor dormir. Ya habría tiempo para despedirse por la mañana.

* * *

Isaac se quedó tumbado al lado de Grier y esperó a que ésta se hundiera a conciencia en la fase REM. Para entretenerse, empezó a repasar vocabulario, porque su mente se estaba canibalizando a sí misma y necesitaba redireccionar las neuronas.

En las etiquetas típicas del léxico masculino, el término «amanerado» solía hacer referencia a los tíos que eran un poco delicados: a esos que hacían que las mujeres mataran arañas en su lugar, que se preocupaban por la cantidad de almidón que ponían en las prendas que llevaban a limpiar en seco y que, seguramente, tenían el especiero ordenado por orden alfabético.

Los hombres de verdad no tenían especieros. Ni siquiera sabían identificarlos en una cocina, como para hacer algo con lo que tenían dentro. Al menos, eso era lo que su padre les había enseñado a él y a sus hermanos. Y echando la vista atrás, aquel punto de vista explicaba en cierto modo por qué su madre se había ido para casarse con otro y formar una nueva familia antes de morir. Estaba claro que se había dado cuenta de que reiniciar el sistema no la iba a llevar a ninguna parte y de que la única solución era conseguir piezas nuevas.

¿En qué estaba pensando? Ah, sí. En los amanerados.

El siguiente peldaño hacia arriba en la escalera del vocabulario —o hacia abajo, en ese caso— probablemente era «sarasa». No tenía muy claro de dónde había salido esa palabreja, pero era sinónimo de términos como «mariquita», «invertido» y «loca», un término más moderno. Ésos eran los tíos que, aunque probablemente sintieran el impulso de cambiarle la rueda a una mujer, tendrían problemas para levantar y sacar la de repuesto del maletero. Eso por no hablar de la llave de cruz, claro. Además lanzaban como niñas, chillaban cuando veían

una rata y llamaban a la policía si había bronca en un bar en lugar de meterse y ponerse a repartir puñetazos.

Su padre siempre había creído que las mujeres eran más débiles y puede que en lo que a levantar balas de heno durante seis u ocho horas a treinta y dos grados se refería, tuviera cierta razón. Pero Isaac conocía a muchas mujeres de Operaciones Especiales que no sólo eran capaces de lanzar pelotas de béisbol como un hombre, sino que eran capaces de batear tan bien como uno de ellos y con mejor puntería.

La fuerza no tenía que ser idéntica para ser igual.

Por Dios, ¿por qué demonios estaba pensando en su padre?

Vale. Vuelta al Diccionario de Portentos Castrados. Del que su padre podía haber sido editor.

Lo peor de lo peor, el último escalafón, la oveja más negra de todas, no podía ser otra que « picha floja ». Era la clase de cosa que tu colega te podía soltar de coña y sonaba gracioso. Pero si se decía en serio, sin embargo, había un antes y un después. En general, un « picha floja » podía referirse a un tío que, digamos, no estaba a la altura en la cama de una mujer que le ponía a cien. Y luego camuflaba el hecho de no haber llegado al final, digamos que —hablando sólo hipotéticamente— viniéndose abajo desnudo en el suelo del baño de dicha mujer y llorando como un puto bebé.

Haciendo que ella tuviera que ir a consolarlo después de haberla dejado plantada. Después de haber puesto en peligro su vida y su carrera profesional.

Sí, algo así.

Gruñó en la oscuridad sin dar crédito al puto lío que había organizado. ¿Qué era eso de quedarse a medias? ¿Y lo de meterse en el baño y echar la lagrimita? Sólo le faltaba ponerse un vestido, pintarse las uñas y hacerse llamar Irene.

Joder, la culpa había sido del sexo... El sexo le había fundido los plomos. Literalmente. Y ése había sido el problema. Una especie de grieta se había abierto en él en el instante en que se había hundido en su húmedo ardor y, con cada embestida, lo que había empezado siendo una fractura insignificante se había ido convirtiendo en un abismo.

No era cuestión de miedo. Ni de haberse replanteado su estatus de desertor.

Se trataba de que, cuando trabajabas con Matthias, estabas tan condenadamente centrado en seguir con vida que no te dabas cuenta de hasta qué punto estabas bajo presión.

Y mira por dónde, escaparse del redil implicaba más de lo mismo. Y el sueño que había tenido, más aún.

Pero hacer el amor con una dulce y hermosa mujer en una cama blanda que olía a limón, en una casa de cuya seguridad ni él podía dudar era algo demasiado cercano a la normalidad. Demasiado seguro. Demasiado bueno para ser verdad.

Eso unido al lugar en el que había estado y al que se dirigía por la mañana lo

había dejado hecho polvo, lo que en cierto modo demostraba lo que siempre había sospechado: meter aunque fuera un pie en el modo de vida de los civiles era demasiado duro. Estar a caballo entre ambos mundos era insostenible.

Y hablando de eso...

Rebuscó por encima de la mesilla, cogió el mando del DVD y le dio al *play*. Cuando salió el menú, eligió la opción de ver todo y al cabo de un instante apareció el rótulo de *Tres son multitud* sobre la imagen de una escena en la *play*. Mientras pasaban los títulos de crédito, John Ritter, que se estaba comiendo con los ojos a una tía, acabó cayéndose de la bici. Cuando éste aterrizó sobre la arena, las cejas de Grier se tensaron antes de relajarse por completo.

Perfecto. Ella se había entrenado para asociar la televisión con el sueño profundo y la burbuja de ruido y el suave y centelleante resplandor le ayudarían a encubrirlo.

Cuando habían pasado unos quince minutos del episodio, Isaac retiró lentamente el brazo de debajo de la cabeza de ella y salió de entre las sábanas. Aprovechando su ausencia, Grier rodó para ponerse de frente a la televisión y se volvió a acomodar con un suspiro, que le dio pie a Isaac para moverse.

Fue hasta las escaleras y bajó a la habitación que le habían asignado.

Diez minutos después, volvió adonde ella estaba completamente vestido y con las armas. Se quedó de pie a su lado mirando cómo dormía durante demasiado tiempo y tuvo que obligarse a inclinarse para cogerle la mano. La movió con cuidado, le puso el pulgar sobre el mando del sistema de seguridad y lo desactivó. Una luz verde parpadeó e Isaac volvió a conectar la alarma para ver cuánto tardaba.

Que fue muy poco: en un santiamén la luz roja se encendió y lo dejó allí atrapado.

Tenia sentido. Ella lo había activado después de cerrar la puerta principal.

Consultó el reloj: las cuatro de la mañana.

Grier dejó escapar un leve ronquido y hundió más la cabeza en la almohada mientras el pelo rubio le caía sobre la mejilla.

No confiaba en sí mismo para quedarse con ella hasta que despertara.

Ahora o nunca, capullo.

«Gracias», le dijo sin voz.

Y, profiriendo un juramento, desactivó el sistema y se fue sin mirar atrás.

Una vez abajo, se movió con sigilo y rapidez mientras comprobaba el teclado ADT del vestíbulo de la entrada. Justo lo que esperaba: desactivado. Después de todo, con un rottweiler vigilando la casa, ¿quién necesitaba un golden retriever?

La puerta principal era de madera maciza y medía ocho centímetros de grosor así que, aunque no pudiera pasar el puto pestillo, haría falta un ariete para entrar. Su única preocupación eran las puertas de cristal y las ventanas, aunque los marcos eran realmente robustos y herméticos. Además, el ruido que podían

hacer unos cristales del tamaño de los de la cocina al romperse podía ser infernal, así que Grier no podía estar más a salvo.

Después de apagar las luces exteriores, sacó la camiseta de tirantes del bolsillo y la desgarró para hacer una tira; luego salió y volvió a dejar el viejo portón en su sitio. Se detuvo un instante para asegurarse de que estaba bien cerrado y ató la tira de tela alrededor del farol de hierro forjado de la izquierda.

El siguiente movimiento fue alejarse en la fría mañana de abril.

Le hacía falta el tiempo. En Nueva Inglaterra el sol salía tempranísimo y probablemente dispondría sólo de alrededor de una hora de oscuridad antes de que los primeros rayos de sol empezaran a ahuyentar a las sombras. Fue hacia la izquierda para cruzar una calle llamada Pinckney y, a menos de diez metros colina abajo, encontró lo que estaba buscando: una de las casas unifamiliares más pequeñas estaba siendo remodelada y tenía las ventanas del bajo tapiadas con tablas. Un camino de polvo de yeso entraba y salía de la puerta principal.

Y no había luces encendidas, ni dentro ni fuera.

Trepó por la casa en plan Spiderman, apoyándose en las molduras que rodeaban la puerta y las ventanas para levantar su peso. Le asestó un rápido puñetazo a un cristal polvoriento y esperó el alarido de la alarma de seguridad. Nada. Así que abrió el cerrojo, empujó la ventana de guillotina hacia arriba y bienvenido a casa.

Tiempo total transcurrido: un minuto y medio.

Aquel sitio era como una nevera y estaba cubierto con más polvo de yeso. Deseó con todas sus fuerzas que los obreros estuvieran sindicados, porque era domingo y así podría quedarse el tiempo que quisiera.

Reconocer el terreno no le llevó mucho tiempo y, como sucedía en la casa de Grier, la parte de atrás del edificio daba a un patio amurallado y sin pisadas polvorientas sobre el ladrillo rojo. Obviamente, los trabajadores entraban y salían por la parte delantera.

Para despejar la vía de escape para una posible carrera de obstáculos, hizo saltar el pestillo de la ventana que había sobre el travesaño de la puerta trasera. A continuación, regresó al lugar por el que se había colado y recogió los fragmentos de cristal de la ventana que había roto para que de lejos pareciera que no había pasado nada.

Se apostó para vigilar al lado de la ventana que había al fondo de la casa a la derecha y, para que no lo vieran, cogió un trozo de contrachapado para camuflarse. Desde su puesto de vigilancia, podía ver casi el setenta por ciento del arco de la fachada de la casa de Grier. Se perdía la puerta de atrás y la terraza de arriba, pero aquél era el mejor sitio que podía conseguir.

Se recostó contra la fría pared y sus ojos escudriñaron el parquecito de la valla de hierro forjado, la estatua y los árboles de elegantes ramas. Ya podía disfrutar de la vista. No pensaba marcharse hasta que Grier se metiera en el

coche y se fuera sin que nadie la siguiera.

Veinte minutos más tarde, su mayor temor se hizo realidad. El coche negro de incógnito no era el que el colega de Jim había descrito la noche anterior: aquél no tenía ni abolladuras ni polvo. Y los cristales tintados impedían ver al conductor o a los posibles pasajeros.

Aunque tenía el presentimiento de que sabía de quién se trataba.

Mierda, odiaba tener razón.

Y todo aquello era culpa suya.

CAPÍTULO

20



Grier se despertó a las seis de la mañana y en cuanto vio en la tele el final de un episodio de *Tres son multitud*, supo que Isaac se había marchado: ella no había vuelto a poner el DVD cuando habían subido a su cuarto... y sí, el sistema de seguridad estaba desconectado.

Obviamente estaba dormida cuando él se había ido.

Se inclinó para acercarse a la mesilla de noche pensando que tal vez le habría dejado una nota. Pero lo único que éste había dejado tras él era el aroma del champú y del jabón que había usado: una de las almohadas olía a cedro, al igual que parte de las sábanas.

Se levantó, se puso la sudadera y bajó al segundo piso. El cuarto de invitados estaba impecable y la cama hecha con precisión militar. El único signo de que él había estado allí era la solitaria toalla que había dejado a secar en el toallero del baño. Hasta había limpiado la mampara de la ducha para que no quedara ninguna marca de agua en el interior.

Aquel hombre era un fantasma en toda regla y ella una patética pringada por pensar que haría algún gesto de despedida.

Bajó las escaleras hacia la cocina y se detuvo en el umbral de la puerta.

Bueno, al parecer sí había dejado algo: sobre la encimera estaba la bolsa de plástico con el dinero.

—Maldita sea. Maldita sea, joder.

Se quedó allí plantada unos instantes observando no los veinticinco de los grandes, sino el Birkin que le había intentado limpiar.

Finalmente, cogió el teléfono fijo. El número que marcó era uno que había memorizado hacía dos años.

En la oficina del abogado de oficio siempre había alguien que respondiera al teléfono porque el crimen, como la enfermedad y los accidentes, no hacía distinción entre días laborables y fines de semana. El tío que contestó era un abogado al que conocía bien. Aunque le sorprendió que rechazara el caso de Isaac, cuando le contó que tenía unos veinticinco mil dólares procedentes de los combates en las jaulas sobre la encimera de la cocina, lo pilló al instante.

—Dios mío.

—Lo sé. Tengo que rechazar el caso.

—Espera, ¿ha dejado ese dinero en tu casa?

No había por qué no reescribir la historia.

—Anoche, el señor Rothe vino aquí. Le había pagado la fianza y quería devolvérmela, me dio la impresión de que era porque pensaba huir. No avisé a la policía porque pensé que era mi deber convencerlo de que no se largara y creí que lo había disuadido. Pero esta mañana he encontrado el regalito que me ha dejado en el porche trasero. —Respiró hondo. El peso de las mentiras no le estaba sentando bien a su estómago vacío—. A juzgar por lo del dinero, estoy convencida de que pretende salir del Estado inmediatamente. Llamaré a la policía y dejaré el dinero en la comisaría como prueba cuando vaya ahora por la mañana a prestar declaración.

—Grier...

—Antes de que preguntes, mi nombre viene en la guía telefónica, por eso el señor Rothe encontró mi casa y no, no me sentí en absoluto amenazada. Lo invité a entrar, se quedó un rato y se fue sin decir ni mu. —Al menos esa parte era verdad.

—Joder...

—Sí, creo que ésa es la expresión correcta. Quería que supieras lo que iba a hacer, te mantendré informado. No sé cómo acabará todo esto, para ser sincera.

Gong, otra verdad.

Su colega emitió un sonido de desdén.

—Oye, tú nunca has tenido una mancha en tu expediente y éste seguirá estando impoluto. No has hecho nada malo.

Sin comentarios. No había razón para arruinar aquella verdad.

—¿Aun así vas a pedir la asesoría de un abogado independiente?—preguntó.

—Por supuesto. —Sabía que quien se representaba a sí mismo tenía a un loco como cliente y todo ese rollo que le había soltado a Isaac en la cárcel.

Colgó el teléfono después de hablar con el otro abogado y, al cabo de un rato, llamó a la policía. Por supuesto, la encajaron sin problema en sus horarios.

Con intención de prepararse, encendió la cafetera y entonces se dio cuenta de que no estaba sola.

Bajó la cabeza y se preguntó si Daniel había visto algo la noche anterior en el cuarto de invitados.

Nada, dijo su hermano. *Sé cuando marcharme.*

«Gracias a Dios», pensó ella para sus adentros, dándole al botón de encendido.

—Ojalá pudiera darte un poco. Me encantaba cuando podíamos tomar café juntos.

Huele bien.

Normalmente lo buscaba con la mirada siempre que aparecía, pero esa mañana no. No era capaz de enfrentarse a él, y no porque se hubiera tirado a alguien. Bueno, lo del sexo también tenía algo que ver. La verdadera causa, sin embargo, era aquella insensata quemazón: se parecía demasiado a lo que lo había destruido.

Sí, tú y yo somos iguales. Lo heredamos de papá.

—Nunca hablas de tu muerte —dijo mientras la máquina Krups borboteaba y silbaba.

La voz de su hermano se volvió dura.

Lo hecho, hecho está, y son otras personas las que han de ajustar cuentas.

—¿Qué cuentas? —Pero él no añadió nada más. Grier apretó los dientes—. ¿Por qué no me contestas de una vez? Tengo una lista tan larga como el brazo de cosas que quiero saber, pero tú lo único que haces es cambiar de tema o responder con evasivas.

El prolongado silencio hizo que le dirigiera una mirada fulminante por encima del hombro: Daniel estaba apoyado en la nevera de acero inoxidable. Su forma translúcida no se reflejaba en el brillante acabado. Tenía los ojos, de un azul idéntico al de los suyos, clavados en el suelo.

—No entiendo por qué estás aquí —le espetó Grier—. Sobre todo si en realidad no podemos hablar de las cosas importantes. Como la forma en que moriste y...

Se trata de tu vida, Grier. No de la mía.

—Entonces ¿por qué me aconsejaste que me trajera a ese soldado a casa? —refunfuñó.

Daniel sonrió.

Porque te gusta. Y creo que será bueno para ti.

Ella no estaba tan segura. Ya estaba destrozada y sólo hacía un día que lo

conocía.

—¿Sabes qué ha hecho? ¿De quién intenta huir?

Su hermano frunció el ceño de una forma nada halagüeña.

De eso no voy a hablar. Pero puedo decirte que no te va a hacer daño.

Por el amor de Dios, estaba harta de estar rodeada de hombres con cinta adhesiva en la boca.

—¿Volveré a verlo? —Daniel comenzó a desvanecerse, que era lo que solía hacer cuando ella lo ponía entre la espada y la pared—. Daniel —exclamó con dureza—. Deja de escaparte de mí.

Cuando lo único que pudo ver fue una imagen nítida de la puerta de la nevera, levantó la vista hacia el techo y profirió un juramento. Nunca sabía cuándo aparecería ni cuánto tiempo se quedaría. Y no tenía ni idea de dónde estaba cuando no la acompañaba.

¿Mataría el tiempo en una especie de Starbucks para no muertos?

Hablando de café...

Decidida a llegar hasta el final de algo, de lo que fuera, cogió una taza, el azucarero y tiró la casa por la ventana con el humeante y caliente brebaje mientras se preguntaba si lo de la cafeína era buena idea, teniendo en cuenta su estado nervioso.

A las nueve en punto, salió de casa con el dinero y con un dolor de cabeza que, al parecer, había acampado en su lóbulo frontal y tenía pensado quedarse a pasar el día. Después de activar el sistema ADT, salió, tiró de la puerta y cerró con llave.

Frunció el ceño y se fijó en uno de los faroles de hierro forjado de la entrada. Alguien había atado una pequeña tira de tela blanca alrededor de la base.

Grier dio media vuelta y miró a su alrededor, pero lo único que vio fue una serie de coches aparcados conocidos, a un vecino paseando a un labrador de color chocolate y a una pareja que caminaba cogida del brazo.

«Tranquilízate, Grier».

No estaba en el mundo de Hitchcock, donde seguían a la gente, los aviones caían en picado desde el aire y se dejaban señales secretas en las farolas.

Desató el jirón de tela, se lo guardó en el bolsillo del abrigo para que no se manchara y fue hacia el Audi. Mientras se alejaba, conectó la alarma grande, aunque no solía hacerlo si no estaba en casa.

Una vez en la comisaría, se reunió con un detective, le entregó el dinero y prestó declaración. El secreto profesional no afectaba a aquel tipo de actividades delictivas, así que le pidieron que les contara todo lo que sabía sobre el combate, sobre la participación de Isaac en él y sobre la ubicación del lugar donde ella creía que seguirían organizándolas en Malden.

A medida que el tiempo transcurría y ella seguía hablando, estaba cada vez más segura de que Isaac estaría ya muy lejos a esas alturas y que tenía muchas

posibilidades de que nadie lo encontrara en Boston.

Sin embargo, tuvo que preguntarse quién lo haría.

Dos horas más tarde, salió de la comisaría y alzó la vista hacia el sol que brillaba en un primaveral cielo sin nubes. El calor que sintió en la cara hizo que la fría brisa pareciera aún más fría y el resto del día se cernió sobre ella.

El coche no la llevó a casa.

Se suponía que debería hacerlo. Lo encaminó hacia Beacon Hill con la intención de arrastrarse de vuelta a la cama y dormir un poco más, pero acabó en la calle Tremont.

Rodeó la manzana en la que estaba el piso de Isaac y, por supuesto, no encontró ningún sitio en el que dejar el Audi, lo cual seguramente era una señal para que se fuera. Sin embargo, la perseverancia la metió en la boca del lobo cuando un escarabajo VW se alejó lentamente y dejó un sitio libre. Después de meter el coche con calzador, lo cerró y fue hacia la casa.

Llamó a la puerta principal con la esperanza de que la casera estuviera. Nunca hubiera creído que se alegraría de volver a ver a alguien como ella.

La mujer abrió, y a Grier le vino a la cabeza algo que se le había pasado por alto el día anterior: era idéntica a la señora Roper de *Tres son multitud*. Desde los falsos rizos rojos a las pulseras de plástico.

—Ha vuelto. —Fue el saludo.

—Necesito entrar una última vez.

—¿Dónde está? —preguntó la casera, interponiéndose en su camino.

«Cómo no, un peaje informativo», pensó Grier.

—Estuvo aquí anoche. ¿No lo oyó?

Redoble de tambores. Y entonces...

—Ese hombre es como un fantasma —refunfuñó la casera al estilo de la señora Roper—. Nunca hace ruido. Sólo sé que existe porque ya me ha pagado el alquiler del mes que viene. Está en la cárcel, ¿no? ¿Es usted su abogada?

—No. —Odiaba mentir. Lo odiaba con todas sus fuerzas.

—Bueno, creo...

El timbre del teléfono la interrumpió y a Grier le entraron ganas de plantarle un beso a quien quiera que la estuviera llamando.

Pero la dueña dio un manotazo al aire con desdén.

—Es mi hermana.

Genial.

—¿Podría dejarme subir, por favor? No me entretendrá mucho.

El timbre cesó.

—Oiga, no pienso seguir haciendo esto. Consiga su propia llave.

—Tiene toda la razón, necesito una. Le pido disculpas.

La mujer trepó por las escaleras como un toro, con paso pesado, y con un mugido por bandera.

Cuando llegó arriba, abrió la puerta con su llave.

—Le advierto que...

El teléfono empezó a sonar de nuevo abajo mientras que la peluca iba y venía como un perro que no consiguiera decidirse entre dos pelotas de tenis.

—Ahora vuelvo —anunció la señora Roper, muy seria.

Era como si Terminator se hubiera vuelto *drag queen*.

Cuando se quedó sola, Grier entró en el piso de Isaac y se encerró dentro echando el pestillo con la esperanza de que, si la llamada no era demasiado larga, la mujer creyera que había sido una visita de ida y vuelta.

Inspeccionó por encima el salón y confirmó que él se había pasado por allí, aunque eso se daba por hecho: la pistola con que le había apuntado la noche anterior tenía que ser una de las que ella había encontrado y la sudadera que llevaba puesta, la que usaba de almohada. Sin embargo, no se lo había llevado todo. El saco de dormir seguía allí, además de unos pantalones de chándal y un par de zapatillas Nike, aunque los sensores de puertas y ventanas habían desaparecido.

En la cocina encontró un pulcro montoncito de billetes, obviamente invitando a la casera a que se cobrara el alquiler cuando él dejara de pagarlo.

Se recostó contra la encimera, sin tener ni idea de qué esperaba encontrarse.

Un leve crujido le hizo mirar hacia la puerta de atrás. Al no oír nada más, supuso que se había imaginado el paso... pero entonces el cerrojo de la cerradura empezó a girar lentamente.

Grier se enderezó con el corazón a mil, metió la mano en el bolso y preparó el spray de pimienta, que era mejor que el arma aturdidora, dada la distancia a la que se encontraba.

—¿Isaac?

Pero no era su soldado desertor.

El hombre que entró en el apartamento tenía el pelo negro, la piel bronceada y llevaba puesto un traje oscuro bajo una gabardina. Tenía un parche en el ojo derecho y se apoyaba en un bastón para equilibrar su largo cuerpo.

—No soy Isaac —dijo con voz muy profunda.

Le dedicó una estremecedora sonrisa, de esas que te hacen desear dar un paso atrás. Por desgracia, ya estaba contra la encimera, así que no tenía adónde ir.

Y eso antes de que la acorralara.

Se preguntó cuánto ruido tendría que hacer para conseguir que la señora Roper volviera.

—Usted debe de ser la abogada defensora.

Dios santo. Aquello debía de ser de lo que Isaac quería protegerla.

Mientras la miraba fijamente a través de los fogones de la cocina, Matthias pensó que Grier Childe era igual a su hermano.

Y a pesar de la política sensiblera del viejo Childe y de su tendencia a entrometerse, él y su esposa lo habían hecho bien en el terreno de la procreación. Sus dos hijos eran rubios, de ojos azules y con una estructura ósea perfecta. La flor y nata de la cosecha de la vieja escuela, como quien dice.

Además, a juzgar por su currículum, la hija tenía dos dedos de frente. Y ninguno de esos turbios problemas de adicciones.

Notó que sus labios se estiraban un poco más.

—¿Qué tiene en el bolso? ¿Una pistola? ¿Un spray de pimienta?

Ella sacó un fino tubo forrado de cuero y le quitó la tapa. Lo puso recto y dejó que el arma defensiva hablara por sí misma.

—Asegúrese de apuntar al bueno —dijo el hombre, dándose unos golpecitos en el ojo izquierdo—. Con el otro no conseguirá una mierda. —Ella abrió la boca para hablar, pero él la interrumpió—: ¿Esperaba encontrar a Isaac aquí?

—No estamos solos. La casera está abajo.

—Ya. Está hablando con su hermana sobre la esposa de su hermano. —Los azules y aristocráticos ojos de ella se abrieron como platos—. No les gusta porque es demasiado joven para él. Le daría más detalles, pero es privado. Y no muy interesante. Ahora cuénteme, ¿esperaba encontrar a Isaac aquí?

Ella tardó un momento en contestar.

—No pienso responder a ninguna de sus preguntas. Le sugiero que abra la puerta y se marche. Esto es allanamiento de morada.

—Cuando eres el dueño del mundo, el allanamiento de morada no existe. Y un consejo, si quiere salir viva de esto, ya puede empezar a ser un poco más complaciente. —Matthias caminó lentamente y con indiferencia hacia la ventana que había sobre el fregadero y miró a través del lechoso cristal—. Aunque sospecho que, de todos modos, ya sé la respuesta. No pensaba encontrarlo aquí porque cree que se ha ido de Boston. Basa esa suposición en el dinero que le dejó, no se moleste en negarlo. La oí hablar con su amiguito de la oficina de abogados de oficio.

—Es ilegal pinchar el teléfono de alguien sin una orden judicial.

Apoyándose en el bastón, Matthias se volvió a enderezar.

—Le vuelvo a repetir que las expresiones del tipo «allanamiento de morada», «ilegal» y «orden judicial» no me conciernen.

Él podía sentir su miedo y también verlo. Apretaba con tal fuerza los dedos alrededor del cilindro que tenía los nudillos blancos. Aunque en realidad no tenía por qué estar tan preocupada. Parecía muy poco probable que Isaac le hubiera contado algo sustancial: eso sería firmar su sentencia de muerte, y él lo sabía. Nada podría hacer que Grier siguiera respirando si tenía información sobre Operaciones Especiales. Ni siquiera el deseo de callar a su padre de una vez por

todas.

—Creo que usted y yo deberíamos llegar a un acuerdo —le dijo, metiendo la mano dentro del abrigo—. Tranquila, no se vuelva loca con el matamoscas. Sólo voy a darle una tarjeta.

Sacó una y la sostuvo entre las yemas de los dedos índice y corazón, mientras dejaba enfundadas las armas que portaba.

—Si vuelve a ver a su cliente, llame a este número, señorita Childe. Y sepa usted que ésa es la única razón por la que he venido a verla. Supuse que debíamos conocernos en persona para que entendiera lo en serio que me estoy tomando lo de Isaac Rothe.

Grier continuó blandiendo el espray de pimienta mientras avanzaba y se estiraba, como si quisiera permanecer lo más lejos posible de él. Matthias tenía más claro que el agua lo que ella haría con la tarjeta después de cogerla. Pero aquello formaba parte del plan.

Mientras ella leía lo poco que había impreso, Matthias dejó la mano libre donde ella pudiera verla.

—Isaac Rothe es un hombre muy peligroso.

—Tengo que irme —indicó ella al tiempo que se guardaba lo que le había dado en el bolso.

—Nadie la retiene. Venga, hasta le abriré la puerta.

La abrió de par en par, se hizo a un lado y aprobó la forma en que ella lo valoró a él y a las escaleras. Cauta, muy cauta...

Pasó apresuradamente a su lado y, en el último momento, cuando ya estaba a punto de ser libre, él la agarró del brazo y la retuvo.

—He dejado algo para usted en el maletero de su coche. Después de todo, la mayoría de los accidentes suceden en casa, y podría necesitar llamar para pedir ayuda.

Ella se zafó.

—No me amenace —le espetó.

Matthias miró fijamente aquellos hermosos ojos y se sintió viejo. Viejo, destrozado y atrapado. Pero como había aprendido hacía dos años, no podía detener el curso de su vida. Era como intentar frenar una avalancha con las manos: te llevaba por delante sin que notaras siquiera el alud de nieve y hielo.

—No le tengo miedo —añadió.

—Pues debería —replicó él muy en serio, pensando en la docena de formas con las que podría hacer que ella no bajara a desayunar a la mañana siguiente—. Debería tenerlo y mucho.

La dejó marchar y Grier salió disparada como alma que lleva el diablo, con sus dorados cabellos flotando tras ella mientras corría escaleras abajo.

Se acercó de nuevo a aquella ventana que estaba sobre el fregadero y vio cómo su cabeza rodeaba la casa y salía a la calle.

Iba a resultar realmente útil, dadas las circunstancias.
En muchos sentidos.

CAPÍTULO

21



Grier caminó hacia el Audi con el mando a distancia en la mano y el corazón en un puño. Había visto antes a ese hombre; un vago recuerdo relacionado con él se encendió en lo más recóndito de su mente. No tenía el parche en el ojo ni el bastón, de eso se habría acordado. Pero, definitivamente, lo había visto.

Se dirigió hasta el coche y se detuvo a su lado con todos los músculos en tensión, como si en cualquier momento aquello se fuera a convertir en un capítulo de *Los Soprano* y fuera a salir volando por los aires. Cuando finalmente estaba sacando la llave para abrirlo, un utilitario negro con los cristales tintados pasó lentamente a su lado por la calle Tremont. Miró a través del cristal, pero no pudo ver nada. Era absolutamente impenetrable y el destello de la luz del sol sobre el limpiaparabrisas le impidió ver quién conducía.

Sin embargo, sabía condenadamente bien quién iba dentro. Y apostaría a que estaba levantando una mano a modo de discreta despedida.

El coche ni siquiera tenía matrícula.

Mientras se alejaba, le vinieron a la mente todo tipo de ideas inteligentes, entre las que se encontraba la omnipresente llamada al 911, ponerse en contacto

con sus amigos del Departamento de Policía de Boston o hacer venir a su padre. Pero no creía que lo que hubiera en el maletero fuera a matarla. Aquel hombre ya la había tenido a tiro, por así decirlo: podría haberla drogado sin problemas para arrastrarla fuera de allí por la puerta de atrás, o podía haberla asesinado en el acto con un silenciador.

Permitir a sus dedos salir a pasear no le traería más que nuevas complicaciones y, aunque lo primero que iba a hacer cuando llegara a casa era ponerse en contacto con su padre para hablar de aquella tarjeta, no tenía muy claro que necesitara que éste acudiera gritando, presa del pánico.

Mierda, puede que también le hubieran pinchado el móvil.

Abrió el maletero con el mando a distancia y lo levantó lentamente.

Frunció el ceño, se inclinó y se preguntó si estaba viendo bien. Sobre el fieltro gris oscuro del interior del maletero había algo parecido a uno de esos mandos de telealarma que usaban los ancianos y que no era más que un transmisor de plástico de color crema en forma de triángulo con el logo escrito en rojo en la parte superior. Éste pendía de una cadena plateada lo suficientemente larga como para colgarla al cuello y hacer que el mando quedara más abajo del corazón.

Sacó un pañuelo de papel del bolso y levantó el aparato para examinarlo más de cerca. Luego rodeó el coche, se puso al volante y lo dejó en el asiento del copiloto. Al girar la llave para arrancar se estremeció —por la posibilidad de que el Audi explotara—, pero su ritmo cardíaco se tranquilizó rápidamente. Venga ya, ella no era más que una testigo inocente en lo que se refería a fuera lo que fuera que pasaba con Isaac y no le quedaba más remedio que pensar que un civil estadounidense en suelo estadounidense no era el tipo de daño colateral que el Gobierno de Estados Unidos quisiera asumir.

Mientras conducía hacia Beacon Hill, llamó a su padre. Saltó el buzón de voz e intentó dejarle un mensaje, pero ¿qué iba a decirle, si no sabía quién estaba escuchando? Acabó colgando bruscamente y dio por hecho que éste se pondría en contacto con ella cuando viera la llamada perdida en su teléfono.

Una vez en casa, en la plaza Louisburg, aparcó en su lugar pegado a la verja y miró alrededor a través de las ventanillas del coche. ¿Quién la estaba observando? ¿Y desde dónde?

No le extrañaba que Isaac estuviera nervioso. El mero hecho de pensar en salir del Audi para llegar a la puerta principal hacía que deseara llevar puesto un chaleco antibalas.

Cogió el bolso, el mando de telealarma con el pañuelo de papel y salió del coche a toda prisa. Pero cuando se estaba acercando a la casa, aminó el paso. En el farol, atado con fuerza alrededor de la base, había otro jirón de tela blanca.

Se dio la vuelta con rapidez, se quedó mirando fijamente los edificios de ladrillo y deseó poder ver dentro de ellos. Al parecer, fuera adonde fuera, no estaba sola.

Con el corazón de nuevo a lomos del Pony Express y la sangre recorriendo acelerada sus venas y su cerebro, se zambulló en la puerta principal, desconectó la alarma grande y puso la telealarma sobre el aparador. Dejó caer el bolso, silenció con rapidez el pitido de la ADT y se asomó por la puerta lo justo para desatar el trozo de tela.

Uno, dos, tres: se encerró, cerró la puerta con llave y volvió a conectar el colosal sistema de alarma, algo que nunca hacía durante el día cuando estaba en casa.

Con sombría determinación, entró en la cocina con el bolso y dejó todo sobre la encimera: la tarjeta de visita, los jirones de tela y la telealarma. Fue lo suficientemente cauta como para manipularlo todo con un pañuelo de papel.

Los dos retazos de tejido eran idénticos y estaba claro que tenían la misma procedencia. Tenía la sensación de que sabía cuál era su origen: la camiseta de tirantes de Isaac.

Apostaría la cabeza a que era una señal de que estaba...

El móvil sonó y Grier dio un grito, a punto de morirse del susto. Cuando vio quién era, respondió sin dilación.

—Papá, tenemos que hablar.

Hubo un silencio antes de que la aristocrática voz de Alistair Childe llegara desde el otro extremo de la línea.

—¿Estás bien? ¿Quieres que vaya?

Mientras acunaba el teléfono en la doblez del hombro, Grier levantó la telealarma sujetándola por la cadena y observó cómo se balanceaba en el aire. Era obvio que estaba bajo vigilancia, así que no podía ocultar a quién veía ni adónde iba. Aunque tal vez fuera una buena idea que su padre se dejara ver. Siempre había tenido la sensación de que tenía mucho poder en las altas esferas, porque tanto los políticos como los militares lo trataban con algo más que el respeto justo: lo tenían ligeramente, a pesar de que se trataba de un caballero educado en la Ivy League^[4]. No vendría mal añadir a su padre a la mezcla y, además, no había nadie más a quien pudiera acudir, dadas las circunstancias.

—Sí —le dijo—. Ven ahora mismo.

* * *

En la casa de la calle Pickney, Isaac observaba el exterior oculto tras el tablero de conglomerado, deseando matar a alguien. Y no era una forma de hablar. Aquel violento impulso no tenía nada que ver con un sentimiento civilizado de frustración que necesitara ser resuelto virtualmente.

Quería abrir en canal a Matthias desde el cuello hasta el escroto y destriparlo como a un cerdo.

Aquel cabrón no iba a ir a por su chica.

No importaba lo que Isaac tuviera que hacer o sacrificar: Grier Childe, la del buen corazón y la mirada inteligente, no se iba a convertir en una mueca en el cinturón de Matthias.

Aunque, obviamente, la tenía en el punto de mira. Se había largado, como mínimo, hacía un par de horas y se había llevado el dinero con ella. Aquélla debería haber sido la señal para que Isaac se fuera también, de no ser porque el coche negro que había pasado por allí al amanecer había reaparecido, procedente de un callejón que daba a la calle Willow, y se le había pegado al culo.

Como él no estaba motorizado, no le había quedado más remedio que quedarse allí, viendo cómo se alejaban, mientras el maldito corazón se le salía del pecho de impotencia y rabia. Su primer impulso había sido llamar a Jim Heron, pero todavía no tenía claro que pudiera confiar en aquel tío.

Lo único que había podido hacer fue reemplazar la señal que había atado en el farol. Había cogido un gorro de pintor que se habían dejado por allí, se lo había puesto para ocultar el rostro y había hecho una breve excursión al exterior para atar otro jirón de la camiseta de tirantes alrededor del aplique de hierro, sólo por si quienquiera que estuviera en aquel coche no hubiera visto el primero antes de que ella se lo hubiera llevado. Aunque no era muy probable. La cuestión era si tendrían en cuenta el método que seguían en Operaciones Especiales para hacer ver que un caso estaba cerrado: sobre el terreno, cuando se concluía una misión y el miembro del equipo se había largado, siempre dejaba una marca blanca en algún lugar del edificio, del vehículo o del lugar.

Isaac tenía la esperanza de que aquello hiciera que su pasado y su presente cambiaran de rumbo y se alejaran de Grier. Ya, claro: al volver a casa, ella tenía el ceño tan fruncido que parecía bizca y llevaba algo en la mano sujeto con un pañuelo de papel.

Como si no quisiera dejar sus huellas sobre el objeto, ni borrar las que hubiera en él.

Luego había quitado la segunda marca que había dejado en el farol.

Y luego el coche había vuelto y había pasado lentamente por delante de su casa, calle arriba, antes de dar la vuelta y aparcar.

—Joder. Joder...

Tuvo la tentación de salir de su escondite, cruzar a zancadas la calle y golpear la ventanilla de aquel coche sin matrícula con el cañón de su pistola. Luego miraría a los ojos a quienquiera que fuese mientras apretaba el gatillo y convertía el lóbulo frontal de aquel cabrón en un batido.

Aunque tenía la sensación de que sabía de quién se trataba.

Esperaba que aquel cabrón tuviera mejor el brazo.

Al infierno lo de largarse de Boston por el momento: no pensaba irse a ninguna parte hasta estar seguro de que Grier estaba fuera de la línea de fuego.

Sin embargo, había sido él quien le había dibujado el blanco en el pecho.

Estaba rumiando aquel fantástico hecho cuando un Mercedes del tamaño de una casa pequeña llegó a la puerta delantera. El coche no se molestó en dar vueltas para buscar un sitio para aparcar; se detuvo en la acera y se quedó allí plantado con los intermitentes encendidos como único signo de reconocimiento de la ilegalidad de aquella acción.

El hombre que salió de dentro medía alrededor de metro ochenta y tenía pinta de soldado. Llevaba el abundante cabello gris peinado hacia atrás desde un lado e incluso con el forro polar y la ropa deportiva que llevaba puesta, rezumaba dinero. Y mira tú por dónde, se acercó a grandes zancadas a la puerta y utilizó la aldaba de cabeza de león como si la casa fuera suya.

El padre de Grier. Tenía que ser él.

En cuanto ella abrió la puerta, él entró y en ese preciso instante se encerraron allí dentro sin permitirle ver nada más.

Normalmente, cuando estabas vigilando, lo que querías era encontrar una perchera para posarte y quedarte quieto. Moverse aumentaba la probabilidad de ser descubierto, sobre todo a plena luz del día en una zona con la que no estabas familiarizado y con gente buscándote.

En su caso, no sólo era una mala idea que haría que lo pillaran: era un suicidio.

Así que, por mucho que el cuerpo le exigiera que se moviese, que se acercara y que cambiara de sitio, no le quedaba más remedio que quedarse quieto.

El anochecer. Tenía que esperar hasta el anochecer e, incluso entonces, tenía que tener cuidado. El sistema de seguridad que ella tenía era inquebrantable. Además, su especialidad era matar gente, no desactivar instalaciones eléctricas de última generación, así que las oportunidades de entrar sin hacerlo saltar eran nulas.

Eso suponiendo que realmente quisiera entrar en su casa. La cuestión era encontrar la mejor forma de protegerla, y era difícil saber qué era peor: dejarla sola mientras él rondaba por allí, o que él estuviera dentro con ella.

El estómago le rugió levemente y aquel sonido le hizo tomar conciencia del número de horas que habían transcurrido desde la última vez que había comido. Pero lo ignoró, como había hecho tantas veces en tantas misiones.

La mente es más poderosa que la materia física, la mente es más poderosa que el cuerpo. La mente es más poderosa que cualquier otra cosa.

Lo único que deseaba con todas sus fuerzas era saber de qué coño estaban hablando Grier y su padre.

Grier estaba de pie en la cocina mirando a su padre, mientras éste observaba la pequeña arruga de preocupación que ella tenía en la frente. Tenía tantas preguntas en la cabeza que no sabía por dónde empezar.

Una cosa estaba clara: cuando su padre extendió la mano para coger la tarjeta de visita, la mano le tembló ligeramente. Lo que en cualquier otra persona sería el equivalente a un ataque epiléptico en toda regla.

Alistair Childe era un hombre agradable y de buen corazón, pero raras veces demostraba sus sentimientos. Especialmente si tenían algo que ver con la contrariedad. La única vez que le había visto llorar había sido en el funeral de su hermano, lo cual había sido extraño no sólo por lo excepcional de sus lágrimas, sino porque en realidad ellos nunca se habían llevado bien.

—¿Quién te ha dado esto?—preguntó con una voz tan débil que no parecía en absoluto suya.

Grier se sentó en uno de los taburetes de la isla de la cocina y se preguntó por dónde empezar.

—Ayer me asignaron un caso de oficio... —Le contó la historia en pocas palabras, pero su reacción fue desafortunada.

—¿Dejaste entrar aquí a ese hombre? —dijo cruzando los brazos sobre el pecho.

—Sí.

—Lo dejaste entrar en casa.

—Es un ser humano, papá, no un animal.

Su padre prácticamente se dejó caer sobre el otro taburete y se peleó con la cremallera del cuello del forro polar para bajarla.

—Por el amor de Dios...

—He renunciado al caso, pero hace un rato he ido al apartamento de Isaac...

—¿Y qué demonios has ido a hacer allí?

Vale, ignoraría el tono colérico.

—Allí fue donde me dieron la tarjeta y me dijeron que llamara si volvía a verlo. También me encontré la cosa esa de la telealarma. —Negó con la cabeza—. Juraría que he visto a ese hombre antes. Hace mucho tiempo.

Si su padre ya estaba pálido, se puso del color de la cera. No es que empalidciera, sino que se puso de color gris opaco.

—¿Cómo era?

—Tenía un parche en el ojo y...

No terminó la descripción. Su padre saltó del taburete y tuvo que agarrarse a la encimera para recuperar el equilibrio.

—¿Padre?—Grier lo agarró del brazo, alarmada—. ¿Estás...?

No le sorprendió que se limitara a negar con la cabeza.

—Cuéntamelo, por favor —dijo ella—. ¿Qué está pasando aquí?

—No puedo hablar de eso contigo.

Grier dejó caer el brazo y retrocedió.

—Respuesta equivocada —le espetó—. Absolutamente equivocada.

Mientras los observaba a él y a su resuelto silencio, se dio cuenta de por qué se sentía tan particularmente cómoda con Isaac: su padre también era un fantasma. Siempre lo había sido. Literalmente, se había criado y vivía con el miedo de que pudiera desaparecer para siempre en cualquier momento.

Y su cliente le hacía sentir exactamente lo mismo.

—Tienes que contármelo —le pidió muy seria.

—No puedo. —Los ojos que la miraban eran los de un extraño revestidos de familiaridad, como si alguien se hubiera puesto una máscara con los rasgos de su padre para ver la realidad a través de ella—. Y aunque pudiera, no podría soportar contaminarte con...

Se arqueó como si se combara bajo el peso de una gran montaña.

A Grier aquello le pareció extraño. Definitivamente, cuando te hacías mayor había momentos en los que empezabas a ver a tus padres como personas, en lugar de como papá y mamá. Y aquél era uno de ellos. El hombre que estaba en su cocina no era el todopoderoso señor de la casa y la oficina... sino alguien que estaba atrapado en alguna especie de cepo para osos, cuyos dientes sólo veía él.

—Tengo que irme —añadió con aspereza—. Tú quédate aquí y no dejes entrar a nadie. Activa el sistema de seguridad y no respondas al teléfono.

Cuando ya se disponía a marcharse, ella se interpuso en su camino hacia el vestíbulo principal.

—Como no me digas qué demonios está pasando, en cuanto te vayas saldré por esa puerta y me pasearé por la calle Charles hasta que me atropelle un coche o me encuentre quienquiera que sea esa persona a la que tanto temes. No me obligues a hacerlo, porque soy capaz.

Se produjo un encontronazo de miradas fulminantes. Y luego él se rió con dureza.

—Está claro que eres mi hija.

—De pies a cabeza.

Él empezó a dar vueltas alrededor de la encimera de granito de la isla.

Grier pensó que había llegado el momento. Había llegado la hora de encontrar respuesta a todas aquellas preguntas que le quería hacer sobre él y sobre su trabajo. La hora de llenar los misteriosos y sombríos vacíos con respuestas tangibles que debían haber llegado hacía tiempo.

Dios, por mucho que Isaac fuera una complicación, también era prácticamente una bendición caída del cielo.

—Cuéntame, papá. No seas abogado: deja de pensarte tanto las cosas.

Él se detuvo en el extremo de la vitrocerámica para mirar a su hija.

—Mi cerebro es lo único que tengo, cariño.

Al cabo de un rato, volvió al taburete en el que se había dejado caer antes y,

mientras se sentaba, volvió a subirse la cremallera del cuello del forro polar. Aquello le hizo saber que le iba a contar la verdad, o parte de ella: se estaba serenando, volviendo a ser quien era.

—Cuando era militar en el ejército, serví en Vietnam, como bien sabes —le dijo en el tono directo y natural que ella había escuchado toda su vida—. Luego fui a la facultad de derecho y, supuestamente, volví a la vida civil. Pero en realidad no abandoné las Fuerzas Armadas. Nunca he estado verdaderamente fuera.

—¿Por eso aquella gente se pasaba por casa? —preguntó ella, consciente de que era la primera vez que hablaba de ellos.

—Es de esas cosas que nunca dejas de verdad. No puedes salir. —Señaló la tarjeta—. Conozco ese número. Yo lo he marcado. Lleva directamente al corazón de la bestia.

Continuó hablando en términos generales, ofreciendo una descripción genérica en lugar de definiciones claras, pero ella llenó los huecos: se trataba del estilo ninja del Gobierno, una de esas cosas que justificaban la paranoia de los defensores de las teorías de la conspiración, el tipo de organización que era normal ver en el cine y en los cómics, pero que los civiles cuerdos no creían que existieran de verdad.

—No quiero que eso te afecte a ti —confesó, clavando el dedo en la tarjeta de nuevo—. Sólo pensar en ese... hombre...

Al ver que no terminaba la frase, Grier no pudo evitar hacer una puntualización.

—En realidad, no me has contado nada.

Él negó con la cabeza.

—Ésa es la cuestión: es lo único que sé. Yo estoy al margen, Grier. Sólo sé lo suficiente como para tener claro el peligro.

—¿Qué hacías exactamente para... quienquiera que sean «ellos»?

—Recopilar información. Yo trabajaba exclusivamente en Inteligencia. Nunca maté a nadie. —Como si hubiera todo un Departamento de Asesinato—. Lo que mueve la máquina en gran medida es la información, y lo que yo hacía era salir a buscarla y llevársela. También me pidieron alguna vez opinión sobre ciertas personalidades internacionales, empresas o gobiernos. Pero repito, nunca he matado a nadie.

Se sentía realmente aliviada de que no tuviera las manos manchadas de sangre.

—¿Aún sigues dentro?

—Como te he dicho, nunca se está fuera del todo. Pero no he tenido una misión en... —Hizo una larga pausa—... dos años. —Grier frunció el ceño, pero antes de que pudiera preguntar algo más, él se levantó y añadió—: Si tu ex cliente ha desertado, le habrán puesto precio a su cabeza. Ni puede salvarse a sí mismo

ni tú puedes ayudarlo ni salvarle. Si ese tal Isaac vuelve a aparecer por aquí, llámame inmediatamente. —Y, dicho eso, cogió la tarjeta, los jirones de tela y el transmisor y se los guardó en el bolsillo del forro polar—. No permitiré que te metas en este lío, Grier.

—¿Qué vas a hacer con todo eso?

—Voy a asegurarme de que queda claro que ya no eres la representante de Isaac Rothe, que no vas a tener nada más que ver con él y que, si lo vuelves a ver, me llamarás inmediatamente. Les explicaré que tú no has elegido nada de esto y que estás deseando olvidarlo y seguir adelante. Y lo más importante, insistiré en que él no te ha contado absolutamente nada. Lo cual es verdad, ¿no es así?

La dureza de su mirada le dijo que, aunque ése no fuera el caso, sería mejor que se asegurara de jurar y perjurarse que así era.

—Nunca me dijo una palabra sobre lo que había hecho ni por qué huía. Ni una sola. —Grier vio que su padre se combaba aliviado al ver calmada su frustración—. Papá...

Fue hacia él, deslizó los brazos alrededor de su cintura y le dio un largo abrazo.

—Te llamaré en una hora —le avisó—. Conecta el sistema.

—Los teléfonos están pinchados.

—Ya.

Grier se puso tensa.

—¿Desde cuándo?

—Desde el principio. Hace unos cuarenta años.

Santo Dios, ni siquiera sabía por qué se sorprendía... A pesar de ello, aquel quebrantamiento de la ley le dejaba mal sabor de boca. Como la mayor parte de aquel asunto.

Después de acompañarlo hasta la puerta, se encerró en casa y conectó la alarma. Luego fue al estudio y echó un vistazo por la ventana para ver cómo el Mercedes se alejaba de la acera y bajaba por la calle Pinckney hacia Charles.

Cuando los faros traseros se perdieron de vista, metió la mano en el bolsillo y sacó las cosas que le había quitado mientras se abrazaban. Finalmente, no se había llevado consigo la telealarma, la tarjeta y los jirones de tela.

Alistair Childe tenía toda la razón en relación a una cosa: ella era digna hija de su padre.

Lo que significaba que no iba a permitir que la dejaran al margen de aquello.

Estás loca y lo sabes, dijo su fantasmal hermano a sus espaldas.

—Menuda novedad —replicó, mirando hacia él—. Llevo hablando con un tío muerto dos años...

Esto es muy serio, Grier.

Ella bajó la vista para observar las cosas que tenía en la mano.

—Ya lo sé.

CAPÍTULO

22



Cuando por fin cayó la noche, Isaac estaba a punto de cagarse en el puto reloj a voz en grito. Pero en lugar de hacer el Tarzán, se escabulló por la parte de atrás de la casa unifamiliar, se deslizó por la ventana que había abierto esa misma mañana, la cerró tras de sí y saltó sin hacer ruido a la terraza trasera de ladrillo. Tenía suerte de que la noche estuviera nublada, porque eso hacía que la luz se desvaneciera en el cielo con mayor rapidez. Aun así, estaba jodido, porque el barrio estaba iluminado como una maldita joyería: entre las farolas que rodeaban todas aquellas brillantes puertas negras y las luces de los coches, se las iba a ver putas para camuflarse.

Recorrió el camino hasta casa de Grier a paso de tortuga, localizando todas las sombras que había y aprovechándolas.

Cuarenta y cinco minutos.

Eso fue lo que tardó en recorrer como mucho dieciocho metros de calle hasta su patio trasero. Luego subió dos manzanas más y volvió sobre sus pasos antes de bajar por otra calle que estaba más allá de la suya y tomar un callejón hacia su jardín amurallado.

Un salto, un enganche rápido a la parte superior del borde de ladrillo, un balanceo del cuerpo y ya estaba entre rododendros.

Permaneció inmóvil donde había aterrizado en cuclillas.

No veía a nadie ni notaba la presencia de ninguna persona. Lo que significaba que podía echar un vistazo a la casa a través de las cristaleras.

Cuando Grier entró en la cocina, respiró hondo y notó una inyección de energía y de concentración a pesar de no haber comido ni bebido en casi veinticuatro horas.

Parecía que habían pasado siglos desde la última vez que la había visto y no le hicieron ninguna gracia ni su aspecto agotado ni su pálido rostro, mientras caminaba de aquí para allá, como un pájaro al viento buscando una rama donde posarse. Estaba hablando por teléfono con vehemencia, gesticulando con las manos. Luego colgó y lanzó el auricular sobre la encimera.

Isaac oyó un ruido y esperó a ver si aparecía alguien. Pero como nadie hizo acto de presencia, supuso que estaba sola.

Algo se movió a la izquierda.

Sus ojos salieron disparados hacia el otro lado del jardín, pero ni movió la cabeza ni se giró. Era difícil descubrir exactamente qué había cambiado de lugar, porque había un montón de...

Jim Heron salió de la oscuridad. Aquello sí que era una sorpresa, teniendo en cuenta el muro que lo rodeaba todo. Aunque podía ser que ya estuviera allí antes de que Isaac llegara, lo que era aún más inquietante porque él debería haber detectado su presencia.

Pero a aquel tío siempre se le había dado muy, pero que muy bien mimetizarse con el entorno.

—¿Qué haces aquí? —le espetó Isaac, al tiempo que su mano buscaba la culata de una de sus pistolas mientras se enderezaba.

—Te estaba buscando.

Isaac miró a su alrededor y no vio a nadie más.

—Bueno, pues ya me has encontrado. —Qué coño, quizá Heron podía ayudarle, en cierto modo—. Llegas justo a tiempo, por cierto.

—Aún no me has llamado. Te di mi número.

Isaac señaló a Grier con la cabeza.

—Complicaciones.

Jim maldijo entre dientes.

—Sin necesidad de saber los detalles, ya puedo darte la solución. Lárgate ahora mismo. ¿Estás preocupado por ella? Deja que te meta en un avión.

—Le han dado algo.

—No jodas. ¿Qué?

—No lo sé. —Miró fijamente a Grier a través del cristal—. Por eso no pienso irme.

—Isaac. Mírame. —Como éste no obedeció, Jim le agarró el biceps y apretó —. Ahora mismo.

Él evitó su mirada.

—No puedo dejar que le hagan daño.

Un nuevo juramento.

—Vale, pues deja que yo solucione este lío. Eres demasiado valioso para sacrificarte. Debemos llevarte a algún lugar seguro, lejos, muy lejos de cualquiera que te conozca o pueda encontrarte. Yo cuidaré de ella.

—No. —Dios santo, no podía explicarlo y sabía que no era lógico. Pero en lo que se refería a Grier... no se fiaba de nadie.

—Sé razonable, Isaac: tú eres el arma que apunta a su cabeza. Eres el gatillo, la bala y el disparo que la matará. Si te quedas, cavarás su propia tumba.

—Me interpondré entre ella y Matthias. Haré...

—La única manera de salvarlos a los dos es sacarte de este puto sitio. Además, puede que si te podemos esconder durante el tiempo suficiente, él abandone: no puede permitirse dedicar tantos recursos a buscarte eternamente.

Isaac agitó la cabeza con lentitud.

—Ya sabes cómo se ha comportado Matthias los últimos dos años. Dirige Operaciones Especiales como si fuera un club social, haciendo lo que le viene en gana. Antes se limitaba a acatar órdenes, pero últimamente ha empezado a darlas. Está fuera de control. Ahora las misiones significan algo más para él. No sé qué, pero así es. Y eso quiere decir que me perseguirá hasta que se muera. No le queda más remedio: es la única forma que tiene de protegerse.

—Pues deja que dé la vuelta al mundo para buscarte. Nos aseguraremos de que vayas dos pasos por delante de él durante el resto de tu vida natural.

Isaac volvió a mirar a través del cristal para centrarse en Grier. Estaba apoyada contra la encimera donde él se había sentado, tenía la cabeza gacha y los hombros combados como si soportaran todo su peso. Llevaba el cabello suelto y los mechones largos y ondulados casi rozaban el granito.

—Estoy empezando a pensar que he cometido un error —se oyó decir—. Debí haberme quedado en Operaciones Especiales.

—Tu error es quedarte en este jardín.

Probablemente. Pero no pensaba marcharse.

—Venga ya, no me jodas —ladró Jim—. Toma.

Isaac oyó un crujido y, al volver la vista, se topó con una bolsa de papel ante él.

—Es un sándwich de pavo —dijo Jim—. Con mayonesa, lechuga y tomate. Y una galleta. Del DeLuca de la esquina. Hasta le daré un bocado para demostrarte que no lo he envenenado.

Jim metió la mano en la bolsa, sacó el sándwich y retiró el celofán con una mano. Luego puso la mandíbula alrededor de aquella cosa, mordió con fuerza y

masticó con la boca cerrada.

Lo cual, naturalmente, hizo que las tripas de Isaac volvieran a los dos años de edad y comenzaran a rugir.

—¿De qué es la galleta?

—De pepitas de chocolate. Pero sin frutos secos. Odio que pongan esos putos frutos secos en las galletas de pepitas de chocolate —respondió Jim con la boca llena.

—Muchas gracias —contestó Isaac con voz queda. A continuación, tendió la mano, aceptó lo que le ofrecían y se lo comió con ansia.

—¿Quieres la galleta? —murmuró Jim.

Le dolía decirlo, pero no le quedaba más remedio:

—Dale un mordisco tú primero. Por favor.

Su enorme manzana desapareció en la bolsa otra vez y salió con una cosa del tamaño de la rueda de un coche. Desenvolver. Morder. Masticar.

—Muchas gracias —repitió Isaac mientras el postre cambiaba de manos.

—Tengo una botella de agua en el bolsillo de atrás. —Jim la sacó, abrió el tapón delante de sus narices y le dio un buen trago.

Isaac se inclinó hacia delante y aceptó la botella de Fiji.

—Me has salvado la vida.

—Ésa es la idea —murmuró el tío.

Dentro de la cocina, Grier comenzó a preparar la cena. Por el amor de Dios, inclinada sobre aquella vitrocerámica era condenadamente vulnerable: la cristalera convertía la estancia en una televisión que retransmitía el canal Childe veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

—Si me largo, la dejaré desprotegida.

—Y si te quedas la convertirás en un objetivo. No deberías estar aquí. No deberías haberte pasado todo el día en esa casa, al otro lado de la calle.

Isaac lo miró de repente.

—¿Cómo lo sabes?

Jim puso los ojos en blanco.

—¿Has olvidado cómo me he ganado la vida durante más de una década? Oye, sé razonable. Yo cuidaré de ella cuando hayamos arreglado lo tuyo.

—Para que te enteres: te conozco demasiado bien, así que no pretenderás que me trague ese rollo a lo *boy scout*.

—Me la suda. Pero sácale partido.

Les alcanzó una fría brisa, procedente de Dios sabía dónde, e Isaac sintió un escalofrío por la espina dorsal que no tenía nada que ver con la temperatura del aire sino con el instinto.

A su lado, Jim se puso tenso y echó un vistazo a su alrededor.

Dos hombres enormes salieron de las sombras a sus espaldas.

Isaac desenfundó con rapidez y cogió la otra pistola para encañonarlos a

ambos. Pero resultó que sólo eran los chicos de Jim, el que estaba perforado como un alfilerero y el otro, que tenía el tamaño de una montaña.

—Tenemos compañía, socio —le susurró el señor Fetichista de las Agujas a Jim—. Mala compañía. Tiempo estimado de llegada: un minuto y medio.

—Mételo en la casa —aconsejó el de la trenza gruesa como una sogá—. Ahí estará a salvo.

« Bien, hora de cortar el rollo, chicos» .

—Hola, me llamo Isaac. Éstas son Izquierdista... y Bob —dijo, levantando sendas armas mientras hacía las presentaciones—. Y los tres hemos dejado de acatar órdenes.

Jim lo miró con los ojos echando chispas.

—Escúchame, Isaac: entra en la casa. Entra en la puta casa y quédate allí. Da igual lo que veas u oigas: no salgas. ¿Queda claro?

Y dicho aquello, el tío sacó de la nada un cuchillo surrealista. ¿Aquella maldita cosa era de cristal? ¿Pero qué...?

Un lejano zumbido empezó a acercarse por el aire e Isaac echó un vistazo sobre el hombro en la dirección del sonido. Debía de haber sido el viento, no había otra explicación. Aunque no notaba aire en la piel.

—Entra en la casa si quieres vivir —dijo alguien.

Jim lo agarró del brazo.

—Tú no puedes luchar contra este enemigo, pero yo sí. Si te quedas ahí dentro, estarás a salvo y podrás proteger a esa mujer. Quédate con ella y mantenla a salvo.

Bueno, aquella orden podía seguirla.

De repente, la casa de Grier brilló con una luz etérea, como si la estuvieran iluminando con unos focos rojos desde los cimientos. Mientras sus ojos luchaban por comprender lo que estaba viendo, notó un zumbido en la nuca tan intenso que pensó que la cabeza se le iba a despegar de la columna y salir disparada como un cohete.

Isaac no se quedó a ver qué pasaba.

Irrumpió en el patio mientras aquel viento de mil demonios se hacía más y más fuerte, rezando para poder entrar y llegar hasta Grier a tiempo.

* * *

Grier odiaba discutir con su padre. Lo detestaba con todas sus fuerzas.

Echó la tortilla en la sartén, la centró y se quedó mirando el móvil que acababa de lanzar sobre la isla.

La primera llamada había tenido lugar aproximadamente una hora después de que él se hubiera ido y había sido él quien había llamado. Obviamente, había descubierto su truquito de prestidigitación y aquello había desembocado en todo

tipo de problemas, ninguno de los cuales se había resuelto porque ella no pensaba devolverle las cosas, él no aceptaba un no por respuesta y, encima, tenían que adentrarse en aquel terreno pedregoso hablando en clave porque sabía Dios quién podía estar escuchando.

Después de dar vueltas y más vueltas, como si fueran boxeadores en un cuadrilátero, habían acordado una tregua. Ella había intentado trabajar mientras su padre se sumía en aquel misterioso mundo suyo.

Aunque aquello eran meras suposiciones, no es que él le hubiera contado nada en concreto. Todavía.

Para variar.

En la segunda excursión al parque telefónico, habían sido sus dedos los que habían salido a pasear. Su intención era firmar la paz y descubrir qué estaba haciendo su padre, pero aquello pronto había desembocado en nuevas y torpes acusaciones, proferidas en un lenguaje que parecía una especie de jergona mezclada con chorradas varias.

La primera conexión había sido sólo ligeramente mejor que la segunda.

Mientras la tortilla chisporroteaba suavemente y ella le daba un sorbo a la copa de vino, una ráfaga de viento azotó la parte trasera de la casa, silbó a través de las contraventanas y acarició los carillones que había al lado de la puerta. Con el ceño fruncido, miró por encima del hombro. Pensó que hacía un viento infernal y, por una vez, la sutil música de las piezas de barro no la tranquilizó.

Que era lo que pasaba cuando estabas paranoica. Todo era espeluznante, incluso el...

Una enorme silueta apareció de repente en la puerta de atrás, llenando toda la cristalera. Mientras daba un grito y corría para pulsar el botón de pánico del mando a distancia del sistema de seguridad, la luz con sensor de movimiento que Isaac hizo saltar le iluminó el rostro en medio de la oscuridad.

Empezó a aporrear la puerta con el puño, pero no por mucho tiempo. Se volvió para mirar hacia el patio y se aplastó contra la casa como si algo fuera hacia él.

Grier fue corriendo hacia la puerta, desactivó la alarma y abrió, dejando que Isaac se precipitara dentro. Fue él quien cerró de un portazo, echó el cerrojo y puso el cuerpo contra los paneles como si alguien fuera a intentar entrar.

—La alarma... vuelve a conectarla... —le ordenó entre jadeo y jadeo.

Ella obedeció sin vacilar.

Todo se volvió negro.

Salvo por el resplandor azul de la llama del hornillo que ardía bajo la sartén y el halo amarillo de la luz que había sobre la puerta de la entrada, la cocina estaba completamente a oscuras y su cerebro tardó un segundo en asimilar que él había apagado las luces.

El arma que Isaac se había puesto al lado del pecho no emitía demasiados

reflejos ni sombras, pero ella sabía perfectamente que la llevaba en la mano cuando se movió y se puso contra la pared, al lado de la puerta. No apuntó con el arma a ningún lugar cerca de ella, ni siquiera la estaba mirando. Tenía los ojos fijos en el jardín trasero.

Cuando ella intentó acercarse para mirar, él extendió su fuerte brazo y se lo impidió.

—Aléjate del cristal.

—¿Qué pasa?

Una fuerte ráfaga de viento azotó la casa y los carillones se volvieron locos hasta el punto de enredarse en sus cuerdas, quejándose de dolor.

Entonces se oyó un extraño crujido por encima de aquel jaleo.

Grier se apoyó en la encimera, levantó la vista hacia el techo y se dio cuenta de que se trataba de la casa. La casa de ladrillo de su familia, la que llevaba allí plantada sobre sus sólidos cimientos doscientos años, estaba gimiendo como si estuvieran a punto de arrancarla del suelo al que se aferraba.

Miró hacia la pared de cristal. Lo único que veía eran sombras que se movían a causa del viento. Sólo que no lo hacían como era debido. No se movían de una forma normal.

Paralizada ante la visión de unas figuras oscuras que se agitaban sobre el suelo como denso petróleo, sintió que su mente se bloqueaba mientras intentaba dar una explicación a lo que sus ojos estaban viendo.

—¿Qué es... eso? —preguntó sofocada.

—Agáchate detrás del mostrador. —Isaac miró hacia el techo mientras la casa profería un nuevo juramento—. Vamos, nena, aguanta.

Grier cayó de rodillas y miró el antiguo espejo que había al otro lado del pasillo. Sobre su superficie ondulada podía ver lo que había al otro lado de las ventanas que daban al jardín y observar cómo aquellas sombras erradas daban media vuelta.

—Isaac, aléjate de la puerta...

Un rugido invadió el aire y Grier dejó escapar un grito al tiempo que se tapaba los oídos. Sin embargo, Isaac ni siquiera se estremeció, lo que le dio fuerzas.

—La alarma de incendios —vociferó él—. ¡Es la alarma de incendios!

Se precipitó hacia la placa de la cocina e hizo a un lado la tortilla humeante, mientras apagaba la llama del quemador con un rápido giro de muñeca.

—Haz lo que tengas que hacer —bramó—. Pero ¡asegúrate de que los bomberos no aparezcan por aquí!

CAPÍTULO

23



Matthias condujo él mismo durante la última etapa del viaje. Había hecho una breve escala en Boston y lo habían llevado en avión hasta aquella ciudad porque, aunque él sabía pilotar varios tipos de aeronaves, sus lesiones le habían obligado a aparcarse las alas.

Al menos aún podía conducir, qué coño.

El vuelo de Beantown a Caldwell había sido corto y agradable, y el aeropuerto internacional de Caldwell fue pan comido. Aunque cuando tenías aquel nivel de autorización, los tíos de la TSA ni se te acercaban. Y tampoco a tus maletas, aunque él no llevaba más equipaje que el que lo acompañaba a todas partes en el cerebro.

Su coche era otro vehículo de incógnito más sin matrícula, blindado y con los cristales lo suficientemente gruesos como para causarle una conmoción cerebral a cualquier bala. Era igual al que llevaba cuando había ido a visitar a Grier Childe, e igual al que tenía en cualquier ciudad a la que fuera, en casa o en el extranjero.

No le había dicho a nadie adónde iba salvo al segundo de a bordo y ni siquiera

su mano derecha sabía la razón de su viaje. Sin embargo, el secretismo no era ningún problema: lo bueno de ser la sombra más oscura de una legión de ellas era que desaparecer formaba parte de tu puto trabajo, así que nadie hacía preguntas.

Y lo cierto era que aquel viaje estaba por debajo de su nivel. Era el tipo de misión que, en circunstancias normales, habría asignado al segundo de a bordo. Pero necesitaba hacerlo él mismo.

Para Matthias era como una peregrinación.

Aunque, de ser así, las cosas ya podían volverse más estimulantes cagando leches. La calle por la que circulaba era una de tantas llenas de tiendas de ropa, droguerías Walgreens y gasolineras, y podía haber estado en cualquier ciudad, en cualquier sitio. Había poco tráfico y todos los coches estaban allí de paso: por las noches estaba todo cerrado, así que la única razón para pasar por allí era ir a algún otro lugar.

Al menos para la mayoría de la gente. Pero, a diferencia de ellos, su destino estaba... exactamente allí, de hecho.

Levantó el pie del acelerador, se hizo a un lado y aparcó en paralelo a la acera. Al otro lado de un exiguo césped se encontraba el tanatorio McCready. El interior estaba a oscuras, pero fuera había luces por todas partes.

Ningún problema.

Matthias hizo una llamada y lo fueron pasando de persona en persona, saltando como una piedra a través de los teléfonos de otros hasta que encontró al mandamás que le podía ofrecer lo que quería.

Luego se sentó y esperó.

No soportaba el silencio y la oscuridad que había en el coche. No porque le preocupara que hubiera alguna persona en el asiento de atrás ni porque alguien fuera salir de las sombras del exterior para volarle la tapa de los sesos, sino porque le gustaba moverse. Mientras estaba en movimiento, lograba aplacar los nervios que inevitablemente inflamaban sus glándulas suprarrenales cuando permanecía inmóvil.

La inmovilidad era una asesina.

Y convertía el Crown Victoria en un ataúd.

Su teléfono sonó y supo quién era antes de comprobarlo. Y no, no iba a ser la gente con la que acababa de hablar. Ya había zanjado sus asuntos con ellos.

Matthias respondió al tercer tono, justo antes de que saltara el buzón de voz.

—Alistair Childe. Qué sorpresa.

Aquel silencio de estupefacción resultaba realmente satisfactorio.

—¿Cómo sabías que era yo?

—¿No creerás en serio que permito que cualquiera me llame a este teléfono?

—Mientras Matthias miraba fijamente a través del parabrisas hacia el tanatorio, pensó en lo irónico que era que ambos estuvieran hablando allí delante, y a que él

había enviado al hijo de aquel hombre a uno de aquéllos—. Todo se hace a mi manera. Todo.

—Entonces ya sabes por qué llevo todo el día intentando localizarte.

Sí, lo sabía. Y se lo había puesto difícil deliberadamente. Estaba convencido de que las personas eran como trozos de carne: cuanto más se guisaban más tiernas se volvían.

Y más sabrosas.

—Albie, por supuesto que soy consciente de tu situación. —Empezó a lloviznar y las gotas salpicaron el cristal—. Estás preocupado por el hombre que ayer pasó la noche con tu hija. —Otra ración de silencio—. ¿No sabías que había estado en tu casa toda la noche? En fin, los hijos no siempre les cuentan todo lo que hacen a sus padres, ¿verdad?

—Ella no está involucrada. Te lo prometo, ella no sabe nada...

—Si no te contó que había tenido un invitado nocturno, ¿cómo puedes confiar en ella?

—No te la llevarás —dijo el hombre con voz quebrada—. Ya acabaste con mi hijo y a ella no podrás llevártela.

—Yo puedo llevarme a quien quiera y acabar con quien sea. Pero eso ya lo sabías, ¿no?

De pronto, Matthias notó algo en el brazo izquierdo. Bajó la vista y vio que su puño estaba agarrando el volante con tal fuerza que el bíceps le temblaba.

Intentó soltarlo, pero no fue capaz.

Harto de los intrascendentes espasmos y calambres que le daban, ignoró aquel nuevo modelo.

—Te diré lo que tienes que hacer si no quieres temer por la vida de tu hija. Entrégame a Isaac Rothe y me marcharé. Así de simple. Dame lo que quiero y dejaré en paz a tu niña.

En aquel momento, la manzana entera se quedó a oscuras por obra y gracia de su llamadita telefónica.

—Sabes que lo digo en serio —soltó Matthias, cogiendo el bastón—. No me hagas matar a otro Childe.

Colgó y volvió a guardar el teléfono en el abrigo.

Abrió la puerta de par en par, se quejó mientras salía y decidió ir por la acera de cemento en lugar de por el césped, aunque era un camino menos directo para llegar a la parte de atrás. Hacer a su cuerpo deambular por la hierba no era buena idea.

Después de forzar la cerradura de la puerta trasera con una ganzúa —lo cual demostraba que, a pesar de ser el jefe, no había perdido las mañas—, se coló en el tanatorio y se puso a buscar el cuerpo del soldado que le había salvado la vida.

Verificar la identidad del « cadáver » de Jim Heron le resultaba tan necesario como inspirar la siguiente bocanada de aire.

Entretanto, en Boston, en el jardín trasero de la abogada defensora, Jim se preparó para la batalla que se aproximaba, literalmente, a lomos del viento.

—Es como matar a un humano —gritó Eddie sobre el vendaval—. Busca el centro del pecho, pero ten cuidado con la sangre.

—Los muy cabrones son babosos como el demonio. —Adrian sonrió con un punto de locura mientras sus ojos resplandecían con un brillo impío—. Por eso llevamos ropa de cuero.

Cuando la puerta de la cocina de la casa de ladrillos se cerró de golpe y las luces se apagaron, Jim rezó para que Isaac se quedara dentro con la mujer.

Porque el enemigo había llegado.

De entre las ráfagas de viento que les hacían tambalearse, salieron unas sombras negras ondulantes que flotaban sobre el suelo en estado de ebullición, dando lugar a formas que se volvieron sólidas. No tenían cara, manos, ni pies. Ni ropa, claro. Pero sí tenían brazos, piernas y cabeza, supuso que para ejecutar el programa. Dios, vaya peste. Oían a basura putrefacta, como a una combinación de huevos podridos y a carne putrefacta y sudorosa, y gruñían como hacían los lobos cuando cazaban en manada, todos a una.

Eran maldad pura y dura, la oscuridad personificada, un cuarteto infecto, repugnante y purulento que le hizo desear darse un baño con lejía.

Mientras se ponía en posición de ataque, se le disparó en la nuca la alarma que había sentido la noche anterior y que le pellizcaba la base del cráneo. Sus ojos salieron disparados hacia la casa por si acaso, aunque estaba seguro de que el problema no estaba allí.

Aunque daba igual: necesitaba el cerebro a pleno rendimiento.

Una de las sombras invadió su espacio y Jim no esperó al primer golpe. Aquél no era su estilo. Hizo un amplio giro con el cuchillo de cristal y continuó mientras se agachaba por debajo de un puñetazo que llegó más lejos de lo que esperaba.

Obviamente, aquellos bichos eran un poco elásticos.

Sin embargo, Jim consiguió establecer contacto y cortó algo que hizo que un líquido saliera disparado en dirección a él. En el aire, la salpicadura se metamorfoseó en perdigones que se disolvieron al alcanzarlo. El escozor fue instantáneo e intenso.

—¡Joder! —Se sacudió la mano y el humo que salía de su piel desnuda lo distrajo unos instantes.

El golpe aterrizó en una de sus mejillas e hizo que su cabeza repicara como una campana, lo que demostró que, por muy ángel que fuera y toda esa mierda, su sistema nervioso seguía siendo definitivamente humano. Inmediatamente se lanzó al ataque, sacó un segundo cuchillo y se dirigió hacia aquel cabrón con

ambas hojas, obligando a aquella cosa a retirarse hacia los arbustos al tiempo que él esquivaba los puñetazos.

Mientras ellos estaban ocupados, su nuca siguió aullando, pero no se podía permitir ninguna distracción.

Primero tenía que acabar con lo que tenía delante. Luego ya se ocuparía de lo siguiente.

Jim fue el primero en cazar una presa. Se abalanzó sobre su oponente cuando éste se arqueó hacia delante y le clavó la daga de cristal a la altura de las tripas. Se produjo una brillante explosión de luz con los colores del arcoíris y él giró para apartarse, a la vez que se cubría el rostro con el brazo para impedir que lo alcanzara el rocío mortal, lo que hizo que su hombro enfundado en cuero se llevara la peor parte del impacto. La salpicadura de mierda humeaba y apestaba como si fuera ácido de batería, además de quemar como tal, mientras la sangre del demonio corroía el cuero e iba directa hacia su piel.

Retrocedió inmediatamente en posición de combate, pero los otros tres aceitosos bichos ya estaban cogidos: Adrian se estaba encargando de un par de ellos y Eddie estaba entregado en cuerpo y alma a su fulano, a su demonio o a lo que coño fuera aquello.

Jim profirió un juramento, levantó la mano y se frotó la nuca. La sensación había pasado de ser un cosquilleo a un auténtico suplicio y, ahora que la adrenalina había disminuido un poco, se retorció de dolor. Dios santo, encima aquello no hacía más que empeorar, y llegó un momento en que no lo pudo soportar más y cayó de rodillas.

Apoyó la mano en el suelo y, abrazándose a sí mismo, cayó en la cuenta de lo que estaba pasando. En un caso de clara inoportunidad, Matthias había seguido la pista del hechizo que había hecho sobre su cadáver en Caldwell.

—¡Vete! —le susurró Eddie mientras asestaba un navajazo y se replegaba—. ¡Está todo controlado! Ve con Matthias.

En aquel momento, Adrian se cargó a uno de los dos que tenía. Su daga de cristal se clavó profundamente en el pecho de aquella cosa antes de que éste se subiera de un salto sobre la puerta de la entrada para evitar la salpicadura. La ráfaga de perdigones alcanzó al otro demonio con el que estaba luchando.

Mierda. Aquel grasiento cabrón negro la absorbió y duplicó su tamaño.

Jim se volvió para mirar a Eddie, pero el ángel le ladró:

—¡Te estoy diciendo que te vayas! —Eddie esquivó un golpe y asestó uno él mismo con el puño libre—. ¡No puedes pelear así!

Jim no quería abandonarlos, pero se estaba transformando a marchas forzadas en un cero a la izquierda y a sus colegas no les quedaría más remedio que defenderle si aquel timbre se hacía más agudo.

—¡Vete! —gritó Eddie.

Jim maldijo, pero se puso en pie y desplegó las alas en medio de un

resplandor.

Caldwell, en Nueva York, estaba a más de trescientos kilómetros al oeste. Eso suponiendo que fueras humano y te trasladaras a pie, en bici, a caballo o en coche. Pero con Aerolíneas Angelicas recorrió la distancia en un santiamén.

Mientras aterrizaba en el césped delantero del antro de McCready, se percató de que había un coche sin matrícula aparcado en la acera y de que se había ido la luz en toda la manzana, y supo que estaba en lo cierto.

Matthias había ido a hacerle una visita.

Típico de él.

Jim atravesó el césped y tuvo la sensación de haber retrocedido en el tiempo, hasta aquella noche en el desierto que lo había cambiado todo tanto para Matthias como para él.

Sí, su hechizo convocador había funcionado.

La pregunta era qué iba a hacer con su presa.

CAPÍTULO

24



De pie en la cocina de Grier, Isaac admiró la forma en la que ésta se estaba haciendo cargo de aquel asunto. En medio del caos, mantuvo la serenidad mientras cogía el teléfono para ocuparse del sistema de seguridad. En un abrir y cerrar de ojos había desconectado la alarma de incendios, había llamado para informar de que se trataba de una falsa alarma y había reiniciado el sistema. Y todo ello agachada detrás de los muebles de cocina, protegida y oculta.

Definitivamente, era su tipo de mujer.

Con ella al mando de todo, él quedaba libre para tratar de averiguar qué demonios estaba pasando en el patio trasero. Se contorsionó para seguir a cubierto y atisbó por el cristal, pero lo único que vio fue el viento y un montón de sombras.

A pesar de todo, su instinto le decía a gritos que algo iba mal.

¿Para qué habían vuelto Jimmy y sus colegas? ¿Quién había aparecido allí? La banda de Matthias solía moverse en coches de incógnito sin matrícula, no se subían a lomos de escobas para lanzarse en picado desde un cielo tormentoso. Además, ya no había nadie allá fuera, al menos que él pudiera ver.

A medida que el tiempo pasaba y seguía sin ver nada más que viento, empezó a pensar que tal vez se había vuelto loco de remate.

—¿Estás bien? —susurró sin darse la vuelta.

Oyó un crujido antes de que Grier se pusiera a su lado en el suelo.

—¿Qué está pasando? ¿Ves algo?

Se dio cuenta de que ella no había respondido a su pregunta, pero venga ya, ni que tuviera que hacerlo.

—Nada en lo que necesitemos participar.

Nada y punto final, más bien. Aunque... Bueno, en realidad, si entornaba los ojos, parecía que las sombras sí adquirirían formas que bien podrían ser las de luchadores enzarzados en un combate cuerpo a cuerpo. Si no fuera porque, por supuesto, allá fuera no había nadie y la manera en que aquellas cosas se movían no tenía lógica alguna. Para acercarse mínimamente al efecto óptico que él estaba viendo, haría falta que una legión de focos estuviera iluminando desde todas las direcciones posibles.

—Hay algo en esto que no encaja —dijo Grier.

—Estoy de acuerdo —respondió él, mirándola—. Pero yo te protegeré.

—Creía que te ibas a marchar.

—No. —La parte de que no había sido capaz se la guardó para él—. No voy a dejar que nada te haga daño.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado mientras lo miraba fijamente.

—¿Sabes? Te creo.

—Puedes apostarte la vida.

Con un rápido movimiento, puso su boca sobre la de ella y le dio un fuerte beso para cerrar el trato. Y, justo cuando se estaba echando hacia atrás, el viento cesó como si hubieran desenchufado el ventilador industrial que estaba generando todo aquel aire y en el patio trasero no se oyó más que silencio absoluto. ¿Qué demonios estaba pasando?

—Quédate aquí —le dijo, poniéndose en pie.

Naturalmente, ella no obedeció la orden sino que se levantó y le puso las manos sobre los hombros como si estuviera dispuesta a seguirlo. A él no le hizo ninguna gracia, pero sabía que discutir no le iba a llevar a ninguna parte. Lo único que podía hacer era usar su pecho y sus hombros como escudo en caso de que alguien disparase.

Se inclinó hacia delante unos centímetros, hasta que pudo ver mejor el exterior. Las sombras habían desaparecido y las tres ramas de los árboles y los arbustos estaban inmóviles. Los sonidos distantes del tráfico y la lejana sirena de una ambulancia componían de nuevo la banda sonora de la ciudad, como si fuera la música ambiental del barrio.

Miró para ella.

—Voy a salir. ¿Sabes manejar un arma? —Ella asintió y él sacó una de sus

dos pistolas—. Toma.

Ella no titubeó pero, joder, a él no le gustó nada ver aquellas pálidas y elegantes manos sobre el revólver.

—Apunta y dispara con las dos manos. El seguro no está puesto. ¿Queda claro?—dijo, después de señalar el arma con la cabeza.

Ella asintió y él la besó de nuevo porque simplemente no pudo evitarlo, luego la volvió a poner en su posición, al abrigo de las alacenas inferiores. Desde aquella posición estratégica, Grier podría ver a cualquiera que se acercase por delante o por detrás, pero también cubrir la puerta interior que, según creía, daba a las escaleras del sótano.

Cogió la otra pistola y salió con un movimiento rápido.

La primera inspiración le llenó las fosas nasales de un repugnante hedor que le bajó por la garganta. ¿Pero qué...? Olía como a vertido químico...

De pronto, uno de los dos tíos que estaban con Jim, el de la trenza, surgió de la nada. Parecía que lo habían rociado con Tres-en-Uno y estaba lleno de hielo seco. De su cazadora de cuero emanaban volutas de humo y, joder... qué olor.

Antes de que Isaac pudiera preguntarle qué coño había pasado, el colega de Jim lo interrumpió.

—Haznos un favor y estate quieto. Aunque por ahora ya no hay moros en la costa, ¿entendido?

Cuando los ojos de Isaac se encontraron con los de aquel tipo, le quedó claro que, a pesar de no conocerse de nada, hablaban el mismo idioma: aquel tío era soldado.

—¿Quieres hacer el favor de contarme qué demonios acaba de pasar aquí fuera?

—No. Pero me vendría bien un poco de vinagre blanco, si hay.

Isaac frunció el ceño.

—No te ofendas, pero creo que aliñar la ensalada es la menor de tus preocupaciones, colega. Tu chaqueta necesita un manguerazo.

—Tengo que ocuparme de unas quemaduras.

Pues claro, tenía la piel de un lado del cuello y de las manos llena de ronchas rojas en carne viva, como si se le hubiera caído encima algún tipo de ácido.

Era difícil discutir con aquel humeante cabrón, teniendo en cuenta que estaba herido.

—Dame un segundo. —Isaac entró de nuevo en la casa y se aclaró la garganta—. Oye..., ¿tienes vinagre blanco?

Grier parpadeó y luego señaló el fregadero con el cañón del arma.

—Lo uso para limpiar la madera, ¿para qué?

—No tengo ni puta idea. —Fue hacia el fregadero y encontró una enorme botella con una etiqueta de Heinz—. Pero quieren un poco.

—¿Quiénes?

—Los amigos de un amigo.

—¿Están bien?

—Sí. —Suponiendo que la definición de « bien » incluyera lo de la parrilla.

Una vez fuera, les entregó el líquido y se lo echaron encima como haría un jugador de fútbol sudoroso con el agua fresca. Sin embargo, sí acabó con el humo y el hedor tanto del Señor de la Trenza como del Alfiletero.

—¿Y los vecinos, qué? —dijo Isaac, mirando alrededor.

La proporción ladrillo-ventana de la parte trasera de los edificios jugaba a su favor, pero el ruido y el olor...

—Nosotros nos encargaremos de ellos —contestó el Señor de la Trenza. Como si fuera una minucia y ya lo hubieran hecho antes.

Isaac se preguntó qué tipo de guerra estaban librando. ¿Habría otra organización por encima de Operaciones Especiales? Siempre había dado por hecho que Matthias era lo más turbio de lo más turbio. Pero puede que hubiera otro nivel. Quizá había sido así como Jim había conseguido salir.

—¿Dónde está Heron? —les preguntó.

—Ya volverá. —El de los *piercings* le devolvió el vinagre—. Tú límitate a quedarte aquí y a cuidar de ella. Te estamos controlando.

Isaac sacudió la pistola adelante y atrás.

—¿Quiénes sois?

El Señor de la Trenza que, al parecer, era el conciliador de la pareja, dijo:

—Simplemente, parte del grupito de Jim.

Al menos eso tenía cierto sentido. Aunque era obvio que habían estado jugando a las peleas, estaban los dos como si nada. No le extrañaba que Jim trabajara con ellos.

E Isaac tenía el presentimiento de que sabía lo que estaban haciendo: Jim debía de ir a por Matthias. Lo que, desde luego, explicaba que se hubiera querido involucrar y que se dedicara a jugar a las agencias de viajes con los billetes de avión.

—¿Necesitáis otro soldado? —preguntó Isaac, medio en broma, medio en serio.

Los tíos se miraron entre ellos antes de volver a posar los ojos sobre él.

—Eso no es cosa nuestra —dijeron al unísono.

—¿Es de Jim?

—Principalmente —respondió el Señor de la Trenza—. Y tienes que estar muriéndote para entrar...

—¿Isaac? ¿Con quién estás hablando?

Grier salió de la cocina, pero él deseó con todas sus fuerzas que se hubiera quedado dentro.

—Con nadie, vamos para dentro.

Se volvió para despedirse de los chicos de Jim y se quedó helado. Allí no

había nadie. Los compinches de Heron se habían esfumado.

Pues sí, fueran quienes fueran o lo que fueran, definitivamente eran su tipo de soldados. Isaac se dirigió hacia Grier y ambos volvieron al interior. Echó el cerrojo, encendió un punto de luz al otro lado de la estancia e hizo una mueca. Joder, la cocina no olía mucho mejor que aquellos dos de allá fuera: el huevo quemado, el beicon carbonizado y la mantequilla ennegrecida no eran ninguna fiesta para el hocico.

—¿Estás bien? —preguntó, aunque, una vez más, la respuesta era evidente.

—¿Y tú?

La recorrió con la mirada de la cabeza a los pies. Estaba viva, él estaba con ella y se encontraban a salvo en aquella casa-fortaleza.

—Yo estoy mejor.

—¿Quién está en el patio?

—Unos amigos —respondió mientras recuperaba la pistola—. Que no quieren que nos pase nada.

Para evitar estrecharla entre sus brazos, se guardó ambas pistolas en la cazadora y retiró la sartén del fogón. Tiró los restos del aborto de cena por el fregadero y la lavó.

—Antes de que preguntes —murmuró—, no sé más que tú.

Lo que, básicamente, era verdad. Por supuesto, le llevaba ventaja en lo que a ciertas cosas se refería, pero en relación a aquella mierda del jardín trasero estaba tan perdido como ella: ni puta idea.

Cogió un paño de cocina que estaba colgado de un gancho y se dio cuenta de que ella llevaba un rato sin decir nada. Se volvió y vio que se había sentado en uno de los taburetes con los brazos alrededor del cuerpo. Estaba en otro mundo, se había encerrado en sí misma y se había convertido en piedra.

—Estoy intentando... —se aclaró la garganta—. Estoy intentando por todos los medios entender esto.

Él volvió a colocar la sartén sobre la placa de la cocina y dejó el peso sobre los brazos, pensando que allí estaba otra vez el abismo entre el civil y el soldado. Para él, el caos, el jaleo y el peligro de muerte era el pan de cada día.

Pero a ella la estaba matando.

—¿Quieres darle otra oportunidad a la cena? —preguntó, comportándose como un capullo integral.

Grier negó con la cabeza.

—Estar en un universo paralelo en el que todo se parece a tu vida pero es otra cosa totalmente diferente hace que pierdas el apetito.

—He estado ahí —asintió él—. Ya lo he vivido.

—De hecho lo convertiste en tu profesión, ¿no?

Él frunció el ceño y dejó aquella pregunta en el aire, sobre la encimera que los separaba.

—Oye, ¿estás segura de que no quieres que te prepare...?

—Volví a tu apartamento. Esta tarde.

—¿Por qué? —Joder.

—Fui después de entregar tu dinero en la comisaría y prestar declaración.

Adivina quién estaba en tu casa.

—¿Quién?

—Un conocido de mi padre.

Los hombros de Isaac se tensaron hasta tal punto que empezó a costarle respirar. O puede que sus pulmones se hubieran petrificado. Por Dios, no... No...

Ella le pasó algo por encima del granito. Era una tarjeta de visita.

—Se supone que tengo que llamar a este número si apareces por aquí.

Mientras Isaac leía los números, ella se rió amargamente.

—Mi padre puso la misma cara cuando leyó lo que ponía. Y, deja que lo adivine: tú tampoco piensas decirme quién contestaría al teléfono.

—Describeme al hombre que estaba en mi apartamento. —Aunque Isaac ya sabía quién era.

—Llevaba un parche en el ojo.

Isaac tragó saliva y pensó que, fuera lo que fuera lo que él había supuesto que llevaba en aquel pañuelo de papel cuando había salido del coche, nunca se habría imaginado que había sido Matthias en persona el que se lo había dado.

—¿Quién es? —preguntó ella.

Isaac sacudió la cabeza de lado a lado como única respuesta. Tal y como estaban las cosas, ella ya estaba al borde del precipicio que la haría caer en la ratonera a la que él y su padre habían sido arrastrados. Cualquier explicación sería como una patada en el culo con una bota del cuarenta y cinco que la haría caer en picado al vacío.

Grier se levantó de repente del taburete con la copa de vino que tenía en la mano.

—¡Estoy hasta las pelotas de tanto secretismo!

Lanzó el chardonnay al otro lado de la habitación y el cristal se hizo añicos al chocar contra la pared. Como restos de la explosión, quedaron una mancha húmeda sobre el yeso y los cristales tirados por el suelo.

Se volvió hacia él jadeando y con los ojos que echaban chispas. Hubo un instante de silencio absoluto. Y luego Isaac rodeó la isla para ir hacia ella. Le habló en voz baja mientras se acercaba.

—Hoy, en la comisaría de policía, ¿te preguntaron por mí?

Ella se quedó perpleja por un momento.

—Pues claro.

—¿Y qué les dijiste?

—Nada. Porque aparte de tu nombre de pila, no tengo ni puta idea de nada.

Él asintió, acercándose más aún a ella.

—Y el hombre de mi apartamento, ¿te preguntó por mí?

Ella levantó las manos.

—Todo el mundo pregunta por ti.

—¿Y qué le dijiste?

—Nada —susurró.

—Si alguien de la CIA o de la NSA llama a tu puerta y te pregunta por mí...

—¡No tengo nada que contarles!

Se detuvo tan cerca de ella, que pudo ver cada una de las pestañas que rodeaban sus impresionantes ojos azules.

—Exacto. Y eso es lo que te mantendrá con vida. —Grier profirió una maldición e iba a dar media vuelta, cuando él la cogió del brazo y le hizo volverse bruscamente hacia él de nuevo—. El hombre de mi apartamento es un asesino a sangre fría que sólo te dejó marchar porque quiere mandarme un mensaje. Por eso no pienso contarte nada.

—¡Sé mentir! Por el amor de Dios, ¿por qué das por hecho que soy una ingenua? —Levantó la vista hacia él—. No tienes ni idea de cómo ha sido mi vida, todo el tiempo viendo esas sombras sin recibir ninguna explicación. Puedo mentir.

—Te torturarán para hacerte hablar. —Eso hizo que se callara. Y él continuó—. Tu padre lo sabe. Y yo también. Y créeme, durante mi adiestramiento tuve que estar presente en algún interrogatorio, así que sé perfectamente qué te harían. La única manera de asegurarme de que estás a salvo es que realmente no tengas nada que contar. A decir verdad, ya estás demasiado expuesta sin comerlo ni beberlo.

—Dios... Odio esto. —Estaba temblando, pero no de miedo, sino de rabia pura y dura—. Tengo ganas de darle un puñetazo a algo.

—Está bien —él le cerró el puño y le echó el brazo hacia atrás por encima del hombro—. Desahógate conmigo.

—Pero ¿qué...?

—Pégame. Arráncame los ojos. Haz lo que tengas que hacer.

—¿Estás loco?

—Sí. De remate. —La soltó y se preparó, quedándose lo suficientemente cerca como para que ella pudiera zurrarle a gusto, si quería—. Seré tu saco de arena, tu chaleco antibalas, tu guardaespaldas... Haré cualquier cosa para ayudarte a salir de ésta.

—Estás loco —dijo ella, exhalando.

Levantó la vista hacia él, ruborizadísima y alterada, y a Isaac la sangre empezó a hervirle y los llevó a un terreno aún más peligroso, si cabía. Lo que le faltaba: ponerse cachondo. Joder. Aquel tampoco era el momento ni el lugar.

Así que, por supuesto, preguntó:

—¿Qué vas a hacer? ¿Pegarme o besarme?

Después de escuchar la pregunta, Grier se pasó la lengua por los labios e Isaac observó el movimiento como un depredador. Aunque no movió ni un dedo para que quedara bien claro que lo que sucediera a continuación era cosa de ella.

Lo que demostraba el tipo de hombre que era a pesar de la profesión en la que había acabado.

Ella, por su parte, no estaba pensando en nada relacionado ni remotamente con su profesión. Se sentía confusa y descentrada. De nuevo la situación de la noche anterior, con aquel incesante zumbido. Pero aquello no era lo que le preocupaba en aquel momento.

Aquella podía ser la única vez que estuviera con él. En toda su vida. Se había pasado toda la tarde preguntándose dónde estaba, si estaría bien... y si volvería a verlo. Si seguiría vivo. Era un desconocido que, de alguna manera, se había convertido en alguien muy importante para ella. Y, aunque el momento era realmente malo, las oportunidades no se podían planificar.

Dejó caer el brazo, abrió el puño que él le había cerrado y, a medida que lo bajaba, deseó poder guardárselo para ella misma porque era una decisión más responsable. En lugar de ello, se inclinó hacia él y le puso la mano en la entrepierna. Isaac dejó escapar un grave gruñido salido directamente de la garganta y adelantó las caderas.

Notó algo duro y abultado.

Isaac se contuvo, balanceándose.

—Esta vez no pienso parar —dijo con voz ronca.

Ella lo apretó con más fuerza.

—Quiero estar contigo. Sólo una vez.

—Eso tiene solución.

Se encontraron en llamas a medio camino y sus labios tropezaron, sus brazos se enroscaron y sus cuerpos se unieron. En la penumbra de la cocina, él la levantó y la dejó en el suelo entre la isla y la encimera, girando sobre sí mismo en el último momento para convertirse en la cama en la que ella se tumbaría. Al tiempo que las piernas de Grier se acomodaban entre las suyas, la sólida cúspide de su erección se hundió en ella mientras introducía la lengua en su boca para tomarla y poseerla. Mientras se besaban desesperadamente, el cuerpo de Isaac se mecía bajo el suyo, retorciéndose y retrocediendo. A pesar del poco tiempo que había pasado pegada a él, aquellas potentes formas ya le resultaban desgarradoramente familiares.

Dios, Grier necesitaba más de él.

Con un torpe movimiento, ella se levantó la camisa y él se lanzó inmediatamente al ataque para bajarle las copas del sujetador de encaje y liberar sus pezones antes de subirla un poco para poder pegar sus labios a uno de

ellos y chuparlo, succionarlo y lamerlo. Grier lo atrajo hacia ella y notó el grueso cabello de Isaac entre los dedos, su boca húmeda y cálida y sus manos agarrándole las caderas y clavándose en ellas.

—Isaac. —El gemido fue sofocado y, finalmente, cortado de raíz por un jadeo cuando la mano de él se deslizó entre sus piernas y atrapó su sexo.

La acarició dibujando pequeños círculos mientras movía con rapidez la lengua y sólo la imperiosa necesidad de tenerlo dentro de ella le proporcionó la serenidad suficiente para lanzarse a por sus pantalones de chándal de nailon. Tiró hacia abajo de la cintura elástica mientras se quitaba los mocasines de una patada para engancharlos con un dedo del pie y quitárselos.

Ni *boxer*, ni calzoncillos, ni nada que se interpusiera en su camino.

Rodeó su gruesa verga con la mano y empezó a acariciársela mientras él acompañaba los movimientos en dirección contraria para incrementar la fricción. Santo Dios, el gruñido que emitía al respirar contra su pecho era completamente animal.

Grier se sentó, los labios de Isaac salieron disparados de su pecho y, con un juramento, ella misma se arrancó los pantalones de yoga y las bragas. Mientras él se la sujetaba y mantenía su erección en alto, Grier volvió a ponerse a horcajadas y descendió sobre él uniéndolos, al tiempo que le subía la cazadora para tener acceso a más superficie de piel. Al sentirlo, ella echó la cabeza hacia atrás pero observó su reacción, ansiosa por ver qué cara ponía: y él no la defraudó. Apretó los dientes con un fuerte siseo y succionó el aire que había entre ellos a la vez que los tendones del cuello se le tensaban y sus pectorales emergían como duras almohadillas.

Ella tomó el mando y marcó el ritmo, como si lo estuviera poseyendo de una forma primitiva, marcándolo con el sexo.

—Dios... Eres preciosa —jadeó Isaac, observándola con los párpados entrecerrados y mirada ardiente, siguiendo el movimiento de sus pechos, que asomaban entre la camisa y las copas bajadas del sujetador.

Pero no permaneció así mucho tiempo. Se incorporó rápidamente con fuerza y seguridad para sentarse y besarla intensamente, empujando aún más adentro y abrazándola. Al principio, ella temió que fuera a parar de nuevo, pero entonces él hundió la cara en su cuello y empezó a hablar.

—Me encanta sentirte. —Aquella voz grave y ronca con acento sureño le llegó directamente al sexo, calentándola más aún—. Me encanta...

En lugar de terminar la frase, deslizó sus grandes manos debajo de ella para moverla arriba y abajo, controlando su peso con los descomunales bíceps como si no fuera más que un juguete.

Ella se corrió con tal violencia que vio las estrellas, una fulgurante galaxia que hizo explosión donde ambos se unían y que vertió una lluvia de luz brillante por todo su cuerpo. Y, tal y como había prometido, esa vez él no se detuvo. Se puso

tenso y se sacudió contra ella mientras le estrechaba la cintura con los brazos hasta que apenas fue capaz de respirar, aunque la verdad lo del oxígeno a ella no le preocupaba demasiado. Mientras él se movía en su interior y se estremecía pegado a ella, Grier hundió las uñas en la cazadora negra y lo abrazó.

Y entonces todo acabó.

Sus respiraciones se fueron ralentizando y el silencio que se instaló entre ellos resultó ser muy similar al que se había producido tras la partida de aquel huracán salido de la nada: curiosamente traumático.

Dios santo, qué silencio. Pero no se le ocurría nada que decir.

—Lo siento —masculló Isaac bruscamente—. Creí que esto te vendría bien.

—No... Yo...

Él negó con la cabeza y, con su colosal fuerza, la quitó de encima de él haciendo que se separaran con facilidad. Con un rápido movimiento, la hizo a un lado, tiró hacia arriba de la cinturilla de los pantalones y cogió un papel de cocina limpio. Se lo pasó y se sentó con la espalda apoyada contra las alacenas, dobló las rodillas y dejó los brazos en equilibrio sobre ellas, con las manos colgando.

Fue entonces cuando ella vio la pistola que estaba en el suelo, al lado de donde habían estado. Y él debió de verla al mismo tiempo, porque la cogió y la hizo desaparecer dentro de la cazadora.

Grier cerró los ojos con fuerza unos instantes, se limpió rápidamente y se volvió a vestir. Luego se sentó a su lado, en una postura idéntica a la suya. Sin embargo, a diferencia de Isaac, ella no mantenía la vista al frente, sino que observaba su perfil. Tenía una belleza tan viril, con aquella cara llena de ángulos y huesos... Pero parecía fatigado y eso le preocupaba.

Llevaba demasiado tiempo viviendo al límite.

—¿Cuántos años tienes realmente? —le preguntó finalmente.

—Veintiséis. —Ella retrocedió. ¿En serio?—. Pareces mayor.

—Así es como me siento.

—Yo tengo treinta y dos. —Más silencio aún—. ¿Por qué no me miras?

—Nunca habías tenido un rollo de una noche hasta ahora —dijo como si, en cierto modo, la hubiera insultado.

—Bueno, en teoría han sido dos noches. —Isaac apretó los dientes y ella se dio cuenta de aquello no era de mucha ayuda—. Isaac, no has hecho nada malo.

—¿Ah, no? —Se aclaró la garganta.

—Yo te deseaba.

Entonces la miró.

—Y me conseguiste. Joder si me conseguiste. —Durante una décima de segundo, su mirada se incendió de nuevo antes de volver a centrarse en la alacena que tenía delante—. Pero eso ha sido todo. Punto final.

Ya... Vaya. Aunque si lo que le molestaba era haberle hecho unirse al club de los rollos de una noche, tal vez le remordería menos la conciencia si lo hacían

unas cuantas veces más.

Mientras su sexo volvía a entrar en calor, pensó que ya hablarían de lo del « punto final » .

—¿Por qué has vuelto? —le preguntó.

—No me llegué a ir. —Ella notó que se le arqueaban las cejas y él se encogió de hombros—. Me he pasado todo el día escondido al otro lado de la calle. Y antes de que pienses que soy un acosador, estaba vigilando a la gente que te estaba vigilando (y que sigue haciéndolo).

Ella empalideció y se alegró de la penumbra que reinaba en aquel valle de armarios y alacenas. Sería mejor para él creer que permanecía imperturbable.

—Fuiste tú el que colgó los jirones blancos, ¿verdad? Eran de tu camiseta de tirantes.

—Se suponía que era una señal para ellos de que me había largado.

—No lo sabía. Lo siento.

—¿Cómo es que no estás casada? —le preguntó bruscamente. Luego soltó una sonora carcajada—. Perdona si es demasiado personal.

—No lo es. —Visto lo visto, ya nada parecía una extralimitación—. Nunca me he enamorado. La verdad es que no he tenido tiempo. Entre andar detrás de Daniel y el trabajo, no he tenido ni un minuto. Además... —Le parecía a la vez completamente normal y realmente extraño estar hablando con tanta franqueza—. Si quieres que te diga la verdad, creo que nunca he querido tener a nadie tan cerca. Había cosas que no quería compartir.

Y no es que no quisiera compartir apellido, posición o fortuna. Lo que quería guardar para ella eran las cosas malas: su hermano... Y también su madre, a decir verdad. Igual que ella y su padre eran abogados y personas muy centradas, los otros dos miembros de la familia habían sido víctimas de demonios similares. Después de todo, que el alcohol fuera legal no quería decir que no pudiera destruir una vida, tal y como hacía la heroína.

La madre de Grier había sido una elegante alcohólica durante toda su vida y era difícil decir qué la había llevado a ello: predisposición biológica, un marido que desaparecía regularmente o un hijo que había empezado a seguir sus pasos demasiado pronto.

Su pérdida había sido tan terrible como la muerte de Daniel.

—¿Quién es Daniel?

—Mi hermano.

—El que me ha prestado el pijama.

—Sí. —Respiró hondo—. Murió hace un par de años.

—Dios mío... Lo siento.

Grier miró a su alrededor, preguntándose si al hombre, o más bien al fantasma en cuestión le daría por aparecer en aquel momento.

—Yo también lo siento. Estaba convencida de que podía salvarlo... o

ayudarlo a salvarse. Sin embargo, no fue así. Tenía... Tenía un problema con las drogas.

Odiaba el tono de disculpa que siempre adoptaba cuando hablaba de lo que había matado a Daniel. Aun así, no podía evitarlo.

—Lo siento mucho —repitió Isaac.

—Gracias. —De pronto sacudió la cabeza como si fuera un salero atascado. Puede que ésa fuera la razón por la que su hermano se negaba a hablar del pasado: era tremendamente deprimente—. El hombre que estaba en tu apartamento me dio una cosa —dijo, cambiando de tema. Se estiró y tanteó la zona en busca de la tealarma. La encontró bajo el jersey que se había quitado tras la primera discusión con su padre—. Me lo dejó en el maletero.

Aunque ella usaba un pañuelo de papel para sujetarlo, Isaac lo cogió con las manos desnudas. Al parecer, para él las huellas digitales no eran ningún problema.

—¿Qué es? —preguntó.

—Una cosa para mí.

—Un momento...

Mientras se lo guardaba en el bolsillo, habló por encima de su objeción.

—Si quiero entregarme, lo único que tengo que hacer es pulsar el botón y sabrán dónde estoy. No tiene nada que ver contigo.

¿Entregarse a ese hombre?

—¿Y luego qué? —preguntó con voz tensa—. ¿Qué pasaría si te...?

Grier no pudo terminar. E Isaac no respondió.

Lo que le decía era todo lo que necesitaba saber, ¿no?

En aquel momento, oyeron el ruido del cerrojo de la puerta principal y ésta se abrió. Escucharon el sonido de unas llaves acompañado de pasos por el pasillo, mientras alguien desconectaba la alarma.

—¡Mi padre! —susurró ella.

Se levantó de un salto e intentó atusarse la ropa. Dios santo, tenía el pelo hecho un desastre. La copa de vino. Mierda.

—¿Grier? —exclamó aquella voz tan familiar desde la parte delantera de la casa.

Mierda. No era el momento de que Isaac conociera a lo que quedaba de su familia.

—Rápido, tienes que... —Cuando se dio la vuelta, él había desaparecido.

De acuerdo, normalmente le sacaba de quicio que se comportara como un fantasma pero, en aquel momento, era un regalo del cielo. A toda prisa, encendió las luces, cogió un rollo de papel de cocina y fue hacia el lío que había montado en el suelo y en la pared.

—¡Estoy aquí! —contestó.

Mientras su padre entraba en la habitación, se fijó en que se había puesto el

uniforme informal, que consistía en un jersey de cachemir y unos pantalones chinos planchados con raya. Pese a todo, en su cara se reflejaba cualquier cosa menos tranquilidad. Dura y fría, tenía la misma expresión que cuando se enfrentaba a un oponente en los tribunales.

—Me han informado de que ha saltado la alarma de incendios —dijo.

No lo dudaba, aunque probablemente se dirigía ya hacia allí de todos modos. Él vivía en Lincoln y era imposible que llegara tan rápido a Beacon Hill.

Gracias a Dios que no había llegado diez minutos antes.

Mientras intentaba disimular el rubor, se concentró en recoger los afilados fragmentos de cristal.

—Se me ha quemado una tortilla. —Pero su padre no respondió nada, así que se volvió hacia él—. ¿Qué?

—¿Dónde está, Grier? Dime dónde está Isaac Rothe.

Una esquirra de miedo le bajó por la espina dorsal y aterrizó en sus tripas como si fuera una piedra. Tenía una expresión tan severa que sería capaz de apostar la vida a que estaban en lados opuestos de la mesa en lo que a su cliente se refería.

A su invitado.

A su amante.

A lo que Isaac fuera para ella.

—¡Ay!

Levantó la mano y vio que tenía un trozo de cristal clavado en la yema del dedo índice. La sangre, de color rojo intenso, se acumuló hasta formar una gruesa gota.

Mientras iba hacia el fregadero, sintió la presencia de su padre al otro lado de la cocina como si le estuvieran apuntando con una pistola por la espalda.

Ni siquiera le preguntó si se había hecho mucho daño. Lo único que hizo fue repetir una vez más aquella orden.

—Dime dónde está Isaac Rothe.

CAPÍTULO

25



En Caldwell, Jim entró en el tanatorio McCready, cuyas instalaciones se conocía al dedillo, y fue hacia el sótano como alma que lleva el diablo. Cuando llegó a la sala de embalsamamiento, atravesó las puertas cerradas y, al llegar al otro lado, se detuvo en seco.

Hasta entonces no se había dado cuenta de que nunca había esperado volver a encontrarse cara a cara con su antiguo jefe. Sin embargo, allí estaba Matthias al otro lado de la sala, junto a las unidades de refrigeración, mirando los nombres de las placas que estaban en las puertas cerradas con pestillo, como Jim había hecho hacía dos noches. Joder, sí que estaba desmejorado. Su cuerpo, una vez alto y robusto, se encorbaba ahora sobre un bastón y tenía el cabello, que en su momento había sido negro, gris en la sien. El parche del ojo seguía donde se había quedado tras la ronda inicial de operaciones: tenían la esperanza de que la lesión no fuera permanente, pero era obvio que no había sido así.

Jim vio que se trataba del cuerpo correcto: bajo la fina sábana, el hechizo convocador estaba activo y el pálido resplandor fluorescente la atravesaba y brillaba como si su cadáver fuera radioactivo.

Jim se acercó para situarse al otro lado de sus restos, pero no se dejó engañar por el hecho de que la carne de Matthias pareciera haberse mustiado alrededor de su esqueleto y siguiera apoyándose en el bastón, aunque éste estuviera inmóvil: aquel hombre continuaba siendo un oponente extraordinario e impredecible. Después de todo, su mente y su alma habían sido las que habían dirigido todas aquellas malas acciones y, hasta que estuviera en la tumba, lo acompañarían fuera adonde fuera.

Matthias levantó una mano, retiró la sábana del rostro de Jim y la dobló con extraño cuidado sobre su pecho. Entonces, con una mueca de dolor, se agarró el brazo y lo masajéó como si le doliera.

—Vaya, Jim.

Jim lo observó mientras se deleitaba pensando en el desconcierto que estaba a punto de causarle. ¿Quién le iba a decir que estar muerto resultaría tan útil?

Se hizo visible en medio de un resplandor.

—Sorpresa.

Matthias levantó la cabeza bruscamente y hay que decir que ni parpadeó. Ni se apartó de un salto, ni agitó las manos, ni siquiera cambió el ritmo de su respiración. Claro que, probablemente, le habría sorprendido más que Jim no se hubiera aparecido, ya que el pan de cada día en Operaciones Especiales era lo imposible e inexplicable.

—¿Cómo lo has hecho? —Matthias esbozó una sonrisa, señalando el cadáver con la cabeza—. El parecido es asombroso.

—Es un milagro —dijo Jim, arrastrando las palabras.

—Así que esperabas que viniera. ¿Querías una reunión?

—Quiero hablar sobre Isaac.

—¿Rothe? —Matthias alzó su única ceja—. Has excedido el plazo. Se suponía que tenías que haberlo matado ayer, lo que significa que esta noche no tenemos nada que hablar sobre eso. Sin embargo, sí tenemos otras cosas que solucionar.

No le sorprendió que Matthias sacara una automática y le apuntara directamente al pecho.

Jim esbozó una fría sonrisa. No era difícil de creer que Devina se hubiera hecho con aquel hombre y lo utilizara como arma andante para intentar atrapar a Isaac. La pregunta era cómo desarmar a su asquerosa marionetita y la respuesta era fácil.

La mente. Como Matthias siempre decía, la mente era el arma más poderosa para y contra cualquiera.

Jim se inclinó hacia su cadáver hasta que el cañón del arma le besó el esternón.

—Venga, aprieta el gatillo.

—Llevas chaleco, ¿no? —Matthias giró la muñeca y el arma pivotó haciendo un pequeño nudo en la camiseta negra de Jim—. Joder, sí que tienes fe.

—¿Por qué sigues hablando? —Jim apoyó las manos en la fría mesa de acero
—. Aprieta el gatillo. Hazlo. Apriétalo.

Era muy consciente de que podía estar buscándose un problema: si Matthias le disparaba y él no caía al suelo como un saco, como solían hacer todos los humanos, habría graves consecuencias en el aspecto de la credibilidad. Pero valía la pena intentarlo.

La pistola se disparó, la bala salió volando... Y la pared que había detrás de Jim se comió el plomo. Mientras se oía el eco del repiqueteo en la habitación embaldosada, una confusión absoluta centelleó en la cruel expresión del rostro de Matthias... y Jim sintió una maravillosa sensación de triunfo puro y duro.

—Quiero que dejes en paz a Isaac —dijo Jim—. Es mío.

La sensación de que estaba regateando con Devina el alma de aquel tío era tan fuerte, que tenía la impresión de que estaba predestinado a vivir aquella situación con su antiguo jefe, como si la única razón por la que hubiera arrastrado a ese cabrón fuera de aquel agujero infernal de arena y arriesgado su propia vida para llevarlo a un hospital hubiera sido esa conversación, esa negociación, ese intercambio.

Y la sensación se agudizó aún más cuando Matthias se apoyó en el bastón para echarse hacia delante y encañonar de nuevo el pecho de Jim.

—Un loco —murmuró Jim— es alguien que repite una y otra vez la misma acción con la esperanza de...

El segundo disparo fue exactamente igual que el primero: un sonido atronador, la bala incrustada en la pared y Jim aún de pie.

—... obtener un resultado diferente —añadió, terminando la frase.

Matthias extendió bruscamente la mano y agarró la chaqueta de cuero de Jim. Mientras el bastón caía al suelo y rebotaba, Jim sonrió pensando que aquella mierda era mejor que la Navidad.

—¿Quieres dispararme otra vez? —preguntó—. ¿O vamos a hablar de Isaac?

—¿Qué eres?

Jim sonrió como un puto psicópata.

—Soy tu peor pesadilla. Alguien a quien no puedes tocar, no puedes controlar y no puedes matar.

Matthias sacudió lentamente la cabeza una y otra vez.

—Esto no puede ser cierto.

—Isaac Rothe. Vas a dejarlo marchar.

—Esto no... —Matthias se agarró a la chaqueta de Jim para no caerse mientras se inclinaba hacia un lado para ver la pared, que había sufrido una herida superficial—. No puede ser.

Jim le agarró el puño y se lo apretó con fuerza, notando cómo se comprimían los huesos.

—¿Recuerdas lo que le dices siempre a todo el mundo?

El ojo de Matthias volvió a clavarse en el rostro de Jim.

—¿Qué coño eres?

Jim se acercó a él hasta que tuvieron la nariz a un centímetro la una de la otra.

—Siempre les dices que no hay nadie a quien no puedas cargarte, ningún sitio donde puedan esconderse, nada que no seas capaz de hacerles. Pues aplícate el cuento. Como no dejes en paz a Isaac, convertiré tu vida en un infierno.

Matthias lo miró fijamente, escrutándolo, buscando información. Dios, se estaba muriendo de gusto. Por una vez, el hombre que tenía respuesta para todo estaba fuera de juego y descolocado.

Si Jim aún estuviera vivo, le habría sacado una foto a su puto careto para hacer un calendario.

Matthias se frotó el ojo que estaba a la vista, como si esperara que aquella visión desapareciera y volviera a estar solo, o al menos ser la única persona que estuviera de pie en la sala de embalsamamiento.

—¿Qué eres?—susurró.

—Soy un ángel caído del cielo, colega. —Jim soltó una sonora y grave carcajada—. O puede que sea la conciencia sin la que naciste. O una alucinación causada por todos los medicamentos que tomas para mantener a raya el dolor. O tal vez esto no sea más que un sueño. En cualquier caso, la única verdad que necesitas saber es que no pienso dejar que te cargues a Isaac. Olvidalo.

Ambos se sostuvieron la mirada mientras el cerebro de Matthias echaba humo, claramente. Al cabo de un buen rato, al parecer éste decidió asumir lo que tenía delante. Después de todo, ¿cómo era aquello que decía Sherlock Holmes? « Cuando eliminas lo imposible, lo que queda, por muy poco probable que parezca, debe ser la verdad » .

Por lo tanto, llegó a la conclusión de que no había duda de que Jim estaba vivo, en cierto modo.

—¿Por qué Isaac Rothe es tan importante para ti?

Jim soltó a su antiguo jefe.

—Porque él es yo.

—¿Y, exactamente, cuántos « tú » más hay por ahí? Tenemos a esta cosa de la mesa de autopsias...

—Isaac quiere dejarlo. Y tú se lo vas a permitir.

Se produjo un largo silencio. Luego, el tono de voz de Matthias cambió y se volvió más débil y serio.

—Ese soldado conoce demasiados secretos de Estado, Jim. La información que ha acumulado vale su peso en oro para nuestros enemigos. Así que, últimas noticias: lo cierto es que no se trata de lo que tú o él queráis, sino de lo que es mejor para nosotros. Y, antes de que te cagues en mi puta calavera, cuando digo « nosotros » no me refiero a ti y a mí, ni a Operaciones Especiales. Me refiero a

este maldito país.

Jim puso los ojos en blanco.

—No me expliques más. Seguro que ese rollo patriótico se la pone dura al Tío Sam, pero a mí me la suda. El tema es que, si fueras un civil, serías un asesino en serie. Lo de trabajar para el Gobierno te permite ondear la bandera americana cuando te conviene, pero la verdad es que haces lo que haces porque disfrutas arrancándoles las alas a las moscas. Y, para ti, todos somos insectos.

—Mis inclinaciones permanecen invariables.

—Y, como consecuencia de ellas, no sirves a nadie más que a ti mismo. — Jim pasó la mano por el par de quemaduras que tenía en la pechera de la camisa —. Te has adueñado de Operaciones Especiales como si fuera tu propia fábrica de muertos. Si fueras un poco listo, te escaquearías antes de que alguna de esas « misiones especiales » se vuelva en tu contra y te mande a tomar por culo.

—Creía que venías a hablar de Isaac.

Al parecer había dado en el clavo.

—Muy bien. Es listo, así que podrá mantenerse alejado del enemigo y no tiene ninguna razón para volver.

—Está solo. No tiene dinero. Y la gente se desespera rápidamente.

—Y una mierda: tiene una hoja de servicios intachable y va a desaparecer.

La comisura de los labios de Matthias se curvó imperceptiblemente hacia arriba.

—¿Y tú cómo lo sabes? Un momento, y a lo has encontrado, ¿no?

—Puedes dejarlo marchar. Tienes poder para hacerlo...

—¡No, no lo tengo!

Aquel arrebato lo cogió por sorpresa y, mientras las palabras se desvanecían como lo habían hecho los disparos, Jim miró a su alrededor para constatar que había oído bien. Matthias era todopoderoso. Siempre lo había sido. Y no sólo a sus propios ojos.

Joder, aquel cabrón tenía suficiente influencia como para convertir el Despacho Oval en un mausoleo.

Ahora fue Matthias el que se inclinó sobre el cadáver.

—Me importa una mierda lo que pienses de mí o la forma en que haya interpretado esta situación la Oprah que llevas dentro. No se trata de lo que quiero, sino de lo que me veo obligado a hacer.

—Ha muerto gente inocente.

—¡Para que los corruptos lo hicieran! Por Dios, Jim, toda esa sensiblería es ridícula, viniendo de ti. Todos los días mueren buenas personas, es inevitable. Yo soy únicamente un tipo diferente de autobús que los atropella. Por lo menos tengo un propósito más elevado.

Jim sintió que la rabia lo invadía, aunque, al pensar en todo aquello, el sentimiento se transformó en otra cosa. En tristeza, tal vez.

—Debí haberte dejado morir en aquel desierto.

—Es lo que te pedí que hicieras. —Matthias se agarró de nuevo el brazo izquierdo y se encorvó como si acabaran de pegarle a traición un puñetazo en la boca del estómago—. Debiste haber hecho lo que te pedí y dejarme allí.

A Jim aquellas palabras le sonaron tan huecas y muertas como si estuvieran hablando de alguien completamente ajeno a él.

O más bien lo que le había ordenado. Aquel tío tenía tantas ganas de quitarse de en medio, que había intentado suicidarse. Pero Devina lo había devuelto a la vida, Jim lo tenía claro. Aquella demonio de mil caras e infinitas mentiras estaba relacionada con todo aquello. Tenía que estarlo. Y sus manipulaciones habían establecido el escenario perfecto para la batalla por Isaac: aquel soldado había hecho muchas maldades, pero estaba intentando empezar de nuevo y ésa era su encrucijada, ese tira y afloja entre Jim y Matthias por ver cuál sería su siguiente paso.

Jim negó con la cabeza.

—No permitiré que acabes con la vida de Isaac Rothe. No puedo hacerlo. Tú dices que trabajas con un propósito: pues yo también. Y si matas a ese hombre, la humanidad perderá algo más que a una persona inocente.

—Venga ya. De inocente nada. Tiene las manos manchadas de sangre igual que tú y que yo. No sé qué te ha pasado, pero será mejor que dejes de idealizar el pasado. Sabes perfectamente qué ha hecho.

A Jim se le vinieron a la cabeza una serie de imágenes de hombres muertos: heridas de arma blanca, disparos, rostros agujereados y cuerpos aplastados. Y aquéllos eran sólo los trabajos sucios. Los fiambres que habían sido asfixiados, gaseados o envenenados eran pura rutina, y ni siquiera se acordaba de ellos.

—Isaac quiere desvincularse. Quiere dejarlo. Su alma está desesperada por emprender un camino diferente y yo voy a ayudarlo.

Matthias hizo una mueca de dolor y volvió a frotarse el brazo izquierdo.

—Sus deseos en una mano y mierda en la otra, a ver qué pesa más.

—Te mataré —afirmó Jim simple y llanamente—. Si es necesario, te mataré.

—No me digas, menuda novedad. Como tú preguntaste: ¿y a qué esperas?

Jim volvió a sacudir la cabeza lentamente.

—Yo no soy como tú: no aprieto el gatillo a no ser que no me quede más remedio.

—A veces coger el toro por los cuernos es lo más inteligente, Jimmy.

Aquel diminutivo con el que solía referirse a él lo transportó por un momento al pasado, a la época en la que estaba haciendo la instrucción y compartía litera con Matthias. Aquel tío ya era frío y calculador entonces, aunque no para todo. Había sido lo más leal posible a Jim, dada su situación. A lo largo de los años, sin embargo, había ido perdiendo aquella limitada cantidad de humanidad, hasta que no quedó ni rastro de ella y su alma acabó tan herida y decrepita como lo estaba

ahora su cuerpo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Jim, arrastrando las palabras—. ¿Has conocido a alguna mujer llamada Devina?

Su única ceja se enarcó.

—¿A qué viene eso ahora?

—Simple curiosidad —respondió Jim, atusándose la chaqueta de cuero—. Me lo he pasado de puta madre con ella, por si te interesa.

—Gracias por tus consejos sobre citas. Ahora mismo son precisamente mi prioridad. —Matthias volvió a poner la sábana sobre el frío rostro gris de Jim—. Y puedes matarme cuando quieras. Me harías un favor.

Pronunció aquellas últimas palabras en voz más baja, lo cual demostraba que el dolor físico podía doblegar a la más férrea de las voluntades si era lo bastante intenso y se prolongaba lo suficiente. En realidad, las prioridades de Matthias ya habían cambiado antes de aquella explosión, ¿no era cierto?

—¿Sabes? —señaló Jim—. Tú también podrías dejarlo. Yo lo hice. Isaac lo está intentando. No hay ninguna razón por la que no puedas desvincularte tú también si ya no tienes estómago para esto.

Matthias soltó una carcajada.

—Tú dejaste Operaciones Especiales sólo porque yo te dejé marchar temporalmente. Siempre tuve intención de hacerte volver. E Isaac no se me va a escapar. El único caso en el que consideraría no cargármelo sería si accediera a seguir trabajando para el equipo. Es más, ¿por qué no le das el recado de mi parte? Ya que sois tan coleguitas y tal...

Jim entornó los ojos.

—Sería la primera vez. Una vez que alguien traiciona tu confianza, ya no les vuelves a dejar entrar.

Matthias se estremeció mientras dejaba escapar un suspiro.

—Las cosas cambian.

No siempre. Y no en ese tipo de mierdas.

—Efectivamente —mintió Jim—. ¿Por qué no me vuelves a meter ahí?

Entre los dos deslizaron de nuevo la bandeja dentro de la unidad de refrigeración y Jim cerró de nuevo la puerta con el cerrojo. Matthias se agachó lentamente para recoger el bastón y la columna le crujió varias veces mientras respiraba con dificultad, como si los pulmones no pudieran hacer su trabajo y soportar a la vez aquel dolor. Cuando se volvió a levantar, su rostro estaba de un color rojo antinatural, prueba de lo mucho que le había costado hacer aquel simple movimiento.

Como un trasto viejo, pensó Jim. En aquel caso, Devina estaba haciendo su trabajo con un trasto viejo o a través de él.

—¿Esto ha sucedido de verdad? —preguntó Matthias—. Me refiero a esta conversación.

—Toda esta puta historia es real, pero ahora vas a echarte una siestecita. —Y antes de que el tío pudiera preguntar nada, Jim levantó la mano y convocó su poder en el dedo índice. Al ver que la yema empezaba a brillar, Matthias se quedó con la boca abierta—. Aunque recordarás lo que hemos hablado.

Y, dicho eso, le tocó la frente a Matthias y un rayo de luz lo atravesó como si fuera una cerilla encendida, con un foganazo fugaz y brillante, que consumiera tanto el decrepito cuerpo como la diabólica mente.

Matthias se desplomó como una piedra.

«Valium angelical, querido —pensó Jim—. Deja K.O. al más pintado».

De pie al lado de su jefe, se dio cuenta de que aquel puto cuadro era demasiado metafórico: aquel tío no sólo se había derrumbado en el sentido literal.

Jim no se había creído ni por un segundo que dijera en serio lo de readmitir a Isaac en el rebaño. No era más que una estrategia para que el soldado se pusiera a tiro.

Dios sabía que Matthias era un mentiroso excelente.

Jim se agachó y volvió a guardarle la pistola en la funda antes de deslizar sus brazos detrás de las rodillas y debajo de los hombros del tipo. Mierda, el bastón. Estiró el brazo, lo cogió y se lo puso justo en medio del pecho.

No le costó nada ponerse en pie y no sólo gracias a sus fuertes hombros. Joder... Matthias pesaba poquísimo. Demasiado poco para su tamaño. No debía de superar los setenta kilos, cuando en su mejor momento había llegado a pesar tranquilamente más de noventa.

Jim atravesó las puertas cerradas de la sala de embalsamamiento y subió por las escaleras hasta la planta baja.

En el desierto, la primera vez que había tenido que transportar a aquel hijoputa, Jim rebosaba adrenalina y había acelerado la marcha para llevar de vuelta a su jefe al campamento antes de que el muy cabrón se desangrara y evitar así que lo acusaran de asesinato. Pero ahora estaba tranquilo. En primer lugar, porque Matthias no estaba a punto de morir. Y, en segundo, porque ambos iban dentro de una burbuja de invisibilidad y estaban en Estados Unidos, a salvo.

Cruzó la puerta principal, que estaba cerrada, con la intención de meter a Matthias en el coche...

—Hola, Jim.

Jim se quedó helado. Luego giró la cabeza hacia la izquierda.

«De a salvo nada», pensó.

Al otro lado del jardín del tanatorio, estaba Devina sobre el césped con sus tacones de aguja negros, su largo e impresionante cabello castaño cayendo en una cascada de rizos hasta los pechos y su vestido negro corto abrazando todas aquellas curvas. Sus perfectos rasgos faciales, desde los ojos negros hasta los labios rojos, pasando por la piel de alabastro, rezumaban salud.

La demonio nunca había tenido tan buen aspecto.

Aunque claro, aquello formaba parte del atractivo externo, ¿no?
—¿Qué llevas ahí, Jimmy?—preguntó—. ¿Y adónde vas con él?
« Como si la muy zorra no lo supiera », pensó, mientras se preguntaba cómo demonios iba a salir de ésa.

CAPÍTULO

26



Desde su posición estratégica en la bodega de Grier, Isaac oía lo que decían en la cocina, pero no veía una mierda.

Tampoco es que le hiciera falta.

—Dime dónde está Isaac Rothe —repitió el padre de Grier con una voz tan cálida como una noche de enero.

La respuesta de Grier fue igual de fría.

—Esperaba que vinieras a disculparte.

—¿Dónde está, Grier?

Oyó un sonido de agua corriente y luego la sacudida de un paño de cocina.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Esto no es ningún juego.

—No creía que lo fuera. Y no sé dónde está.

—Estás mintiendo.

Se quedaron en silencio una décima de segundo, durante la cual Isaac cerró los ojos con fuerza y enumeró todas las razones por las que era un capullo. Por el amor de Dios, había irrumpido en la vida de aquella mujer como un elefante en

una cacharrería, destrozando a su paso tanto sus relaciones personales como profesionales y sembrando el caos por doquier, joder...

Pasos. Decididos y bruscos. De un hombre.

—¡Dime dónde está!

—Suéltame...

Antes de darse cuenta de que se estaba descubriendo, Isaac salió repentinamente de su escondite, abriendo la puerta de golpe. Llegó en tres zancadas a la pareja y se abalanzó sobre el padre de Grier, le dio la vuelta y lo empujó para ponerlo de cara a la nevera. Le puso la mano en la parte de atrás de la cabeza y le apretó con tal fuerza los aristocráticos morros contra el acero inoxidable, que los jadeos del bueno del señor Childe dibujaron pequeñas nubes de vaho en el panel.

—Aquí estoy —gruñó Isaac—. Y ahora mismo un poco cabreado. Así que vamos a hacer una cosa: usted no vuelve a tratar así a su hija y yo me pensaré lo de abrir el congelador con su cara.

Esperaba que Grier le gritara que lo soltara, pero no lo hizo. Se limitó a sacar una caja de tiritas de debajo del fregadero y a buscar una del tamaño apropiado. Su padre consiguió respirar hondo.

—Aléjate... de mi hija.

—Está muy bien donde está —replicó ella, poniéndose una tirita alrededor del dedo índice. Luego guardó la caja y cruzó los brazos sobre el pecho—. Tú, sin embargo, puedes irte.

Isaac registró rápidamente el jersey de pijo y los pantalones súper planchados del padre y, al no encontrar ningún arma, lo soltó. Aunque no se alejó demasiado. Tenía la sensación de que el tío se había puesto violento porque estaba acojonado y al borde del colapso, pero nadie trataba de aquella manera a la chica de Isaac. Punto.

Aunque Grier no era exactamente su chica. Por supuesto que no.

Mierda.

—Sabes que estás firmando su sentencia de muerte —dijo Childe, atravesando a Isaac con la mirada—. Sabes de lo que es capaz. Le perteneces y se cargará a quien sea con tal de atraparte.

—Aquí nadie pertenece a nadie —le espetó Grier—. Y...

El señor Childe ni siquiera miró a su hija mientras la interrumpía.

—Entrégate, Rothe, es la única forma de asegurarnos de que no le haga daño a Grier.

—Ese hombre no va a hacerme nada...

Childe se giró en redondo hacia Grier.

—¡Ya ha matado a tu hermano!

Durante los instantes posteriores a aquella dramática bomba, se sintió como si alguien le hubiera dado una bofetada. Sólo que no había nadie a quien alejar de

ella, ningún tío al que agarrar, desarmar e inmovilizar. Y, a medida que Grier palidecía, Isaac empezó a sentir una impotencia paralizadora. No se podía proteger a alguien de algo que ya había sucedido. El tiempo pasado no regresaba jamás. Ni tampoco las personas, lo cual daba lugar a muchísimos problemas, ciertamente.

—¿Qué... has dicho?—murmuró ella.

—Que no fue una sobredosis accidental —confesó Childe con voz quebrada—. Lo mató el mismo hombre que irá a por ti, a menos que recupere a este soldado. Ni negociación, ni regateo, ni condiciones que fijar. Y yo no puedo... —El hombre comenzó a desmoronarse, demostrando que el dinero y la clase social no eran protección alguna contra la tragedia—. No puedo perderte a ti también. Por el amor de Dios, Grier, no puedo perderte también a ti. Y lo hará. Ese hombre acabará con tu vida en un abrir y cerrar de ojos.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

* * *

Grier se recostó contra la encimera, intentando digerir lo que su padre acababa de decir. Sus palabras habían sido breves y concisas, sin embargo el significado de las mismas... Era parcialmente consciente de que él seguía hablando, pero se había quedado sorda después de lo de: «No fue una sobredosis accidental». Sorda como una tapia.

—Daniel... —Tuvo que aclararse la garganta para interrumpirlo—. No, la culpa fue de Daniel. Ya había sufrido al menos un par de sobredosis antes. Él... Era la adicción. Él...

—Fue otra persona quien le clavó la jeringuilla en el brazo.

—No —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. No. Yo lo encontré. Llamé al 911 y...

—Tú encontraste el cuerpo, pero yo vi cómo sucedía. —Su padre dejó escapar un sollozo—. Él me obligó a mirar.

Mientras su padre hundía la cara entre las manos y perdía totalmente el control, la visión de Grier iba y venía como si alguien estuviera jugando a las discotecas con las luces de la cocina. Y entonces se le aflojaron las rodillas y...

Algo la cogió y evitó que se golpeará contra el suelo. La salvó.

El mundo empezó a girar... y se dio cuenta de que estaban cruzando la habitación para llevarla en brazos hasta el sofá.

—No puedo respirar —se quejó, sin dirigirse a nadie en particular. Empezó a tirar del cuello de la camisa, jadeando—. No puedo... respirar.

Lo siguiente que notó fue que Isaac le ponía una bolsa de papel sobre la boca. Ella intentó apartarla, pero los brazos le cayeron sin fuerzas y se vio obligada a

respirar dentro de aquella cosa.

—Lo que tienes que hacer es cerrar la puta boca —le ordenó Isaac a alguien—. Ya estás tardando. Cálmate, amigo, y cierra el pico de una vez.

¿Estaría hablando con su padre? Tal vez.

Probablemente.

« Santo cielo... ¿Daniel? ¿Y habían obligado a su padre a verlo? ».

La necesidad de obtener respuestas para sus preguntas hizo más por ella que el flujo del dióxido de carbono. Apartó la bolsa de la cara de un manotazo y se incorporó.

—¿Cómo? ¿Por qué? —preguntó, mirándolos a ambos con dureza—. Escuchad, ya estoy bastante metida en el ajo, ¿no os parece? Así que por unas cuantas explicaciones no va a pasar nada y, sin embargo, evitarán que me vuelva loca.

Isaac apretó los dientes como si un doberman le estuviera comiendo crudo un pie, pero no quisiera gritar.

A Grier le dio igual.

—Me voy a volver loca —dijo antes de girarse hacia su padre—. ¿Me oyes? No puedo seguir viviendo así ni un minuto, ni un segundo, ni un instante más. No después del bombazo que me has soltado. Será mejor que empieces a hablar ahora mismo.

Su padre se derrumbó en el sofá al lado de ella, como si tuviera noventa años y estuviera en el lecho de muerte. Pero, al igual que él no se había preocupado por el corte que ella se había hecho en la mano, Grier tampoco se apiadó de él. Lo cual era una lástima. Siempre se habían parecido, estaban sintonizados, tenían la misma forma de pensar. Pero las tragedias, los secretos y las mentiras acababan minando incluso las relaciones más estrechas.

—Habla de una vez —exigió Grier.

En lugar de mirar hacia ella, su padre miró a Isaac. Pero, al menos, cuando vio que éste se encogía de hombros y profería un juramento, supo que le contarían una historia. Aunque probablemente no fuera « la historia ».

Qué triste no poder confiar en su propio padre.

Cuando éste finalmente empezó a hablar, lo hizo sin fuerza en la voz.

—La primera vez que se pusieron en contacto conmigo para que me uniera a Operaciones Especiales fue en 1964. Era el día de mi graduación en West Point y se me acercó un hombre que se hacía llamar Jeremiah. No me dio ningún apellido. Lo que mejor recuerdo de aquel encuentro es que parecía una persona cualquiera: tenía más pinta de contable que de espía. Me dijo que existía una sección de élite en el ejército para la que yo estaba cualificado y me preguntó si estaba interesado en saber más. Cuando quise saber por qué yo —al fin y al cabo, era el tercero de la promoción, no el primero—, me explicó que las notas no lo eran todo.

Su padre hizo una pausa bastante larga, como si estuviera recordando la conversación palabra por palabra casi cincuenta años después.

—Aunque estaba interesado, al final dije que no. Ya me había alistado en las Fuerzas Armadas como oficial y me parecía una deshonra incumplir mi compromiso. No lo volví a ver hasta siete años después, cuando ya había vuelto a la vida civil y estaba a punto de acabar la carrera de derecho. No sé por qué dije que sí, exactamente, pero me iba a casar con tu madre, iba a entrar en la empresa familiar y tenía la sensación de que mi vida se había acabado. Estaba ávido de emociones y creía que no... —Frunció el ceño y la miró de repente—. Con eso no quiero decir que no amara a tu madre. Pero necesitaba... algo más.

Ya, pero su madre sí sabía cómo se sentía él. Ella también necesitaba esa emoción que la vida normal no parecía ofrecerle.

No obstante, empezaba a creer que alimentar aquella necesidad no merecía la pena. Su padre sacó un pañuelo bordado con sus iniciales y se secó los ojos.

—Le indiqué a Jeremiah, el hombre que había ido a verme, que no podía renunciar por completo a mi vida, pero que estaba interesado en hacer algo más. Así empezó todo. Al final acabé participando con regularidad en misiones de inteligencia en el extranjero y, como era el nieto del fundador, en el despacho de abogados hacían la vista gorda. Nunca sabía el alcance real de las misiones que me asignaban como espía, pero, por los periódicos y la televisión, me enteraba de las consecuencias que tenían. De que se emprendían acciones contra ciertos...

—Asesinatos, vaya —interrumpió Grier amargamente.

—Ejecuciones.

—Como si hubiera alguna diferencia.

—La hay —explicó su padre, asintiendo—. Los asesinatos no tienen ninguna finalidad.

—Pero el resultado es el mismo.

Su padre no añadió nada más, pero ella no quería ni por asomo que la historia terminara allí.

—¿Y Daniel?

Su padre exhaló un suspiro largo y lento.

—Cuando llevaba unos siete u ocho años metido en aquello, empecé a darme cuenta de que formaba parte de algo con lo que no podía vivir. Las llamadas, la gente que venía a casa, los viajes que duraban días o semanas... Eso por no hablar de las consecuencias de mis acciones. Empecé a dormir mal y no podía concentrarme. Por Dios, además había tenido una gran repercusión en tu madre y eso hacía que os afectara también a vosotros dos. Aunque todavía erais pequeños, os dabais cuenta de las tensiones y de las ausencias. Intenté dejarlo —los ojos de su padre se posaron en Isaac—, y fue cuando descubrí que era imposible. Ahora echo la vista atrás y me doy cuenta de que fui un ingenuo. Un maldito ingenuo. Debería haberlo supuesto, dadas las cosas que me pedían que

hiciera, pero estaba atrapado. Aun así, no tenía elección. Estaba matando a tu madre, bebía muchísimo. Y entonces Daniel empezó...

«A tontear con las drogas», terminó Grier mentalmente. Todo había empezado en el instituto. Primero alcohol, luego marihuana, después LSD y setas. Hasta que empezó a darle a los deportes de riesgo: primero a la cocaína y luego a la dulce abastecedora de morgues que es la heroína.

Su padre volvió a doblar el pañuelo con precisión.

—Cuando mis primeros intentos de dejarlo se toparon con un rotundo «no», me entró la paranoia de que me matarían en una de las misiones que me asignaban y harían que pareciera un accidente. Guardé silencio durante años. Pero entonces me enteré de algo que no debería, de algo que haría que cambiaran las tornas para un hombre importante y poderoso. Intenté... Intenté usarlo de llave para abrir la puerta.

—¿Y...? —inquirió Grier. El corazón le latía con tal fuerza que se preguntó si los vecinos podrían oírlo.

Silencio.

—Continúa —le apremió.

Él se limitó a negar con la cabeza.

—Cuéntamelo —dijo Grier con voz ahogada. Sintió odio por su padre mientras recordaba cómo había entrado y había visto a Daniel aquella última vez. Tenía una jeringuilla clavada en una vena en la parte de atrás del brazo y la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta y la piel del color de las nubes de nieve en invierno—. Como no me respondas... —No pudo terminar. La idea de perder toda la familia que tenía, allí y en aquel momento, hizo que se le cerrara la garganta.

Su padre desdobló una vez más el pañuelo con manos temblorosas.

—Aquellos hombres se me acercaron en el aparcamiento del despacho, en el centro de la ciudad. Había estado trabajando hasta tarde y... me metieron en un coche y supuse que allí acabaría todo. Que me matarían. Pero en lugar de ello, me llevaron hacia el sur, a Quincy. A casa de Daniel. Él ya estaba colocado cuando llegamos. Creo que pensó que era una broma. Cuando vio la jeringuilla que llevaban, les ofreció el brazo aunque yo le gritaba que no les dejara hacerlo. —La voz de su padre se quebró—. Le dio igual porque no lo sabía. Yo sí sabía lo que le estaban haciendo, pero él no. Yo debería... Tendrían que haberme matado a mí, no a él. Tendrían que...

La rabia nubló la visión de Grier por un instante. Cuando la recuperó, tenía el pecho helado y le daba igual que su padre hubiera sufrido. O que tuviera remordimientos o...

—Sal de esta casa. Ahora mismo.

—Grier...

—No quiero volver a verte nunca más. No intentes llamarme ni acercarte a

mí.

—Por favor...

—¡Vete! —Se volvió hacia Isaac—. Échalo de aquí... Aléjalo de mí.

Lo hubiera hecho ella misma, pero apenas tenía fuerzas para mantenerse en pie.

Isaac no vaciló. Se acercó a su padre, lo agarró del brazo y lo levantó del sillón.

Éste empezó a hablar de nuevo mientras Isaac se lo llevaba de la cocina, pero ella hizo oídos sordos: la imagen del cadáver de su hermano sobre aquel sofá raído la consumía.

Los pequeños detalles eran lo peor: tenía los ojos entreabiertos, las pupilas clavadas sin ver a media distancia y la camiseta azul desteñida tenía manchas oscuras bajo las axilas y de vómito en la parte delantera. Tres cucharas oxidadas y un mugriento mechero Bic amarillo estaban esparcidos por la mesa de centro y había una *pizza* a medio comer a sus pies, que parecía de hacía una semana. El aire viciado olía a orina rancia y a humo de cigarro, además de a algún producto químico de aroma dulzón.

Pero lo que más le había sorprendido era que su reloj se había parado. Cuando llamó al 911, le preguntaron si tenía pulso y ella lo comprobó en la muñeca que le quedaba más cerca. Al levantarla y clavar los dedos en ella, se había dado cuenta de que aquel reloj no era el que su padre le había regalado al graduarse en la Universidad de Penn. De hecho, había empeñado aquel Rolex hacía ya tiempo. El que llevaba puesto era un simple Timex a pilas y las manecillas se habían detenido a las ocho y veinticuatro.

Como el cuerpo de Daniel. Después de todos los golpes que había aguantado, al final se había quedado sin vida.

Realmente desagradable. Aquella escena había sido realmente desagradable. De todas formas, su hermoso cabello seguía siendo el mismo. Siempre había tenido una mata de pelo de color rubio angelical, como decía su madre, e incluso a las puertas del cementerio, sus rizos mantenían aquella perfecta naturaleza circular y, aunque el color estaba deslucido por la falta de limpieza, Grier lo había pasado por alto para admirar lo bello que era.

O que había sido, mejor dicho.

Volvió al presente bruscamente, se frotó la cara y se levantó del sofá. Acto seguido, con la elegancia de un zombi, utilizó las escaleras de atrás para subir a su cuarto, donde cogió una maleta que empezó a llenar.

CAPÍTULO

27



De pie sobre el césped del tanatorio McCready, Jim no dedicó mucho tiempo a pensar cómo era posible que Devina lo hubiera encontrado. Ya estaba allí, así que el tema era cómo deshacerse de ella.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Jim? —Tenía la voz exactamente como la recordaba: suave, dulce, profunda. Sexy, siempre y cuando no supieras qué había bajo aquella apariencia.

—En absoluto.

—¿Cómo estás, por cierto?

—Jodido pero contento.

—Y que lo digas. —Sonrió, mostrando unas perlitas perfectas—. Te he echado de menos.

—Qué ingenua.

Devina se rió y el sonido se extendió en el frío ambiente nocturno.

—En absoluto.

Un coche dobló la esquina y siguió su camino por la calle, iluminando con los faros la fachada del tanatorio, los parches marrones en el césped y el cornejo

que empezaba a germinar, pero no a Devina. Aunque claro, ella no existía realmente en aquel mundo. La demonio lo miró de arriba abajo y luego se fijó en Matthias.

—Volvamos al tema que nos ocupa.

—No hay ningún tema, Devina.

—Me encanta oírte pronunciar mi nombre. —Dio un paso adelante como quien no quiere la cosa, pero Jim no se dejó engañar por el aire casual—. ¿Qué vas a hacer con él?

—Lo iba a meter en el coche para que se despertara en él. Pero estoy pensando que me lo voy a llevar conmigo volando a Boston.

—Me temo que te va a resultar demasiado pesado. —Otro paso adelante—. ¿Te preocupa que le haga algo malo?

—¿Alguna travesura de niña mala, como atarle los cordones de ambos zapatos? Pues sí. Exacto.

—En realidad, tengo otros planes para tu antiguo jefe.

Un tercer paso.

—¿Ah, sí? —Jim se mantuvo firme, tanto en sentido literal como figurado—. Pues que sepas que no tengo muy claro que le funcionen bien las tuberías después de tantas heridas. Nunca se lo he preguntado, pero creo que la Viagra sólo hace efecto hasta cierto punto.

—Tengo mis trucos.

—No lo dudo —replicó Jim, enseñando los dientes—. No dejaré que te lo lleves, Devina.

—¿A Isaac Rothe?

—A ninguno de los dos.

—Egoísta. Y yo que creía que te caía mal Matthias.

—Que no soporte a este cabrón no significa que quiera que te lo quedes, o que lo uses como a un juguete. A diferencia de vosotros dos, yo sí tengo problemas con los daños colaterales.

—¿Y si hacemos un trato? —propuso, con una sonrisa demasiado petulante para su gusto—. Yo dejo que Matthias siga tranquilamente su camino esta noche y tú pasas un ratito conmigo.

A Jim se le heló la sangre.

—No, gracias. Tengo planes.

—¿Has encontrado a otra? ¿Me has sido infiel?

—Ni de coña. Eso implicaría una relación.

—Nosotros la tenemos.

—De eso nada. —Echó un vistazo a su alrededor, para cerciorarse de que no traía refuerzos—. Me largo, Devina. Buenas noches.

—Me temo que Matthias no va a poder.

—No habrá ningún problema.

—¿Tú crees?—preguntó extendiendo su larga y elegante mano.

De pronto, el hombre empezó a gemir en brazos de Jim mientras su rostro se retorció agonizante y sus frágiles extremidades sufrían espasmos.

—Ni siquiera tengo que tocarlo, Jim. —Y, dicho eso, apretó el puño como si tuviera su corazón en la mano y lo estuviera apretando. Matthias convulsionó violentamente—. Puedo matarlo aquí y ahora.

Maldiciendo, Jim repasó lo que Eddie le había enseñado, intentando sacarse de la manga un hechizo, un encantamiento, cualquier cosa que detuviera el ataque.

—Tengo miles de juguetes, Jim —dijo ella con dulzura—. Me da igual que éste viva o muera. A mí no me afecta. No cambia nada. Pero si a ti no te gustan los daños colaterales, será mejor que me dediques el resto de la noche.

Pero qué coño, si así estaban las cosas, ¿por qué empeñarse en proteger a aquel tío? Ella encontraría otra manera de influir en la suerte de Isaac.

—Casi mejor que te lo cargues.

Al menos se quitaría de encima a Matthias. Aunque puede que su sucesor fuera peor.

—Si lo mato ahora —continuó Devina, inclinando su bonita cabeza—, tendrás que vivir con el hecho de que podrías haberlo salvado y no lo hiciste. Tendrías que añadir otra muesca al tatuaje que llevas en la espalda, ¿no? Creía que ya no hacías esas cosas, Jim.

La rabia lo invadió y le hizo hervir la sangre hasta que empezó a ver borroso.

—Maldita seas.

—Decidete, Jim.

Jim bajó la vista hacia el deteriorado rostro de su antiguo jefe. La piel que recubría su estructura ósea había adquirido un tono alarmanamente grisáceo y tenía la boca abierta aunque su respiración era superficial.

Joder.

Maldita fuera.

Jim soltó un taco, dio media vuelta, echó a andar y ni se inmutó cuando Devina se materializó en su camino.

—¿Adónde vas, Jim?

Por el amor de Dios, ¿no podía dejar de repetir su puto nombre?

—Lo voy a meter en el coche. Y luego tú y yo nos iremos juntos.

Devina le dedicó una sonrisa radiante que le revolvió el estómago. Pero un trato era un trato y, al menos, Matthias viviría para ver el siguiente amanecer. Por supuesto, la muerte le esperaba entre bastidores, puede que fuera en forma de colapso físico o que sus sucios actos se volvieran contra él. Sin embargo, Jim no pensaba influir en el cuándo, si podía evitarlo. Eso era cosa de Nigel y los suyos, o de quien coño se encargara de los destinos.

Lo único que sabía era que, esa noche, él haría que aquel tío siguiera con

vida. Porque hasta un sociópata merecía algo mejor que caer presa de los deseos de Devina. Y, si Dios quería, Jim saldría de lo que ésta le tuviera preparado con un poco más de información de cuál era su rollo y de cómo acabar con ella.

La información sobre el enemigo lo era todo.

* * *

Entretanto, en Boston, Isaac se puso la capucha de la cazadora y arrastró al padre de Grier hacia la puerta principal. Una vez fuera, fue plenamente consciente de lo expuesto que se encontraba, y a que, con capucha o sin ella, su identidad estaba más clara que el agua. Pero aquélla era una cuestión de costes y beneficios: él no confiaba en Childe, y Grier quería largarlo.

No había más que sumar dos y dos.

Mientras empujaba a papá hasta la puerta del conductor del Mercedes, el gélido aire hizo que el hombre se recobrar y que los restos de la dura confrontación con su hija se vieran sustituidos por una determinación que a Isaac no le quedó más remedio que admirar.

—Ya sabes cómo es —dijo Childe, sacando el mando del coche—. Sabes lo que le hará.

La imagen de los inteligentes y amables ojos de Grier era ineludible. Y, sí, podía imaginarse perfectamente el tipo de mierdas que Matthias usaría para hacerle daño. Para matarla.

Hasta era capaz de hacer que el padre estuviera de nuevo presente. Y obligarle a él también a ser testigo.

Sólo de pensarlo, le entraron ganas de vomitar.

—Tienes la solución en tus manos —le indicó Childe—. Y sabes cuál es.

Claro que lo sabía. Y era una putada.

—Te lo suplico, salva a mi hija.

El colega de los *piercings* de Jim Heron salió de entre las sombras y se acercó.

—Buenas, caballeros.

Childe retrocedió e Isaac lo agarró por el brazo para que se quedara allí.

—No te preocupes, es de los nuestros. —Y, subiendo el tono de voz, añadió—: ¿Qué tal?

Joder, él tenía que volver a entrar en la casa.

—He pensado que podría veniros bien un poco de ayuda.

Entonces se quedó mirando fijamente a Childe como si sus ojos fueran un cable de teléfono que quisiera enchufar a la toma de la pared y, de repente, el padre de Grier empezó a parpadear como si se estuviera comunicando en código Morse: tic-tic, tiiiic, tic, tic.

Inmediatamente, Childe les dio las buenas noches, entró tranquilamente en el

coche y se fue.

Isaac observó cómo los faros traseros doblaban la esquina.

—¿Quieres contarme lo que le acabas de hacer a ese hombre?

—No. Pero te he hecho ganar algo de tiempo.

—¿Para qué?

—Eso es cosa tuya. Al menos ya no cree que te acaba de ver en esta casa, lo que significa que en este momento papaíto no se estará abalanzando sobre el móvil para llamar a tu antiguo jefe y decirle dónde estás.

Isaac echó un vistazo a su alrededor y se preguntó cuántos ojos lo estarían observando.

—Ya saben que estoy aquí. Ahora mismo estoy siendo tan discreto como la calle principal de Las Vegas.

Una enorme mano, pesada y fuerte, aterrizó sobre su hombro e Isaac se quedó petrificado al tiempo que sentía un escalofrío. No fue la fuerza de aquel tío lo que le sorprendió, para ser exactos no se esperaba que Jim anduviera con otro tipo de persona, pero había algo extraño en él, y no eran precisamente los aros metálicos de color gris oscuro que llevaba en el labio inferior, en las cejas y en las orejas.

Tenía una sonrisa realmente ancestral y su voz sugería que cada una de las sílabas que pronunciaba escondía un secreto.

—¿Por qué no entras?

—¿Por qué no me cuentas qué coño está pasando?

Al tío no le hizo demasiada gracia que le respondiera con otra pregunta, pero a Isaac le importaba una mierda. Por él, como si se subía por las paredes del cabreo: necesitaba información para esclarecer las cosas. Aunque sólo fuera un poco. Aunque fuera mínimamente.

Santo Dios, así debía de sentirse Grier.

—Te he regalado una noche: hasta ahí puedo leer. Te recomiendo encarecidamente que entres ahí y te quedes quietecito hasta que vuelva Jim, aunque, obviamente, y o no puedo hacer que te salga cerebro.

—¿Quién coño eres?

El tío de los *piercings* se inclinó hacia él.

—Somos los buenos.

Acto seguido, alzó la ceja llena de aros y le dio un toque a lo Cary Grant con una sonrisa.

Y, sin más ni más, desapareció. Como si fuera una luz que alguien hubiera apagado. Aunque, venga ya, se habría ido andando, ¿no?

Isaac dedicó una décima de segundo a mirar a su alrededor porque, si algo estaba claro, era que la mayoría de aquellos cabrones —incluidos los agentes secretos de alto nivel y los asesinos con los que había prestado servicio— no podían esfumarse sin más ni más.

En fin. Allí, en la entrada, era una presa fácil, así que entró corriendo en casa de nuevo, cerró la puerta con llave y fue hacia la cocina. Al no encontrar a Grier, subió por la escalera de atrás.

—¿Grier?

Oyó una respuesta a lo lejos y subió las escaleras traseras de dos en dos. Cuando llegó a su cuarto, se quedó parado en el umbral de la puerta. O más bien frenó en seco.

—No. —Negó con la cabeza ante el tufillo a Samsonite de niña rica: aquella maleta con monograma no iba a ir a ninguna parte—. Ni hablar.

Ella levantó la vista de la maleta, que estaba prácticamente llena.

—No pienso quedarme aquí.

—Claro que sí.

Grier le apuntó con el dedo índice como si fuera una pistola.

—No soporto que me den órdenes.

—Estoy intentando salvarte la vida. Y quedarte aquí, donde la gente te conoce y un montón de personas pueden verte, donde tienes un trabajo en el que te echarán de menos, citas a las que acudir y un sistema de seguridad como el de esta casa, es la manera de seguir con vida. Largarte a cualquier otro sitio no haría más que facilitarles las cosas.

Grier dio media vuelta y apretó la ropa que había guardado en la maleta, inclinando su esbelto cuerpo para ejercer presión y hacer más sitio. Acto seguido, cogió un jersey y lo dobló primero por la mitad y luego en cuatro.

Isaac observó sus manos temblorosas y se dio cuenta de que sería capaz de hacer cualquier cosa con tal de salvarla. Aunque ello implicara condenarse a sí mismo.

—¿Qué le has dicho a mi padre? —preguntó ella.

—Nada. No me fío de él. Sin ofender.

—Yo tampoco me fío de él.

—Pues deberías.

—¿Cómo puedes decir eso? Por el amor de Dios, con todas las cosas que me ha ocultado, con todo lo que ha hecho. No puedo...

Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero dejó claro que lo último que quería era que él se pusiera en plan clásico y la acogiera entre sus fuertes brazos: Grier se limitó a soltar un taco y se fue al baño.

La oyó sonarse la nariz de forma amortiguada y abrir el grifo del agua. Mientras ella estaba dentro, Isaac metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y palpó el mando de la alarma de vida. Aunque «alarma de muerte» sería más apropiado: «Socorro, no me he caído y aún sigo en pie, ¿podrían venir y ayudarme a solucionar ese problema?».

Grier reapareció.

—Me iré de aquí con o sin ti. Tú eliges.

—Me temo que será sin mí—dijo, sacando la mano.

Ella se quedó helada cuando vio el dispositivo.

—¿Qué haces con eso?

—Voy a acabar con esto. Por ti. Ahora mismo.

—¡No!

Presionó el botón de llamada mientras ella se abalanzaba sobre él, decidiendo su suerte —y salvándola a ella— con sólo pulsar un botón.

En el dispositivo empezó a parpadear una lucecita roja.

—Por el amor de Dios, ¿qué has hecho?—susurró ella—. ¿Qué has hecho?

—Tú estarás bien. —Recorrió el rostro de Grier con la mirada, reteniendo una vez más lo que ya tenía grabado en la memoria para el resto de sus días—. Eso es lo único que me importa.

Los ojos de ella se inundaron y él dio un paso adelante y atrapó una única lágrima cristalina en la yema del pulgar.

—No llores. He sido hombre muerto desde que me largué. Esto no es más que lo que acabaría sucediéndome tarde o temprano. Y al menos sé que estás a salvo.

—Retrátate, rectifica. Puedes...

Él se limitó a negar con la cabeza. No había nada que rectificar y estaba empezando a ser plenamente consciente de ello.

El destino era una máquina que se construía conforme iba avanzando el tiempo: cada una de las elecciones que hacías en la vida añadía un nuevo engranaje, otra cinta transportadora, un ensamblaje más. La forma en que acababas era el producto final y no había marcha atrás. No podías echar un vistazo a lo que habías fabricado, decidir que querías hacer máquinas de coser en lugar de ametralladoras y pedir que te dejaran volver atrás y empezar de nuevo. Sólo había una partida.

Grier dio un traspié hacia atrás, tropezó con el borde de la cama y se desplomó como si le hubieran fallado las rodillas.

—¿Y ahora qué?

Hablaba en voz tan baja que tuvo que esforzarse para entender lo que decía. Por el contrario, él respondió con voz alta y clara.

—Se pondrán en contacto conmigo. Esto es un transmisor que envía una señal que ellos reciben. Cuando me respondan, fijaré un sitio para entregarme.

—Entonces podrías engañarles. Máchate ahora mismo.

—El dispositivo tiene un GPS incorporado que les permite saber dónde estoy en cada momento.

Así que sabían que estaba allí.

Pero no creía que lo fueran a matar en su casa, era demasiado arriesgado. Y, aunque Grier no lo sabía, siempre y cuando él se entregara a ella no le pasaría nada porque la muerte de su hermano la mantendría con vida. Matthias, que era

la pieza principal del ajedrez, querría mantener el control sobre su padre, dado lo que aquel tipo sabía. Teniendo en cuenta que ya se habían cargado al hijo, holgaba decir que Operaciones Especiales podía hacer lo mismo con la hija, así que, mientras la amenaza estuviera latente, el mayor de los Childe estaría neutralizado.

Aquel hombre haría cualquier cosa para evitar enterrar a un segundo hijo.

La vida de Grier era sólo de ella.

—Te aconsejo que te quedes aquí —dijo Isaac—. Arregla las cosas con tu padre...

—¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cómo has podido entregarte a...?

—Yo no formaba parte del equipo que mató a tu hermano, pero he hecho cosas parecidas. —Ella retrocedió y él asintió—. He entrado en casas, he matado a gente y los he dejado allí tirados. He perseguido a hombres a través de bosques, desiertos, ciudades y océanos y he acabado con ellos. No soy... No soy una persona inocente, Grier. He hecho las peores cosas que un ser humano puede hacerle a otro y me han pagado por ello. Estoy cansado de cargar con todos esos actos. Estoy harto de los recuerdos, las pesadillas y la tensión. Creía que huir sería la solución, pero no lo es, y ya no me soporto más a mí mismo. Ni una noche más. Además, tú eres abogada. Sabes cómo castiga la ley a los asesinos. Esto —indicó, haciendo oscilar el dispositivo de telealarma sujetándolo por la cadena— es la sentencia de muerte que me merezco... y que quiero.

Grier lo miró fijamente a los ojos.

—No... No, he visto cómo me has protegido. No puedo creer que seas capaz de...

Isaac se quitó de un tirón la cazadora y la sudadera y se volvió para enseñarle el enorme tatuaje de la Muerte que le cubría cada centímetro de piel de la espalda.

Ella dio un respingo y él dejó caer la cabeza.

—Mira la parte de abajo. ¿Ves esas marcas? Son mis asesinatos, Grier. Es la cantidad de hermanos, padres e hijos que he llevado a la tumba. No soy ningún inocente al que haya que proteger. Soy un asesino que, sencillamente, acepta lo que le toca.

CAPÍTULO

28



Adrian reapareció en el patio trasero de la casa de la abogada y se apostó de nuevo al lado de Eddie, que estaba imitando a un roble.

—¿Has largado al padre? —murmuró el otro ángel.

—Sí. Así tendremos tiempo suficiente hasta que Jim vuelva. ¿Aún no ha llamado? —En los cinco minutos que había pasado con Isaac, quería decir.

—No.

—Maldita sea.

Decepcionado, Ad se frotó los brazos que todavía humeaban un poco. Joder, odiaba oler a vinagre. Y, vaya, mira por dónde la escaramuza con la Pandilla Basura de Devina le había estropeado otra puta cazadora de cuero. Lo cual le cabreaba sobremanera, porque aquella le gustaba muchísimo.

Se olvidó de aquello y se volvió a centrar en la parte trasera de la casa. El hechizo extrafuerte de Jim brillaba intensamente y el resplandor rojo centelleaba en la oscuridad.

—¿Dónde demonios está Jim? —gruñó Eddie, consultando el reloj.

—Tal vez tengamos que volver a pelear. —Ad se obligó a esbozar una sonrisa

—. O puedo ir a buscar a otra gatita.

Eddie se aclaró la garganta y se comportó como si nunca hubiera roto un plato, pero Ad lo conocía perfectamente. Cuando dejaba de hacerse el modoso, aquel ángel era un auténtico hijo de puta. Rachel a secas, la de los dientes perfectos, estaba en el séptimo cielo cuando la habían largado al amanecer. Y, por mucho que a Ad le doliera reconocerlo, tenía la sensación de que gran parte de aquella especie de éxtasis postcoital se debía a la contribución de Eddie.

Desde luego, el muy cabrón tenía una lengua infernal y sabía usarla. Ad había intentado concentrarse en el sexo, pero había acabado haciéndolo mecánicamente.

Eddie volvió a mirar el reloj. Comprobó el teléfono. Echó un vistazo alrededor.

—¿Qué le has hecho al padre?

—Piensa que, cuando volvió aquí, Isaac ya se había ido.

Eddie se frotó la cara como si estuviera exhausto.

—Maldita sea, espero que Jim vuelva pronto: ese tal Isaac se va a largar. Lo presiento.

—Por eso le toqué con mi mano mágica —dijo Adrian, doblando la extremidad—. Jim es más de GPS, pero yo no.

—Al menos los Tom Tom no cantan como tú.

—¿Por qué nadie en el mundo tiene oído musical?

—Más bien será al revés.

—Pfff.

Una ráfaga de aire silbó a través de las ramas desnudas de los árboles frutales que estaban brotando y ambos se pusieron en tensión, pero no apareció ninguna segunda remesa de la Pandilla Basura de Devina. Sólo era el viento.

La larga espera se alargó y se alargó, hasta tal punto que la tendencia natural de Adrian a estar en movimiento empezó a hacerle cosquillas en la columna y lo obligó a hacer crujir el cuello una y otra vez.

—¿Cómo estás? —dijo Eddie con voz queda.

Genial. Como si montárselo de comprensivo fuera a ayudarlo a relajarse. Hasta en una buena noche, aquel tipo de actitud le daría ganas de salir corriendo y dar la vuelta a la manzana doscientas veces.

—¿Ad?

—Bien. Que te cagas. ¿Y tú?

—En serio.

—Oye, vamos a cambiar de tema.

Se produjo un pequeño silencio, un pequeñísimo y feliz silencio empapado de desaprobación.

—Sólo digo que puedes hablarme de ello si quieres —replicó Eddie.

Por el amor de Dios, sabía que lo hacía por su bien y no es que no apreciara

el esfuerzo. Pero después de la última vez que Devina se había apoderado de él, se sentía destrozado y sucio por dentro y, como no tapiara la puerta, la cerrera con llave y quitara el felpudo, las cosas iban a ponerse muy feas. Tanto, que sería difícil solucionarlas.

—Y yo te estoy diciendo que estoy bien. Pero gracias.

Para acabar con aquel rollo, se concentró en la casa. Dios santo, aquel hechizo «básico» de Jim era realmente potente. Tanto como cualquiera que Adrian y Eddie pudieran hacer convocando todos sus poderes. Lo que implicaba que aquel ángel podría tener trucos que podían joder de verdad a Devina.

De pronto sonó el discreto tono del móvil de Eddie. Buenas noticias: sólo había una persona que podía estar llamando y era Jim.

Al ver que Eddie no contestaba, Adrian se volvió hacia él.

—¿No piensas cogerlo?

Eddie negó con la cabeza.

—Nos ha enviado una foto. Esta noche la conexión va muy lenta, aún se está bajando.

Con todas las mierdas que sabían hacer, podría parecer raro que no fueran capaces de comunicarse telepáticamente. De hecho, hasta cierto punto, podían hacerlo. Pero a larga distancia era como gritar de un lado a otro de un campo de fútbol. Y, si alguien resultaba herido o muerto, la capacidad de hacer cosas como hechizos, encantamientos y leer el pensamiento...

—Dios mío...

La voz de Eddie se quebró y Adrian sintió que una premonición le recorría por la cabeza como sangre helada.

—¿Qué?

Eddie empezó a pelearse con las teclas del teléfono, pero Ad se lo arrebató.

—No se te ocurra borrarlo. No me jodas...

Un par de rápidas embestidas y se enzarzaron en una auténtica pelea por el teléfono, de la que Adrian salió victorioso únicamente porque la desesperación le hizo moverse a la velocidad de la luz.

—No lo mires —ladró Eddie—. No lo mires...

Demasiado tarde.

En la pequeña imagen de la brillante pantalla se veía a Jim desnudo y extendido sobre una enorme mesa de madera, con los brazos y las piernas abiertos. Tenía las muñecas y los tobillos atados con alambre y la piel iluminada por la luz de unas velas. Tenía una correa de cuero enroscada alrededor de la base de la polla erecta para mantenerla dura pero, aunque en teoría estaba excitado, no tenía ganas de sexo, eso seguro. Y Adrian sabía exactamente lo que Devina había hecho para conseguir que el flujo inicial de sangre se dirigiera adonde ella quería.

Aquel torniquete iba a proporcionarle algo con que jugar durante horas y

horas. Adrian tragó saliva mientras la garganta se le cerraba como si fuera él el que estuviera sobre aquellas aceitosas tablas. Sabía demasiado bien lo que le esperaba a continuación.

Y sabía qué eran aquellas oscuras figuras que acechaban al fondo.

El pie de foto rezaba: « Mi nuevo juguete » .

—Tenemos que sacarlo de ahí. —Adrian apretó de tal forma el teléfono en la mano, que a punto estuvo de aplastarlo—. Maldita zorra.

* * *

Tendido sobre la « mesa de trabajo » de Devina, como ella la llamaba, Jim no se molestó en mirarla, ni siquiera cuando le cogió el teléfono y vio el destello de un *flash*. Lo que más le preocupaba eran las oscuras figuras que rodeaban la periferia como perros a punto de ser liberados: tenía la sensación de que eran los mismos seres contra los que los chicos y él habían luchado al lado de la casa de aquella abogada, porque se movían con la misma ondulación furtiva similar a la de las serpientes.

En fin. De todos modos, había bastantes posibilidades de que acabara sabiéndolo en breve.

La cortina de oscuridad que lo rodeaba no le permitía discernir cuántos eran ni el tamaño de la habitación. La luz de las velas iluminaba sólo hasta cierto punto y éstas se desplegaban a su alrededor a intervalos de unos sesenta centímetros, dándole un aspecto de tarta de cumpleaños. Aunque le preocupaba un poco que su delicada cobertura estuviera tan cerca de las llamas. Y que estuvieran a punto de zampárselo.

Devina entró en el círculo de luz y sonrió como el ángel que en absoluto era.

—¿CÓmodo?

—No me vendría mal una almohada, pero, aparte de eso, estoy bien.

Qué coño, si ella podía mentir, él también. Aunque lo cierto era que, como el alambre que tenía alrededor de las muñecas y los tobillos era de espino, el dolor le rodeaba las cuatro articulaciones. También tenía un moderno collar de la misma mierda que hacía que tragar saliva fuera toda una fiesta. Además, la mesa estaba recubierta de una especie de ácido, probablemente de la sangre de las cosas aquellas que había alrededor de la periferia.

Estaba claro que Devina también se había trabajado a un montón de demonios sobre aquellas tablas.

Apostaba a que Adrian también había estado allí. Y Eddie.

Cielo santo, ¿y la chica rubia también?

Jim cerró los ojos y, en la parte interna de los párpados, vio de nuevo a aquella preciosa inocente colgada sobre la bañera. Joder, a la mierda lo de salvar el mundo. Ojalá hubiera podido cambiarse por ella.

Notó unos dedos fríos que ascendían por la parte interior de su pierna y se le acercaban más y más a la polla mientras las afiladas uñas le arañaban la piel.

Oyó un misterioso sonido que, sin saber por qué, le recordó al acto de deshuesar un pollo, seguido de un montón de aleteos sueltos y crujidos apagados. Entonces percibió un olor extraño, como a... ¿Qué coño era aquello?

La siguiente vez que Devina habló, su voz estaba viciada y sonaba más profunda, más grave y ronca.

—La otra vez que estuve contigo me gustó, Jim. ¿Te acuerdas? Fue en tu camioneta. Pero ésta va a ser mucho mejor. Mírame, Jim. Observa mi verdadero yo.

—Estoy bien así. Gracias de todos modos.

Devina le clavó las uñas en las pelotas y se las retorció con fuerza. Mientras el acuciante dolor golpeaba la autopista neuronal de su faja pélvica, su tufo hizo que sintiera náuseas que, obviamente, no tenían nada que hacer gracias al collar que se le clavaba en el cuello.

Así que lo único que tenía que ofrecer eran arcadas improductivas, ya que era imposible que nada le saliera por la garganta.

—Mírame —dijo ella, apretando con más fuerza aún.

La boca abierta de par en par de Jim se tomó su tiempo antes de contestar. Claro que estaba ocupada intentando hacer hueco para las bocanadas de aire que estaba inspirando.

—No...

Algo se montó sobre él. No sabía quién o qué, pero de pronto notó unas manos encima. Se había abierto la veda.

No, no eran manos. Eran bocas.

Con dientes afilados.

Mientras su polla penetraba algo tan suave y lubricado como un desagüe oxidado, recibió el primero de los cortes en el pecho. Tal vez fuera una cuchilla. O tal vez un largo colmillo.

Entonces le obligaron a meterse en la boca algo duro, que sabía a sal y a carne. Supuso que sería algún tipo de polla y empezó a ahogarse, ya que de pronto el aire se convirtió en un bien escaso.

Al borde de la asfixia, tuvo un momento de delirio totalmente involuntario. Sin embargo, se trataba de que la mente dominara al cuerpo. Cuanto más rápido le latía el corazón, mayor era la falta de oxígeno y más cegadora y abrasadora la candente agonía que sentía dentro de su caja torácica.

«Más despacio —se dijo—. Respira más despacio. Intenta respirar más despacio».

El raciocinio superior triunfó y se hizo con las riendas de su cuerpo: su ritmo cardíaco se relajó y sus pulmones aprendieron a esperar los momentos en que le vaciaban la boca para robar una bocanada de aire.

Lo cierto era que no estaba impresionado. El rollo sexual era realmente poco imaginativo en lo que a tortura se refería. Aquello no iba a ser un paseo por el parque, por supuesto. Pero Devina no iba a conseguir que se viniera abajo con aquel numerito de la violación. Ni intentando cortar en filetes a su pescado con el cuchillo. Obviamente, lo del dolor le tocaba la moral a cualquiera, pero, en realidad, no era más que una sensación intensa más... Y, como tal, al igual que cuando ibas a un concierto y los tímpanos se te acostumbraban al cabo de un rato, acababas habituándote.

Además, tenía grandes reservas de fuerza: Matthias había vivido un día más, sus chicos estaban con Grier e Isaac y, aunque hubiera preferido unas vacaciones en Disneylandia o en el Caribe, el vigor que le aportaba hacer lo correcto y sacrificarse por el bienestar de otros alimentaba todas y cada una de las células de su cuerpo.

Sobreviviría a aquello.

Y luego salvaría el alma de Isaac y se reiría en la cara de Devina al final del asalto.

Aquella zorra no podía matarlo y no conseguiría lo mejor de él.

Así que, ¡a jugar!

CAPÍTULO

29



Mientras observaba desde el otro lado de la habitación el tatuaje que cubría por completo la espalda de Isaac, Grier se llevó poco a poco las manos al cuello y se las puso alrededor.

La imagen grabada en su piel era de color negro y gris y tenía un aspecto tan real que parecía que la Muerte la estaba mirando. La inmensa figura envuelta en una túnica negra estaba de pie en un campo lleno de tumbas que se extendían en todas direcciones y había calaveras y huesos por el suelo, a sus pies. En el fondo de la capucha brillaban dos puntos blancos sobre una prominente mandíbula descarnada. Tenía una mano esquelética sobre el mango de la guadaña y la otra estirada hacia adelante, señalando hacia el pecho de Grier.

Aun así, aquello no era lo más espeluznante.

Bajo el dibujo había varios grupos de cuatro palitos tachados con una raya en diagonal. Debía de haber por lo menos diez.

—Has matado... —Fue incapaz de acabar la frase.

—A cuarenta y nueve. Y antes de que pienses que estoy orgulloso de lo que he hecho, quiero que sepas que todos llevamos el mismo tatuaje. No es

voluntario.

Aquello implicaba casi diez personas al año. Una vida al mes arrebatada con sus propias manos.

Con un movimiento rápido y violento, Isaac se bajó la cazadora y la sudadera. Y menos mal, porque el tatuaje era terrorífico.

Se volvió para mirarla a los ojos, como si esperase una respuesta.

Pero ella sólo pudo pensar en Daniel. Dios bendito, Daniel. Su hermano era una muesca en la espalda de uno o varios de aquellos soldados, una rayita hecha con una aguja, una marca indeleble de tinta.

Ella también estaba tatuada, pero por dentro. Por la muerte. La imagen de su hermano muerto y la mancha de los detalles de aquella noche, permanecerían para siempre en su memoria.

Y lo mismo sucedía con lo que había descubierto sobre la vida paralela de su padre. Y de Isaac.

Grier apoyó las manos en las rodillas y negó con la cabeza.

—No tengo nada que decir.

—No me extraña. Me voy a...

—Sobre tu pasado.

Mientras lo interrumpía, volvió a sacudir la cabeza. Se había visto arrastrada por un torbellino desde el momento en que él había entrado en aquella sala privada donde los abogados se entrevistaban con sus clientes, en la cárcel. Atrapada en aquella vorágine, había empezado a girar cada vez más rápido, viviendo el enfrentamiento con el hombre del parche en el ojo, el sexo con Isaac, el altercado con su padre y, finalmente, el momento en que el soldado había pulsado el botón que lo llevaría a una autodestrucción tan segura como si hubiera tirado de la anilla de una granada. Y aunque no sabía por qué, en cuanto lo había hecho, ella había tenido la sensación de que la tormenta había cesado y que el tornado se había trasladado al campo de maíz de otra persona.

En la calma posterior a la tempestad, todo le pareció muy claro y simple.

Se encogió de hombros y siguió mirándolo fijamente.

—La verdad es que no tengo nada que decir sobre tu pasado. Pero sí tengo una opinión sobre tu futuro. —Emitió un largo y lento suspiro de agotamiento, reflejo de su estado de ánimo—. No creo que debas entregarte a la muerte. Dos equivocaciones no equivalen a un acierto. Nada podrá subsanar tus errores, no hace falta que te lo explique. Lo que has hecho te perseguirá todos los días de tu vida, es un fantasma que nunca te abandonará.

La mirada sombría de Isaac le indicó que nadie lo sabía mejor que él.

—Para ser sincera, Isaac, creo que te estás comportando como un cobarde. —Él abrió los ojos de par en par y ella asintió—. Es mucho más duro vivir con lo que has hecho, que marcharte cubierto de gloria moralista. ¿No has oído nunca a un policía hablar de un suicidio? Así es como lo llaman cuando acorralan a

alguien armado y éste dispara una vez hacia la barricada de policías y obliga a los agentes a acribillarlos a tiros. Lo suelen hacer las personas que no tienen el coraje suficiente para enfrentarse al castigo que merecen. Pues lo de pulsar el botón es lo mismo, ¿no te parece?

Se dio cuenta de que había dado en el clavo por la forma en que su rostro se convirtió en una máscara impenetrable.

—La actitud realmente valiente —continuó Grier— es dar la cara y desenmascarar a la organización. Ésa es la línea de acción correcta. Sacar a la luz el mal que has visto, hecho y encarnado, algo que nadie más podrá hacer. Ésa es la única manera de acercarse al máximo a la redención. Por el amor de Dios, tú podrías detener esta maldita locura... —Su voz se quebró al pensar en su hermano—. Podrías acabar con ella y asegurarte de que no arrastren a nadie más. Podrías ayudar a encontrar a los implicados y hacer que paguen por ello. Eso... Eso sería algo significativo e importante. No como esa patraña del suicidio que no soluciona ni mejora nada.

Grier se puso en pie, bajó la tapa de la maleta y cerró con fuerza los cierres de latón.

—No comulgo con nada de lo que has hecho. Pero has sido lo suficientemente consciente como para querer dejarlo. La cuestión es si ese impulso podrá llevarte hasta el siguiente nivel, algo que nada tiene que ver con el pasado. Ni conmigo.

* * *

Isaac pensó que, a veces, justo lo que uno necesitaba era ver el reflejo de sí mismo. Y no se refería a verse el careto en el espejo, sino en los ojos de otra persona.

Isaac frunció el ceño, sin saber qué era lo más curioso: el hecho de que Grier tuviera más razón que un santo o que él estuviera dispuesto a hacer lo que ella había dicho.

En resumidas cuentas, que había dado en el blanco: aquello había sido una fiesta suicida desde el momento en que se había escapado del redil y él no era de los que se ahorcaban en el baño. De eso nada, era mucho más viril ser abatido a tiros por un camarada.

Era una nenaza.

Aunque, dicho fuera de paso, no tenía muy claro cómo iba lo de entregarse. ¿Con quién hablaba? ¿En quién podía confiar? Y, aunque podía imaginarse soltando todo lo que sabía sobre Matthias y sobre el segundo de a bordo, no tenía intención de revelar las identidades del resto de los soldados que trabajaban con él o que conocía. El cuerpo de Operaciones Especiales estaba fuera de control bajo el mando de Matthias y había que detenerlo, pero la organización no era

íntegramente perniciosa y prestaba un servicio necesario e importante al país. Además, tenía la sensación de que si encerraban a su jefe, la mayoría de los profesionales como Isaac se desvanecería en el éter como el humo en una noche fría, para nunca más volver a hacer lo que hacía o hablar de ello: había muchos como él, que querían dejarlo pero que estaban atrapados por Matthias de una forma u otra. Lo sabía porque había oído muchos comentarios sobre la liberación de Jim Heron. Y hablando del rey de Roma, necesitaba ponerse en contacto con él. Tenían que hablar y ver si había alguna manera de hacer aquello.

Y con el padre de Grier también.

—Llama a tu padre —le dijo—. Llámalo y que vuelva aquí ahora mismo. — Ella abrió la boca, pero él la interrumpió—. Sé que es mucho pedir, pero, si hay otra solución para esto, tengo clarísimo que él tendrá mejores contactos que yo, porque no tengo *nada*^[5]. Y, en cuanto a lo de tu hermano... Joder, me parece una putada y lo siento muchísimo. Pero lo que le pasó fue por culpa de otra persona, no de tu padre. Ésa es la verdad. Cuando te reclutan no te lo cuentan todo y cuando te das cuenta de la realidad, ya es demasiado tarde. Tu padre es mucho más inocente que yo y ha tenido que perder a un hijo por el camino. Sé que estás enfadada y destrozada, y lo entiendo. Pero él también lo está y lo has visto con tus propios ojos.

Aunque su expresión se endureció, se le llenaron los ojos de lágrimas, lo que le hizo saber que lo estaba escuchando.

Isaac cogió el teléfono que había en la mesilla de noche y se lo tendió.

—No te pido que lo perdones. Sólo que, por favor, no lo odies. Si lo haces, habrá perdido a sus dos hijos.

—Demasiado tarde. —Grier se enjugó con rapidez las lágrimas con la mano—. Ya no tengo familia. Mi hermano y mi madre están muertos y mi padre... No puedo soportar tenerlo delante. Estoy sola.

—No, no lo estás. —Le acercó el receptor—. No tienes más que llamarlo, él es lo único que te queda. Si yo puedo ponerme a la altura de las circunstancias, tú también.

Por supuesto, corría un riesgo al contarle al padre de Grier que tenía intención de entregarse, pero lo cierto era que los intereses de Childe y los suyos eran los mismos: ambos querían que aquel cabrón dejara en paz a Grier de una puta vez.

La miró a los ojos, deseando que sacara fuerzas de flaqueza para seguir en contacto con su linaje. Tenía muy claro por qué aquello significaba tanto para él: como de costumbre, estaba siendo egoísta. Si conseguía que lo absolviera en algún juzgado o en una audiencia ante el Congreso, aunque seguiría respirando algún tiempo, para ella estaría básicamente muerto, ya que tendría que entrar a formar parte de algún programa de protección de testigos. Con lo cual, su padre sería la mejor opción para protegerla.

La única opción.

Isaac sacudió la cabeza negativamente.

—El malo es el tío que viste en la cocina de mi apartamento. Él es la persona realmente malvada. No tu padre.

—La única manera... —Grier se secó los ojos otra vez—. La única manera en que podría estar cerca de él, sería si te ayudase.

—Pues díselo cuando venga.

Pasado un rato, enderezó los hombros y cogió el teléfono.

—Vale. Lo haré.

La emoción lo invadió y tuvo que contenerse para no inclinarse y darle un fugaz beso. Joder, ella sí que era fuerte. Condenadamente fuerte.

—Bien —dijo con voz ronca—. Me alegro. Ahora voy a buscar a mi colega Jim.

Isaac se marchó, bajó por las escaleras de atrás y corrió por los descansillos como una exhalación. Esperaba que Jim hubiera vuelto, o que aquellos dos tíos duros del patio pudieran hacerlo venir desde dondequiera que estuviese.

Atravesó la cocina como alma que lleva el diablo, abrió con brusquedad de par en par la puerta que daba al jardín y...

Los colegas de Jim estaban allá al fondo, sujetando un resplandeciente teléfono móvil con cara de haber recibido una patada en los huevos.

—¿Qué pasa? —preguntó Isaac.

En cuanto ambos levantaron la vista, se dio cuenta por sus expresiones tensas de que Jim estaba con el agua al cuello: cuando trabajabas en equipo, no había nada que te retorciera más las tripas que uno de los tuyos hubiera sido capturado por el enemigo. Era preferible que te asestaran una herida mortal a ti o a cualquier compañero.

Porque lo primero que hacía el enemigo no siempre era matar.

—Matthias —susurró Isaac.

El tío de la gruesa trenza negó con la cabeza e Isaac se acercó trotando hacia ellos. El de los *piercings* estaba lívido de ira.

—¿De quién se trata, entonces? ¿Quién tiene a Jim? ¿Cómo puedo ayudar?

Grier apareció en el umbral de la puerta.

—Mi padre llegará en cinco minutos. ¿Va todo bien? —preguntó, frunciendo el ceño.

Isaac siguió mirando a los dos tíos.

—Puedo echar una mano.

El de la trenza se cerró en banda.

—No, me temo que no puedes.

—¿Isaac? ¿Con quién estás hablando?

Él echó un vistazo por encima del hombro.

—Con los amigos de Jim.

Pero cuando se volvió a girar, los dos hombres habían desaparecido como si

nunca hubieran estado allí. Otra vez.

Pero ¿qué coño...?

Mientras el «escalofrímetro» que Isaac tenía en la nuca se volvía loco, Grier se acercó.

—¿Había alguien más aquí?

—Eh... —dijo, mirando alrededor—. No lo sé... Venga, vamos para dentro.

Mientras la acompañaba de vuelta a la casa, pensó que era muy posible que hubiera perdido la puta cabeza.

Después de cerrar la puerta con llave y ver cómo Grier volvía a conectar la alarma, se sentó en un taburete en la isla de la cocina y sacó la telealarma. Aún no había obtenido respuesta alguna. Esperaba que el padre de Grier llegara antes de que Matthias volviera a la carga.

Mejor tener un plan.

En el silencio de la cocina, se quedó mirando fijamente los fogones mientras Grier se apoyaba contra la encimera, al lado del fregadero, en la otra esquina de la habitación. Parecía que habían pasado cien años desde que le había hecho la tortilla la noche anterior. Y aun así, si seguía adelante con lo que se estaba planteando, los siguientes días iban a hacer que aquello pareciera una milésima de segundo, en comparación.

Se estrujó el cerebro pensando qué podía contar acerca de Matthias. Sabía muchas cosas sobre su antiguo jefe. Aunque aquel tío había creado deliberadamente agujeros negros en el mapa mental de sus soldados: te contaban sólo lo estricto y necesario, ni una sílaba más. Había ciertas cosas que podías deducir, pero también grandes lagunas de incertidumbre. Eso...

—¿Estás bien? —preguntó Grier.

Isaac levantó la vista sorprendido y pensó que era él el que debería preguntárselo a ella. Y, mira por donde, tenía los brazos cruzados, una postura defensiva que adoptaba constantemente cuando estaba con él.

—Espero que puedas arreglar las cosas con tu padre, de verdad —respondió él, odiándose.

—¿Estás bien? —repitió ella.

Así que ambos estaban echando balones fuera.

—¿Sabes? Puedes contestarme —replicó—. Con la verdad.

Qué curioso. No sabía muy bien por qué, tal vez porque le apetecía practicar, se planteó hacerlo. Y lo hizo.

—El primer tío que maté... —Isaac bajó la vista hacia la encimera y convirtió la resbaladiza extensión de piedra en una pantalla de televisión en la que podía ver sus propias acciones proyectadas sobre la superficie moteada—. Era un extremista político que había bombardeado una embajada en el extranjero. Me llevó tres semanas y media encontrarle. Le seguí la pista por dos continentes. Al final le di caza en París. La ciudad del amor. Me lo cargué en un callejón. Lo

seguí sin que se enterara y le rebané el pescuezo. Lo cual fue un grave error, debería haberle partido el...

Profirió una maldición y se interrumpió, muy consciente de que su forma de hablar de trabajo se parecía demasiado a la de un asesor fiscal soltando una perorata sobre Hacienda.

—Me resultó increíblemente fácil. —Se miró las manos—. Fue como si de pronto algo encerrara bajo llave mis sentimientos. Lo siguiente que hice fue ir a comer algo. Pedí un filete a la pimienta y me lo comí todo. La cena fue fantástica. Y, mientras la engullía, me di cuenta de que habían elegido bien. Habían escogido al hombre correcto. Eso fue lo que me hizo vomitar. Salí a la parte de atrás del restaurante, a un callejón exacto al que me había servido para matar a aquel tío hacía una hora. ¿Te das cuenta? En realidad, no me consideré un asesino hasta que me empezó a preocupar.

—Pero te empezó a preocupar.

—Sí. Joder, quiero decir, demonios, sí, me preocupó. —Pero sólo aquella vez. Después de eso, se repuso y siguió adelante. Frío como un témpano. Comía como un rey y dormía como un tronco.

Grier se aclaró la garganta.

—¿Cómo te reclutaron?

—No te lo vas a creer.

—Dispara.

—Por culpa de sKillerz.

—¿Perdona?

—Es un videojuego en el que tienes que asesinar a gente. Hace unos siete u ocho años, las primeras comunidades de juego en línea estaban aumentando y el juego integrado enganchaba muchísimo. sKillerz fue creado por algún cabrón enfermo —al parecer nadie lo conoce— que es un genio con los gráficos y el rey del realismo. En cuanto a mí, se me daban bien los ordenadores y me gustaba —matar a gente— jugar a ese juego. Pronto hubo cientos de personas en ese universo virtual con un montón de armas e identidades en innumerables ciudades y países. Yo era el número uno. Tenía una especie de facilidad para saber cómo encontrar a la gente, qué armas usar y dónde dejar los cuerpos. Aunque sólo era un juego, algo que hacía cuando no estaba trabajando en la granja. Luego, cuando llevaba un par de años jugando, empecé a tener la sensación de que me vigilaban. Eso duró una semana, más o menos, hasta que una noche un tal Jeremiah apareció en la granja. Yo estaba arreglando los tablones de las vallas de la parte de atrás y él llegó en un coche de incógnito.

—¿Y qué sucedió? —preguntó ella cuando él hizo una pausa.

—Nunca le he contado esto a nadie.

—Sigue. —Grier se acercó y se sentó a su lado—. Me viene bien. Aunque también da un poco de miedo. Pero, por favor...

De acuerdo. Si seguía mirándolo con aquellos enormes y hermosos ojos, sería capaz de ofrecerle lo que fuera: palabras, historias y hasta el corazón que le palpitaba en el pecho.

Isaac se frotó la cara y se preguntó cuándo se había convertido en un ñoño. Un momento, ya lo sabía: cuando lo habían escoltado hasta aquel cuartito de la comisaría y se había topado con aquella mujer elegante, correcta e inteligente como ella sola.

Blandengue.

Nenaza.

Mariquita.

—¿Isaac?

—¿Sí? —Vaya, al parecer todavía respondía a su verdadero nombre y no sólo a un puñado de adjetivos faltos de pelotas.

—Por favor, sigue hablando.

Ahora fue él quien carraspeó.

—El tal Jeremiah me invitó a trabajar para el Gobierno. Dijo que era del ejército y que estaban buscando a tíos como yo. Le pregunté sorprendido que para qué necesitaban a granjeros paletos. Nunca se me olvidará lo que me contestó. Me miró a los ojos y me dijo: «Tú no eres granjero, Isaac». Nada más. Pero lo expresó de una forma como si supiera un secreto sobre mí. Aunque me pareció un tarado y se lo hice saber. Yo llevaba un mono cubierto de barro, una gorra de John Deere y botas de trabajo, ¿qué se había creído que era? —Isaac miró a Grier—. Sin embargo, tenía razón. Yo era algo más que eso. Resultó que el Gobierno había estado siguiendo las partidas en línea de sKillerz y así era como me habían encontrado.

—¿Qué te hizo empezar a «trabajar» para ellos?

Bonito eufemismo.

—Siempre había querido largarme de Mississippi. Me fui de casa dos días después y sigo sin tener ningún interés en volver. El cadáver era de un chico que se había salido de la carretera con la moto. Al menos eso fue lo que me contaron. Cambiaron mi DNI y mi Honda por su identificación y su moto y listo.

—¿Qué hay de tu familia?

—Mi madre... —Llegado a ese punto tuvo que aclararse la garganta de verdad—. Mi madre nos abandonó antes de morir. Papá tuvo cinco hijos, pero sólo dos eran de ella. Yo nunca me llevé bien con mis hermanos ni con él, así que marcharme no fue ningún problema. Aunque pudiera, no volvería a ponerme en contacto con ellos. Lo pasado, pasado está.

En ese momento la puerta principal se abrió.

—¿Hola? —gritó el padre de Grier desde el vestíbulo.

—Estamos aquí atrás —respondió Isaac. No creía que Grier fuera a hacerlo: mientras comprobaba el sistema de seguridad, de pronto pareció demasiado

digna como para hablar.

El padre entró en la sala con un aspecto opuesto al de su hija: Childe estaba destrozado, tenía el cabello revuelto como si hubiera estado tirándose de los pelos, los ojos vidriosos y ribeteados de rojo y el abrigo hecho un Cristo.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó a Isaac con pavor. Lo que le hizo suponer que, fuera cual fuera el juego mental al que había estado jugando el colega de Jim en el jardín delantero, no había sido puro teatro.

«Bonito truco», pensó Isaac.

—No le he dicho por qué quería que viniera —anunció Grier—. El teléfono inalámbrico no es seguro.

Muy inteligente. Condenadamente inteligente.

Como ella se quedó callada, Isaac decidió coger la batuta.

—¿Todavía quieres dejarlo? —dijo, centrándose en el otro hombre.

Childe miró a su hija.

—Sí, pero...

—¿Y si hubiera una forma de hacerlo en que la gente —es decir, Grier— estuviera a salvo?

—No la hay. Llevo una década tratando de encontrarla.

—¿Has pensado alguna vez en reventarle el negocio a Matthias?

El padre de Grier se quedó petrificado y miró a Isaac a los ojos como si estuviera intentando adivinar el futuro.

—¿Quieres decir...?

—Ayudar a alguien a entregarse para largar absolutamente todo lo que sabe sobre ese cabrón. Perdonando la expresión —soltó Isaac, mirando a Grier.

Childe entornó los ojos, aunque aquel gesto de cegato no reflejaba enfado ni desconfianza.

—¿Te refieres a testificar?

—Si es necesario, sí. O a cerrarles el paso por otros medios. Sin Matthias en el poder, todos —es decir, Grier— estaríamos a salvo. Me he entregado a él, pero quiero ir más allá. Y creo que va siendo hora de que el mundo tenga una imagen más clara de lo que ha sido capaz de hacer.

Childe miró alternativamente a Grier y a Isaac.

—Lo que haga falta. Haría cualquier cosa para coger a ese cabrón.

—Respuesta correcta, Childe. Respuesta correcta.

—Yo también puedo entregarme.

—No, no puedes. Es mi única condición. Fija las reuniones, dime a quién acudir y luego lávate las manos. No lo haré a menos que aceptes.

Dejó que papaíto se opusiera mientras se entretenía observando a Grier por el raballo del ojo. Ésta miraba a su padre y, aunque permanecía callada, Isaac apostaba a que la escarcha se estaba descongelando un poco. Era difícil no admirar a su viejo, porque estaba diciendo muy en serio lo de largarlo todo. Si

fuera necesario, él también estaría dispuesto a contar todo lo que sabía.

Desafortunadamente para él, sin embargo, la decisión no estaba en sus manos. Si el plan se iba al infierno, Grier no tenía por qué perder al único familiar que le quedaba.

—Lo siento —dijo Isaac, interrumpiendo la perorata—, pero no hay más remedio. No sabemos cómo va a salir la cosa y necesito que tú sigas vivo y coleando al final. Quiero que dejes las mínimas huellas posibles durante los preparativos. Ya está más involucrado de lo que me gustaría. Ambos lo estáis.

Childe negó con la cabeza y levantó una mano.

—Escúchame un momento...

—Sé que eres abogado, pero basta ya de alegatos.

El hombre se quedó sin palabras, como si no estuviera acostumbrado a que se dirigieran a él en aquel tono.

—Bueno, si insistes —acabó diciendo.

—Lo hago. Y es la única condición indispensable.

—Vale.

El tío empezó a pasearse arriba y abajo sin parar, hasta que se detuvo delante de Isaac.

Levantó una mano a la altura del pecho y dibujó un círculo con el dedo índice y el pulgar. Luego empezó a hablar. Sus palabras eran claras como el agua y tenían el toque de ansiedad apropiado.

—Dios santo, en qué estaría pensando... No puedo hacerlo. No está bien. Lo siento, Isaac, no puedo hacerlo. No puedo ayudarte.

Justo cuando Grier se disponía a abrir la boca, Isaac la agarró y le apretó la muñeca para que se callara: su padre señalaba ahora subrepticamente hacia lo que debían de ser las escaleras del sótano.

—¿Estás seguro? —le preguntó Isaac en tono de amenaza—. Te necesito y creo que estás cometiendo un grave error.

—Tú eres el único que está cometiendo un error, hijo. Y llamaría a Matthias ahora mismo si no lo hubieras hecho ya tú mismo. No pienso formar parte de ninguna conspiración contra él, me niego a ayudarte. —Childe profirió una maldición—. Necesito un trago.

Y, dicho eso, dio media vuelta y atravesó la sala.

Llegados a ese punto, Grier agarró la pechera de la cazadora de Isaac y tiró hasta que estuvieron cara a cara. En un siseo casi imperceptible, le espetó:

—Antes de que a cualquiera de los dos se os ocurra bombardearme con otra retahíla de mierda de información clasificada, quiero deciros que podéis ahorrárosla —dijo ésta en un susurro casi imperceptible.

Isaac arqueó las cejas hasta el nacimiento del pelo mientras el padre de Grier abría la puerta del sótano.

Mierda. Obviamente, ella no iba a ceder en aquello. Además, tal vez el hecho

de estar implicada podría ayudarla a solucionar las cosas con su padre.

—Las damas primero —musitó Isaac, indicándole el camino con un cortés movimiento de la mano.

CAPÍTULO

30



Cielo, prado sur

Nigel concedió audiencia a sus dos ángeles guerreros favoritos no porque tuviera un corazón bondadoso y sin demasiada ilusión, aun a pesar de que Colin, Bertie, Byron y él estuvieran en pleno ágape. Sin embargo, no había manera de alejar a esos visitantes: sabía por qué venían Edward y Adrian y no les iba a gustar lo que les tenía que decir.

Así que le pareció que sería mejor comentárselo en persona.

Y, de hecho, cuando ambos ángeles se materializaron en el otro extremo del prado, se dirigieron a zancadas hacia la arboleda como los vengadores que eran.

—Lo lamento muchísimo —murmuró Nigel a sus consejeros—, pero ¿podrías hacer el favor de excusarme un momento?

Dobló la servilleta de damasco y se levantó, mientras pensaba que no había razón alguna para arruinar la comida a los otros y que las secreciones verbales que estaban a punto de producirse iban a ser un asesinato gastronómico de lo más sangriento.

Colin también se levantó. Nigel hubiera preferido hacer aquello solo, pero no

conseguiría disuadir al ángel. Nada ni nadie podían hacer cambiar de opinión a Colin sobre con qué acompañar el flan, mucho menos sobre asuntos importantes.

Colin y él se encontraron con sus visitantes a mitad de camino entre el sitio por el que éstos habían entrado y el lugar en el que estaba puesta la elegante mesa, entre los olmos.

—Lo tiene —dijo Edward cuando se reunieron los cuatro—. No sabemos cómo ha sido...

Nigel interrumpió al ángel.

—Se entregó para que otro pudiera seguir viviendo.

—No debería haberlo hecho. Es demasiado valioso.

Nigel miró a Adrian y se percató de que, por una vez, el ángel estaba callado, lo cual era un indicador mucho más fiable que cualquier otro de que algo no iba bien.

Nigel tiró de los gemelos y se alisó las mangas de la camisa de seda que llevaba por debajo del traje de lino.

—No lo matará. No puede.

—¿Estás completamente seguro?

—No te puedes fiar de ella en la mayoría de las situaciones, pero no fue ella la que estableció las normas. Si mata a Jim, no sólo pierde la partida, sino el juego entero. Eso la mantendrá a raya.

La voz de Adrian se elevó en el aire, débil y seca.

—Hay cosas peores que la muerte.

—Ciertamente. Tienes toda la razón.

—Pues haz algo, joder. —El ángel estaba temblando, su cuerpo parecía un petardo navideño a punto de estallar.

—Podríamos rescatarlo —dijo Edward—. Eso no va contra las reglas.

—Por supuesto, eso sí que está permitido.

Se produjo un largo silencio.

Edward se aclaró la garganta y se mordió la lengua para intentar ser amable.

—En la foto que nos ha enviado, parece que se lo ha llevado a su mundo.

—No está en la Tierra, cierto.

—¿Y cómo podemos llegar hasta él?

—No podéis.

Adrian soltó un taco y Edward lo agarró del brazo, pero aquello no hizo que se callara.

—Has dicho que podíamos rescatarlo.

—Adrian, he dicho que estaba permitido. Las reglas permiten hacerlo. Sin embargo, no me he referido en ningún momento a vuestra capacidad. En relación a ella, he de deciros que no podéis llegar hasta él sin sacrificaros, lo que supondría abandonarlo sin ayuda y sin orientación durante esta primera y crucial etapa...

—Serás gilipollas.

Antes de que Adrian hiciera alguna tontería, Edward lo agarró por el musculoso pecho y lo mantuvo a raya.

Nigel arqueó una ceja.

—Yo no he establecido las reglas y no tengo más deseos de ser descalificado que mi oponente.

—¿Tienes...? —Adrian se atragantó con sus propias palabras y tuvo que respirar hondo para terminar—. ¿Tienes idea de lo que ella le está haciendo en este preciso instante, mientras estamos aquí en tu puta pradera con la cena esperándote?

Nigel escogió las palabras con cuidado. Lo último que necesitaba era que aquellos dos se pusieran en plan patrulla ciudadana de nuevo. Ya habían cometido ese error una vez.

—Sé exactamente lo que está llevando a cabo en la mesa, por así decirlo. Y también sé que Jim es muy fuerte, que es lo más trágico de todo. Porque ella recurrirá a torturas que... —No había razón para continuar: Adrian tenía la mirada vidriosa de quien revive su propia pesadilla—. Os participo, sin embargo, que Devina no lo puede retener demasiado tiempo ya que se arriesgaría a recibir una penalización. La situación empieza a clamar al cielo y si ella evita que Jim influya íntegramente en el resultado, estará jugando sucio.

—¿Y Jim qué? —insistió Adrian, zafándose con un empujón de su mejor amigo—. ¿Y todo lo que está sufriendo? ¿Qué me dices de él?

Nigel miró a Colin, que no había abierto la boca. Claro que la expresión de su hermoso y familiar rostro hablaba por sí misma: su cólera era tan insondable y vasta que dejaría en ridículo a cualquier océano. Siempre había odiado a Devina y aquel suceso no iba a mejorar la situación.

Pero allí ya había suficientes exaltados.

Nigel negó con la cabeza, sinceramente desilusionado.

—No puedo hacer absolutamente nada. Lo lamento. Tengo las manos atadas.

—Lo lamentas. Así que lo lamentas. —Adrian escupió en el suelo—. Ya veo cómo lo lamentas, cabrón insensible. Tienes pinta de estar jodido de cojones. Serás hijo de puta.

Y, dicho aquello, el ángel se esfumó.

—Mierda —murmuró Edward.

—Un término vulgar pero acertado. —Nigel se quedó mirando el sitio en el que Adrian acababa de estar—. Es pronto para que esté tan cansado de luchar y tan débil. Eso no presagia nada bueno.

—¿Me estás vacilando?

Le echó un vistazo al ángel.

—Sin duda debes apreciar la locura que hay en él...

—Para tu información, gerifalte, hace menos de cuatro días que Devina lo

dejó hecho un Cristo. ¿Y esperas que conserve la calma ahora que Jim está pasando por lo mismo? ¿Hablas en serio?

—¿Me permites que te recuerde que me juraste que podría con esto? —Nigel se inclinó hacia delante en actitud desafiante. Al fin y al cabo, el hecho de que fuera el capitán de aquel bando no significaba que estuviera por encima de las peleas a puñetazos—. Me dijiste que soportaba bien el estrés. Me lo prometiste y te creí. Y si crees que las cosas se volverán más fáciles a medida que avancemos, es que estás más loco que él.

Edward levantó el brazo y lo echó hacia atrás como si fuera a darle un puñetazo.

—Vete al infierno, Nigel...

En un santiamén, Colin estuvo encima del ángel. Lo atacó por la derecha, le hizo un placaje y lo inmovilizó boca abajo sobre la hierba de color verde intenso.

—Ni se te ocurra pegarle, compañero —gruñó Colin—. Sé que estás cabreado y que quieres solucionar lo de Jim, pero no puedo dejar que le zurras a Nigel. Ni lo sueñes.

Nigel miró por encima del hombro hacia la mesa donde estaba servida la cena. Bertie y Byron los observaban y se fijó en que ambos estaban sentados como pajarillos preocupados, con la espalda erguida, los brazos caídos a los lados y los ojos abiertos de par en par. *Tarquin* se había tumbado en el suelo y había metido la cara de hocico alargado bajo el mantel para no ver nada.

Habían echado a perder la cena. Y no sólo porque aquel espectáculo era un desastre dramático digno de ver. Nigel no iba a ser capaz de comer nada en absoluto. El partido contra Devina iba por mal camino en muchos aspectos y las normas le impedían intervenir.

—Déjame levantarme —gruñó Edward.

Puede que Colin pesara unos trece kilos menos que el otro ángel, pero tenía una fuerza de tracción de mil demonios.

—Vas a portarte bien, compañero. Nada de puños, o te ganarás otro placaje.

—Está bien.

Aquellas dos palabras no eran en absoluto una capitulación, pero Colin lo soltó de todos modos. Probablemente porque sabía que podría volver a inmovilizarlo si era necesario.

Edward se sacudió las briznas de hierba que se le habían pegado al abrigo de cuero como si fueran espumillón.

—Que Jim pueda sobrevivir a ello no significa que sea justo.

Y, dicho eso, se desvaneció en el aire.

Nigel profirió una feroz maldición mientras veía cómo desaparecía la huella del pesado cuerpo de Edward al tiempo que el césped volvía a enderezarse.

—En cierto modo tienen razón —dijo Colin con aspereza—. Y esa zorra no está jugando limpio.

—Jim se entregó a ella voluntariamente.

—En una situación que ella había orquestado. No está bien y lo sabes.

—¿Quieres que nos arriesguemos a que nos penalicen? —inquirió, mirando a su alrededor—. ¿Quieres perder por culpa de esto?

Colin se sacudió la hierba de las manos.

—Maldita sea. Maldita sea, joder.

Nigel bajó la vista y miró la marca del cuerpo que se desvanecía en su pradera.

—Justo lo que yo estaba pensando.

CAPÍTULO

31



La bodega no era un sitio que Grier frecuentara demasiado. En primer lugar, las botellas de veinte dólares de chardonnay de las que se bebía una copa por las noches, apenas valían el esfuerzo de subir y bajar las escaleras. Y en segundo lugar, con aquella puerta acorazada, el techo bajo y las estanterías que llenaban las paredes, siempre le había parecido una prisión.

Encima, cuando su padre los encerró a los tres en aquel diminuto cuarto, la corpulencia de Isaac redujo el tamaño del lugar al de un paquete de Kleenex. Sintió que le costaba respirar.

Había una brillante mesa en el centro de la sala y cogió una de las cuatro sillas. Cuando Isaac se sentó enfrente de ella, le costó no recordar su encuentro con él en la cárcel: había sido precisamente así, frente a frente.

Sólo que ahora, a pesar de que nadie estaba esposado, no podía evitar tener la sensación de que estaban unidos... y que los corchos recubiertos de aluminio de las botellas eran un pelotón de fusilamiento a punto de recibir la orden de disparar.

Santo Dios, cuando lo habían llevado a reunirse con ella aquella primera vez,

no tenía ni idea de en lo que se estaba metiendo.

Pero ¿eso se podía saber alguna vez? En la vida diaria, las decisiones improvisadas y los acontecimientos casuales a veces giraban con una especie de fuerza centrífuga que te absorbía para luego escupirte en un código postal completamente diferente.

Incluso sin salir de casa.

Su padre se sentó lo más cerca posible de la puerta y entrelazó las manos mientras ponía los codos encima de la mesa.

—Aquí abajo estamos a salvo —dijo, señalando con la cabeza hacia un conducto de ventilación que había en el techo bajo y en el que había dos banderitas rojas que ondeaban con el aire—. El conducto de ventilación desemboca a varias manzanas de aquí, así que no hay que preocuparse por un posible envenenamiento. También hay un túnel de salida y un transmisor de ondas electromagnéticas que codificará nuestras voces si nos están grabando.

Primera noticia que tenía de lo del túnel. Grier miró a su alrededor y le dio la sensación de que todas las estanterías estaban atornilladas y de que el suelo era de sólida piedra, pero teniendo en cuenta los otros secretillos que escondía la casa, no podía decir que aquello le sorprendiera.

—Si quisiera hablar con alguien, ¿quién sería el más indicado? —preguntó Isaac.

—Eso depende de...

—¿Qué le pasó a mamá? —Grier los interrumpió, cambiando de tema mientras miraba a los ojos a su padre para intentar el más mínimo movimiento alrededor de sus ojos y su boca—. Me refiero a su muerte. ¿De verdad fue cáncer?

A pesar de que habían transcurrido siete años, aún tenía aquellos horribles últimos días frescos en la memoria y los analizó escrupulosamente en busca de grietas en los muros de los acontecimientos o de lugares donde las cosas podían parecer una cosa y ser en realidad otra.

—Sí —dijo su padre—. Sí..., ella... Sí, murió de cáncer. Te lo juro.

Grier respiró y le costó imaginar que, en realidad, se sintiera aliviada porque la causa de la muerte de su madre hubiera sido aquella terrible enfermedad. Pero era mucho mejor que la Madre Naturaleza hubiera sido la culpable y que no fuera necesario reescribir aquella tragedia. Con una era más que suficiente.

Se aclaró la garganta y asintió.

—De acuerdo. Vale.

Una cálida mano cubrió la suya y se la apretó. Al ver que su padre tenía ambas manos sobre la mesa, se dio cuenta de que era Isaac. Cuando Grier miró hacia él, éste rompió la conexión. Le había tocado la mano únicamente el tiempo suficiente como para que ella supiera que no estaba sola, pero no tanto como para que se sintiera dominada.

Otra contradicción más. Cruel. Sexual. Protector.

Se dio una colleja mental a sí misma y volvió a centrarse en su padre.

—¿Ibas a decir algo?

Él asintió y se recompuso antes de volver a mirar a Isaac.

—¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar?

—No pienso hablar de otros soldados —dijo Isaac—, pero en lo que se refiere a mis misiones, lo contaré absolutamente todo: las cosas que hice por Matthias, lo que sé sobre él y sobre el segundo de a bordo, los lugares a los que me mandaron... El problema es que es un puzle y hay muchos asuntos de los que no tengo toda la información.

—Te voy a enseñar una cosa.

El padre de Grier se levantó de la mesa y, antes de que ésta pudiera ver lo que hacía, una parte de la estantería salió hacia fuera y giró a la izquierda, dejando al descubierto una caja fuerte encajada en la pared de piedra. Puso el dedo sobre un panel y la puerta se abrió con su huella digital. El interior no era muy grande, medía poco más que un bloc de notas de largo y menos de quince centímetros de alto.

Regresó a la mesa con una gruesa carpeta.

—Esto es todo lo que he podido reunir. Nombres, fechas, personas, lugares... Tal vez te ayude a refrescarte la memoria —dijo, dando unos golpecitos en la tapa—. Pensaré en a quién acudir. No hay manera de saber a ciencia cierta quién está dentro del círculo íntimo de Matthias: las conspiraciones del Gobierno tienen raíces gruesas, pero también sarmientos imperceptibles. La Casa Blanca no es una opción y, al tratarse de un asunto federal, los contactos estatales no nos sirven de nada. Pero creo que...

La voz del padre de Grier se volvía más potente con cada palabra y aquella creciente determinación lo iba convirtiendo poco a poco en el pilar que ella siempre había creído que era. Y mientras explicaba el plan notó un cambio en el fondo de su corazón.

Aunque aquello se debía a algo que Isaac había dicho. Nadie se da cuenta de en lo que se está metiendo hasta que ya es demasiado tarde.

Su querido hermano había sido un yonqui, un adicto de primera que, probablemente, habría muerto por sus propios méritos en algún momento. No era que aquello justificara lo que le habían hecho, simplemente era la realidad de la situación. Además, en aquel momento le había sorprendido lo disgustado que estaba su padre con la pérdida. Hacía al menos un año que él y Daniel no tenían contacto alguno cuando sucedió lo de aquella terrible noche. Después de haber tirado por la borda una estancia más en otro carísimo centro de rehabilitación, su padre había desistido, como muchos padres y familiares hacían. Le había dado todo lo que podía a su hijo, había ido a trompicones durante una década de periodos de recuperación que les aportaban una esperanza traicionera, pero que

iban inevitablemente seguidos por largos y oscuros meses en los que nadie sabía dónde estaba Daniel. Ni siquiera si estaba vivo.

Sin embargo, a su padre le había destrozado su muerte. Hasta el punto de pasarse una semana sentado en una silla con la única compañía de una botella de ginebra.

Y ahora ella sabía por qué. Creía que él era el único responsable.

Lo observó mientras hablaba y percibió las marcas de la edad en su rostro: las patas de gallo, las arrugas alrededor de las comisuras de los labios y la leve flacidez de la línea de la mandíbula. Seguía siendo un hombre guapo, pero nunca se había vuelto a casar. ¿Sería por el lío en que estaba metido? Probablemente. Seguro.

Aquellos signos de envejecimiento no se debían únicamente al paso del tiempo, sino también al estrés, a la tristeza y a...

Se centró en Isaac. Tenía la intensa mirada fija en un punto, como si fuera un láser, y sus pálidos iris brillaban pidiendo guerra. Era curioso, aunque no tenía nada que ver con su padre en términos de origen, educación, exposición y experiencia, eran idénticos en muchos aspectos.

Sobre todo ahora que estaban unidos en la misión común de hacer lo correcto.
—¿Grier?

Ella volvió a la realidad y miró a su padre. Le estaba tendiendo algo... ¿Un pañuelo? Pero ¿por qué...?

Sintió que algo le caía sobre el antebrazo y bajó la mirada. Una lágrima plateada se estaba aglutinando procedente de su ojo, uniéndose a un pequeño círculo brillante que tenía sobre la piel.

Cayó otra más y echó por tierra todo su esfuerzo, pero ambas unieron fuerzas y el volumen se duplicó.

Cogió el pañuelo y se secó las lágrimas.

—Lo siento muchísimo —dijo su padre.

Ella se limpió el rostro y volvió a doblar el delicado trozo de tela, lo que le hizo recordar la imagen de él haciendo exactamente lo mismo arriba, en la cocina.

—¿Sabes? —murmuró—, las disculpas no sirven de nada. —Puso la mano sobre el archivo que él había dejado sobre la mesa—. Esto que los dos estáis haciendo... Esto lo es todo.

De hecho, era lo único que podría hacer que todo aquello tuviera sentido.

Con intención de cambiar de tema, levantó la tapa.

Frunció el ceño y se inclinó hacia delante. La primera página era una copia impresa de cuatro fichas policiales. Todos eran hombres. Y todos parecían versiones de Isaac en diferentes etnias. Debajo de las fotografías, escritos con la letra de su padre, estaban sus nombres, fechas de nacimiento, números de la Seguridad Social, los últimos lugares donde los había visto... Aunque no todos

estaban completos. Y en el pie de foto de tres de ellos, ponía « FALLECIDO » .

Pasó a la página siguiente y a la siguiente. Todas iguales. Qué cantidad de caras.

—Quiero involucrar a Jim Heron en esto —dijo Isaac—. Cuantos más nos entreguemos, mejor.

—¿A Jim Heron? —dijo el padre de Grier—. ¿Te refieres a Zacharias?

—Sí. Lo he visto hace un rato, y también anoche. Creo que lo han enviado para matarme, pero resulta que quiere ayudarme. O eso dice.

—¿Lo has visto?

—Estaba con dos tíos. No sé quiénes eran, pero puede que pertenecieran a Operaciones Especiales.

—Pero...

—Dios mío —susurró Grier, acercando una de las hojas—. Es él —dijo, señalando una de las fotografías.

—Jim Heron está muerto. Lo mataron de un tiro en Caldwell, Nueva York. Hace cuatro noches —aseguró su padre.

—Es él —repitió ella, dando unos golpecitos sobre la foto.

—¿Cómo lo sabes? Grier, ¿cómo lo sabes? —Isaac parecía confuso.

Ella levantó la vista.

—¿Cómo sé qué?

—Que ése es Jim Heron.

Apartó el dedo y vio que debajo de la foto ponía: « Zacharias » .

—En realidad, no sabía cómo se llamaba, pero es el hombre que apareció en mi habitación anoche. En forma de ángel.

CAPÍTULO

32



A quello no estaba funcionando.

Allá abajo, en el quinto infierno, donde mantenía cautivas a las almas que capturaba pegadas a las paredes de papel atrapamoscas y el aire estancado reverberaba con los pegajosos gemidos de sus sirvientes, Devina estaba siendo víctima de un episodio agudo de diversión arruinada.

Por eso los había echado a todos.

Vacilante, contempló el trozo de carne sujeta con alambre a la mesa. A la luz de las velas, Jim Heron parecía un cuadro de Jackson Pollock pintado con sangre, cera negra y fluidos varios que apenas podía respirar por la boca de lo hinchada y agrietada que la tenía. En el torso tenía un mapa de carreteras que ella misma le había dibujado con sus propias garras y le había rubricado también los muslos con su nombre y sus símbolos. Había usado su polla hasta que le había quedado tan en carne viva como el resto del cuerpo. Y, aun así, Jim no había gritado, suplicado ni abierto los ojos siquiera. Ni un juramento ni una lágrima. Nada.

No tenía muy claro si cabrearse consigo misma y con sus subordinados por no haber sido lo suficientemente duros... o enamorarse de aquel cabrón.

En cualquier caso, estaba decidida a hacerse con un pedazo de él. La cuestión era cómo.

Tenia muy claro que existían dos formas de hacer que alguien se viniera abajo. La primera era del exterior al interior: había que desgastar la piel, los huesos y el sexo del individuo hasta que el dolor físico, el agotamiento y la vergüenza aniquilaran su núcleo mental interior. La segunda era al contrario y consistía en encontrar un punto débil en su interior y reventarlo a martillazos hasta que éste se desmoronaba.

Normalmente, a ella le bastaba con la primera, dadas las herramientas de las que disponía. Además, era la más divertida y, por lo tanto, siempre empezaba por ésa. La segunda era más delicada, aunque no por ello menos satisfactoria. Todo el mundo tenía una llave que abría la puerta de su interior, así que sólo tenía que rebuscar para encontrar la que le permitiría entrar en la cabeza y el corazón de cada individuo.

Desde luego, estaba claro que Jim Heron no se lo iba a poner fácil, lo que le haría competir con Adrian por el título de su Juguete Favorito.

Qué elegir, qué elegir...

Su madre. Lo de la madre era una buena idea, pero Devina no iba a ser capaz de hacerse con la verdadera y probablemente él sería lo suficientemente listo como para darse cuenta de que era falsa.

Por suerte, había otra solución que, casualmente, sí estaba a su alcance.

Más allá de los charcos de luz que dibujaban las velas, las almas de aquellos a los que Devina había capturado se retorcieron atrapadas en las viscosas paredes. Manos, extremidades, pies y cabezas se dejaban ver ondulantes sin llegar siquiera a romper la superficie que los envolvía, mientras los torturados buscaban constantemente una salida.

La satisfacción de ver su colección la distrajo y le dio hambre: tenía que conseguir que Jim fuera uno de sus trofeos. Se moría por tenerlo dentro de ella. Al principio había sido sólo un juego, pero, después de aquella sesión, se había convertido en algo más. Quería poseerlo.

Volvió a fijarse en su rostro y aquella cara de tranquilidad le pareció prácticamente incomprendible. ¿Cómo era posible que hubiera pasado por tantas cosas sin hacer siquiera una mueca? Y sin temer lo que se avecinaba.

De todos modos, ella lo arreglaría.

Además, le gustaba pensar que la fuerza que demostraba procedía de la parte de él que le pertenecía. Aquellos ángeles sensibleros con sus puritanos principios y sus constricciones eran sumamente débiles. Hasta tal punto que no quería perder la partida contra Nigel no sólo porque quería gobernar la Tierra, los cielos y todo lo que había entre el Sol y la Luna, sino porque ser derrotada por aquella panda de maricas sería como recibir unos azotes en el culo.

Jim, sin embargo, era algo más que eso. En el fondo se parecía más a ella.

Era un drama que tuviera que devolverlo tan pronto a la Tierra, pero, después de todo, el juego tenía que continuar. Antes de dejarlo marchar, sin embargo, estaba decidida a dejar su huella en él, a darle a probar un poco más de aquel infierno en el que serían felices y comerían perdices. Al fin y al cabo, los cortes que tenía en la piel eran relativamente superficiales. Las marcas mentales, sin embargo, eran muchísimo más profundas.

Y los inmortales resultaban especialmente satisfactorios en aquel aspecto, porque, mientras el cerebro aguantara, la memoria también lo haría, lo que significaba que podía dejar cicatrices eternas tras de sí.

Devina le echó un vistazo a la pared de kilómetros de altura y pensó en su terapeuta y en el trabajo que estaban haciendo juntas. Aquél era un campo que estaba más allá de su «recuperación» y la situación con Jim demostraba una vez más lo útil que le resultaba su pequeño problema de acaparamiento.

Una nunca sabía lo que podía necesitar.

Extendió la mano, tiró de la parte superior de una de las formas más exiguas para sacarla de en medio de las otras almas y atraerla hacia ella. Cuando estuvo cerca del suelo, convocó al alma y la vistió con la forma corpórea que había tenido en la Tierra.

Devina sonrió. Algo tan útil en un envoltorio tan insulso e insignificante.

—Jim, hay alguien aquí a quien seguro que quieres ver —dijo al volver a la mesa.

Tumbado en la mesa de Devina, Jim lo dudaba y mucho.

Además, llegados a aquel punto, probablemente lo de ver sería misión imposible.

Ya no notaba el dolor, lo que le facilitaba mucho las cosas. No obstante, a cambio de aquel bendito entumecimiento, su conciencia se había retirado a una oscura esquina de su casa interior. No era que su cerebro estuviera echando una siesta, pero casi: el sentido del oído había llegado al punto del almohadillado, en el que escuchaba todo amortiguado, y tenía un frío de cojones.

Aquellos signos, típicos de una conmoción, le hicieron preguntarse si realmente ella tenía capacidad para matarlo. A Adrian no lo había eliminado, pero ¿habría sido un capricho fruto del afecto?

—Os dejaré solos para que os conozcáis.

La satisfacción de Devina no era una buena señal, considerando que llevaba haciendo todo lo humanamente posible para que se viniera abajo ¿cuánto tiempo? ¿Horas? Seguramente.

Unos pasos alejándose.

El ruido de una puerta al cerrarse.

Silencio.

Pero no estaba solo. Podía sentir una presencia a su izquierda.

Con los ojos cerrados, pensó que había dos cosas que estaban claras: que

Devina no podía haber ido muy lejos y que, fuera lo que fuera con lo que lo había encerrado, estaba muy cerca.

Lo primero que notó fue una respiración débil y entrecortada. La típica del modo de recuperación. ¿Sería la suya propia?

No. El ritmo era diferente.

Volvió la cabeza lentamente hacia aquella cosa y babeó mientras su boca se libraba de lo que no podía tragar por culpa del alambre que le rodeaba el cuello.

Fuera lo que fuera lo que estaba con él, volvió a tomar aire con dificultad. Luego oyó un sutil chasquido.

¿Qué coño era aquello?

Finalmente, la curiosidad lo venció y entreabrió uno de los ojos. O más bien lo intentó. Hizo dos intentos y tuvo que levantar las cejas todo lo que pudo para que el muy cabrón se abriera.

Al principio, Jim no pudo distinguir lo que estaba mirando. Aunque aquel cabello rubio era inconfundible, aquella larga cabellera rubia que le caía sobre los frágiles hombros.

La última vez que la había visto había sido sólo unos días antes, en el baño de Devina.

Y estaba manchada de sangre.

La muchacha que había sido sacrificada para proteger el espejo de Devina llevaba puesta una funda sucia y se cubría los pechos con los delgados brazos mientras una pequeña mano protegía la unión de sus muslos. Milagrosamente, parecía estar en perfecto estado, pero el trauma estaba allí y se reflejaba en sus ojos abiertos de par en par, horrorizados.

Pero aquellos ojos no se estaban fijando en la sala, sino en él. En su cuerpo y en los brillantes y pegajosos restos de todo lo que le habían hecho.

—No... —dijo Jim con una voz demasiado débil, así que intentó meter más aire a través de aquel alambre que le bloqueaba la garganta—. No me... mires. Date la vuelta... Por el amor de Dios, date la vuelta...

Mierda, necesitaba más oxígeno. Tenía que hacerle...

Los ojos de ella se encontraron con los de él. La conmoción y el terror reflejados en su cara le contaron más de lo que necesitaba saber, no sólo sobre lo que Devina le había hecho a la pobre muchacha, sino de lo que le estaba afectando verlo.

—¡No me mires!

Ella se estremeció y retrocedió encogiéndose. Jim recobró su carácter. Aunque no es que hubiera mucho que recuperar; había usado todas sus fuerzas en aquel grito.

—Tápate la cara —le ordenó él con voz ronca—. Date la vuelta y... tápate la cara.

La muchacha levantó las manos y dio media vuelta. Su delicada columna se

marcó contra la funda mientras temblaba.

Jim había estado tirando sin querer de las ataduras durante la pequeña sesión de ejercicio con Devina. Ahora tiró con fuerza.

—Te estás haciendo daño —dijo ella cuando lo oyó gruñir—. Por favor, para.

El dolor le impidió responder y pasó un rato antes de que Jim pudiera hablar algo.

—¿Dónde..., dónde te tiene encerrada? ¿Aquí abajo?

—En... En la... —Tenía la voz muy aguda y, entre palabra y palabra, le castañeteaban los dientes, lo cual explicaba el chasquido que había oído—. En la pared...

Jim miró hacia la oscuridad, pero la luz de las velas formaba un muro luminoso que sus ojos no pudieran atravesar.

—¿Cómo lo hace? —Esperaba que no fuera con cadenas.

Maldita hija de puta, le haría pagar a Devina por aquello.

—No lo sé —dijo la muchacha—. ¿Dónde estoy?

En el infierno. Pero se lo guardó para sí.

—Voy a sacarte de aquí.

—Mi madre y mi padre... —Las lágrimas la interrumpieron—. No saben dónde estoy.

—Yo se lo diré.

—¿Cómo...? —Ella miró por encima del hombro, clavó la mirada en el deteriorado cuerpo de Jim y palideció.

Él negó con la cabeza.

—No mires. Prométeme... que no vas a volver a mirarme.

La muchacha volvió a poner las pálidas manos sobre su hermoso rostro y asintió.

—Me llamo Cecilia. Sissy Barten, con «e». Tengo diecinueve años, casi veinte.

—¿Vives en Caldwell?

—Sí. ¿Estoy muerta?

—Quiero que me hagas un favor.

Ella dejó caer los brazos y lo miró con seriedad.

—Estoy muerta, ¿verdad?

—Sí.

La muchacha cerró los ojos mientras empezaba a temblar de nuevo.

—Esto no es el cielo. Yo creo en el cielo. ¿Qué he hecho mal?

Jim sintió algo caliente en el rabillo de ambos ojos.

—Nada. No has hecho nada malo. Y yo voy a llevarte allí.

Aunque fuera la última puta cosa que hiciera.

—¿Quién eres?

—Soy un soldado.

—¿Como los de Irak?

—Antes sí. Ahora lucho contra la zorra, quiero decir mujer, que te ha hecho esto.

—Creía que la estaba ayudando... Cuando la señora me pidió que le llevara una bolsa, creía que la estaba ayudando... —Tomó aire bruscamente como si intentara serenarse—. Es imposible salir de aquí. Ya lo he intentado.

—Voy a salvarte.

De pronto, la voz de la muchacha se hizo más fuerte.

—Te han hecho daño.

Mierda, ya estaba mirando de nuevo.

—No te preocupes por mí... Preocúpate por ti misma.

Se oyó un sonido como si algo se hubiera caído, o tal vez era una puerta de metal al cerrarse. El ruido resonó e hizo que la niña se sobresaltara y que Jim se desconcentrara. Sin duda, Devina parecería de un momento a otro para devolver a Sissy a su sitio, así que tenía que actuar con rapidez. No sabía cuándo iba a volver allí ni tenía muy claro cómo liberar a su chica.

A Sissy, quería decir.

—¿Es ella? —preguntó Sissy nerviosa al oír pasos a lo lejos—. Seguro que es ella. No quiero volver a la pared, por favor, no le dejes...

—Sissy, escúchame. Necesito que te tranquilices. —La muchacha necesitaba algo en lo que concentrarse, algo para mantenerse cuerda mientras él pensaba en cómo volver a llegar hasta ella. Se estrujó el cerebro para sacarse algo de la manga que la calmara—. Necesito que me escuches atentamente.

—¡No puedo volver allí!

Joder, ¿qué podría darle para que se concentrase?

—Tengo un perro —le espetó de pronto.

Ella dio un respingo, como si estuviera sorprendida.

—¿Ah, sí?

A medida que los pasos se iban acercando, le entraron ganas de cagarse en todo.

—Sí.

—Me gustan los perros —dijo ella en voz baja, mirándolo fijamente.

—Es gris y canela, y muy peludo. Tiene el pelo... —Los pasos se hicieron aún más fuertes y Jim se apresuró—. Tiene el pelo un poco áspero, como si estuviera hecho con las cejas de un viejo, y las patas cortas. Le gusta sentarse en mi regazo. Es cojo y se le nota si corre demasiado rápido y le gusta comerse mis calcetines.

La muchacha se sorbió la nariz y respiró entrecortadamente. Como si supiera lo que se avecinaba y estuviera dispuesta a hacer todo lo posible para aferrarse al salvavidas que él intentaba tirarle.

—¿Cómo se llama?

—*Perro*. Lo llamo *Perro*. Come *pizza* y embutido de pavo y duerme sobre mi pecho. —Más rápido. Tenía que hablar más rápido—. Vas a conocerlo, ¿vale? Vas a sacarlo a pasear a un campo y... ¿Sabes cuando metes un calcetín dentro de otro?

—Sí —respondió con urgencia, como si quisiera lo máximo que pudiera darle—. Una pelota de calcetines.

—Una pelota de calcetines, eso es. —Rápido, rápido, rápido—. Cogerás una pelota de calcetines, se la lanzarás y él te la devolverá. Hace sol, Sissy. Puedes sentirlo en la cara...

—¿Cuándo volverás?—susurró ella.

—Tan pronto como pueda —le respondió él a lo que ahora era un contorno borroso. Los pasos estaban tan cerca que pudo distinguir que el ruido lo hacían unos tacones de aguja muy afilados—. No te olvides de *Perro*. ¿Me oyes? Cuando sientas que no puedes más, piensa en mi perro...

—No me dejes aquí...

—Volveré a por ti...

Las lágrimas surcaban el rostro de Sissy mientras extendía los brazos hacia él.

—¡No me dejes aquí!

En un instante, ella se metamorfoseó y volvió a tener el aspecto que tenía cuando la había visto colgando sobre aquella bañera. La funda desapareció y dejó al descubierto su cuerpo desnudo y mancillado y su cabello rubio enredado y apelmazado por la sangre.

De pronto, miró hacia la esquina del fondo y sus labios manchados temblaron.

—¡No!

Levantó las manos como para protegerse de un golpe y se agachó para apartarse.

Entonces desapareció. Y Devina, la hermosa y malvada Devina, se acercó a la zona iluminada por las velas.

Jim se volvió loco.

Se partió por la mitad.

Se derrumbó como un hijo de puta.

Puso el grito en el cielo por la muchacha. Por aquella chica inocente que había sido apartada de su familia por una demonio, recluida en un agujero de mala muerte y encerrada allí. Y obligada a ver lo que quedaba de un hombre adulto tras haber sido mancillado.

La rabia inundó su interior como una explosión nuclear.

Una luz blanca salió disparada de las cuencas de sus ojos y estalló en la habitación al tiempo que iluminaba las brillantes paredes negras que se elevaban hasta el infinito. La explosión consumió su figura física y lo liberó de las ataduras de Devina haciéndolo volar por el aire en forma de ráfaga de moléculas

dispersas que apagaron las velas y las tiraron de los candelabros.

Se fusionó de nuevo, empezó a girar y salió disparado hacia Devina.

En esa ocasión fue ella la que se protegió del impacto mientras su cabello negro volaba hacia atrás desde su cuero cabelludo y la piel de su rostro ondeaba contra la estructura ósea que había debajo al tiempo que perdía el equilibrio y se caía al suelo empedrado.

Justo cuando la alcanzó, Jim tomó forma de lanza y fue directamente a por el pecho de ella.

Se clavó en su cuerpo e hizo explotar a aquella zorra en mil pedazos que volaron por la habitación. Trozos de piel, marañas de viscosas entrañas y kilos de carne de color rojo oscuro se esparcieron por las paredes de su mazmorra.

Lo único que quedó de ella fue un agujero negro de igual masa y energía que el de Jim, y éste se dispuso a arremeter contra él.

Pero, obviamente, Devina no estaba dispuesta a enfrentarse a una lucha de igual a igual: su ondulante sombra salió de la habitación como alma que lleva el diablo y se escapó por el pasillo.

Joder.

Jim salió corriendo tras ella.

Y se estrelló contra el equivalente metafísico de una casa de ladrillo.

El terrible impacto contra la barrera invisible lo lanzó hacia atrás y se volvió a hacer corpóreo mientras derrapaba por el suelo de piedra sobre el culo desnudo.

Jim se quedó desconcertado unos instantes y, acto seguido, su cuerpo se rindió y cayó de espaldas, absolutamente agotado.

Una vez consumida su rabia, se quedó vacío por dentro y su debilitado corazón empezó a sangrar una fatiga mortal que lo invadió con la eficacia de una mala hierba que echaba raíces y crecía con fuerza. Incapaz de levantar la cabeza, la dejó sobre la piedra y se limitó a respirar mientras percibía levemente el aire infestado del olor a cobre de la sangre fresca y el tufillo acre de las velas que todavía humeaban.

—Sissy —dijo en la oscuridad—. Estoy aquí.

No tenía ni idea de si podía oírlo. No obtuvo respuesta alguna, sólo oyó un sonido escalofriante y empastado. Sin duda eran las almas que intentaban liberarse de su prisión.

No soportaba la idea de que su chica estuviera atrapada allí.

No soportaba que lo hubiera visto así.

Sólo de pensarlo, el dolor lo taladró con la eficacia de una palanca. Dios santo, pobre niña.

De pronto lo invadió la emoción como si de un maremoto se tratase, y desnudo, destrozado y asqueroso, Jim se acurrucó de lado y empezó a llorar con intensidad mientras las lágrimas rodaban, calientes y saladas, por su rostro herido.

A él nunca le había preocupado que le hicieran daño. Jamás. Pero sus puntos débiles... Con sus puntos débiles no podía. Y ya había dos mujeres a las que no había podido salvar: su querida madre y Sissy. Las dos veces había llegado demasiado tarde; las dos veces el daño ya estaba hecho cuando él había llegado.

Con una claridad espeluznante, vio a su madre en el suelo de la cocina de la granja, casi muerta, y a Sissy sobre la bañera.

También vio a la última intentando protegerse de la demonio.

Aquello era demasiado para él. El peso de sus fracasos era demasiado grande para resistirlo. ¿Cuánto tiempo más tenía que seguir luchando?

Entonces oyó que alguien pronunciaba su nombre. Abrió los ojos y sus intensos sollozos amainaron.

Haciendo un enorme esfuerzo, giró la cabeza y alzó la vista.

Allá arriba, a una galaxia de distancia de donde él yacía, vio un punto de luz que se hacía cada vez más intenso. Lo que empezó siendo un diminuto destello de una luz de un árbol de Navidad, creció hasta hacerse del tamaño de una bombilla de veinticinco vatios, luego de sesenta y luego de cien.

Aquel resplandor bajó lentamente hacia él con la calma y la eficacia de una pluma en un día sin viento, de la pelusa del diente de león volando tras el soplo de una boca infantil, de las asclepias mecidas por una brisa suave.

El contraste entre su colosal desesperación y el delicado trayecto de la luz era demasiado grande como para que su mente lo asimilara. Cerró los ojos, dejó de mirar y se abandonó a los escalofríos ocasionales de su cuerpo lacerado.

—Jim.

Una voz masculina se cernió sobre él.

Entreabrió los ojos y vio que la luz se había convertido en un hombre de cabellos oscuros con unas maravillosas alas doradas.

Era Colin. El arcángel. La mano derecha de Nigel.

—Qué pasa, compañero —dijo el tío, arrodillándose—. He venido para sacarte de aquí.

Jim no supo de donde logró reunir la fuerza suficiente para hablar.

—Llévatela a ella en mi lugar. Déjame..., llévatela a ella. A Sissy.

A la chica...

—No puedo hacerlo. Ni siquiera debería estar aquí ahora mismo. —El ángel se inclinó hacia delante y cogió en brazos la figura destrozada de Jim—. Pero te va a hacer falta un poco de tiempo para recuperarte antes de poder al menos sentarte erguido, como para mover el culo y largarte de aquí. Además, la guerra sigue adelante sin ti.

No tenía nada que objetar sobre su nivel de energía, pero, por el amor de Dios, preferiría que se llevara a Sissy a un millón de kilómetros de allí.

—Déjame —gimió.

—Ni lo sueñes. ¿Quieres liberar a Sissy? Vence a Devina. Es la única manera

de rescatar a tu chica de esta pesadilla.

Mientras empezaban a levitar, Jim observó con la cabeza colgando hacia un lado cómo se alejaban metros y más metros, kilómetros, de las paredes negras. Por el camino, la resplandeciente figura de Colin iluminaba la superficie mutante y enmarañada, y las caras apretadas contra la barrera opaca y líquida, como si los que estaban atrapados trataran de verlos, de alcanzarlos, de unirse a la fuga. En todas direcciones se veían manos extendidas que dibujaban formas grotescas, ya que la fuerza de tracción de la prisión era demasiado fuerte para ser traspasada.

¿Dónde estaba su chica? Su chica hermosa e inocente que...

El cerebro de Jim se quedó sin gasolina, el tejido de sus pensamientos se desenmarañó, su conciencia tiró la toalla y cayó en un estado de sueño profundo en la cuna amurallada de su cráneo.

Mientras se desmayaba, su última misiva mental fue una plegaria: que Sissy recordara a *Perro* en aquel lugar infernal y que aguantara hasta que Jim pudiera sacarla de allí.

CAPÍTULO

33



A bajo, en la bodega, con la foto de Jim Heron observándolos desde un expediente, Isaac tuvo la certeza de que los dos miembros de la familia Childe habían perdido la cabeza.

—No está muerto —dijo Isaac, mirando alternativamente al padre y a la hija—. No sé lo que viste ni lo que oíste...

—Estuvo en mi cuarto —aseguró Grier, negando con la cabeza—. Por eso sabía que estabas teniendo una pesadilla. Me señaló el camino para que acudiera a tu lado. Creía que era un sueño, pero ¿por qué iba a imaginarme su cara con tanta claridad?

—Porque lo viste. Anoche en la pelea. Estaba conmigo.

—De eso nada.

Ya, claro. Si aquel tío había estado delante de sus narices.

—Y dices que era un ángel.

—Bueno, parecía que tenía alas.

En teoría, era posible que Heron le hubiera hecho una visita, pero, con aquel sistema de seguridad, si hubiera sido así se habría quedado al otro lado de la

puerta acristalada. Al despertarse desorientada, a Grier le habría parecido que estaba dentro. Y lo de la pesadilla de Isaac había sido una mera coincidencia. ¿Y lo de las alas? Jim Heron nunca había sido un santo, y mucho menos un ángel. Fuera lo que fuera lo que había visto, debían de haber sido reflejos en el cristal. No había otra explicación.

—Te estoy diciendo que está muerto. Tengo rastreadores en Internet para hacer un seguimiento de los nombres de los agentes que conozco y murió de un disparo en Caldwell, Nueva York, hace cuatro días —sostuvo el padre de Grier.

Isaac puso los ojos en blanco.

—No te creas todo que leas. Hablé con ese tío en el jardín de atrás aquí al anochecer. Cara a cara. Confía en mí, está vivo, y lo necesitamos. —Isaac se puso de pie—. Sus colegas están vigilando esta casa mientras hablamos y, personalmente, creo que Heron le ha declarado la guerra a Matthias en plan patrulla ciudadana, así que estoy casi seguro de que podemos conseguir que trabaje con nosotros. Eso si no se lo han cargado ya. Creo que en estos momentos está desaparecido en combate.

—Entonces espero que aparezca porque cuanto más tengas para continuar, mejor. —Childe dio un golpecito a los expedientes—. Deberías plantearte esto esta noche, rellenar los huecos e intentar hacer encajar lo que sabes. Aunque no quieras entregar a tus compañeros, podría ayudarte con tus recuerdos. Voy a subir al baño del pasillo para hacer algunas llamadas desde mi teléfono seguro para organizarlo todo lo más rápido posible.

—Perfecto. Pero no quiero que te acerques a las ventanas ni que salgas de casa.

—Tendré cuidado. —Childe miró a su hija—. Lo prometo.

Mientras el padre de Grier desaparecía escaleras arriba, Isaac comprobó el dispositivo de telealarma. El aparato seguía indicando que había enviado la señal, pero aún no había respuesta. Lo que significaba que, o bien aquella bodega estaba demasiado bajo tierra para recibirla, o que Matthias se estaba tomando su tiempo para volver a ponerse en contacto con él.

Miró a Grier.

—Será mejor que suba un rato por si están intentando ponerse en contacto conmigo.

—¿Y qué vas a hacer si quieren verte ahora mismo?

—Hasta que me entregue, tengo un poco de margen de maniobra. Pero tu padre tendrá que hacer un par de milagros cuanto antes. —Isaac rogó para que Jim Heron se encontrara bien y para que apareciera pronto.

Ella acarició los expedientes con su elegante mano.

—Se le dan bien los milagros. De hecho, son su especialidad. Deberías verlo negociando. —Bajó la vista hacia el archivo—. Yo me quedaré aquí. Quiero ver si reconozco a alguno de estos hombres. Cuando era pequeña, había algunos que

venían a casa y siempre me pregunté quiénes eran.

Cuando ella se calló, Isaac dio un paso adelante, y luego otro más. Rodeó la mesa hasta que estuvo a su lado.

Ella alzó la mirada y él le apartó con delicadeza un mechón de pelo de la cara.

—No voy a preguntarte si estás bien, porque es imposible que lo estés.

—¿Has tenido alguna vez la sensación de que no reconoces tu propia vida?

—Sí. Eso fue lo que me hizo cambiar.

Bueno, aquél había sido el primer paso. Y estaba empezando a creer que ella era el segundo. Y con su padre y Jim Heron... tres era el número mágico. Dios lo quisiera.

—¿Sabes qué? —le confesó ella—. Me alegro mucho de haberte conocido.

Isaac retrocedió.

—Por Dios, ¿cómo puedes decir eso?

—Tú has sido la llave que ha abierto la caja de las mentiras. —Volvió a observar la foto de Jim Heron—. Tengo la sensación de que, sin ti, esto nunca habría salido a la luz. Sólo algo tan terrible...

Grier dejó la frase en el aire y él dio un paso atrás.

—Sí. Ése soy yo.

Ella asintió ausente, mientras pasaba la página y se perdía en los rostros de los hombres que eran iguales que él. De los hombres que habían arruinado a su familia.

Terrible.

¿Estarían allí los agentes que habían matado a su hermano? ¿Habría alguna anotación?

No sabía por qué, pero dudaba que su padre la hiciera pasar por eso.

—¿Te traigo un poco de vino? —le preguntó Isaac antes de irse.

Grier esbozó una sonrisa.

—Estoy rodeada de él.

—Es verdad. —Debería haberle ofrecido café. Agua. Cerveza. Un cambio de aceite. Cualquier cosa que pudiera hacer por ella o proporcionarle para facilitarle las cosas.

Aunque, hablando del tema, había algo que sí podía hacer para mejorar la situación: irse.

—Estaré arriba. —Cuando llegó a la puerta, miró hacia atrás. La vio enfrascada en los expedientes, inclinada sobre la mesa con el ceño fruncido y los brazos sobre el regazo.

Sí, dejarla sola ayudaría bastante.

Se alejó y subió las escaleras de dos en dos hasta la cocina. Se detuvo a los pies de la escalera de atrás y aguzó el oído. Nada. Lo cual era normal, teniendo en cuenta que el padre de Grier se había encerrado en un baño en el que no

podían oírlo.

Joder, no podía creer que fuera a delatar a Matthias. Aunque, por otro lado, la muerte natural era algo demasiado bueno para algunos. Mejor que pudrirse entre rejas o que los iluminaran como el Times Square en una silla eléctrica.

Era casi como si estuviera predestinado a conocer a Grier y a su padre precisamente en aquel momento en que su vida se encontraba en una encrucijada, como si su labor fuera mostrarle una salida mucho más honorable que la que él había planeado.

Aunque Jim Heron también iba a ser importante.

Palpó una de las pistolas y se escabulló por la puerta trasera para salir al jardín.

Esquivó la luz con sensor de movimiento, esperó en las sombras sin hacer ningún ruido y, efectivamente, uno de los colegas de Jim apareció al cabo de un rato. En cuanto le puso los ojos encima, le quedó claro que las vibraciones seguían siendo negativas: el de la trenza tenía los labios apretados y la mirada dura de un hombre que todavía no sabe dónde está un miembro de su equipo.

—¿Jim aún no se ha dejado caer? —preguntó Isaac. Aunque estaba claro que la respuesta era un rotundo no, a juzgar por su expresión.

—Espero que puedas verlo por la mañana.

Isaac le echó un vistazo al reloj.

—No sé si tengo tanto tiempo.

—Pues búscalo.

Para él era fácil decirlo.

—¿Me avisarás si aparece?

El tío asintió una sola vez e Isaac empezó a preocuparse de verdad.

—¿Está bien? —Cuando vio al hombre negar lentamente con la cabeza, Isaac profirió un juramento—. ¿Piensas contarme qué coño pasa? —Silencio—. Por si te interesa, la gente cree que está muerto.

—Lo único que puedo decir es que, ahora mismo, desearía estarlo.

* * *

Adrian se quedó mirando cómo Eddie hablaba con Rothe cerca de la puerta de atrás y, aunque solía ser entrometido como un demonio, le trajo sin cuidado lo que decían.

Nigel. El hijoputa de Nigel.

El honradísimo señor Santurrón.

Que era más que capaz de dejar que el enemigo usara y abusara de su mejor baza, simplemente porque él era demasiado nenaza para remangarse y dejar K.O. a Devina.

Y, mientras tanto, Jim estaría haciendo las veces de saco de arena para un

atajo de cabrones pervertidos.

Por el amor de Dios, ¿cómo podía quedarse de brazos cruzados? Si uno de sus chicos fuera capturado y pudiera liberarle, él haría lo que fuera, sacrificaría cualquier cosa, iría adonde fuera para recuperar al pobre diablo. Y, sin embargo, ¿dónde estaba su jefe? Cenando.

Le daban ganas de meterle a Nigel el postre por el culo.

Adrian se frotó la cara con tal fuerza que casi se lijó la nariz. El problema era que él y Eddie no podían acceder al pequeño taller de Devina a menos que saltaran a través de su espejo o que los llevara ella misma, lo cual implicaba que los soltaría cuando le viniera en gana.

Nunca antes.

Por eso habían acudido a Nigel. Se rumoreaba que los arcángeles podían bajar al infierno en ciertas circunstancias, aunque nadie sabía exactamente qué tenían que hacer aquellos dandis ni cómo funcionaba la cosa. Conclusión: que aquellos cuatro pesos pluma eran su única esperanza.

Como si supiera que estaban tomando su nombre en vano, Colin apareció salido de la nada. El arcángel de cabellos negros se materializó inesperadamente delante de las narices de Adrian.

—¡Joder! —susurró Ad, retrocediendo de un salto y agarrándose a un arbusto que se rompió inmediatamente por la mitad debido al peso de su cuerpo.

Aterrizó como un saco de patatas, pero, en lugar de permanecer allí tirado, se levantó de un salto. Se había quedado con la boca abierta: aquellos chicos no se prodigaban demasiado en la Tierra.

—¿Qué estás...?

—Lo he sacado de allí.

Ad parpadeó como si de pronto no entendiera el idioma que el ángel hablaba. Un momento, ¿acababa de oír que...?

—¿Jim? ¿Estás hablando de Jim?

—Está fuera.

—Pero Nigel dijo...

—No quiero hablar de eso. He sacado al elegido de la guarida de Devina y he dejado al pobre diablo en vuestro hotel, necesita que lo cuidéis.

Eddie se acercó.

—¿Lo has sacado de allí? Creía que Nigel...

—Tengo que irme. —Colin retrocedió y empezó a desvanecerse—. Id a ayudarlo, lo necesita.

—Gracias —dijo Ad en un suspiro, sintiéndose a la vez aliviado y con el estómago revuelto: recuperarse tras una de las sesiones de Devina era una putada. Sobre todo porque los recuerdos eran condenadamente reales.

Colin desapareció mientras negaba con la cabeza, dejando su voz suspendida en el aire como único rastro.

—Era injusto.

—Voy al hotel —anunció Adrian, desplegando las alas para alzar el vuelo—. No pierdas a Isaac de...

Eddie le agarró con fuerza el brazo.

—Deja que yo me ocupe de Jim.

—No.

—No serás capaz, Adrian. —La enorme mano de Eddie lo mantuvo en el suelo mientras le apretaba los huesos y los músculos—. Y lo sabes.

—Y una mierda.

Y dicho eso se soltó, dio tres saltos corriendo y se elevó volando en el aire sumiéndose en la oscuridad en dirección oeste. El vuelo de regreso al lugar en que se hospedaban fue accidentado y escabroso, pero no debido al viento, sino porque, probablemente, el hijoputa de Eddie tenía razón.

Cuando Ad llegó al Comfort Inn & Suites tuvo la tentación de irrumpir en sus instalaciones a través de las paredes, pero decidió no arriesgarse. Dado que su envoltura interna de Kit Kat estaba rota y ondeaba al viento, aterrizó en el césped y entró en el vestíbulo enfurecido. Se sentía demasiado alterado y asqueado como para atravesar sin problemas la madera y el hormigón.

El problema era que sabía exactamente en qué estado encontraría a Jim.

—Buenas noches, señor —le saludó la risueña mujer que estaba tras el mostrador en cuanto entró en recepción. Pero él hizo un gesto displicente con la mano y echó a correr. No había nadie esperando el ascensor, sólo había una pareja con niños y un carrito lleno de maletas registrándose. Pero aunque hubiera sido llegar y besar el santo, no habría sido capaz de esperar a que las puertas se abrieran, así que se lanzó escaleras arriba subiendo los peldaños de dos en dos, y hasta de tres en tres.

Cuando llegó al último piso, el corazón le iba a mil por hora y no sólo por el esfuerzo. No tenía llave de la habitación de Jim, así que cogió la suya y la metió y la sacó de la cerradura de su propia puerta.

Ésta se abrió con un crujido.

—¿Jim? ¿Jim?

El resplandor del baño iluminaba la cama deshecha en la que Eddie y él se habían tirado a aquella chica la noche anterior, además de la ropa que estaba por allí desperdigada.

La puerta que daba a la habitación de Jim estaba entornada y su cuarto estaba oscuro como boca de lobo.

—¿Jim...?

Sabía que el ángel estaba allí. Notaba el olor del humo de las velas, de la sangre fresca y del resto de las cosas.

La urgencia por llegar hasta Jim se evaporó mientras la realidad de lo que estaba a punto de afrontar se le clavó en el pecho, asfixiándolo. Pero no pensaba

dar media vuelta. Aunque era un gilipollas de primer orden y siempre lo había sido, no era ninguna nenaza que diera la espalda a las cosas difíciles.

Adrian se dirigió hacia la puerta que comunicaba ambas habitaciones y se asomó.

—Jim.

La luz procedente del baño que había a sus espaldas dibujó un sendero en la oscuridad total y el haz de luz se detuvo a los pies de la cama del ángel, como si fuera demasiado educada como para mostrar su estado.

Adrian cruzó el umbral y su vista tardó un poco en acostumbrarse a la oscuridad.

—Voy a matar a esa zorra... —juró en un susurro.

Jim estaba tumbado de lado, acurrucado como para conservar el calor corporal y temblaba espasmódicamente. Una manta le cubría el cuerpo enorme y mancillado —sin duda se la había puesto el arcángel— y *Perro* estaba justo al lado de su cara, hecho un ovillo, inmóvil.

Cuando Adrian se acercó, el animal meneó un poco el rabo, pero, en lugar de levantar la cabeza, siguió con el hocico pegado a la nariz de Jim.

Parecía que el ángel respiraba, ya que su pecho subía y bajaba al tiempo que un suave resuello entraba y salía de sus labios cortados. Tenía el pelo enmarañado, la cara llena de sangre y estaba desfigurado porque su cara estaba hinchada como la del muñeco de Michelin.

Adrian se sentó lentamente.

—¿Jim?

Al no obtener respuesta alguna, intentó volver a llamarlo por su nombre un par de veces más. Al final, Jim entreabrió un ojo.

—Eh —susurró Adrian.

Obtuvo un gruñido por respuesta y luego el ojo se cerró y el cuerpo de Jim se estremeció bajo la manta en un gran espasmo.

Si aquello era como lo que Adrian había vivido —y, a juzgar por el aspecto del tío, no le cabía duda alguna— lo que Jim realmente necesitaba era un baño seguido de una ducha. Pero era demasiado pronto para todo ese rollo. Antes tenía que curarse —tenía demasiadas fracturas y moratones como para moverlo—, lo cual era el problema de la naturaleza dual de un ángel: el hecho de ser a la vez real e irreal significaba que al menos a una de tus mitades podían dejarla hecha un Cristo y ésta necesitaba tiempo para recuperarse.

Adrian se levantó y se acercó al radiador que había bajo las ventanas. Lo puso en modo «sauna», se quitó la cazadora de cuero y cerró la puerta que daba a la otra habitación, quedándose allí confinado con él. Luego se tumbó en la cama sobre la fina manta y se acostó con el pecho contra la espalda del ángel para hacerle entrar en calor.

Allí tumbado podía oír el zumbido del radiador y sentir los temblores del torso

y las extremidades de Jim. Éstos se debían en parte al proceso de curación que, en cierto modo, era más doloroso que las heridas en sí, y en parte al frío gélido fruto de la conmoción.

Y también a los recuerdos, sin duda.

Le apetecía rodear a Jim con el brazo, pero a éste le resultaría demasiado incómodo: cuando él había estado en aquella situación, había yacido desnudo porque no toleraba siquiera el roce de una sábana sobre su piel desgarrada.

Al cabo de un rato, la ola de calor del calefactor llegó hasta ellos, y formó un arco voltaico que los cubrió y los empapó. Obviamente, Jim lo notó porque respiró hondo y exhaló un suspiro entrecortado.

Mientras permanecía tumbado al lado del otro ángel, Adrian pensó que debería haberse imaginado que Jim acabaría así y, en cierto modo, así había sido. Sabía que Devina lo deseaba desde su primera misión, desde aquella primera noche en el club de Caldwell. Cuando él se lo había puesto en bandeja y sin la etiqueta de « de ida y vuelta» .

Era difícil no sentirse responsable de aquello.

Difícilísimo.

—Estoy aquí, Jim, —le dijo con voz ronca—. Estoy aquí contigo, tío.

CAPÍTULO

34



A bajo, en la bodega, Grier repasaba los expedientes uno por uno mientras esperaba y esperaba y seguía esperando.

Por fin.

—¿Por qué no me lo contaste? —dijo sin mirar hacia atrás.

Daniel tardó mucho en responder, pero no se fue. Cuando éste andaba cerca, Grier notaba una leve brisa que le rozaba la nuca. Mientras la sintiera, sabía que él seguía allí con ella.

Pensé que lo odiarías. Y entonces ni a ti ni a él os quedaría nadie.

—Así que sabías lo que pasó.

Daniel rodeó la mesa con una mano en la cadera y la otra hundida en el cabello rubio, de forma que sus rizos dibujaron una aureola alrededor de su cabeza.

Yo estaba colocado cuando todo se hundió, así que me pareció divertido que papá apareciera allí con tres tíos vestidos de negro. Me imaginé que era su versión de una intervención, en plan cómic bestia. Pero cuando me clavaron la aguja en el brazo, él empezó a gritar y me di cuenta de que aquello no tenía

ninguna gracia.

Los ojos de Daniel se encontraron con los suyos.

Nunca lo había visto así antes. Para mí siempre había sido una persona fría y distante. Aquella fue la reacción que yo había estado esperando toda la vida, el amor visceral que estaba buscando. Yo era como mamá, no como tú y él. Necesitaba algo más que aquella fría reprobación y lo conseguí, sólo que demasiado tarde. Se encogió de hombros. Al echar la vista atrás, me doy cuenta de que yo era demasiado dependiente y de que él no sabía qué hacer con un hijo que no estaba cortado por el patrón militar. Agua y aceite. Debería haberlo afrontado de otra forma, pero no lo hice.

—Y él tampoco.

No es culpa de nadie. Simplemente... sucedió.

Grier se recostó en la silla, mientras pensaba en la manera en que su familia se había posicionado: ella y su padre en un bando y Daniel y su madre en el otro.

No fue culpa suya, dijo su hermano con cierto tono de dureza que nunca le había escuchado antes. La forma en que terminó... Él gritó, Grier. Y cuando me estaba muriendo, lo oí decir una y otra vez: «Danny, hijo mío... Mi niño...».

Mientras la voz de Daniel se quebraba, Grier sintió la necesidad de levantarse e ir hacia él. Y antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo, se encontró abrazándose a sí misma.

Por favor, no le odies, le dijo Daniel desde la esquina, adonde se había trasladado en un abrir y cerrar de ojos.

—Por favor, no te vayas —replicó ella.

Lo siento, tengo que irme.

Desapareció como si no fuera capaz de reprimir más sus sentimientos y dejó tras de sí un rastro de desesperación en el frío punto en el que había estado.

Grier permaneció de pie un rato, observando el espacio vacío en el que él acababa de estar. Ella y su padre eran de la misma clase y, en su armonía intelectual, habían dejado al resto fuera. Su madre y su hermano se habían entregado a sus adicciones, mientras que tanto su padre como ella se habían dedicado en cuerpo y alma al derecho, a sus carreras profesionales y a sus pasiones externas.

En cierto modo ella lo sabía y puede que aquello hubiera sido, en parte, lo que la había llevado a querer salvar a Daniel. La adicción de su hermano y sus esfuerzos por hacer que la superara habían sido el vínculo que no habían encontrado fuera de la niñez: ella siempre se culpaba a sí misma y, aquella noche, por unos instantes había culpado a su padre.

Ahora estaba enfadada con el hombre del parche en el ojo. Realmente enfadada. Si Daniel estuviera vivo, puede que lo hubieran descubierto todo y se hubieran perdonado los unos a los otros por el pasado. Que hubieran avanzado

hacia algo que su familia sólo había tenido en la superficie. Después de todo, los privilegios, el dinero y el estatus social podían solucionar multitud de problemas, pero no aseguraban que la familiaridad de una postal navideña fuera en realidad algo más que una pose para un fotógrafo una vez al año.

Mientras negaba con la cabeza, regresó a su silla y se quedó mirando los expedientes.

Pensó que Isaac iba a igualar el marcador de su familia. Él desenmascararía a aquel cabrón maniaco que había asesinado a su hermano y que prácticamente había acabado con su padre.

Volvió a hojear las fotografías, esa vez reconociendo a todos los hombres, y a que había pasado las páginas una y otra vez mientras esperaba a que Daniel apareciera. Había aproximadamente un centenar de imágenes, pero eran sólo unos cuarenta hombres en diferentes instantáneas que los reflejaban a lo largo de los años. De todos ellos, reconoció a cinco. O, al menos, había cinco que le sonaban de algo. Aunque era difícil decirlo ya que, en cierta forma, todos se parecían.

La foto de Isaac también estaba allí y volvió a mirarla. Se trataba de una foto robada, cazada al vuelo. Aunque estaba mirando directamente a la cámara, a Grier le daba la impresión de que no sabía que le estaban haciendo una foto.

Dios santo, parecía tan duro. Como si estuviera a punto de matar a alguien.

La fecha de nacimiento escrita bajo su nombre confirmaba la edad que le había dicho que tenía. Además, había un par de notas sobre los países en los que había estado y una línea que Grier leyó una y otra vez: «Necesita una justificación moral». Ella únicamente había visto aquella frase bajo los perfiles de otros dos hombres.

—¿Cómo lo llevas?

Grier se sobresaltó al oír la voz de Isaac y la silla que tenía debajo del trasero chirrió contra el suelo.

—Dios santo, ¿cómo haces eso?—dijo, agarrándose el pecho.

Y es que, a fin de cuentas, habría preferido que no la hubiera pillado mirando su foto.

—Perdona, pensé que te apetecería un café. —Se acercó, dejó una taza sobre la mesa y se dirigió de nuevo hacia la puerta—. Debería haber llamado.

Se detuvo en el umbral y Grier se dio cuenta de que sólo llevaba puesta la sudadera de capucha que usaba como almohada. Debajo del tejido gris se adivinaban sus anchísimos hombros. Y, teniendo en cuenta cómo habían sido las últimas cuarenta y ocho horas, se le veía increíblemente fuerte y centrado.

Ella se quedó mirando el café, pensativa. Muy pensativa.

—Gracias. Y perdona. Supongo que no estoy acostumbrada a... —Un hombre como él.

—A partir de ahora anunciaré mi presencia.

Grier cogió la taza y le dio un sorbo. Perfecto, justo con la cantidad de azúcar que le gustaba. La había estado observando. Había visto en algún momento cuántas cucharadas le echaba sin que ella se diera cuenta y se había quedado con el dato.

—¿Me estabas observando? —Cuando ella levantó la vista, él señaló con la cabeza hacia los expedientes—. ¿Estabas viendo mi foto?

—Ah, sí. —Grier dio unos golpecitos con los dedos sobre la frase—. ¿Qué significa esto, exactamente?

Él se acercó y se inclinó. Mientras miraba fijamente los datos que había bajo su cara, la tensión se hizo palpable en él y su enorme cuerpo se tensó.

—Que tenían que darme una razón.

—¿Para matar a alguien?

Él asintió y empezó a dar vueltas. Fue hacia las botellas de vino, sacó una, miró la etiqueta, la volvió a poner en su sitio y repitió la operación con otra.

—¿Qué clase de razones te daban? —le preguntó, muy consciente de que sus respuestas sobre aquel tema eran realmente importantes para ella.

Isaac hizo una pausa con un burdeos en las manos.

—De las que te hacían pensar que era lo correcto.

—¿Por ejemplo? —Él la miró y ella se quedó sin palabras unos instantes. Su mirada era realmente triste y vacía—. Dime alguna —susurró.

Él volvió a poner la botella en su sitio y avanzó un par de metros por las estanterías de madera.

—Sólo me cargaba a hombres. Nunca a mujeres. Algunos eran capaces de cargarse a mujeres, pero yo no. Y no te voy a poner ningún ejemplo concreto, pero para mí todas esas chorradas sobre afiliaciones políticas no eran suficientes. En cambio, si alguien mataba a varias personas, violaba a unas cuantas mujeres o atacaba a alguien indefenso, la cosa cambiaba. Aunque necesitaba ver alguna prueba con mis propios ojos, como un vídeo, una foto o un cuerpo maltratado.

—¿Alguna vez rechazaste una misión?

—Sí.

—Así que no habrías sido capaz de matar a mi hermano.

—Nunca —dijo sin dudar—. Ni siquiera me lo habrían pedido. Para Matthias, yo era un arma que funcionaba en determinadas circunstancias y sólo me desenfundaba en los momentos oportunos. ¿Sabes? Me di cuenta de que tenía que dejar Operaciones Especiales cuando caí en la cuenta de que yo no era diferente de la gente a la que asesinaba. Seguramente todos habrían tenido la sensación de que las atrocidades que cometían eran justificables, igual que yo. Y eso me convertía en un reflejo de ellos. Aunque, desde luego, cualquier persona objetiva habría estado de acuerdo con mi opinión sobre ellos, para mí no era suficiente.

Grier dejó escapar un largo suspiro, mientras pensaba que él era como ella siempre había creído.

—¿Y eso?—dijo él.

Ruborizándose, supuso que había pensado en voz alta.

—Siempre le decía a Daniel... —Se quedó callada, preguntándose si le quedaba la fuerza suficiente para meterse en aquel terreno—. Le decía que nunca era demasiado tarde. Que las cosas que había hecho en el pasado no tenían por qué definir su futuro. Creo que, al final, había renunciado a sí mismo. Le había robado a mi padre, a mí y a sus amigos. Lo habían detenido intentando asaltar una casa, robando un coche y tratando de atracar una licorería. Así fue como empecé a ser abogada de oficio. Durante los cinco años previos a su muerte, entré y salí de varias cárceles. Tenía la impresión de que a él no le estaba ayudando, pero que tal vez podía ayudar a otras personas. Y así fue, ayudé a mucha gente.

—Grier...

Ella le hizo un gesto desdenoso con la mano mientras su voz se entrecortaba. Acabó llorando. Aquello tenía que acabar, no iba a seguir dándole vueltas a algo que no podía cambiar.

—¿De verdad crees que es el momento de pasar por esto?

Ella le señaló los expedientes e Isaac se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta para apoyarse en el marco.

—En realidad, sólo venía a ver cómo estabas.

En el aire inmóvil, sus ojos entreabiertos la hicieron entrar en calor. Entre su trabajo de asesino a sueldo y su corazón de *boy scout*, Isaac era una contradicción en sí mismo.

Bajó la vista hacia su foto.

—Parece como si estuvieras buscando algo.

—A decir verdad, estaba a punto de subir a un avión. Tenía la sensación de que alguien me observaba, pero no sabía desde dónde. Estaba esperando en una base aérea para ir al extranjero. —Se aclaró la garganta como si intentara barrer aquel recuerdo de su mente—. Tu padre ha desaparecido escaleras arriba. Yo diría que ha estado dos horas al teléfono.

—¿Ya ha pasado tanto tiempo? —Miró el reloj y, al girar la muñeca, se dio cuenta de que tenía el cuerpo entumecido. Estiró los brazos sobre la cabeza y le crujió la columna—. ¿Cómo va todo?

—No lo sé. Antes de acostarse me dijo que conque lo hiciéramos antes de mañana por la noche, sería suficiente. Ha hablado con varios contactos de la CIA, la NSA y el gabinete presidencial, y nos veremos aquí para que yo no tenga que moverme. La pieza que falta es Jim Heron. Aún estamos esperando a que vuelva, aunque, si no queda más remedio, seguiremos adelante sin él.

—¿Has recibido alguna respuesta? De ellos, quiero decir.

—No.

Sintió un cosquilleo de pánico en las costillas que le golpeó el corazón como

una descarga eléctrica.

—¿Aguantarás hasta mañana por la noche?

—Si no queda más remedio, desde luego.

Parecía muy seguro y ella necesitaba creer en aquella confianza: sería una tragedia incommensurable para Isaac que acabaran con él en ese momento, cuando estaba tan cerca de la tan ansiada libertad.

Resultaba extraño que una persona a la que había conocido hacía sólo unos días, fuera de repente tan importante para ella.

—Estoy orgullosa de ti —dijo Grier, pasando un dedo por encima de su fotografía.

—Significa mucho para mí. —Hizo una pausa—. Y gracias por mostrarme el camino. Nunca habría sido capaz de hacer esto sin ti.

—Sin mi padre, querrás decir —replicó ella en voz baja—. Él es el que tiene los contactos.

—No. Tú eres la importante.

Ella frunció el ceño, pensando que era una forma curiosa de demostrarlo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Adelante.

Grier lo miró a los ojos.

—¿Qué posibilidades tienes, siendo realistas?

—¿De salir de esto con vida?

—Sí. —Él se limitó a negar con la cabeza y ella frunció el ceño, mirándolo—. Recuerda que hemos acabado con el rollo ese de proteger a la mujercita.

—El cincuenta por ciento.

Cómo no, aquello hizo que se le pusiera un nudo en la garganta.

—No son muchas.

—¿Quieres comer algo con el café? No soy muy buen cocinero, pero he visto algunos restos en la nevera y sé usar un microondas. —Grier rechazó la oferta, pero él insistió—. Tienes que comer.

—Prefiero acostarme contigo —le espetó ella.

Isaac tosió. En realidad, tosió como si le hubieran dado un puñetazo en la boca del estómago.

—Siento ser tan directa —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Pero, en este momento, los modales están muy debajo en mi lista de prioridades. Y tengo la sensación de que no voy a volver a verte después de mañana por la noche, ya sea porque te pongan bajo custodia federal o porque... —Respiró hondo—. Quiero quedarme con un recuerdo de ti como Dios manda antes de que te vayas. Algo con lo que pueda recordarte físicamente, no sólo mentalmente. Lo de arriba fue aquí te pilló, aquí te mato. Me gustaría hacerlo con los cinco sentidos puestos para poder recordarlo.

Él guardó silencio durante un buen rato.

—Creía que querías olvidarte de esto cuanto antes.

—Pero no de ti. A ti no quiero olvidarte. Aunque no creo que pudiera —añadió, entornando levemente hacia arriba la comisura de los labios.

Al ver que él no se movía, Grier empujó la silla hacia atrás y se puso de pie. Le llevó tres pasos recorrer la distancia que los separaba y, mientras se aproximaba a él, Isaac se enderezó. Luego se atusó la sudadera como si se estuviera poniendo presentable.

Ella se puso de puntillas y le tocó la cara, posando las manos sobre su incipiente barba.

—Nunca te olvidaré.

Él se pasó la lengua por los labios, como si estuviera hambriento precisamente de lo que ella buscaba. Grier lo agarró de la mano y lo atrajo hacia dentro de la bodega, haciéndolo pasar para encerrarse allí juntos.

A diferencia de la primera vez, en la que ella estaba fuera de sí, intentando exprimir al máximo el huracán, ahora se centró completamente en él, en el hombre, y no en su propia excitación.

Aquella vez él era lo principal.

Mientras se inclinaba para besarlo, él posó sus grandes manos sobre sus delgadas muñecas y la apartó con cuidado.

—Esto no ayudó nada allá arriba.

—Sí. Claro que lo hizo. Sólo que no me creíste.

—Grier... —la nombró con un tono entre confuso y desesperado, porque esa vez lo pronunció con todas y cada una de las letras.

—No quiero seguir hablando —murmuró ella con la mirada fija en su boca.

—¿Seguro?

Cuando ella asintió, él se inclinó y apretó sus labios contra los suyos, atrayéndola hacia sí. Aunque estaba excitadísimo y más que preparado para ella, la hizo retroceder.

Antes de que Grier pudiera protestar, oyó el chasquido del cerrojo al encajar en su sitio y, a continuación, aquellas cálidas manos se deslizaron bajo su camisa y acariciaron su caja torácica hasta el final de su espalda. Entonces notó una suave presión que elevaba sus pies del suelo e Isaac la llevó hasta la mesa.

Éste hizo a un lado los expedientes y la tumbó encima mientras le ponía las manos sobre los pechos y se inclinaba sobre ella para mantener sus bocas unidas. En un abrir y cerrar de ojos le había quitado los pantalones de yoga, pero, en lugar de tirarlos, los dejó sobre la silla en la que ella había estado sentada. Muy inteligente. Nunca se sabía si iba a tener que volver a vestirse a todo correr.

Con un sutil tirón, Isaac le puso las caderas justo en el borde de la mesa... e interrumpió el beso para hundirse entre sus rodillas.

A Grier su mirada ya le parecía ardiente de por sí, pero aquello no era nada comparado con cómo la miraba en aquel momento. La escarcha nunca había

sido tan caliente.

Cuando se hizo una idea de hacia dónde se dirigía, Grier se sentó.

—Pero quiero que esto sea para los dos...

—Dijiste que querías tener algo que recordar. —Sus manos se deslizaron hacia la parte superior de sus muslos, apretándolos—. Pues tumbate y déjame hacer.

Su lengua volvió a entrar en acción y, cómo no, la convenció para que aceptara el plan.

—Vamos allá —murmuró Isaac con aquel acento sureño—. Acuestate y deja que te mime. Te prometo ir despacio... Muy despacio.

Sus manos bajaron a la deriva hasta sus rodillas y le separaron las piernas. Y Grier se entregó a él. Siguiendo sus instrucciones al pie de la letra, sintió la dureza de la mesa en los omóplatos, el aire frío en los muslos y un ardor salvaje en la sangre.

Él la miró por debajo de las cejas con cara de ir a comérsela. Y ella estaba preparada para ser su comida.

Isaac bajó la cabeza y, directo adonde ella más lo necesitaba, posó sus labios sobre el sexo de Grier, por encima de las finas bragas de seda que llevaba puestas. Ésta notó un torrente de delicioso calor, extendió la mano para coger los pantalones y, tirando de ellos, se los puso en la boca para evitar gritar.

Pues sí que empezaba pronto. Estaba claro que la cosa iba a ponerse muy escandalosa. Y aunque la puerta de la bodega era gruesa y su padre supuestamente estaba durmiendo, prefería no arriesgarse.

Isaac gimió pegado a ella mientras la acariciaba con la nariz a través de la seda y pasó la lengua sobre la frágil tira que la cubría. Grier maldijo y se arqueó con fuerza arañando con las uñas la madera que tenía debajo, mientras las manos de él se hundían en sus muslos y los dientes de ella mordían el algodón. Y, de pronto, ya no había nada separándolos. Su boca estaba sobre la seda y, al instante siguiente, notó un tirón en las caderas y oyó el sonido de la tela al desgarrarse cuando las bragas sucumbieron.

Dios... Su lengua húmeda se deslizó en su interior y se introdujo hacia arriba arbiéndola, poniendo en contacto las dos superficies escurridizas.

Iba realmente lento.

Con sus enormes manos asegurando sus caderas y sujetándola, se tomó su tiempo para besarla y lamerla con su lengua mágica, sólo reemplazada por la caliente y firme presión de sus labios, que la absorbían. Isaac no dejó de mirarla durante todo el rato, observando cómo sus pechos se elevaban mientras ella se retorció bajo su boca.

De pronto, como si necesitara tocar lo que estaba viendo, volvió a meter las manos bajo su camisa para ir hacia aquello que parecía tenerlo cautivado. Desabrochó el cierre delantero del sujetador y tomó posesión de ella en ambos

lados, mientras le frotaba los pezones con los pulgares.

Grier empezó a jadear con la boca abierta y, justo cuando estaba al borde del orgasmo, Isaac retrocedió unos centímetros y se lamió los brillantes labios.

—Córrete para mí —dijo—. Quiero sentirlo.

Y volvió a pegarse a ella una vez más, mientras la penetraba con la lengua. No necesitó nada más. Su liberación la estremeció, extendiéndose desde su sexo para adueñarse de cada centímetro de su cuerpo. Mientras la espiral de chispas la consumía, oyó gemir a lo lejos a Isaac, como si éste estuviera sintiendo su tenso placer en sus propias carnes.

Pero no se detuvo allí. Continuó dibujando movimientos enortijados con la lengua, lamiéndola, succionándola, abriéndole aún más las piernas, sujetándola mientras grababa todo aquello en la memoria de Grier tanto como lo estaba haciendo en su sexo. Ella nunca olvidaría aquello.

Uno de sus largos dedos, o tal vez eran dos, se deslizaron dentro de ella y la presión unida a la dilatación la envió de nuevo directamente al borde del abismo. Mientras se disparaba otro orgasmo, Grier le apretó con fuerza los antebrazos hundiéndole las uñas en la piel mientras su columna se retorció y aquella explosión de placer la inundaba por completo.

Aun así, él no se detuvo.

Estaba caliente y era salvaje e implacable.

Era un amante que nunca jamás lograría olvidar.

Y mucho menos superar, se temía.

* * *

Santo cielo...

Isaac levantó la vista de entre las piernas de Grier y rozó el clímax sólo con verla. Estaba desatada, con los restos de sus bragas blancas alrededor de las caderas, la camiseta negra alrededor del cuello y las dos mitades del sujetador colgando a los lados. Tenía los pechos duros, los rosados pezones y el rostro enrojecidos y su vientre se contraía y se relajaba mientras se frotaba contra él.

Los pantalones en la boca eran uno de los puntos más sexis de todo.

Y su sabor le ponía aún más.

Isaac podría haber seguido allí horas, pero a cada segundo que pasaba se arriesgaba más a que los interrumpieran, y quería acabar aquello como era debido.

Se incorporó, se inclinó sobre ella y le dobló las rodillas sobre el pecho mientras su polla se agitaba al borde del orgasmo al ver el brillante sexo de ella hinchado y abierto para él. No se quitó los pantalones, simplemente se los bajó lo justo para liberar su erección, cuyo extremo dejó escapar una lágrima cuando él pensó adónde se dirigía. Se pasó la mano sobre la boca húmeda y se la llevó al

extremo del miembro viril para humedecerlo aún más antes de curvarse sobre el final de la columna vertebral y penetrarla.

Mientras empujaba, observó el punto por el que estaban unidos y vio cómo Grier se abría para recibir a su grueso miembro, gimiendo mientras él la penetraba más y más profundamente para acomodarse en su interior.

—Jod... —Su lado caballeroso se tragó el taco, pero el troglodita que había en él no pudo evitar seguir hablando—. Estás preciosa... Quiero dejar huella... en ti.

Sus ojos se clavaron en los de ella mientras empezaba a moverse hacia dentro y hacia fuera, adentro y afuera... Luego se echó hacia atrás para ver el punto donde ambos se fusionaban y donde su brillo le tensaba las pelotas. Se inclinó hacia sus pechos, se metió uno de los pezones en la boca y empezó a lamerlo hasta que el ritmo de la parte de abajo hizo que seguir centrándose en ella fuera imposible. Había dicho en serio lo de ir despacio, pero su buena intención no duró mucho. El sexo tenía un ritmo propio y la mesa no tardó en gemir bajo la fuerza de sus arremetidas. Tuvo que agarrar a Grier por la cintura para sujetarla donde quería que estuviera.

Cuando ella se tensó bajo él, Isaac se corrió también violentamente, apretando con fuerza los dientes para no hacer ruido mientras cerraba con fuerza los párpados a pesar de que quería verle la cara, ya que lo que le estaba haciendo la había llevado de nuevo al orgasmo.

Mientras su cuerpo se estremecía dentro de ella, llenándola, se sintió tan saciado como un hombre en el desierto después de haber bebido un trago de agua.

Pero aún no había terminado con ella, ni mucho menos. ¿Quería recuerdos? Pues los tendría.

Sin separarse de Grier, le arrancó los pantalones de la boca, la cogió en brazos, acercó sus labios a los suyos y la besó intensamente mientras la levantaba sin problemas de la mesa. La apoyó contra la pulida puerta, la agarró por los muslos y empezó a moverse una vez más. Entre las manos de Grier enredadas en su pelo, el calor abrasador y aquella enérgica urgencia que se había apoderado de él otra vez, los besos no se prolongaron demasiado y él no duró mucho más que la fusión de sus labios. Se corrió con violencia dentro de ella, desplomándose contra Grier mientras el orgasmo de ésta lo absorbía.

No podía permitirse el lujo de esperar para recuperarse, porque era consciente del peso que Grier estaba soportando, de que le estaba aplastando la espalda contra una superficie dura y de que su padre estaba en casa...

Putas razones.

Isaac la bajó lentamente hasta que sus pies tocaron suelo y, al deslizarse fuera de ella, no le hizo la menor gracia notar el aire frío en la polla. Su sexo era mucho mejor. Muchísimo mejor.

Mientras la besaba, la forma en que los labios de ella se movían sobre los

suyos le reveló que, en un mundo diferente, en otras circunstancias, sin duda aquello habría sido un comienzo para ellos, a pesar de todo lo que debería separarlos como la familia, el dinero y la educación.

Pero, desde luego, aquélla no era su realidad.

—Voy a por algo para limpiarte —le dijo en voz baja mientras se volvía a colocar los pantalones.

Después de besarla de nuevo, se escabulló por la puerta y, tras dejarla allí dentro, se detuvo y agachó la cabeza.

Le había mentido.

Sus posibilidades ni se acercaban al cincuenta por ciento: no cabía la menor duda de que Matthias acabaría con él. La pregunta era cuánto podría contarles a los oídos adecuados antes de que su antiguo jefe saliera de las sombras y lo reclamara. Si algo tenía claro del jefe de Operaciones Especiales, era que Matthias nunca se daba por vencido. Jamás. Y aunque el mundo se estuviera desmoronando a su alrededor, obtendría su venganza. Fuera como fuera.

Sin embargo, aquello no iba a evitar que Isaac aprovechara la oportunidad para airear sus secretos a los cuatro vientos.

Mucho mejor morir después de haber intentado hacer lo correcto y que su chica pensara que era un poco menos malo.

Muchísimo mejor.

CAPÍTULO

35



Mientras el sol matutino se despertaba en su cama de nubes y vertía los resplandecientes rayos sobre Caldwell, Nueva York, dos niños de doce y nueve años se dirigían andando al colegio. Y ninguno de ellos estaba en absoluto impresionado por aquel « esplendor primaveral », fuera lo que fuera eso.

Sin embargo, su madre no paraba: que si el esplendor primaveral por aquí, que si el esplendor primaveral por allá... Bah. Lo que le importaba a Joel Mason era la gimnasia. Normalmente, los lunes tenía gimnasia, pero ese día tenían una asamblea especial. Así que, por mucho « esplendor primaveral » que hubiera en la calle, el caso era que él seguía teniendo por delante un día de colegio sin ningún aliciente.

Por otra parte, como a Tony, su hermano pequeño, le gustaban más las asambleas que la gimnasia, estaba exultante. Pero él era un *friki* que dormía rodeado de libros, así que ¿qué iba a saber él? Tenían que recorrer ocho manzanas para ir de casa al colegio y el camino no era nada de otro mundo. Bajaban por la calle St. Francis y pasaban por delante de la iglesia y de algunas cosas más. Se suponía que tenían que ir todo el rato por la derecha, porque en el

lado izquierdo había una gasolinera en la que entraban y salían un montón de coches. También se suponía que tenían que pararse en todos los cruces, algo que Joey hacía siempre, normalmente agarrando a Tony por el cuello de la camisa para evitar que éste se metiera delante de un coche. Tony siempre caminaba leyendo un libro, al igual que comía leyendo un libro, iba al baño leyendo un libro y se vestía leyendo un libro.

Menuda estupidez. Era una estupidez como una casa porque, si no mirabas alrededor, te perdías muchísimas cosas. Como aquel coche tan guay al que se estaban acercando. Era de color negro, tenía las ventanillas negras y en la matrícula tenía un número: el 010. Nada más, ni una letra. Joey miró a su hermano y le quedó claro que éste ni se había fijado.

Él se lo perdía.

Aquello parecía uno de esos trastos de la poli.

A medida que se acercaban, agarró a su hermano por el cuello de la camisa y le dio un fuerte tirón. Tony no cuestionó la parada: se limitó a pasar otra página. Seguramente pensó que estaban en un cruce.

Joey se inclinó un poco e intentó ver qué había dentro, preparado para que saliera alguien de uniforme y les gritara por meterse donde no los llamaban. Pero como no veía y no sucedía nada, ahuecó las manos y las puso contra el frío cristal.

Retrocedió de un salto.

—Creo que hay alguien dentro.

—No —dijo Tony sin levantar la cabeza.

—Que sí.

—Que no.

—Que sí. ¿Y tú cómo lo vas a saber?

—Que no.

Estaba claro que Tony no sabía de qué estaban hablando, así que la discusión podía durar eternamente. Y entonces él y su hermano pequeño llegarían tarde a clase y lo castigarían.

Otra vez.

Pero...

Qué guaaaaayyy sería que encontraran un cadáver ¡y justo delante del tanatorio McCreedy!

Joey dejó caer la mochila llena de libros y apartó a su hermano del coche levantándolo y posándolo en otro sitio.

—Esto es peligroso. No quiero que te pase nada.

Por fin, aquello hizo que Tony levantara la vista del libro.

—¿De veras hay alguien dentro?

—Quédate ahí.

Era el tipo de frase que su padre habría dicho y Joey se sintió mayor al

decírla. Sobre todo cuando vio que Tony asentía y estrujaba el libro contra el pecho. Aunque así era como tenía que ser: Joey pronto cumpliría trece y era el que mandaba cuando no había nadie más. Y a veces hasta cuando había más personas cerca.

Volvió a ahuecar las manos, las puso de nuevo contra el cristal y volvió a intentar ver algo más allá de la oscuridad.

—¡Es un pirata!

—Estás mintiendo.

—De eso nada.

Un coche aminoró la marcha delante de ellos y una mujer bajó la ventanilla: era la señora Alonzo, la vecina de enfrente.

—¿Qué estáis tramando, chicos?

Como si no hicieran más que travesuras.

Por una parte, Joey quería que se fuera y que le dejara hacerse cargo de la situación. Pero por otra, quería darse importancia.

—Ahí dentro hay un tío muerto.

Se sintió muy importante al ver que ella se ponía toda pálida y nerviosa. Caray, si llega a saber lo que iba a pasar, se habría apurado más a salir de casa. Aquello era mucho mejor que la gimnasia.

Hasta que Tony tuvo que meter la pata.

—¡Es un pirata!

De pronto, la señora Alonzo dejó de parecer una persona mayor asustada.

—Un pirata.

Su hermano era un coñazo, pero Joey no estaba dispuesto a perder a su público. Los piratas eran cosas de críos. Pero un tío muerto en un coche era un asunto de mayores, y aquello era lo que a él le interesaba.

—Mírelo usted misma —dijo.

La señora Alonzo paró el Lexus delante del coche negro sin identificar y se bajó. Sus altos tacones repiquetearon como los cascos de un poni sobre la carretera.

—Ya basta, chicos. Subid al coche, os llevaré al colegio. Vais a llegar tarde. —Le tendió el móvil a Joel—. Llama a tu madre y dile que os voy a llevar. Otra vez.

Y es que aquello pasaba mucho. La señora Alonzo era una mujer de negocios que tenía la oficina cerca del colegio y, como ellos llegaban tarde muchas veces, ella solía llevarlos a menudo. Pero aquella mañana era diferente.

Joey se cruzó de brazos.

—Tiene que mirar por la ventanilla.

—Joey...

—Por favor. —Otra cosa de mayores: el rollo ese del por favor y del gracias.

—Está bien. Pero subid al coche.

La señora Alonzo se acercó corriendo mientras refunfuñaba algo sobre un taxi. Y Tony, que siempre obedecía, se fue con su libro al asiento delantero del coche. Aunque seguía interesado en lo que pasaba, porque dejó la puerta abierta y el libro de *Diario de Greg. Días de perros*, pegado al pecho.

Joey no se movió.

Normalmente, se habría enfadado porque Tony hubiera pillado el mejor asiento: los hermanos mayores iban delante, los bebés detrás. Pero en aquel momento había cosas más importantes, así que se quedó donde estaba, en la acera, sin usar el teléfono que tenía en la mano.

Estaba pensando en lo que había visto, cuando la señora Alonzo retrocedió de un salto tan rápido que casi se mete en medio de los coches y una furgoneta tuvo que pitarle y esquivarla por los pelos.

Salió corriendo y le arrancó el teléfono y el brazo.

—Sube al coche, Joey.

—¿Qué es? ¿Un tío muerto? —Jo, ¿y si era un pirata? ¡Mierda!

La señora Alonzo se llevó el teléfono a la oreja mientras lo arrastraba hacia el Lexus.

—Sí, es una emergencia. Hay un hombre en un coche delante del tanatorio McCready en St. Francis. No sé si le pasa algo, pero está en el asiento del conductor y parece que no se mueve. Hay niños pequeños conmigo y no quiero abrir la puerta... De acuerdo...

Niños pequeños. Dios, odiaba aquel rollo de los niños pequeños. Al fin y al cabo había sido él quien había encontrado a aquel tío. ¿Cuántos mayores habrían pasado por allí andando de camino al trabajo y no lo habían visto, los muy tontos? ¿Y en bici? ¿Y corriendo?

Aqué! era su fiambre.

—Mi nombre es Margarita Alonzo. Sí, me quedaré aquí hasta que llegue la ambulancia y la policía.

Vale. Joey pensó que aqué! era oficialmente la mejor mañana de la historia de su vida mientras saltaba al asiento de atrás, que resultó ser desde el que mejor se veía.

Mientras la señora Alonzo subía y bloqueaba las puertas, se los imaginó a los tres esperando allí hasta el mediodía, o hasta la una. A lo mejor les compraban un Happy Meal para comer. Ojalá la policía no se diera prisa...

Y entonces la señora Alonzo se puso a hablar y pasó lo peor que podía pasar.

—¿Sarah? Estoy con tus niños y están bien. Pero hay un pequeño problema y necesito que vengas a recogerlos.

Joey recostó la cabeza sobre el brazo.

Con la suerte que tenía, seguro que su madre salía zumbando y llegaba allí antes de que se enterara de quién era el pirata que estaba sentado en el asiento de delante de aquel coche.

Menuda ruina.

Y seguramente llegarían al colegio a tiempo para la asamblea.

* * *

Matthias dormía en el asiento del conductor, soñando una y otra vez con la noche en que Jim Heron le había salvado la vida. Los hechos que habían desembocado en el episodio de la bomba y en el largo y doloroso camino de recuperación de una salud relativa, se repetían una y otra vez en un bucle sin fin en su cabeza, como si la aguja de su tocadiscos mental estuviera atascada.

Matthias había hecho que Jim Heron lo acompañara a aquella choza abandonada y polvorienta en calidad de testigo, porque no había nadie en la comunidad de Operaciones Especiales cuya palabra tuviera más peso y credibilidad que la suya. La idea era que el soldado dejara sus restos esparcidos por la arena y volviera a casa para contarles a los demás que se había producido un terrible accidente, ya que, si cualquier otra persona hubiera presentado un informe como aquel, habrían dado por hecho que él era el asesino. Sin embargo, aquél no era el caso de Jim. Él actuaba sin tapujos en un mundo lleno de recovecos y nunca había tenido ningún problema en asumir las consecuencias de sus actos, correctos o no.

Aquello demostraba que, después de todo, Matthias no era tan malo. Al menos no le había endosado su suicidio a otro.

Claro que también podía haberse volado los sesos en cualquier baño, pero él era un suicida con orgullo. Lo de autoadministrarse una dosis letal de plomo era para los débiles. Mucho mejor hacer saltar por los aires cuatro paredes de piedra y ser llorado como el recio combatiente que siempre había sido.

El orgullo, no obstante, tenía su precio: en lugar de dejarlo tirado en la arena, aquel chupapollas de Heron lo había salvado... y había descubierto su pequeño secreto. El artefacto explosivo había tenido la culpa. Mientras Matthias yacía en el suelo, sangrando como un cerdo degollado, Jim había buscado los restos de la bomba y los había reconocido como lo que eran. Es decir, como una de las suyas.

El muy hijoputa había cogido los fragmentos, se los había guardado en el bolsillo y se había quitado el cinturón. Luego le había hecho un torniquete en la pierna, lo había levantado y había empezado a mover el culo. Tenía un cabreo monumental y estaba claro que lo de salvarlo había sido mitad castigo, mitad conveniencia. Ambos apremiantes. Aquel cabrón había caminado, caminado y caminado hasta que Isaac Rothe había aparecido entre las dunas con un Land Rover.

Las exigencias de Jim habían llegado semanas después, en un hospital de Alemania. En aquel momento, la cabeza de Matthias no era más que un enorme

globo aerostático lleno de agonía y se estaba acostumbrando a vivir con un solo ojo. Heron se había sentado al lado de la cama y había fijado sus condiciones: fuera, libre y limpio. O le iría con la historia y los restos de la bomba a la única persona que podía hacer algo al respecto.

«Hola, señor presidente» .

Ironías de la vida, de haber sido cualquier otro soldado, cualquier otro ser humano corriente y moliente, a Matthias no le habría preocupado la amenaza. Pero Jim Heron, el bueno de Zacharias, era el típico hijo de puta en quien la gente confiaba. Los fragmentos de una puta bomba podían falsificarse, pero la credibilidad de un tío honesto era absolutamente incuestionable.

Además, era imposible seguir siendo el jefe si la gente creía que ya no tenías cojones para el trabajo.

Llegados a ese punto, Matthias se había sentido acorralado y le había dicho a Heron que hiciera lo que le diera la santa gana.

Luego la idea del suicidio había vuelto a rondarle la cabeza y había empezado a plantearse seriamente. Pero el segundo de a bordo había aparecido justo a tiempo, como si el tío adivinara por dónde iban los tiros.

Un hombre muy persuasivo, por cierto. De hecho, aunque fuera Jim el que lo había salvado físicamente, en cierto modo el segundo de a bordo había sido quien lo había devuelto a la vida.

Aunque el renacimiento había tenido sus consecuencias: casi inmediatamente, Matthias había abierto los ojos —o el ojo, mejor dicho— y se había dado cuenta del error que había cometido al permitir que Heron se fuera. Aquel soldado andaba por ahí suelto con demasiada información y no podían correr aquel riesgo.

El segundo de a bordo estaba de acuerdo y estaban a punto de poner la maquinaria en marcha para que se produjera un « accidente », cuando Jim había llamado buscando información sobre una tal Marie-Terese Boudreau. En el momento justo. El plan había sido hacer que Jim eliminara a Isaac a cambio de la información que él quería... y luego cargarse a Jim.

Sólo que alguien se había hecho con Heron antes que él.

La Muerte. Jim estaba muerto. Matthias había visto el cadáver con sus propios ojos. Y aun así, de alguna manera tenía la sensación de que había hablado con él. Sí, había soñado que hablaba con Jim Heron.

Matthias se despertó con la pistola en la mano sin el seguro puesto y encañonando a un tío blanco con un uniforme azul marino que, a juzgar por la ganzáa que tenía en la mano, había forzado la cerradura para abrir la puerta del coche.

El auxiliar médico se quedó inmóvil y levantó las manos.

—Sólo quiero ayudarte, tío.

Probablemente decía la verdad. Pero maldito fuera, el compañero de aquel

tío sin duda estaba llamando a la policía en aquel momento y holgaba decir que a Matthias no le convenía en absoluto tener ningún tipo de enfrentamiento cara a cara con un civil.

Bajó el arma.

—Soy un agente federal. —Metió la mano en el abrigo y decidió sacar a relucir su identificación del FBI, que era legítima hasta cierto punto.

El auxiliar médico se inclinó dentro del coche y entrecerró los ojos mientras miraba la fotografía plastificada, el nombre falso y el emblema real como la vida misma.

—Lo siento, señor. Recibimos una llamada...

—No pasa nada. Me he hecho tres días del tirón hasta la frontera canadiense y ahora voy de camino a Manhattan. Salí de la Northway para comer algo sobre las cuatro de la mañana, pero no había nada abierto y necesitaba dormir un poco. Ya sabe cómo es esto.

—Me puedo hacer una idea.

Y patatán, patatán, bla, bla, bla...

Cuando la policía apareció, introdujeron la identificación en el sistema y ¡tachán!, verificado. Se tragarón la historia de la misión secreta y lo de la parada para descansar y pasó de ser un criminal a un tío digno de admiración.

Menuda panda de gilipollas.

Después de deshacerse de ellos, él también se fue y sacó el teléfono. Tenía varios mensajes de voz y una alerta prioritaria.

Vaya, vaya, al parecer Isaac Rothe había decidido entregarse y se encontraba en casa de su querida e inteligente abogada defensora. Perfecto. Aunque podían habérselo cargado en la cocina de Grier Childe si no quedara más remedio, aquello iba a facilitar mucho las cosas.

Matthias llamó al segundo de a bordo y, mientras el teléfono sonaba, pensó en cuántas veces había tenido aquella conversación: «Adelante. Ve a por ese cabrón. Líquídalo. Ocúpate del cuerpo».

Muchísimas.

El dolor del lado izquierdo del pecho volvió al ataque, pero lo ignoró.

—¿Sí? —respondió el segundo de a bordo.

—Tienes a Isaac Rothe en bandeja.

No hubo ni un segundo de silencio.

—¿En la casa de Beacon Hill?

—Sí. Ve a por él ahora mismo.

—Estoy en otro Estado.

—Pues vuelve a éste y ve a buscarlo. Ya estás tardando.

—A la orden. ¿Adónde quiere que lo lleve?

Buena pregunta. Isaac no era conocido por protagonizar grandes fugas. Su reputación se debía al hecho de llevar a cabo asesinatos limpios y rápidos en

circunstancias fuera de lo común. Pero en los trabajos como el suyo era imposible tener éxito si no se era una persona con recursos.

—Retenlo en la casa hasta que yo llegue —señaló Matthias bruscamente.

Al analizar la situación, el instinto le dijo que convenía hacer un cambio de estrategia. Después de todo, Grier Childe y su padre podrían interponerse y nada captaba más la atención de un civil que presenciar un asesinato. El viejo Albie era muestra de ello.

Por alguna razón, la voz de Jim Heron irrumpió en su cabeza. No decía nada en concreto, pero Matthias percibió el tono de súplica persistente y solemne que le hizo sentir que tenía que detener todo aquello y... ¿hacer qué, exactamente?

—¿Hola? —inquirió el segundo de a bordo, como si hubiera hecho una pregunta a la que no le hubiera respondido o como si Matthias se hubiera quedado en silencio un buen rato.

—No quiero que lo mates —se oyó decir Matthias a sí mismo.

—Entiendo. Quiere hacerlo usted mismo —añadió con tal satisfacción que parecía que ése había sido el plan desde el principio.

Sin razón alguna, el procesador central de Matthias comenzó a echar chispas y humo, al tiempo que de su cabeza entraban y salían imágenes sin parar dando lugar a una locura de batiburrillo que le hizo pensar en unos dados rodando por una mesa de fieltro. Entonces, en medio del caos, vio cómo dos agentes vestidos de negro levantaban a Alistair Childe de una alfombra mugrienta mientras a su hijo le inyectaban suficiente heroína como para dejar grogui a un elefante.

Danny... Danny, hijo mío... Como aquella canción irlandesa de borrachos, sólo que cuando un padre gritaba con voz ronca aquellas palabras, no sonaban en absoluto musicales.

—Jefe —interrumpió el segundo de a bordo—. Conteste. ¿Qué está pasando?

Aunque la pregunta fue formulada con voz serena, estaba impregnada de falso pragmatismo. Sin duda, al soldado le preocupaba que le patinaran de nuevo las neuronas. Como había sucedido dos años antes, iba a tener que volver a arrastrar a Matthias para ponerle las botas militares.

—No lo mates —repitió éste—. Es una orden.

—Lo sé, lo hará usted. Será suyo. Usted se hará cargo de él.

Por un instante, a Matthias se le pasó una ineludible y tentadora idea por la cabeza.

—No —le espetó mientras volvía a la realidad—. No lo haré.

—Sí, debe...

—Limítate a cumplir la puta orden sin rechistar o encontraré a otro que lo haga.

Y, con un juramento, colgó, respondió a la señal de Isaac y luego intentó encontrar tierra firme en su interior para mantenerse en pie. Joder, de repente tenía la sensación de que tenía dos voces diferentes en la cabeza que no sólo

tiraban de él en direcciones opuestas, sino que ni siquiera eran suyas. Por suerte, la respuesta de Rothe interrumpió el tira y afloja.

—Matthias —dijo aquella voz familiar.

—Isaac. ¿Cómo estás?

—Dónde y cuándo.

—Siempre tan directo. —Matthias presionó con la rodilla la parte inferior del volante para que el coche siguiera en la carretera, mientras se masajeaba el lado izquierdo del pecho para mitigar el dolor—. He enviado a alguien a buscarte, así que quédate ahí.

—Negativo. No pueden recogerme aquí.

—¿Ahora vienes con condiciones? Olvídate.

—No voy a permitir que Grier Childe se vea implicada en esto. Me entregaré mañana a las doce de la noche en un lugar público.

—¿También pretendes decirme cuándo? Que te jodan, Rothe. Si quieres que ella se quede fuera de esto, harás lo que yo te diga. ¿O crees que no puedo saltarme ese sistema de seguridad tan espectacular cualquier noche que se me antoje? —Silencio—. ¿Te sorprende que conozca la existencia de esa maldita cosa? Pues hay otros secretos en esa casa, Isaac. Me pregunto cuántos de ellos conoces tú.

Aquello no estaba nada mal. Aquel toma y daca le estaba sirviendo para aclarar en cierta medida aquella confusa y borrosa palabrería, lo que le recordó la razón por la que Daniel Childe había muerto: la lengua demasiado larga del viejo Albie.

Sintió un subidón de adrenalina que lo espabiló más aún, mientras se preguntaba qué tipo de planes habrían estado tramando Isaac y el capitán retirado mientras él estaba inconsciente al lado de la carretera.

Se aclaró la garganta.

—Tú quédate ahí y, por si su padre te ha dado alguna idea brillante, déjame que te aclare una cosa: como se te ocurra hacer algo que nos haga salir a la luz a mí o a mi organización, le haré cosas a esa mujer tras las que sobrevivirá, pero de las que nunca se recuperará. Y que sepas que mis influencias van más allá de mi propia tumba. —Más silencio—. Has conocido al padre, no lo niegues. Y soy plenamente consciente de que lleva una década intentando recopilar datos del cuerpo de Operaciones Especiales. Nada de ideas geniales, Isaac. Por su bien. O pasaré de ti e iré a por ella. Te dejaré vivir una larga vida, a sabiendas de que tú has sido la razón de su ruina total y absoluta.

—¡Ella no forma parte de esto! —susurró Rothe—. ¡No tiene nada que ver conmigo ni con su maldito padre!

—Tal vez. Pero así es la vida. Te la asigné por una buena razón y el resultado ha sido mejor del que pensaba. Nunca esperé que os involucrarais de forma tan personal, ¿o crees que no oí hasta dónde llegasteis anoche en la habitación de

invitados?—Matthias luchó contra el dolor en el pecho y sintió que se ahogaba—. No me obligues a hacerle daño, Isaac. Me estoy hartando de todo esto, te lo digo de verdad. Quédate ahí, he enviado a alguien e irá en cuanto pueda. Y como ella, su padre y tú no estéis ahí cuando llegue, lo mandaré a buscarla a ella, en vez de a ti. Sigue las instrucciones y nadie más saldrá perjudicado.

Matthias colgó y lanzó el teléfono al asiento del copiloto.

Hizo una mueca de dolor e intentó con todas sus fuerzas mantener recto el volante mientras la agonía tras sus costillas se hacía insoportable. En pleno ataque, se le pasó por la cabeza fugazmente regresar al aeropuerto internacional de Caldwell, pero decidió seguir conduciendo porque necesitaba reponerse y eso iba a requerir tiempo. Y privacidad.

Mientras se apretaba el pectoral izquierdo, se detuvo a un lado de la carretera e intentó respirar a pesar del dolor en el pecho. Pero no le sirvió de mucho y se preguntó si aquél sería el definitivo. El grande. Como el que había matado a su padre.

Miró a través del parabrisas y se dio cuenta de que estaba delante de una iglesia.

Sin saber por qué, apagó el coche, cogió el bastón y salió. Durante años no había hecho nada ni remotamente relacionado con Dios y el hecho de dirigirse cojeando hacia aquellas enormes puertas de doble hoja se le hizo raro en muchos sentidos. Sobre todo teniendo en cuenta lo que lo esperaba en Boston. Pero su segundo de a bordo necesitaba tiempo para arreglar las cosas y Matthias necesitaba aquel ataque al corazón para poner orden y darle una patada en el culo o bien para cerrarle la puta boca.

Dentro hacía calor y olía a incienso y a friegasuelos de limón. Aquel sitio era enorme y había cientos y cientos de bancos que se extendían en tres direcciones desde el altar.

Matthias no fue capaz de llegar hasta el fondo. Se desplomó en un asiento a mitad del pasillo lateral y a punto estuvo de caerse sobre el banco de madera.

Sujetó el bastón entre las rodillas, levantó la vista hacia la cruz... y se echó a llorar.

CAPÍTULO

36



Cuando acabó de hablar con Matthias, Isaac se guardó el transmisor de telealarma en la sudadera. Aunque, en realidad, lo que le apetecía era ponerlo sobre la encimera de granito y aplastarlo con el puño. Y luego, tal vez, quemar los pedazos.

Apoyó las manos en el fregadero, cargó el peso en los hombros y se quedó mirando el jardín trasero. Aunque ya eran casi las ocho de la mañana, estaba muy oscuro porque las casas del barrio estaban muy pegadas las unas a las otras. No tenía ni idea de si los colegas de Jim aún seguían allá atrás y no había ni rastro de éste.

Pero, en aquel momento, Isaac tenía otros problemas.

Joder. En realidad, que Matthias fuera lo suficiente listo como para tener sospechas no era ninguna novedad. Pero el hecho de que diera en el clavo hizo que Isaac se pusiera nervioso, aunque esperaba que simplemente se hubiera echado a adivinar. Si abandonaba ahora, corría el riesgo de que mataran a Grier y a su padre. Y si seguía adelante... era probable que les obligaran a verlo morir. Qué hijo de puta.

—Se han puesto en contacto contigo.

Miró hacia atrás. Grier acababa de darse una ducha y tenía el pelo suelto para que se le secara al aire.

—Isaac. —Sus rasgos se tensaron—. ¿Te han contestado?

—No —respondió él—. Todavía no.

Para que se tragara la mentira, sacó el transmisor y dejó que se balanceara con la esperanza de que ella no se diera cuenta de que la luz estaba apagada.

—¿Esa cosa funciona?

—Sí. —La guardó mientras ella se acercaba—. ¿Cómo está tu padre?

—Hablando otra vez por teléfono en el baño —apuntó Grier, y le echó un vistazo al reloj—. Dios, creía que la noche no acabaría nunca.

—Necesito que Jim aparezca —indicó él mientras ella se ponía a preparar café al lado del fregadero.

—¿Crees que de verdad está muerto?

A aquellas alturas, tal vez.

—No.

Isaac se sentó en uno de los taburetes y observó cómo abría la tapa de la lata de café Hills Bros y ponía el filtro dentro de la máquina. Mientras ella realizaba aquella tarea rutinaria, la luz del sol que le iluminaba la cara hizo que tuviera ganas de llorar. Era tan hermosa.

A decir verdad, no podía creer que hubiera estado con ella. No porque no la mereciera, ni ninguna de esas patrañas. Eso era evidente. Pero todo el sexo intenso y urgente que habían practicado era como un sueño. Ella estaba inmaculada, olía a champú en lugar de al sudor de él, tenía el cabello suave y ya no estaba ruborizada.

Lo dejaba sin aliento. Para él, Grier era la prueba irrefutable de que los sacrificios que la vida exigía merecían la pena. Le bastaba con mirarla y estar en la misma habitación que ella, con guardar los recuerdos que él le había regalado no sólo a ella, sino también a sí mismo.

La idea de que algo pudiera hacerle daño algún día le resultaba simplemente insoportable. Por no hablar de que él fuera la causa de ello.

«Te dejaré vivir una larga vida, a sabiendas de que tú has sido la razón de su ruina total y absoluta».

No era una simple amenaza. No viniendo de un tío como Matthias, que no hacía distinción entre hombres y mujeres. Y le haría daño de formas que harían que Grier fuera incapaz de volver a disfrutar de aquello tan especial que Isaac había compartido con ella abajo, en la bodega.

Por mucho que le doliera, tenía que ser realista: cuando él se fuera, ella encontraría otro amante. Puede que se casara con él, tuviera hijos y envejeciera a su lado. Pero Grier no tendría nada de eso a menos que él se quedara allí plantado y rezara para que, cuando el agente de Matthias apareciera, fuera capaz

de cargárselo y desaparecer rápidamente. Después de todo, era un maldito asesino. Así era como se ganaba la vida.

Una cosa estaba clara: lo de delatarlos se había acabado. No lo haría de ninguna manera. La vida de Grier valía más que su respeto hacia él y fuera lo que fuera lo que su padre había puesto en marcha, podría deshacerse de inmediato con una llamada telefónica cuando las cosas se hubieran calmado: para ellos todo seguiría en pie hasta que Isaac se largase.

¿Y qué pasaba con lo de ser felices y comer perdices? Se entregaría a Matthias y recibiría su castigo, pero lo haría bajo sus condiciones. El padre de Grier perseguía algún fin con aquellos expedientes y Jim Heron o sus chicos serían perfectamente capaces de grabar ellos mismos la historia de todos y cada uno de los asesinatos que Isaac había cometido y guardarían la grabación en una caja fuerte, lo que aseguraría a Grier y a su padre una muerte por causas naturales.

Después de todo, tenía entendido que las confesiones hechas a las puertas de la muerte eran admisibles como pruebas, así que, siempre y cuando Isaac dejara claro que Matthias lo iba a matar en breve, aquello tendría mucho peso en un tribunal, ¿no? O al menos el suficiente como para abrir una puta investigación.

Su testimonio sería el seguro de vida de Grier y de su padre.

En el otro extremo de la habitación, Grier encendió la cafetera. Cuando ésta empezó a sisear, ella se quedó donde estaba, mirándola fijamente.

Empujado por una fuerza a la que no pudo resistirse, Isaac se levantó y se puso detrás de Grier, apoyando el pecho contra su espalda. Ella contuvo la respiración al sentir su cuerpo y, aunque se puso tensa, no se apartó.

Él levantó una mano y tocó las ondas rubias que caían sobre los hombros, pasando las yemas de los dedos sobre ellas. Luego las apartó lentamente hacia un lado, dejando su nuca al descubierto.

Dios, ¿no había tomado ya una decisión?

Había elegido su camino.

—¿Puedo besarte? —inquirió bruscamente. Le pareció caballeroso eso de preguntar primero.

Ella dejó caer la cabeza.

—Claro.

Él se aproximó a su delicioso cuello y posó los labios contra su piel. Aquello no le llegó ni para empezar, pero no se fiaba de sí mismo para ir más allá, ni siquiera para agarrarla por la cintura. Si lo hacía, no pararía hasta tenerla debajo para volver a estar dentro de ella.

—Grier —susurró con voz ronca.

—¿Sí?

—Tengo que decirte una cosa.

—¿Qué?

A veces los sentimientos eran como la locomotora de las palabras y, una vez que ésta echaba a rodar, no había manera de ralentizarla ni frenos lo suficientemente potentes para hacer que se detuviera en seco en las vías de la garganta.

—Te quiero —dijo con más aliento que sílabas.

Pese a todo, ella lo oyó. Por Dios, claro que lo oyó. De hecho, respiró hondo emitiendo un sonido siseante.

Grier se dio la vuelta tan rápido que su cabello giró formando una aureola y, aunque Isaac tenía el corazón a cien, no apartó la mirada.

Ella abrió la boca, pero él le puso el dedo sobre los labios y negó con la cabeza.

—Sólo quería que lo supieras. Necesitaba decirlo una vez. Una sola vez. Sé que no te conozco demasiado ni desde hace tiempo suficiente y tengo clarísimo que no soy el hombre adecuado para ti... Pero hay cosas que necesitan ser dichas.

Lo que no hacía falta pregonar a los cuatro vientos era lo aterrizado que estaba.

Por mucho que quisiera hacer lo correcto, su antiguo jefe lo tenía agarrado por las pelotas: ningún sacrificio era demasiado grande para garantizar la seguridad de Grier. Ni siquiera su propia salvación. Ni la caída de Matthias.

Un discreto carraspeo le hizo levantar la vista. En la ventana que había sobre el fregadero, vio el reflejo del padre de Grier, que acababa de entrar en la cocina. Por respeto a su hija, Isaac retrocedió.

—¿Café, papá? —dijo Grier tranquilamente, inclinándose hacia un lado y cogiendo dos tazas de la alacena.

—Sí, por favor.

Isaac notó que sus ojos se clavaban alternativamente en el uno y en el otro, pero tenía más claro que el agua que no pensaba responder a ninguna pregunta relacionada con aquello.

Y Grier tampoco, evidentemente.

—¿Estamos listos? —preguntó ella.

En lugar de responder, el hombre se volvió a aclarar la garganta. No cabía duda de que se estaba ahogando al tener que tragarse el « aléjate de él » y el « no toques a mi hija ».

Pero no tenía por qué preocuparse. Para lo segundo era demasiado tarde, pero lo primero tenía solución.

—¿Papá? ¿Estamos todos listos?

—Vendrán todos mañana por la mañana...

—¿Mañana por la mañana?

—Ésta es una situación delicada. Tienen que buscar excusas, esos hombres y mujeres no pueden escabullirse sin motivo alguno sin pasar desapercibidos.

Isaac notó que Grier lo miraba fijamente como si quisiera que la apoyara en su decepción, pero lo cierto es que él no estaba de acuerdo con ella.

Al día siguiente era perfecto.

Para entonces ya se habría largado.

* * *

En el Framingham Comfort Inn & Suites, Jim se despertó en su habitación tenuemente iluminada con la sensación de haber tenido un accidente de coche. Contra un tráiler. Sin llevar puesto el cinturón de seguridad.

Estaba en la cama donde había estado durmiendo acurrucado de lado y su cuerpo destrozado había excavado parte del colchón y se había acomodado como un perro esperando la muerte en el bosque. Pero ahora él era inmortal, lo que al parecer significaba que, fueran cuales fueran los daños que le infligieran, se recuperaría de ellos.

Aunque para ello no bastaba un movimiento de nariz al estilo Samantha para que todo quedase reluciente en un santiamén, como en *Embrujada*. El dolor que sentía era muy humano, al igual que la quemazón de las costillas al respirar y los saltos que le daba el corazón como si latiera al ritmo del paso de un borracho. Pero lo peor no era la parte física, sino la psicológica.

Haber dejado a Sissy en el reino de Devina lo estaba matando.

Abrió los ojos y se dio cuenta de que era por la mañana. Encima de la peluda cabeza de *Perro*, los brillantes números rojos del despertador marcaban las siete y cincuenta y dos.

« Hora de levantarse », pensó, dándose la vuelta con cuidado para ponerse de espaldas. A su lado, Adrian dormía como un angelito. Respiraba profundamente y sus ojos se movían tras los párpados cerrados.

Aunque, a juzgar por el ceño fruncido, no se estaba divirtiendo demasiado en el país de los sueños.

Santo Dios, qué noche, pensó Jim. Cuando Colin se había marchado, había dado por hecho que se quedaría solo con *Perro*. Pero entonces alguien entró desde la otra habitación y Jim se imaginó que era Eddie, ya que era al que más le pegaba lo de jugar a las enfermeras.

Pero no. Había sido Adrian el que había entrado y se había quedado con él.

De momento, Jim no tenía fuerzas para enfrentarse a la compasión que le iba a inspirar, así que se enroscó con cuidado en una manta y se puso en pie en silencio sobre unas piernas tan robustas como lápices. Fue cojeando hacia el ordenador portátil, se mareó por el camino y llegó justo a tiempo a la silla. Aunque, joder, el culo le dolía un huevo.

Dejando a un lado el hecho de que tendría que mear como un caballo de carreras, encendió el Dell y esperó impacientemente a que el navegador de

Internet estuviera activo. Para entretenerse, echó un vistazo a las marcas de ataduras que tenía en las muñecas. Ambas dibujaban sendas líneas retorcidas de color rojo vivo, brillantes y en carne viva, y el recordatorio tangible de dónde había estado y lo que le habían hecho atormentó a su mente con una excursión sobre el terreno del estrés postraumático, de la que Jim se negó a firmar la autorización.

Se obligó a centrarse y comenzó a teclear, aunque, como tenía los dedos entumecidos, le llevó una eternidad entrar en la página web del *Caldwell Courier Journal* y buscar en ella a Cecilia Barten.

Apareció un artículo de hacía unas dos semanas y la foto de Sissy hizo que se le iluminara la mirada. Estaba sonriendo a la cámara desde el centro de un grupo de chicos de su misma edad. No había forma de saber cuánto tiempo había transcurrido desde que habían hecho la foto hasta que Devina se la había llevado, pero el hecho de que ni se imaginara lo que le esperaba, hizo que el inestable corazón de Jim latiera aún más a trompicones.

Seguramente era mejor que no lo hubiera sabido.

Se las haría pagar a Devina por aquello.

En el otro artículo que había, decían que una semana después seguía desaparecida y, al verlos a los dos juntos, Jim se dio cuenta de por qué su primera búsqueda en la base de datos había fracasado. Le había pedido al ordenador que buscara chicas rubias asesinadas o muertas, no desaparecidas. Vaya error más gilipollas.

Los detalles coincidían con lo que ella le había contado: era estudiante de primer año del Union College de Albany y estaba en casa, en Caldwell, pasando las vacaciones de primavera. La última vez que la vieron fue a las nueve de la noche, cuando salió para ir al supermercado Hannaford del pueblo.

No había ninguna foto de los padres, pero los encontraría.

—¿La has visto?— preguntó Adrian con voz más bien confusa.

—Sí.— Jim miró fijamente la foto de su chica, que sonreía al lado de sus amigos. Luego parpadeó y vio su cabello rubio manchado de sangre.— ¿Cómo la saco de la pared?

El otro ángel exhaló un suspiro de los que nunca auguraban nada bueno y hacían sufrir.

—No puedes.

—Negativo. Tiene que haber una manera.

—No, que yo sepa.— Se oyó un juramento al que siguió el crujido del colchón y una serie de chasquidos, como si Ad se estuviera estirando—. Ahora vuelvo.

Sus vigorosos pasos se dirigieron hacia la otra habitación, pero Jim ni siquiera se dio cuenta de que se había ido. Sin embargo, cuando el hocico de *Perro* le dio unos golpecitos en la pierna desnuda, miró hacia abajo.

Unos grandes ojos castaños lo observaban desde una cara cubierta de pelo de color pajizo.

—¿Sabes cómo liberarla? Ése no es su sitio. No debería haber acabado allí.

Jim consideró el débil quejido como un signo de que estaba de acuerdo con él... y de que necesitaba salir para ir al baño.

—Dos segundos —dijo, apoyándose para ponerse en pie—. Necesito una ducha.

Jim levantó su peso muerto de la silla, dejó caer la manta y entró en el modesto cuarto de baño. Se encerró dentro, encendió la luz, se puso de pie al lado del inodoro y se preguntó si su polla seguiría funcionando a algún nivel.

El chorro rosa que meó respondió a la pregunta, además de advertirle que tenía los riñones perjudicados.

Cuando acabó, gruñó al inclinarse para darle a la cisterna y luego se giró hacia la izquierda para abrir la ducha. Jabón. Necesitaba más jabón que la pastilla a medio usar que había allí.

Jim se quedó helado al verse en el espejo.

Mal. Muy mal.

Mucho peor de lo que había imaginado.

Tenía los labios morados e hinchados de toda la mierda que le habían metido dentro y el pecho y los abdominales en carne viva. En cuanto a la polla, el maldito miembro le colgaba a la altura de las caderas como si hubiera perdido las ganas de vivir. No quería ni pensar cómo estaría por la espalda.

La palabra era « maltratado » .

A pesar de todo, sólo era capaz de pensar que no soportaba que Sissy lo hubiera visto así.

Mientras giraba el torso sobre la pelvis, recordó la expresión horrorizada de su cara al verlo. Pobre chica. A él lo habían entrenado para aquella mierda. Ya había pasado por ello antes. Bueno, no exactamente por lo que Devina le había hecho pero, desde luego, ya lo habían torturado un par de veces con puños y cuchillos. Hasta con una bala o dos. Pero Sissy...

Consiguió volver al inodoro justo a tiempo.

Su cuerpo se tensó, pero de su boca no salió nada salvo bilis. Los ojos se le llenaron de lágrimas por el esfuerzo.

Maldita fuera, Sissy lo había visto así. Violado, ensangrentado, golpeado...

Volvió a vomitar.

No se dio cuenta del momento exacto en que Adrian entró, porque la tercera ronda de arcadas lo asaltó cuando se percató de que no sabía si ella estaría a salvo de lo que le habían hecho a él. Al fin y al cabo, estaba cautiva. Estaba atrapada en aquel puto infierno. Y, en muchos aspectos, Devina parecía un hombre.

—Toma —dijo Adrian, tendiéndole una toalla pequeña húmeda.

Jim no se podía pasar la toalla por la cara porque le dolía demasiado, así que se limitó a limpiarla con pequeños toquecitos mientras la fresca humedad de ésta actuaba como un bálsamo sobre las ardientes mejillas y los labios abrasados.

Dejó caer la cabeza hacia delante y vio que las heridas que se le habían vuelto a abrir en las rodillas habían dejado unas manchas de sangre fresca sobre las baldosas de color crema.

Ser inmortal no era como estar momificado, eso seguro.

Adrian se sentó a su lado con el rostro lívido mientras miraba al otro lado del váter.

—¿Quieres que te ayude a meterte en la ducha? A mí me ayudó mucho cuando ella...

Sus ojos se encontraron y se miraron de superviviente a superviviente.

—Mierda —dijo Jim con voz ronca, sintiéndose como si le hubieran metido por la garganta un desatascador de tuberías—. Me ha visto así. Sissy ha visto todo esto.

No podía creer que estuviera diciendo aquello, pero le resultó imposible callárselo.

Incapaz de mantener el contacto visual, Jim apretó los párpados y se recostó contra el lateral de la bañera.

—Me ha visto hecho polvo —susurró mientras el agua de la ducha caía como lluvia a sus espaldas y la dureza del suelo le machacaba el trasero.

Y, dicho aquello, el muy cabrón se desmayó.

CAPÍTULO

37



¿Quién iba a pensar que una casa de mil seiscientos metros cuadrados y tres pisos, cuatro contando el sótano donde estaba la bodega, pudiera reducirse hasta parecer una caja de zapatos?

Pero mientras la mañana eterna se convertía en mediodía, Grier empezó a tener la sensación de que necesitaba aire, o pasar un rato a solas con Isaac. Su padre era una presencia que merodeaba por la casa ojo avizor y que parecía invadir todas las habitaciones, incluso cuando no estaba. E Isaac era igual o peor, constantemente de aquí para allá, mirando por las ventanas, yendo y viniendo de la parte delantera de la casa a la cocina.

Alrededor de las dos, no pudo soportarlo más y se fue a ordenar el armario de su habitación. Lo cual era ridículo, porque ya estaba ordenado. Pero encontró un pequeño remedio para eso.

Se puso en medio del cuarto y, tras girar sobre sí misma en redondo para echar un vistazo a las hileras de ropa que estaban colgadas por categorías, quitó todas las blusas, faldas, vestidos, trajes y pantalones de las perchas y los tiró al suelo, en un montón. Supuestamente, iba a reordenar las diferentes secciones,

pero en realidad había montado todo aquel lío para poder recogerlo y disfrutar así de una pizca de sensación de control.

Percha por percha, prenda por prenda, se puso a organizar el armario.

Dios... Isaac.

Si no había oído mal, abajo en la cocina, al lado de la cafetera, le había dicho que la quería.

Venga ya, claro que había oído bien. Y sus impresionantes ojos habían confirmado lo que sus oídos se esforzaban por entender.

Sin embargo, la letrada que había en ella quería poner un montón de «peros». Aunque a la mujer que había bajo aquella abogada le importaba bastante poco: ella sentía algo igual de fuerte.

Naturalmente, la lógica le decía que no se fiara de los sentimientos en ninguno de los casos y señalaba que era todo fruto de las circunstancias, del drama, de la tensión, del sexo. Santo Dios, el sexo. Pero su corazón tenía una teoría diferente. Ella había sentido la chispa entre ellos desde la primera vez que lo había visto y la decisión que Isaac había tomado de entregarse y hacer lo que debía en relación a su corrupto y peligroso jefe... Bueno, era incluso mejor que aquellos sensacionales orgasmos.

Se había ganado su respeto a base de bien.

Mientras rescataba uno de sus trajes negros de raya diplomática, se entretuvo fugazmente fantaseando con que acababan juntos en alguna isla segura y remota sin más preocupación en la cabeza que qué comer y qué cenar. Aquella ensoñación al estilo de *Los Robinsones* con su paz tropical era una agradable distracción, pero no iba a engañarse. Isaac iba a desaparecer. Los del Gobierno se lo llevarían y lo esconderían hasta que tuvieran lugar las audiencias del Congreso o los procedimientos judiciales oportunos. Y si no acababa en la cárcel por las atrocidades que había cometido allí, en Estados Unidos, era probable que fuera extraditado a algún infierno extranjero. Por eso le había dicho lo que le había dicho. Era su despedida.

—Guau.

Grier giró sobre los talones y el traje que tenía en la mano dibujó un círculo alrededor de ella antes de volver a quedarse colgando, como si hubiera olvidado momentáneamente su discreción para acabar recuperando la compostura.

Grier sabía perfectamente cómo se sentía aquel maldito traje.

Isaac se maldijo a sí mismo.

—Lo siento, está claro que tengo que aprender a llamar a la puerta.

—Soy muy asustadiza —dijo Grier, quitándole un poco de hierro al asunto.

Él levantó la ceja y evaluó el montón que había en medio de la alfombra de color crema.

—Qué cantidad de ropa.

—Probablemente demasiada. Tengo que donar alguna a la beneficencia.

Isaac se acercó y recogió uno de sus vestidos de noche. Era largo y negro, como todos, porque a Grier los brillos y los colores no le iban.

—¿Dónde va esto?

—Mmm... —Sólo había una sección con la barra lo bastante alta para los vestidos largos, así que únicamente los había sacado para volver a colgarlos—. Allí en la esquina, por favor.

Él volvió a poner el vestido de noche en su sitio. Luego cogió otro y le colocó los tirantes sobre la percha almohadillada de satén. Antes de colgarlo, Grier se sorprendió al ver que se inclinaba para acercar la nariz al escote.

—Huele a tu perfume —murmuró él antes de ponerlo en la barra metálica.

Aquello la hizo estremecerse, en el buen sentido. Por desgracia, el hormigueo se vio eclipsado por todo lo que se cernía sobre ellos.

—¿Tienes noticias?

—No.

—¿Qué vas a hacer si no vienen a por tí?

—Lo harán.

Sin decir más, cogió un vestido de noche de tafetán con el cuerpo de terciopelo y un ancho fajín de tartán.

—¿Un vestido de Navidad?

—Sí.

—Es precioso.

—Gracias. ¿Isaac? —Él la miró y ella continuó—: Yo...

La interrumpió.

—¿Qué es ese ruido?

—¿Qué ruido...?

Se le cayó el vestido de las manos al reconocer el sutil pitido y sacó con dificultad la cadena del sistema de seguridad del bolsillo. Efectivamente, una luz roja parpadeaba.

—Hay alguien en la casa.

Silenció el sonido y fue hacia el teléfono que había al lado de la cama, pero él la agarró del brazo.

—No. Nada de policía. Ya hay bastantes vidas inocentes implicadas en esto.

Sacó la pistola y un cilindro casi tan largo como su puño. Mientras enroscaba el silenciador en el extremo del cañón, echó un vistazo alrededor y se quedó mirando el reducido espacio donde estaban las tripas del sistema de seguridad.

Con el arma en la mano, retiró la tapa de metal.

—Métete ahí. Y no salgas hasta que yo...

—Puedo ayudar...

La expresión de su cara la hizo dar un paso atrás: tenía una mirada fría y completamente extraña, como si Grier estuviera mirando a través de un cristal esmerilado, sin posibilidad de ver lo que había detrás.

—Entra ahí ahora mismo.

Ella miró la pistola antes de volver a clavar los ojos en aquel duro y desconocido rostro. Era difícil saber qué le daba más miedo: el hecho de que alguien hubiera entrado en casa o el extraño que tenía delante. Entonces cayó en la cuenta.

—¡Dios mío, mi padre!

—Yo me ocuparé. Pero no puedo ser efectivo si estoy preocupado por ti. —El arma señaló el hueco negro que Isaac había destapado—. Venga, entra.

Depositando su fe en él, Grier desapareció de la vista agazapándose y respirando el aire enmohecido de los aleros mientras Isaac volvía a poner la reja en su sitio. Oyó que giraba y encajaba para volver a asegurarla a la pared y luego, a través de los listones, lo vio marcharse trotando, silencioso como una sombra.

Miró el reloj y escuchó con atención.

El terror se apretujó a su lado en el estrecho hueco de su escondite, ocupando más espacio que ella y exagerando la imagen de Isaac como un extraño hasta que fue lo único que fue capaz de ver.

Silencio y más silencio que, rápidamente, una atronadora paranoia llenó en su cabeza.

Cielo santo, ¿y si todo aquello era una trampa? ¿Y si Isaac había sido enviado con el único propósito de engañar a su padre para saber hasta dónde podía llegar para delatar a la agencia?

Aunque había sido ella la que se lo había propuesto.

¿O él se lo había hecho creer?

Sin embargo, en su perfil ponía que necesitaba un imperativo moral. Claro que podía ser mentira. Eso lo convertiría en el perfecto infiltrado. ¿Y si aquello era sólo un juego para hacer que su padre se entregara con los archivos, antes de asesinarlo?

Sin embargo, Isaac la había metido allí para protegerla.

Pero ella no lo reconoció cuando...

Santo Dios, la telealarma. La luz estaba apagada, ¿no? Cuando él la había sacado por la mañana delante de ella en la cocina, la luz que antes había visto encendida, estaba apagada. ¿Qué quería decir? Y, ahora que lo pensaba, le había extrañado que pasara tanto tiempo desde que se había entregado hasta ese momento.

Tenía que salir de allí y pedir ayuda.

Grier se arrastró y se apretujó para pasar por detrás de los apelotonados componentes del sistema nervioso de la alarma. La escalera oculta que bajaba por el centro de la casa formaba parte de la construcción original y la habían hecho porque, en 1810, treinta años después de la Revolución, todavía desconfiaban y sospechaban de los británicos.

Mira por dónde, los antiguos secretos de la casa iban a resultar útiles en el presente.

El resplandor del sistema de seguridad le proporcionó la luz suficiente para encontrar la linterna cubierta de polvo que estaba colgada de un clavo al principio de la escalera secreta. La encendió y bajó a hurtadillas los antiguos escalones tallados a mano, dejando tras ella sus huellas sobre el polvo. Mientras descendía, las telarañas se le pegaban al pelo y el áspero mortero que unía los ladrillos le arañaba los hombros.

Cuando llegó al primer piso, se detuvo. Obviamente, no se oía una mierda a través de las sólidas y gruesas paredes, pero su padre había añadido un conducto de ventilación de hierro exactamente igual al del sistema de climatización. No obstante, a decir verdad, era un puesto de vigilancia encubierto.

Grier subió un escalón y se inclinó hacia un lado para mirar por él, mientras se apoyaba en un par de ladrillos que sobresalían más que el resto.

Cuando parpadeó, su mirada fue más allá de la rejilla y pudo enfocar el vestíbulo delantero. Si se arqueaba un poco más y estiraba el cuello, podría ver hasta la cocina.

Grier dejó caer la linterna y apretó las manos con fuerza sobre la boca, para no gritar.

CAPÍTULO

38



Después de haberse asegurado de haber quitado de en medio a Grier y ponerla a salvo, salió a hurtadillas de su dormitorio y escuchó con atención. Al no oír ningún paso, forcejeo o disparo que le proporcionara información, salió al pasillo y volvió a detenerse. ¿Era mejor bajar por las escaleras de atrás o por las de delante?

Por las de delante. Era más probable que cualquier infiltración se produjera por el jardín trasero. Era más discreto.

Joder, ojalá fuera Jim Heron, aunque no creía que a él le diera por entrar así por las buenas. Por otra parte, el padre de Grier sabía desactivar el sistema de alarma, ya lo había demostrado. Además, obviamente, él no habría dejado entrar a quienquiera que estuviese dentro.

Joder, si era el chico de Matthias, ¿por qué no le habían anunciado su llegada por medio de la telealarma? Claro que Isaac no los habría dejado entrar y, probablemente, ellos lo sabían. Matthias podía haber exigido que Grier y su padre se quedaran allí, pero Isaac no estaba dispuesto a que lo mataran delante de ellos.

Ella nunca lo superaría.

« Por favor, Dios mío —pensó—. Que se quede donde está» .

Con la espalda pegada a la pared, bajó las escaleras con la pistola por delante. ¿Y los ruidos? ¿Dónde estaban todos los ruidos? En la casa no se movía literalmente nada y, teniendo en cuenta que el padre de Grier no paraba de ir de aquí para allá como un león enjaulado, tanto silencio no era alentador.

En cuanto la pared se acabó y empezó la zona en la que sólo había barandilla, saltó por encima y aterrizó con todo su peso y sólido como una roca sobre la alfombra oriental que había en el vestíbulo delantero.

A veces el ruido venía bien, porque le proporcionaba al oponente un objetivo hacia el que salir corriendo.

Y, mira por dónde, el ruido de los pies de Isaac al golpear el suelo atrajeron al visitante: procedente de la cocina, un hombre vestido de negro se dejó ver en toda su magnitud.

El segundo de a bordo de Matthias.

Y esgrimía al padre de Grier como escudo humano.

—¿Quieres negociar? —dijo el tío en tono grave.

El arma con la que apuntaba a Childe en la cabeza era una automática de desagradable aspecto con silenciador. Lo cual no era ninguna sorpresa, ya que era idéntica a la que el propio Isaac tenía en la mano.

Avanzando lentamente, Isaac se agachó y dejó el arma en el suelo. Luego la apartó de una patada.

—Déjalo. Ven a por mí.

Childe abrió los ojos de par en par, pero mantuvo la compostura. Gracias a Dios, joder.

Isaac se giró hacia la pared, levantó las manos y las apoyó contra el yeso, antes de separar los tobillos en la típica pose de arresto.

—Estoy listo para irme —señaló, mirando por encima del hombro.

El segundo al mando esbozó una sonrisa.

—Mira qué obediente. Se me llenan los ojos de lágrimas.

Con un golpe seco con la culata de la pistola, el agente dejó al padre de Grier fuera de combate. El mayor de los Childe cayó al suelo como un saco de arena. Luego se hizo el silencio y el segundo de a bordo fue hacia Isaac, mientras la pistola le apuntaba fijamente. Como los extraños ojos negros y mates de aquel hombre.

—Acabemos con esto —pidió Isaac.

—¿Dónde está la otra pistola? Sé que tienes dos.

—Ven a buscarla.

—¿De verdad quieres joderme?

Isaac alargó la mano y sacó la otra arma.

—¿Dónde quieres que la ponga?

—¿Me estás vacilando? En el suelo, y dale una patada.

Isaac se inclinó al mismo tiempo que el otro hombre y, hasta que ambos se levantaron, éste no se dio cuenta de que una mano con un guante negro había cogido la primera pistola, la del silenciador.

—En fin —murmuró el segundo de a bordo—. Matthias ha disfrutado de vuestras pequeñas charlas y quiere que os entretenga hasta que él llegue. — Aquel cabrón con ojos de tiburón se acercó más a él—. Pero el tema es, Isaac, que hay cosas más importantes en juego y ésta es una situación que no está en manos de tu jefe.

Isaac se preguntó a qué se referiría con aquello de « su jefe» .

Después frunció el ceño al darse cuenta de que el brazo de aquel tío, el que le había roto hacía un día y medio, parecía estar totalmente curado.

Y su sonrisa tenía algo raro... Había algo anormal en aquella sonrisa, también.

—Las cosas están tomando un rumbo diferente —añadió el segundo de a bordo—. Sorpresa.

Y, dicho aquello, se puso el cañón del arma de Isaac en la barbilla y apretó el gatillo, volándose la tapa de los sesos.

CAPÍTULO

39



Jim se despertó del coma con la nuca ardiendo. No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado fuera de combate, pero Ad había vuelto a llevarlo a la cama. Estaba claro que aquella cosa que tenía bajo la cabeza era una almohada y no las frías y duras baldosas que había al lado de la bañera.

Se sentó en la oscuridad y se sorprendió. Se sentía extrañamente fuerte, milagrosamente sereno. Era como si haber permanecido en aquel estado, fuera el que fuera, durante horas, si no veía mal el reloj, lo hubiera dejado como nuevo por dentro y por fuera. Eso sí que eran buenas noticias.

La tensión que sentía en la parte superior de la columna vertebral, sin embargo, sólo podía significar una cosa: Isaac estaba en apuros.

Balanceó las piernas para sacarlas de la cama y se levantó de un salto. Ni mareos, ni náuseas, ni dolores. A no ser por el hormigueo en la base del cráneo, estaba listo no sólo para ponerse en marcha, sino para arrasar.

—¡Adrian! —gritó mientras iba hacia el petate y sacaba unos vaqueros.

¿Dónde coño estaba *Perro*?

Podía ver que en el otro cuarto había luz a través de la puerta que conectaba

ambas habitaciones, que estaba abierta. El ángel tenía que estar allí.

—¡Adrian! —Se puso los pantalones sin ropa interior y se lanzó a por una camiseta—. ¡Tenemos que irnos!

Luego cogió la pistola de cristal y el abrigo.

—Eh, Ad...

Adrian entró en la habitación casi derrapando con *Perro* bajo el brazo.

—Eddie está en apuros.

Vaya, aquello no hacía que su cogote se sintiera mucho mejor.

—¿Qué?

Adrian le quitó la correa a *Perro* para que pudiera ir a saludar a Jim.

—No coge el teléfono, lo acabo de llamar. Lo he llamado tres veces y nada.

—Mierda.

Mientras Ad cogía sus armas, Jim comprobó que *Perro* estaba bien y le echó un poco de comida. Acto seguido, él y su compañero de ala —nunca mejor dicho— salieron volando. Dios, nunca había agradecido tanto aquellos cacharros con plumas que tenían en la espalda y que les permitían ir de un sitio a otro en un santiamén. En cuestión de minutos, llegaron a Bacon Hill.

Adrian y él aterrizaron en el jardín en forma de deslumbrante resplandor y permanecieron incorpóreos porque eran las cuatro de la tarde. Desde fuera, no parecía haber ningún problema en la casa y el brillo rojizo del conjuro aún seguía en su sitio. Sin embargo, el cuello lo estaba matando. ¿Y dónde demonios estaba Eddie?

—Mierda —masculló al ver las suelas de las botas militares del ángel que sobresalían bajo un arbusto.

Jim se acercó a toda prisa y se agachó. El tío estaba allí tirado, hecho polvo, como si se hubiera enfrentado a una excavadora y hubiera perdido.

—¿Eddie?

El ángel abrió los ojos sin moverse del suelo.

—No jodas, ¿pero qué...? No sé qué ha pasado. Estaba ahí de pie, tan tranquilo, y de repente...

—Te convertiste en un felpudo.

Adrian le tendió una mano a su mejor amigo para ayudarlo a levantarse.

—¿Qué coño ha pasado?

—Ni idea. —Eddie se puso de pie poco a poco. Luego miró a Jim y se encogió, horrorizado—. Santo Dios...

Jim frunció el ceño y miró a su alrededor.

—¿Qué?

—Vaya cara.

Vale, puede que lo único que hubiera mejorado fuera su estado anímico. Con un poco de suerte, lo del físico se solucionaría más tarde.

—¿Me estás diciendo que mis días como modelo de calendario han

terminado?

—No sabía que te dedicaras a eso —dijo Eddie, sacudiendo negativamente la cabeza—. Oye, Isaac quiere hablar contigo. Cuanto antes.

Jim miró a Adrian.

—Quédate con el felpudo.

—¿Dónde me iba a quedar si no?

Jim fue corriendo hacia la casa. La puerta de atrás estaba abierta de par en par, lo cual no auguraba nada bueno, y la cosa empeoró al entrar en la cocina.

Cielo santo, uno nunca se acostumbraba al olor de una herida mortal de bala. Había varios aromas diferentes: intestino, corazón, cerebro... Pero todos ellos con un regusto metálico, entre el olor a plomo del disparo y a cobre de la sangre fresca.

El primer cuerpo que encontró fue el de un hombre al que conocía: el capitán Alistair Childe. El pobre yacía en el umbral de la puerta que daba al pasillo delantero, tirado en el suelo como un saco de patatas.

Sin embargo, él no era el origen de la sangre. Ni su ropa ni las baldosas estaban ensangrentadas y Childe respiraba con normalidad a pesar de la siestecita forzosa que se estaba echando.

Se encontró con el cuerpo número dos a medio camino de la puerta principal. No había duda que el olor procedía de él. Desde luego, si Jim había visto alguna vez un candidato para un ataúd cerrado era aquel cabrón. Tenía la cara completamente destrozada. La bala le había atravesado la carne y los huesos de la barbilla y de la nariz antes de salir disparada por la coronilla.

A juzgar por el tatuaje de la serpiente que el tío tenía alrededor del cuello, no había duda de que era el segundo de a bordo de Matthias. E Isaac estaba de pie a su lado, mirándolo sin entender nada.

Rothe levantó la vista y levantó las manos vacías.

—Fue él. Se lo hizo él mismo, el muy cabrón. Joder... ¿Cómo está el padre?

Jim se arrodilló junto al capitán para cerciorarse. Efectivamente, a Childe le habían dado un golpe en la cabeza, probablemente con la culata de una pistola. Pero ya estaba empezando a gemir como si fuera a volver en sí.

—Se pondrá bien. —Jim se levantó y se dirigió hacia Isaac y hacia el otro tío. A medida que se acercaba, el olor iba empeorando.

Empezó a caminar más despacio y, de pronto, se detuvo. Se frotó los ojos.

Una trémula sombra gris cubría el cadáver del segundo de a bordo de Matthias de los pies a la cabeza, moviéndose alrededor de los brazos, las piernas y la cabeza destrozada igual que el conjuro de Jim flotaba sobre la casa en que estaban todos, cubriéndola. También había algo raro en la sangre: en lugar de rojo vivo, era gris.

«Devina», pensó Jim. O había poseído a aquel hombre, o lo estaba dirigiendo.

—Se la puso debajo de la barbilla y apretó el gatillo. —Isaac cayó de rodillas y señaló con la cabeza la pistola que había en la mano derecha del cadáver—. Usó mi arma para hacerlo.

—Aléjate del cuerpo, Isaac.

—Joder, tengo que limpiarlo antes de que...

Jim no tenía ganas de discutir, así que sujetó al tío, lo levantó y lo alejó unos pasos.

—Tú no sabes qué es esto.

—Y una mierda. Venía a buscarme.

Jim se quedó mirando a Isaac.

—Tenía entendido que ibas a largarte.

—Cambio de planes.

Joder, desaparecía doce horas y el mundo se iba a la mierda: Isaac se entregaba, había un demonio muerto en el vestíbulo de un ciudadano normal y corriente... Se habían vuelto todos locos.

—No permitiré que vuelvas a entrar, Isaac. Ni que te sacrifiques para que otra persona siga con vida. —Y es que se olía que aquello era lo que estaba pasando allí.

—Eso no es cosa tuya. Y no te ofendas, pero todavía no tengo ni puta idea de por qué te importa lo más mínimo. —El soldado sacó uno de los transmisores de Operaciones Especiales, que para la ocasión habían camuflado como telearlarma—. Además, ya da igual. He vuelto a llamar.

Al ver el piloto que se encendía y se apagaba, a Jim le entraron ganas de gritar. Y lo hizo.

—¿Qué cojones estás haciendo? Matthias te matará.

—¿Y?

—Creía que te ibas a entregar para darles información sobre Matthias —terció una voz aristocrática.

Jim miró hacia atrás por encima del hombro. Alistair Childe se había levantado y se acercaba a ellos apoyándose en la pared, como si necesitara hacerlo para no caerse.

—Pensaba que ése era el plan, Isaac. Y, Jim, creía que habías muerto en Caldwell, hace tres o cuatro días.

Tanto Jim como Isaac hicieron que no oían e ignoraron aquellas preguntas retóricas. Lo cual les resultó fácil teniendo en cuenta lo que les costaría explicarse.

Que el segundo de a bordo de Matthias hubiera aparecido y se hubiera suicidado con la pistola de Isaac no era más que un hecho superficial. El meollo de la cuestión era que Devina estaba involucrada en aquella situación. Pero ¿a fin de qué? Si Isaac era el objetivo, ¿por qué coño no se había limitado a llevárselo mientras Jim no estaba?

—¿Ella... Quiero decir, él, te tuvo a tiro en algún momento? —preguntó Jim.

—¿Para matarme? Maldita sea, pues claro. Si estaba apoyado contra la pared con las manos arriba y las pistolas en el suelo. Más a tiro, imposible.

—Esto no tiene sentido —reflexionó antes de bajar la vista hacia el cadáver—.
—Ningún sentido.

—Tenemos que deshacernos del cuerpo —apuntó Isaac—. Antes de irme, tenemos que...

—No dejaré que te entregues.

—Eso no es cosa tuya.

—Maldita sea.

—Me has quitado las palabras de la boca. —Isaac frunció el ceño y examinó con los ojos entornados el careto de Jim—. ¿Y a ti qué coño te pasó anoche?

Durante una décima de segundo, Jim consideró seriamente la opción de darse de cabezazos contra la pared, sólo que, dado el estado en que se encontraba, resultaría redundante. ¿Cómo demonios iba a sacar a Isaac de aquel lío?

No iba a sincerarse y explicarle lo que en realidad había estado haciendo: «Pues mira, la verdad es que sí que la palmé y Matthias es el menor de nuestros problemas. Estoy intentando salvarte de un demonio que quiere tu alma. Y no tengo ni idea de a qué está jugando».

Aquello sería un fracaso estrepitoso.

* * *

Isaac no esperaba que Jim le respondiera a la pregunta que le había hecho por lo de la cara. Estaba claro que aquel tío se había estado dando de hostias con ochocientos gorilas, o alguna mierda parecida, y no era asunto suyo. Quien sí llevaba su nombre escrito por todas partes era aquel agente que había logrado, como por arte de magia, volver a tener el brazo como nuevo antes de matarse.

A menos que... ¿tuviera un gemelo?

Coño, claro. Seguro que era eso. Y qué bien le venía a Matthias para volver loca a la gente. No era de extrañar que hubiera nombrado a aquel hijoputa segundo de a bordo.

Mientras Jim volvía a maldecir y se alejaba por el pasillo, Isaac se agachó y desabrochó rápidamente la manga del agente. Ni rastro de operación alguna en el antebrazo, ni indicios de heridas o fracturas.

Eran gemelos, no podía ser de otra manera.

Le abrió de un tirón la camisa negra y los botones saltaron y rebotaron en el suelo. Se llevó una sorpresa al ver un chaleco antibalas. De acuerdo, era lo normal, pero ¿para qué molestarte en ponértelo si ibas a convertir tu cráneo en una piñata?

Sin saber exactamente lo que buscaba, despegó las tiras de velcro del chaleco

y...

—Por los clavos de Cristo... —Se inclinó para asegurarse de que estaba viendo bien.

El tío tenía el torso lleno de profundas cicatrices que formaban un dibujo y, mientras Jim echaba un vistazo y daba comienzo a una nueva ronda de tacos, Isaac siguió cacheándolo con rapidez. Un teléfono móvil, que dejó a un lado. Una cartera con cien pavos y ninguna identificación. Munición. Nada en las botas excepto calcetines y suelas.

Saltó por encima del cuerpo para ir a la cocina a buscar un cubo de basura. Mientras lo sacaba de la alacena preguntándose cuántos brazos y piernas cabrían, oyó unos pasos detrás de él. Obviamente, los espectadores lo habían seguido. Venga ya. Se había acabado la charla, había que pasar a la acción. Grier estaba encerrada en aquel puto armario allá arriba y él tenía que limpiar toda aquella mierda antes de dejarla salir.

—Mentiste.

Isaac se quedó petrificado y volvió la cabeza. Grier estaba al otro lado de la isla de la cocina y la puerta del sótano se estaba cerrando detrás de ella. ¿Cómo demonios...? Mierda, debía de haber una escalera secreta que daba al sótano. Tenía que haberse imaginado que habría varias vías de escape.

Se le quedó mirando fijamente, pálida como la cera y temblando.

—Nunca tuviste intención de entregarte, ¿verdad?

Él negó con la cabeza, sin saber qué decir y pensando en lo que había en el vestíbulo delantero. La situación estaba totalmente fuera de control.

—Grier...

—Cabrón. Cabrón men... —De repente, miró por encima del hombro de Isaac—. Tú... —dijo, señalando a Jim, que había aparecido en el umbral de la puerta—. Tú eres el que estuvo en mi cuarto la otra noche. ¿Verdad?

Una expresión extraña se filtró entre las facciones de Jim, una especie de «no me jodas», pero se limitó a encogerse de hombros y mirar a Isaac.

—No permitiré que te entregues.

—Tu nueva cantinela me está poniendo de los nervios —le espetó Isaac mientras decidía dejar el cubo y llevarse directamente unas cuantas bolsas de basura de las buenas.

Allí todo el mundo hablaba mucho. Demasiada cháchara, y toda para él. Pero se la sudaba. La sordera selectiva era algo que se le daba de maravilla cuando era pequeño, y, mira por dónde, retomó aquella habilidad sin un ápice de herrumbre.

Isaac se inclinó bajo el fregadero y rezó para que, en el lugar más lógico para encontrar más bolsas de basura... Bingo. Cogió dos más, una escoba y un recogedor que no iban a sobrevivir a aquel trabajo tan poco ordinario.

Dios, ojalá tuviera una sierra para metales. Aunque puede que con una

cuerda pudieran doblar a aquel cabrón y sacarlo de allí como si fuera una maleta hecha polvo.

—Quédate con ella —le dijo al padre de Grier—. Y no dejes que se mueva de aquí.

—Vi lo que pasó. —Isaac se quedó helado mientras ella miraba hacia él—. Vi cómo lo hacía.

Se produjo un largo silencio, como si hubiera roto todas las cadenas de los hombres que había en aquella habitación.

—¿Por qué fingiste que lo harías, Isaac? —preguntó ella, negando con la cabeza.

Mientras lo miraba, Isaac se dio cuenta de que la confianza había desaparecido de sus ojos. En su lugar, había una gélida mirada similar a la que suponía que debían de tener los empleados de los laboratorios cuando observaban los resultados de los cultivos en las placas de Petri.

No hablaría con ella, no negaría el cambio de planes. Tal vez eso fuera lo mejor. De todos modos, no tenían nada que hacer juntos, aun sin tener en cuenta la búsqueda de la perfección profesional por parte de Isaac en lo que a matar a gente se refería.

Cogió el equipo de limpieza y fue hacia el pasillo.

—Tengo que mover el cadáver.

—No me des la espalda —gritó ella.

Oyó que Grier iba tras él como si tuviera intención de seguir gritándole, así que se detuvo de golpe y dio media vuelta al llegar al umbral de la puerta. Grier hizo una pirueta para evitar chocar con él e Isaac le dirigió una mirada gélida.

—Quédate aquí. Será mejor que no veas...

—Que te den. —Ella lo apartó de un empujón y siguió su camino con determinación hasta que...—. Dios... —Dejó la frase a medias, mientras se llevaba la mano a la boca.

«Bingo», pensó Isaac con gravedad.

Afortunadamente, su padre tomó las riendas y se acercó a ella para llevársela con cuidado fuera de allí.

Cagándose en sí mismo y en su puta vida, Isaac siguió avanzando por el pasillo, más decidido que nunca a hacerse cargo del problema. Pero toda su premura se quedó en suspenso cuando se acercó al cuerpo.

El cadáver tenía el móvil en la mano y estaba enviando un mensaje. La pantalla estaba iluminada y en ella se veía el dibujo de un sobre metiéndose en un buzón una y otra vez.

Vale. Tierra llamando a Isaac: normalmente los tíos sin lóbulo frontal no se ponían a trastear con el móvil.

En la pantalla apareció una brillante marquita de verificación que confirmaba el éxito de la operación.

—Isaac, vas a necesitar algo más que un recogedor para encargarte de eso.

Al oír la voz de Jim, miró hacia atrás por encima del hombro y tuvo que parpadear un par de veces. Aunque el hombre estaba de pie en la zona oscura del pasillo, muy lejos de la luz que entraba a través de los arcos del estudio y la biblioteca, un resplandor lo rodeaba y lo iluminaba de pies a cabeza.

El corazón de Isaac dio un par saltos en la cavidad torácica. Luego, al parecer, se tomó un pequeño respiro.

No era la primera vez que sobre el terreno, en plena misión, las cosas se iban a la mierda: creías que conocías los patrones de comportamiento de las víctimas, sus recursos, debilidades y escondrijos, pero, cuando estabas a punto de echarles el guante, el panorama cambiaba como si alguien hubiera lanzado una bomba en medio de la plaza del pueblo de tu plan perfecto. O el arma funcionaba mal. O un testigo potencial te jodía la oportunidad. O el objetivo se movía y dejaba de estar a tiro.

Entonces lo que había que hacer era volver a calibrar rápidamente la situación, que era algo que a Isaac siempre se le había dado de maravilla. Y es que, al parecer, aquel videojuego con el que se había entrenado de forma inconsciente sí le había abierto la mente de par en par en un abrir y cerrar de ojos.

Pero aquella mierda estaba muy por encima de sus habilidades. A años luz.
Y eso antes de que Jim sacara una larga daga ¡de cristal!

—Ahora deja que yo me ocupe de esto. Aléjate del cadáver, Isaac.

CAPÍTULO

40



Matthias pasó demasiado tiempo al pétreo amparo de aquella iglesia. Y cuando finalmente se obligó a marcharse, creyendo que ya llevaba allí una hora larga, se dio cuenta al ver la posición del sol en el cielo de que había perdido toda la mañana y parte de la tarde.

Aun así, se habría quedado más tiempo si hubiera podido.

Aunque no era en absoluto religioso, había encontrado una paz sorprendente y poco habitual bajo los ventanales de vidrieras y ante el glorioso altar. Y a pesar de que el cerebro le decía que aquello eran pamplinas, que aquel lugar era un edificio más y aun cuando estaba tan cansado que podrían haberlo subido a una montaña rusa y se habría quedado dormido, su corazón sabía que no era verdad.

El dolor había cesado. Poco después de sentarse, el dolor del brazo izquierdo y del pecho había desaparecido.

—Qué más da —dijo en voz alta, entrando en el coche—. Qué más da, qué más da...

Se sentía obligado a volver al juego y eso le producía un placentero y punzante pinchazo, como si se estuviera levantando una postilla. En cierto modo,

se sentía cautivado por lo que había descubierto en la iglesia, pero su trabajo, sus actos, sus acciones y su propio modo de vida formaban un remolino que lo absorbía y lo mantenía a ras del suelo y, simplemente, no tenía fuerzas para resistirse.

Pese a todo, puede que hubiera un término medio en lo que a Isaac Rothe se refería. Tal vez podía hacer que siguiera trabajando para él, pero de forma diferente. Era obvio que el soldado había respondido bien a las amenazas contra Grier Childe y eso puede que fuera suficiente para mantenerlo a raya.

También podría dejarlo marchar.

En cuanto aquello se le pasó por la cabeza, algo en su interior lo descartó inmediatamente como si fuera una blasfemia absoluta.

Cabreado consigo mismo y con la situación, puso el coche en marcha y miró el teléfono. El segundo de a bordo seguía sin dar señales de vida. ¿Dónde demonios estaría aquel cabrón?

Le envió un mensaje exigiendo las últimas noticias y comunicándole a qué hora llegaría que, visto lo visto, sería bien entrada la noche. En otro Estado. Y una mierda. Más le valía a aquel hijoputa tener a Isaac Rothe atado a una silla antes de que Matthias apareciera y que Dios le ayudara como se lo hubiera cargado.

Mientras la impaciencia le hacía aferrarse al volante, Matthias bajó de la acera y se dirigió hacia la autopista con la ayuda de la pantalla del GPS del salpicadero. No había recorrido ni un kilómetro, cuando el dolor bajo el esternón regresó, aunque, en cierto modo, aquello fue como ponerse su putito traje después de haber estado probándose los de otros: fácil y cómodo.

Su teléfono se iluminó con el icono de un mensaje. Era del segundo de a bordo.

Lo aceptó y se sintió aliviado. No le venía mal una pequeña confirmación visual de que Isaac estaba vivo y bajo vigilancia.

Pero no era una foto de Isaac.

Eran los restos de la cara de su mano derecha. Y el tatuaje que le rodeaba el cuello era la única forma de reconocerlo.

La foto iba acompañada por un mensaje: « Ven a por mí... I. ».

El primer y único pensamiento de Matthias fue: qué puta desfachatez. Maldito gilipollas descarado. ¿En qué diablos estaba pensando Rothe? Y, joder, si las amenazas contra su queridísima Grier Childe no funcionaban, significaba que Isaac estaba absolutamente fuera de control y que, por lo tanto, había que eliminarlo.

Una cólera salvaje arrinconó los últimos vestigios del tiempo que había pasado en aquella iglesia y el aluvión de ansias de venganza desembocó en un rugido. Mientras éste se apoderaba de él, en lo más profundo de su mente sintió que aquél no era él, que la precisión fría y cortante de pensamiento y acción que siempre le había caracterizado debería haber impedido aquella candente

quemazón. Sin embargo, no era capaz de darle la espalda a la necesidad de actuar... y de hacerlo él mismo.

Maldita misión. Había innumerables agentes a los que podía haber llamado, pero se encargaría él mismo.

Al igual que había querido ver el cadáver de Jim Heron con sus propios ojos, él mismo acabaría con Rothe.

Aquel hombre tenía que morir.

CAPÍTULO

41



Mientras Grier se sentaba en el sofá de la esquina de la cocina, volvió a pensar en la elección que había tomado de estudiar derecho en lugar de medicina y llegó a la conclusión de que había tomado la decisión correcta: nunca había tenido estómago para ser médico.

Con sus notas, podría haber accedido a cualquiera de las dos carreras, pero lo que la había hecho decidirse había sido la asignatura de anatomía humana del primer año de la facultad de medicina: nada más ver los cadáveres tapados con muselina que había sobre aquellas mesas en la visita de preadmisión, había tenido que poner la cabeza entre las rodillas e intentar respirar como si estuviera en clase de yoga.

Y mira por dónde, el hecho de que hubiera alguien en un estado aún más ruinoso en su propio vestíbulo, resultó ser mucho peor.

Sorpresa, sorpresa.

Por si fuera poco, el hecho de que su padre le estuviera acariciando la espalda con lentos y tranquilizadores círculos también la descolocó. Pocas veces hacía ese tipo de cosas, ya que no era de esos hombres que llevaban bien mostrar

sus sentimientos. Aunque cuando de verdad lo había necesitado, siempre había estado ahí. En la muerte de su madre. En la de Daniel. En aquella horrible ruptura con aquel tío con el que había estado a punto de casarse al acabar derecho.

Ése era el padre que ella conocía y al que había querido toda su vida. A pesar de las sombras que lo rodeaban.

—Gracias —le dijo sin mirarlo.

Él se aclaró la garganta.

—No creo que las merezca. Todo esto es culpa mía.

Aquello era algo que no podía discutir, pero tampoco tenía la fuerza suficiente para condenarlo. Sobre todo teniendo en cuenta aquel terrible dolor en su voz.

Ahora que a ella se le había pasado la rabia, se dio cuenta de que su conciencia lo perseguiría hasta el día de su muerte. Ése era el castigo que se había ganado y que tendría que cumplir. Además, ya había tenido que enterrar a un hijo, un vástago imperfecto al que había amado a su manera y que había perdido de una forma horrible. Y aunque Grier podría haber pasado el resto de sus días ignorándolo y odiándolo por la muerte de Daniel, ¿de verdad estaba dispuesta a cargar con aquel lastre?

Pensó en el cadáver del vestíbulo y en cómo la vida te podía ser arrebatada en un solo segundo.

Decidió que no. No permitiría que el dolor y la rabia que sentía le robaran la familia que le quedaba. Llevaría su tiempo, pero ella y su padre reconstruirían su relación.

Al menos en eso Isaac había tenido razón.

—No podemos llamar a la policía, ¿verdad? —preguntó ella. Porque seguro que cualquier persona uniformada que apareciera por allí también sería cazada.

—Isaac y Jim se ocuparán del cuerpo. A eso se dedican.

Grier se estremeció con sólo pensarlo.

—¿Nadie lo echará de menos? Alguien habrá.

—En realidad, no existe. Si tenía familia, creará que está muerto. Es imprescindible para cualquiera que trabaje en Operaciones Especiales.

Santo Dios, y pensar que ella tenía una docena de conflictos morales por no decir nada y por deshacerse del muerto. Pero no pensaba arriesgar su propia vida por un tío que había sido enviado para matar a Isaac y puede que a ella misma.

Claro que, aparentemente, aquello había sido un suicidio con testigos.

—¿Qué vamos a hacer? —interrogó en voz alta, sin esperar respuesta.

Y al decir «nosotros» se refería a ella y a su padre. Isaac quedaba excluido.

Le había mentado. A la cara. Se había puesto en contacto con aquellas personas malvadas mientras ella creía que tenían un plan. Era cierto que no había traicionado a su padre, pero había sido únicamente una cuestión de comodidad,

porque, obviamente, había decidido entregarse, o al menos eso parecía. Era mucho más probable que un hombre como él, que luchaba como él lo hacía y que estaba tan acostumbrado a las armas decidiera matar a quien lo detuviera y se largara del país cuanto antes.

Muy bien. Lo dejaría marchar.

Aquello era un paquete bomba disfrazado de atracción sexual y el temporizador que había bajo el musculoso envoltorio ya había iniciado la cuenta atrás. ¿Y aquello de que la quería? El problema de los mentirosos era que uno se tragaba cualquier cosa que dijeran bajo su propia responsabilidad, no sólo lo que estaba claro que era falso. No tenía muy claro en qué posición lo dejaba aquella «confesión», pero Grier era lo suficientemente inteligente como para considerarla algo más que mera palabrería.

Había tomado una decisión y se sentía agarrotada por el cansancio. Agarrotada y estúpida. Venga ya, ni que aquella «excepcional combinación» de rudeza y dulzura pudiera existir.

—Espera aquí —le dijo su padre.

Mientras él se levantaba, Grier se dio cuenta de que dos corpulentos hombres habían entrado en la cocina. Estaban cortados por el mismo patrón que Isaac y Jim Heron, que, definitivamente, estaba vivo y coleando. Nada más verlos, pensó en lo que estaba pasando en el vestíbulo. Como si necesitara que alguien se lo recordara.

—Somos amigos de Jim —informó el de la trenza.

—Estoy aquí —gritó Heron desde el pasillo.

Mientras aquellos dos se dirigían hacia el cadáver acompañados por su padre, ella se sintió molesta consigo misma y se puso mentalmente los pantalones de mujer hecha y derecha. Se levantó y, aunque la cabeza le daba vueltas, el momento derviche danzante fue remitiendo mientras se dirigía a la cafetera y hacía los movimientos necesarios para preparar más café.

Filtro. Comprobado.

Agua. Comprobado.

Café molido. Comprobado.

Botón de encendido. Comprobado.

Aquella familiar rutina la ayudó a serenarse un poco más y, cuando finalmente tuvo la humeante taza entre las manos, ya estaba lista para hacer frente a la situación.

Lo cual era bastante positivo. Era hora de pensar en el futuro que había más allá de aquella desagradable noche y de los desgarradores últimos tres días.

Por desgracia, su mente parecía la espectadora de un accidente automovilístico, merodeando entre los restos retorcidos y los cuerpos sobre el asfalto, enredándose en los recuerdos de Isaac y ella juntos. Finalmente, sin embargo, cortó de raíz aquella morbosa fijación, su lado racional se puso en plan

sargento y obligó a aquellos pensamientos a hacerse a un lado por el momento.

La cuestión era que Isaac había entrado en su vida por una buena razón: gracias a él había aprendido por fin la lección que la muerte de Daniel no había conseguido enseñarle. Moraleja: por mucho que intentes cambiar la vida de alguien y por mucho que creas que ese alguien lo puede lograr, él es el único que tiene el control sobre su existencia, no tú. Y ya puedes darte cabezazos como una loca contra el muro de sus decisiones, porque, a menos que la persona en cuestión decida tomar un camino diferente, el resultado no será el que tú deseas.

El hecho de que se hubiera dado cuenta de ello no iba a hacer que dejara de echar una mano en la cárcel ni que dejara de aceptar casos de oficio, pero era hora de poner un límite a lo que podía ofrecer y al punto hasta el que estaba dispuesta a llegar. En todas sus heterogéneas peripecias como buena samaritana, había intentado resucitar a Daniel, aunque el hecho de hablar con su fantasma debería haberle dado la primera pista de que no iba a regresar. Al descubrir la verdad de lo que le había ocurrido, no obstante, y decidir encontrar cierto equilibrio para ella misma, tal vez podría dejarlo descansar en paz y seguir adelante.

Le dio otro sorbo a la taza y sintió cierta paz a pesar de las extrañas circunstancias.

Y, entonces, oyó otro disparo procedente de la parte delantera de la casa.

* * *

Allá en el pasillo, Jim se estaba acercando al cadáver con el cuchillo de cristal cuando notó la presencia de Eddie y Adrian en la cocina. Dios, habían aparecido en el momento justo. Lo habían preparado para actuar solo, pero un poco de apoyo nunca venía mal.

—Estoy aquí —gritó.

El dúo acudió al instante y a ninguno de ellos le sorprendió lo que había en el suelo.

—Joder, tío, Devina lo ha poseído —murmuró Ad, acercándose a los restos.

—¿Qué demonios vas a hacer con esa daga? —inquirió Isaac.

Bueno, lo cierto era que iba a hacer un exorcismo rápido. Era la única forma de asegurarse de que Devina saliera de...

El primer indicio de que el cadáver volvía a la vida fue un leve movimiento de las manos. Y luego, en menos de lo que canta un gallo, aquel pedazo de carne dejado de la mano de Dios se levantó del suelo y enfocó el único globo ocular que le funcionaba.

A Isaac le recordó a Matthias.

Éste pegó un grito y le disparó con su pistola, pero aquello fue como agitar un trozo de tela rojo delante de un toro bravo: el toro ni se enteraba y tú te quedabas

sin lo que un instante antes te había permitido sujetar el periódico enroscado en un pulcro rollo.

Jim quitó de en medio al soldado y arremetió contra el zombi, que se estrelló contra la pared. En el momento en que se produjo el impacto, la imagen del rostro de Devina se superpuso sobre las perjudicadas facciones del hombre de cuyo cuerpo se había apoderado. La metamorfoseada reconfiguración le sonrió satisfecha.

Como si ya hubiera ganado.

Jim le asestó una puñalada con un movimiento rápido y potente y el cuchillo de cristal se le clavó entre los ojos corpóreos y también entre los metafísicos.

El zombi soltó un alarido y una columna de humo negro salió disparada con un repugnante hedor. La negra niebla se fusionó y fue directamente hacia la puerta principal. En el último segundo, se coló por debajo de los paneles de madera, como si la hubieran succionado desde el otro lado y, cuando desapareció, el cuerpo del segundo de a bordo de Matthias se desplomó como el sacro de huesos que era, ya sin la fuente de su animación dentro de él.

—Ahora sí que está muerto de verdad —dijo Jim, jadeando.

En medio del silencio de estupefacción que se produjo a continuación, éste volvió la cabeza para mirar a Isaac. Tenía los ojos tan abiertos, que se llevarían el primer premio si compitieran contra una rueda de camión en un concurso de diámetros, y estaba empapado porque Adrian y Eddie le habían vaciado en la cabeza los cargadores de las pistolas de cristal para protegerlo.

Bien hecho. Sólo que la demonio ni siquiera había intentado ir a por el soldado. A decir verdad, había ido en dirección contraria.

Los circuitos mentales de Jim se iluminaron como Las Vegas, mientras su instinto le gritaba que aquello no era normal. En absoluto. Era la segunda oportunidad que Devina tenía para hacerse con Isaac, y había pasado de largo otra vez. ¿Por qué...?

Como si hubieran abierto de repente la cortina de una ventana, de pronto pudo apreciar con total claridad el terreno de juego y lo que vio le hizo estremecerse violentamente. Joder.

De pronto notó que se tambaleaba y tuvo que extender la mano para apoyarse en la pared.

—Tú no eres el objetivo —le dijo lóbregamente a Rothe—. Dios nos asista, tú no eres el objetivo.

—Estamos bien. Estamos todos bien —avisó Isaac cuando Grier Childe apareció corriendo en el arco del pasillo desde la cocina.

Lo que sólo era cierto hasta cierto punto. Desde luego, parecía que Devina había hecho mutis por el foro. Y era verdad que ninguno de los integrantes del grupo brillaba con una luz impía y que el cuello de Jim ya no echaba chispas. Pero estaban muy lejos de poder dar saltos de alegría.

Lo más urgente en aquel momento era saber a quién quería la demonio. ¿Qué alma se estaban disputando?

« El teléfono móvil », pensó Jim.

Mientras todos empezaban a hablar a la vez y el aire se llenaba con sus voces, éste dejó el ruido fuera de su cabeza y se agachó al lado del doblemente muerto, recogió el teléfono del suelo y consultó los mensajes enviados.

Reconoció de inmediato el último número.

« Matthias lo ha pillado » .

La fría claridad que invadió a Jim llegó acompañada de una especie de terror: había estado intentando salvar a la víctima, cuando debería de haberse centrado desde el principio en el verdugo.

CAPÍTULO

42



Actos reflejos y no reflexivos.

En ese punto estaba Isaac mientras permanecía allí de pie, en el pasillo de Grier, con una especie de suero goteándole de la nariz y la barbilla.

Su cerebro podía haberse pasado una o dos décadas intentando entender qué coño acababa de presenciar, pero aquello hubiera requerido un tiempo del que no disponía. Por mucho que no comprendiera —y eso que el agujero negro era del tamaño de un campo de fútbol—, iba a tener que fiarse de lo que sus ojos le habían mostrado y punto pelota: había sido testigo de cómo un hombre muerto se levantaba, le había disparado, y lo único que había logrado que el cadáver de aquel cabrón volviera a caer al suelo había sido una especie de cuchillo de vidrio o cristal. Luego algo había salido del cuerpo y había huido por debajo de la puerta principal.

Era como en sKillerz, cuando entrabas en el mundo paranormal del videojuego. Con sólo darle a un botón, las normas habituales se iban a la mierda y entrabas en un universo paralelo donde la gente podía desaparecer delante de tus narices, los vampiros vivían en las sombras y, en vez de humanos, te

persegúan hombres pálidos.

Claro que aquello era un juego que podías apagar, y en aquel dial no había posición de pausa. Razón por la cual no pensaba desperdiciar un montón de energía intentando entender todo aquello. Bueno, era posible que cuando todo hubiera acabado le preguntara a Jim qué demonios había sucedido, pero eso sería únicamente si había un « después » .

Visto lo visto, era muy probable que aparte de las personas que estaban en aquel vestíbulo les esperara un « después » pero « de la muerte » .

—¿Adónde ha ido? —le preguntó a Jim—. La cosa esa negra no, la foto.

Jim levantó la vista del móvil y le vinieron a la cabeza las palabras del segundo de a bordo: « No está en manos de Matthias » . Lo cual quería decir que algún otro cerebro trataba de lograr ciertos resultados manejando las palancas y las poleas de varias marionetas y escenarios.

—¿Adónde? —repitió Isaac.

—« Le ha llegado a Matthias » —dijo Heron, poniéndose en pie.

—¿Matthias es uno de esos? —Mientras Isaac señalaba al cadáver que se había levantado, pensó que era de puta madre encontrarse en una situación en la que no había palabras para describir nada.

—Cuando lo vi anoche, no lo era.

Bueno, puede que aquello explicara por qué habían usado su cara como saco de arena. Y sí, si los dos sobrevivían a aquello, Jim iba a tener que dar algunas explicaciones.

—¿Y tú? ¿Eres uno de ellos? —preguntó Isaac.

La tensión se mascó en el aire mientras Jim miraba a sus dos colegas, luego a Grier y luego a su padre.

—En cierto modo, sí. Pero estamos en el otro bando.

Isaac sacudió la cabeza y decidió dejar todo aquello para más tarde. Lo más importante era el sendero que la sucesión de acontecimientos estaba construyendo.

—Si Matthias ha recibido la foto, creará que yo he matado a ese tío. A esa cosa. A lo que sea.

¿Y cuál era el segundo paso de la extrapolación? Que ahora Matthias se lo cargaría seguro.

—¿A quién llamas? —le preguntó a Jim al ver que éste se llevaba el teléfono a la oreja como si estuviera haciendo una llamada.

Le leyó los labios y supo que el receptor era Matthias, pero lo siguiente que salió de su boca fue una maldición.

—Maldito buzón de voz.

Mientras los otros seguían hablando, Isaac hizo un aparte con Heron.

—¿Qué significa que yo no soy el objetivo?

—No tenemos tiempo para eso.

—Tenemos un minuto y medio. Te lo prometo.

—Eso no llega ni para empezar. —Los ojos de Jim taladraron los de Isaac—. ¿Recuerdas lo que te dije cuando te vi por primera vez? ¿Lo de que no iba a permitir que te sucediera nada? Pues lo mantengo. Pero tengo que irme.

Isaac agarró a Jim por el brazo, impidiendo que se moviera.

—¿Adónde?

Jim le echó un vistazo a sus compañeros.

—Tengo que ir a ver a Matthias. Creo que ella va tras él.

Isaac se preguntó quién sería ella. Entonces cayó en la cuenta.

—No va a hacer falta que vayas a ningún sitio. ¿Quieres verlo? —preguntó, sacando la telealarma y sujetándola por la cadena mientras señalaba hacia su propio pecho—. Pues tienes a tu cebo aquí mismo.

* * *

Al final, resultó que Grier iba a necesitar la maleta que había hecho.

Se iría a casa de su padre para alejarse de Beacon Hill un par de días e Isaac y Jim se quedarían en su casa para enfrentarse al tal Matthias. Aunque se le hacía raro dejarle la casa familiar a unas personas que casi no conocía, lo cierto era que aquel lugar ofrecía vías de escape que les facilitaría las cosas.

Y, a pesar de lo que opinaba de ellos, no pensaba tener nada que ver en sus muertes, si podía hacer algo para evitarlo.

Por desgracia, nadie había vuelto a hablar de lo de entregarse y su padre había llamado a sus contactos para anular el plan. Isaac no pensaba abrir la boca y su padre no tenía la información suficiente como para causar verdaderos estragos, así que los riesgos, puestos en una balanza con los posibles beneficios, no eran justificables.

Lo cual era una mierda total y absoluta. Pero bueno, bienvenida al mundo real.

Mientras observaba fijamente la maleta, llegó a la conclusión de que irse de allí en realidad tenía muchos beneficios. No quería estar presente mientras se deshacían de aquel cadáver. No le haría ninguna gracia verlo en un día bueno, así que mucho menos tal y como estaban las cosas. Además, estaba claro que necesitaba un descanso. Cuando aquel tema con Isaac empezó, todo había comenzando a sonarle demasiado: el agotamiento nervioso, el suceso de acontecimientos y las crisis. Pero estaba cansada y decidida a ser fiel a su nueva convicción: era hora de retirarse, de alejarse, de dejar aquello atrás.

Así que se decidió irse a Lincoln apesadumbrada, pero con los ojos abiertos de par en par.

Cogió la segunda temporada de *Apartamento para tres* de la estantería, abrió la maleta para guardarla...

Grier se puso tensa y en estado de alerta.

Por primera vez fue consciente de que Isaac estaba en la puerta de su dormitorio, aunque éste no había llamado.

Miró por encima del hombro y vio que tenía el pelo ondulado por lo que fuera que le habían echado por encima de la cabeza y su mirada seguía siendo tan intensa como siempre.

—He venido a despedirme —murmuró suavemente con aquel delicioso acento del sur, tejiendo aquellas palabras pronunciadas en voz baja y profunda—. Y a decirte que siento haberte mentado.

Mientras él entraba en la habitación, ella se volvió de nuevo hacia la maleta, metió dentro el DVD y la cerró.

—No me digas.

—Sí.

Encajó los dos cierres en su sitio.

—¿Sabes? Lo que no entiendo es por qué te molestaste siquiera. Si nunca tuviste intención de entregarte, ¿por qué hablaste con mi padre? ¿O fue para acceder a él? ¿Para averiguar cuánto sabía y avisar a tus amigos?—Como él no respondió, se dio la vuelta—. ¿Fue por eso?

Los ojos de él recorrieron su rostro como si lo estuviera memorizando.

—Fue por otra razón.

—Espero que fuera lo suficientemente buena como para echar por tierra la confianza que había depositado en ti.

Isaac asintió lentamente.

—Sí. Lo era.

Mira tú por dónde. Aquello le hizo sentirse realmente utilizada.

Grier agarró el asa de la maleta y la bajó de la cama.

—Y has vuelto a hacerlo.

—¿El qué?

—Activar esa maldita telealarma. Llamar a esa pesadilla de Matthias. —Frunció el ceño—. Debes de querer que te maten, o algo así. En cualquier caso, no es asunto mío. —Observó su hermoso y duro rostro y pensó cuánto le estaba doliendo aquello—. Buena suerte, de todos modos —añadió mientras se preguntaba si, al final de la noche, Isaac estaría en el mismo estado de aquel soldado.

—Grier, lo que te confesé abajo, en la cocina, era verdad.

—Es difícil discernir entre la verdad y la mentira, ¿no?

El corazón se le estaba rompiendo aunque no tuviera ningún sentido y, ante el dolor, lo único que quería era alejarse del hombre que permanecía tan estático y fuerte al otro lado del dormitorio.

Al otro lado de la vida, en realidad.

—Adiós, Isaac Rothe —murmuró, dirigiéndose hacia la puerta.

—Espera.

Durante un breve instante, una especie de extraña y desastrosa esperanza echó a volar en su pecho. Sin embargo, la ilusión no duró demasiado. Estaba harta de fantasías y de emociones de ensueño.

Sin embargo, le permitió acercarse mientras éste le tendía algo.

—Jim me ha pedido que te dé esto.

Grier cogió lo que tenía en la mano. Era un anillo. No, un *piercing*, un circulito de plata envejecida con una bolita en la punta. Frunció el ceño para leer la minúscula inscripción que tenía por dentro. Estaba en un idioma que no entendía, pero reconoció el sello PT950. El aro era de platino.

—En realidad es de Adrian —murmuró Isaac—. Es un regalo y quieren que te lo pongas.

—¿Por qué?

—Para mantenerte a salvo. O eso dicen ellos.

Era difícil imaginar qué podría hacer aquello por ella, pero le encajaba en el dedo índice y, cuando Isaac respiró hondo, aliviado, se sorprendió un poco.

—Sólo es un anillo —dijo Grier en voz baja.

—Ahora mismo no estoy seguro de que ninguna cosa sea « sólo » algo.

En eso no podía llevarle la contraria.

—¿Cómo vas a sacar el cadáver de aquí?

—Moviéndolo.

—Pues ya estás tardando. —Le echó un último vistazo. No podía evitar pensar que tal vez en unas horas podría estar muerto. Ni en la realidad de que, probablemente, ella no sabría qué le había pasado. Ni adónde habría ido, si sobrevivía. Ni si volvería a dormir tranquilo alguna vez.

Tenía la sensación de que estaba perdiendo el control, así que cogió la maleta, le hizo un gesto con la cabeza y salió de la habitación, dejándolo atrás.

No había otra opción.

Tenía que cuidar de sí misma.

CAPÍTULO

43



La decisión tenía que ser producto del libre albedrío.

Ése era el problema de lo del concurso: el alma en cuestión tenía que elegir su camino por voluntad propia al llegar a la encrucijada.

Mientras Devina salía de la ducha en su *suite* del Four Seasons, se puso a pensar en cuánto odiaba aquella mierda del libre albedrío. Desde su punto de vista, era mucho más eficaz hacerse con el control del autobús por las buenas, por así decirlo. El Creador, sin embargo, había limitado su poder por medio de las normas.

Jim Heron era el único que, en teoría, podía atraer a las almas, el único al que se le permitía tratar de influir de algún modo en las decisiones.

Maldito Jim Heron.

Maldito cabrón.

Y maldito Creador, ya puestos.

Cogió una toalla de un toallero metálico y se secó el hermoso cuerpo moreno mientras pensaba que aquélla era una casa mucho mejor que aquel soldado del tatuaje de la serpiente. Pero no tenía tiempo para hacerle justicia a la reunión de

carne. El último asalto por el alma que actualmente estaba en juego no sólo se acercaba, sino que ya estaba allí.

Era hora de finalizar el combate y ganarlo.

Después de desocupar la familiar piel del segundo de a bordo de Matthias, había alzado el vuelo y se había escapado de aquella casa de ladrillo. Su lado perverso se había visto tentado a aparcar dentro de la abogada o de su padre, sólo para echarse unas risas y hacerlo más dramático. Pero, tal y como estaban las cosas, no creía que fuera una buena idea. Todo estaba a punto de caramelo y las predilecciones e inclinaciones de los jugadores dejaban claro cómo iban a actuar.

Podría decirse que la situación le venía como anillo al dedo.

Y necesitaba hacerse con ese anillo por cuestiones que iban más allá del propio juego: quería vengarse por la actitud que Jim Heron había tenido en sus aposentos privados. No con sus subalternos, sino cuando los dos se habían quedado a solas.

Su ataque la había pillado totalmente desprevenida, al igual que el hecho de que fuera algo más que otro ángel cualquiera. Ni Adrian ni Eddie habrían logrado hacer algo así. No conocía a nadie que pudiera haberlo conseguido.

Aquello no tenía sentido: Jim Heron había sido elegido para desempeñar un papel muy concreto y se suponía que era un simple lacayo, ni bueno ni malo. De hecho, había sido aceptado por ambos bandos porque los dos equipos creían que podrían influir en él a su antojo y que se dejaría guiar por el poco «asesoramiento» permitido.

Una mierda pinchada en un palo, eso era lo que había resultado ser.

En el combate por la primera de las almas, Jim había hecho todo lo posible para empujar al hombre hacia el bien, demostrando que Devina se había equivocado al depositar su fe en él. Aquel hijo de puta era un salvador disfrazado de pecador, no uno de los suyos. Por lo cual, a partir de entonces, iba a tener que implicarse aún más. No había nadie en el campo que representara sus intereses y la manipulación de la situación era fundamental si pretendía ganar alguno de los asaltos.

Si no actuaba con picardía, perdería aunque tuviera todo a punto.

Por eso se había llevado a Jim allá abajo, a su reino, cuando lo había hecho. Necesitaba alejarlo de Matthias, no era recomendable que esos dos se pusieran en contacto.

Al menos había elegido al alma correcta. Llevaba dos años minando el cerebro del jefe de Operaciones Especiales y ya casi lo tenía, por eso cuando Nigel y ella habían hablado de cuál sería el siguiente individuo en juego, ella había elegido a Martin O'Shay Thomas, alias *Matthias*.

En el siguiente asalto le tocaba elegir a Nigel que, sin duda, seleccionaría a alguien mucho más difícil para ella.

Matthias, su querido y corrupto Matthias. Un último acto inmoral y sería suyo

para toda la eternidad, además de permitirle lograr su primer éxito.

Lo único que tenía que hacer era acabar con la vida de Isaac Rothe y cantaría victoria delante de las narices de Jim Heron.

Aunque después de lo que éste le había hecho, temía que no fuera un simple *quarterback* en aquel partido, sino un ente de otro tipo. Y ésa era otra de las razones por las que no se había quedado en Beacon Hill. El encuentro que había tenido con él allá abajo la había dejado sin fuerzas, y todavía no estaba lo suficientemente recuperada como para tener un enfrentamiento con él cara a cara.

Sobre todo porque infravalorar los poderes de su contrincante era un craso error.

Se enroscó en la toalla alrededor del cuerpo y observó la encimera de mármol que rodeaba los lavabos. Parte de la tarea que su terapeuta le había encomendado hacía dos semanas había consistido en hacer limpieza en su colección de maquillaje. Devina así lo había hecho y había tirado innumerables polvos compactos, barras de labios y sombras de ojos de Chanel.

Ahora, mientras miraba fijamente aquel espacio vacío, le entró el pánico por la falta de pertenencias. Lo único que tenía era una bolsa de Gucci llena de cosas. Nada más.

Con manos temblorosas, cogió la bolsita y volcó el contenido. Una serie de tubos, cuadrados y tarros negros se esparcieron por todas partes. Respirando por la boca, se puso a ordenar la docena de envases colocándolos por tamaños y formas, no por cometido.

No era suficiente. Necesitaba más.

En lo más profundo de su mente, Devina sabía que estaba girando en espiral, pero no podía evitarlo. El hecho de darse cuenta de que Jim era mucho más extraordinario de lo que pensaba y de que tenía muchas más posibilidades de ganar de lo que creía, la convertía en esclava de su debilidad interior.

Su terapeuta mantenía que comprar más trastos, hacerse con más baratijas u ordenar y reordenar la ubicación de los objetos no iba a resolver nada. Aunque, desde luego, la hacía sentirse mejor a corto plazo.

Al final, prácticamente tuvo que obligarse a salir del baño. Estaba perdiendo el tiempo y tenía que asegurarse de que todas las piezas de dominó que había colocado cayeran en el orden correcto y apropiado.

Para apaciguar a su trastorno obsesivo compulsivo, repitió lo que su terapeuta le había dicho hacía tres días: lo importante no son las cosas, sino el lugar que ocupas en este mundo. El espacio que haces tuyo emocional y espiritualmente.

En fin. Tenía trabajo que hacer.

Y otro traje de piel que enfundarse.

CAPÍTULO

44



Después de que los Childe se fueran en sus correspondientes coches con Eddie y Adrian pisándoles los talones furtivamente, Isaac y Jim se quedaron en la casa de los mil pasadizos secretos que el capitán Childe le había mostrado uno por uno a este último.

Tras las despedidas, la casa se quedó a oscuras tanto dentro como fuera, y ambos permanecieron alerta.

Jim pensó que era como si los viejos tiempos hubieran vuelto.

Sobre todo cuando se llevó el teléfono al oído y esperó que Matthias respondiera la llamada. Aunque, si de verdad hubieran regresado a esos días, el muy cabrón cogería el puto teléfono.

Jim estaba desesperado por ponerse en contacto con él antes de que apareciera allí pegando tiros.

La voz de su antiguo jefe se disparó en su oído.

—Isaac.

—No —dijo Jim lentamente. Dios sabía que había cabos sueltos por todas las esquinas—. No soy Isaac.

Se produjo un silencio que llenó un sutil zumbido de fondo. ¿Un coche? ¿Un avión? Era difícil estar seguro, pero seguramente sería un coche.

—¿Jim? ¿Eres tú? —preguntó mecánicamente, con una voz más muerta que muerta. Obviamente, hacía falta algo más que un saludito desde el más allá para impresionarlo, aunque aquello no parecía fruto de la impasibilidad de una mente privilegiada. Era más bien como si aquel hombre estuviera paralizado.

Jim eligió cuidadosamente sus palabras.

—Estoy más interesado en cómo estás tú. En eso y en la foto que has recibido. Me gustaría hablar de ella.

—No me digas. Pues ahora mismo tengo otras cosas en la cabeza... como por qué estás hablando conmigo por teléfono. Estás muerto.

—En realidad, no.

—Qué curioso, he soñado contigo. Te disparaba y no te morías.

Joder, estar a caballo entre dos mundos era realmente complicado.

—Ya lo sé.

—No me digas.

—Te llamo por lo de tu segundo de a bordo. Isaac no lo mató.

—¿Ah, no?

—Fui yo. —Mentira y gorda. Menos mal que nunca había tenido problemas con ese tipo de mierdas.

—Y yo te vuelvo a repetir que creía que estabas muerto.

—No del todo.

—Evidentemente. —Hizo una larga pausa—. Y si estás vivito y coleando, ¿por qué ibas a hacerle eso a mi mano derecha, Jim?

—Te confesé en aquel sueño que no permitiría que nadie se acercara a mi colega Isaac. Sé que me oíste.

—¿Me estás diciendo que debería empezar a llamarte Lazarus en lugar de Zacharias?

—Puedes llamarme como quieras.

—Bien, pues sea cual sea tu puto nombre, acabas de meterle una bala en la cabeza a tu «colega». Enhorabuena, porque con el único con el que pienso ajustar cuentas es con Isaac. Y ya me conoces, lo haré a mi estilo único e inimitable.

Mierda: Grier Childe. Apostaba cualquier cosa.

—No es lógico.

—Es totalmente lógico. O lo hizo Isaac y lo estás encubriendo esperando indulgencia, o de verdad fuiste tú, en cuyo caso tengo una cuenta pendiente contigo. Y la forma en que pienso saldar esa deuda será cargar un asesinato sobre tu conciencia. Teniendo en cuenta que odias los daños colaterales, eso será una auténtica putada.

—Rothe me ayudó a salvarte en aquel desierto polvoriento en el que casi te

matas.

—No me des otro motivo para ir a por él —dijo casi gruñendo.

«Bingo», pensó Jim mientras apretaba con fuerza el teléfono. Había descubierto un punto débil para atacarle, y aquello era más importante que cualquier discusión sobre quién se había cargado a aquel demonio.

—Pareces resentido, Matthias. Muy resentido. ¿Sabes? Has cambiado.

—En absoluto.

—Claro que sí y ¿sabes qué? Ya no tienes el corazón para estos trotes. No sé si ya habrás caído en la cuenta, pero el antiguo Matthias no vendría en persona a hacerlo. Para él, esto no sería más que un mero trámite.

—¿Y quién ha dicho que vaya a ir?

—Yo. No te queda más remedio. Aunque esto tampoco lo sabes, te están obligando a venir aquí para matar a un hombre inocente. —El silencio subsiguiente le demostró que estaba sobre la pista correcta—. No entiendes por qué tienes que hacerlo tú mismo. No entiendes por qué estás pensando como piensas. Y sabes que estás perdiendo el control. Estás tomando decisiones y haciendo cosas que no tienen ningún sentido. Pero yo puedo decirte la razón: estás siendo empujado por algo que, si te dijera que existe, no me creerías. Todavía no te controla por completo, pero tiempo al tiempo.

Jim se quedó callado y dejó que aquella información se asentara en el cerebro de su ex jefe. Lo que Matthias necesitaba era un exorcismo, pero para eso era preciso su consentimiento. El objetivo era hacer que fuera a la casa para ponerse manos a la obra.

Hablando del tema...

—Al que tú considerabas tu segundo de a bordo no era lo que creías que era, Matthias. —Jim decidió ir más allá y forzar la situación—. Cuando hablaba contigo te parecía que tenía toda la razón del mundo, ¿verdad? Te influenciaba sutilmente, te dirigía y estaba siempre ahí cuando lo necesitabas. Al principio era algo imperceptible y confiaste en él, delegaste en él y empezaste a prepararlo para que se convirtiera en tu sucesor.

—No tienes ni puta idea de lo que dices.

—Y una mierda. Sé exactamente lo que estoy haciendo. A decir verdad, ibas a dejar que Isaac volviera a Operaciones Especiales, ¿verdad? Ibas a intentar encontrar la forma de no matarlo, ¿no es cierto? ¿Matthias...? Matthias, responde a la maldita pregunta.

Tras un largo silencio, Matthias respondió en voz baja.

—Es cierto.

—Y no se lo contaste a tu mano derecha porque sabías que él te habría hecho cambiar de idea.

—Y habría tenido razón.

—No, habría sido diabólico. Así era él. Piénsalo. Tú intentaste dejar

Operaciones Especiales, pero él te empujó para que volvieras.

—Por si no lo sabías, estás hablando con un sociópata. Estoy en mi elemento.

—Sí, ya. Los sociópatas a los que todo les importa una mierda no ponen bombas en la arena y saltan encima de ellas. Admítelo, querías quitarte de en medio en el desierto y aún sigues queriendo hacerlo.

Por un instante, no se oyó más que el zumbido de fondo. Y luego Matthias dejó caer otra bomba, por así decirlo.

—Es por el hijo de Childe.

Jim frunció el ceño y retrocedió un poco.

—¿Perdona?

—El hijo de Childe lo cambió todo. Vi la grabación, vi a Childe llorando mientras su hijo se moría delante de él. Mi padre nunca habría hecho eso si fuera yo el que hubiera estado en aquel sofá. Él más bien me habría clavado la aguja en la vena. No podía sacarme eso de la cabeza. La manera en que el pobre cabrón miraba y lo que decía, que había amado a aquel chico como un buen padre.

Vaya, en cierto modo era difícil de imaginar que Matthias hubiera tenido un padre. Tenía más pinta de haber brotado por esporas.

Jim sacudió la cabeza y sintió compasión de Matthias por primera vez desde que lo había conocido, hacía ya años.

—Te lo pido, deja ir a Isaac. Olvida la venganza. Olvida Operaciones Especiales. Olvida el pasado. Te ayudaré a desaparecer y a ponerte a salvo. Déjalo todo atrás... y confía en mí.

Se hizo el silencio. Un silencio larguísimo durante el que únicamente se escuchó el monótono sonido del coche en marcha.

—Estás en una encrucijada, Matthias. Lo que hagas esta noche con Isaac puede salvarte y también a él. Tienes más poder del que crees. Únete a nosotros. Ven aquí, siéntate y charlemos un rato.

Probablemente era mejor guardarse por el momento lo de abrirlo en canal con un cuchillo de cristal y sacarle a la peste de Devina por la garganta.

Matthias suspiró entrecortadamente.

—No creía que fueras de esos de haz el amor y no la guerra.

—La gente cambia, Matthias —dijo Jim bruscamente—. La gente puede cambiar. Tú puedes cambiar.

* * *

Al otro lado de la cocina, Isaac no estaba seguro de haber oído bien: ¿había sido el propio Matthias quien había puesto la bomba que le había hecho saltar por los aires?

Dios santo. Recordó que aquel día tuvo que conducir el Land Rover a través

de las dunas, para regresar al campamento. En cuanto bajaron a Matthias, los muchachos de las bolsas de sangre y los guantes de látex se arremolinaron a su alrededor y aquello fue todo lo que Isaac supo del tema.

En resumidas cuentas, que ni Heron había abierto la puta boca para contarle ni el cómo ni el dónde ni el porqué de la explosión, ni Isaac le había preguntado. Proporcionar «la información justa y necesaria» era la máxima de Operaciones Especiales: ¿que el jefe y un agente aparecían el uno hecho picadillo y el otro arrastrándolo por la arena en plena noche?

Pues vale. Problema suyo.

Después de todo, a veces la información que llevabas contigo era más peligrosa que un arma cargada apuntándote a la sien.

Mientras Jim le colgaba bruscamente al jefe, Isaac decidió aclarar un par de cosas con aquel hijoputa.

—En primer lugar, no necesito que te hagas el mártir por mí, así que corta el rollo ese de «lo maté yo». Y en segundo, ¿qué demonios estabas diciendo? ¿Matthias intentó suicidarse?

—En primer lugar —lo imitó Jim—, no me gustan los daños colaterales, así que te jodes y te aguantas con lo que tenga que hacer para salvarte el culo. Y en segundo lugar, sí, lo intentó. Era un artefacto de los nuestros y tenía muy claro dónde tenía que pisar. Me miró a los ojos mientras bajaba el pie y murmuró algo —dijo, negando con la cabeza—. No tengo ni idea de qué. Y luego ¡pum!, la mayor parte del detonador se volatilizó. Pero no todo. No todo.

Fascinante.

—¿Cuánto tardará en llegar?

—No lo sé, pero está en camino. No le queda más remedio.

Ya, ¿era algo así como lo del segundo de a bordo? Pues no le interesaba en absoluto, la verdad. Ya tenía la cabeza como un bombo de tanta información. Lo único que le importaba era que aquella noche se acabara de una vez.

—Estoy hasta las pelotas de esperar —murmuró.

—Bienvenido al club.

Isaac miró a su alrededor. El sistema de alarma estaba desconectado, al igual que el aparato que había detrás del armario de Grier. Sin embargo, todas las puertas estaban cerradas con llave, así que era muy probable que se enteraran si entraba alguien.

—Voy a ir arriba —dijo—. Echaré un ojo por allí.

—Vale. —Jim volvió a clavar los ojos entornados en el jardín como si esperara que alguien apareciera en cualquier momento—. Yo cubriré el patio de atrás.

Isaac estaba a punto de subir las escaleras de la parte trasera, cuando se detuvo y se inclinó hacia atrás para mirar hacia la cocina. Heron estaba delante de la cristalera con las manos en las caderas y el ceño fruncido. Definitivamente

no estaba muerto. Y la verdad era que no parecía preocuparle el hecho de que una bala pudiera atravesar los cristales en cualquier momento.

—Jim.

—¿Sí? —El tío volvió la cabeza para mirarlo.

—¿Tú qué eres? Dime la verdad.

El silencio se alargó y la palabra «ángel» flotó en el aire que los separaba. Pero aquello era imposible.

Jim se encogió de hombros.

—Simplemente soy.

«Ya», pensó Isaac.

—Bueno... gracias.

Jim negó con la cabeza.

—Aún no estamos fuera de peligro.

—Da igual. Gracias. —Isaac se aclaró la garganta—. Nadie se había jugado el cuello por mí de esta manera.

En realidad, aquello no era cierto. Grier lo estaba haciendo, aunque de otro modo. Dios, el mero hecho de pensar en ella hizo que le ardieran los ojos.

Heron hizo una sutil reverencia y pareció realmente emocionado.

—De nada, amigo mío. Ahora déjate de sensiblerías y vigila el tercer piso.

A Isaac no le quedó más remedio que sonreír.

—Puede que después de esto necesite un trabajo nuevo.

En el rostro de Jim se dibujó una sonrisa que se desvaneció con rapidez.

—No creo que quieras pasar por el proceso de selección que yo tuve que hacer. Es muy duro.

—Menuda novedad.

—Eso fue lo que yo pensé.

Cuando Jim acabó de hablar, Isaac subió las escaleras.

En teoría, iba a vigilar desde el piso de arriba, pero aquélla no era la única razón por la que subía. Había otro motivo. Entró en el dormitorio de Grier, fue directo al armario y se quedó de pie ante el montón de ropa que quedaba sobre la alfombra de color crema. Ésta había dejado a medias la tarea de volver a colgarla porque un capullo se había volado la tapa de los sesos en el vestíbulo delantero.

Pero él solucionaría aquel problema.

Mientras esperaba a ver si aquello se convertía en una estrambótica reunión con Matthias o en un tiroteo que acabara con ambos muertos, fue recogiendo una por una las blusas, las faldas y los vestidos para poner orden en el caos.

Por fin podía recoger algo en su casa. Dios sabía que aquel cuerpo seguía aún allá abajo, aunque envuelto en plástico como si fuera un paquete listo para ser enviado por mensajería.

De todas formas, ya tendría tiempo para deshacerse de él más tarde.

Sin embargo, para ocuparse de las cosas de ella no habría ninguna otra oportunidad.

Además, el «sensiblero» que había en él necesitaba un último contacto con ella y lo más parecido que podía hacer era tratar con cuidado lo que en su momento había estado sobre su preciosa piel.

CAPÍTULO

45



Grier salió hacia Lincoln detrás del Mercedes de su padre y, cuando los familiares postes que había a ambos lados del camino de acceso a la casa de campo aparecieron, respiró hondo por primera vez desde que habían dejado Beacon Hill. Giró a la derecha por el camino de trocitos de conchas, se detuvo delante de la casa de tablones de madera gris y blanca y aparcó el Audi. Aunque el centro de Boston estaba sólo a treinta kilómetros, cualquiera pensaría que podría encontrarse a doscientos. Todo se quedó en silencio cuando apagó el motor y salió del coche y el aire limpio y fresco le hizo cosquillas en la nariz.

Dios santo, adoraba aquel lugar.

La luz suave y evanescente del crepúsculo suavizaba las siluetas de los árboles que rodeaban las dos hectáreas y media de prados y jardines y bañaba la madera de la casa con un tono dorado. Antes de que su madre falleciera, aquel sitio era un refugio para los cuatro. Una forma de dejar la ciudad cuando no les apetecía ir al Cabo, y Grier había pasado innumerables fines de semana allí, corriendo entre la hierba y jugando alrededor del estanque.

Cuando su padre se quedó viudo, sintió la necesidad de empezar de nuevo, así

que se mudó a la casa de campo para vivir en ella de forma permanente.

Mientras él se aproximaba desde el garaje en el que había aparcado su enorme utilitario, sus mocasines crujieron sobre los pequeños fragmentos de conchas. Cuando era niña, pensaba que los caminos como aquél estaban cubiertos con una clase especial de Krispis. En lugar de verter leche en un cuenco, lo único que había que hacer era pisarlos para oírlos crepitar.

Su padre se acercó con cautela.

—¿Quieres que meta tus cosas dentro?

—Sí, por favor.

—¿Te apetecería cenar algo?

Aunque no tenía hambre, asintió.

—Me encantaría.

Por Dios, parecían dos invitados de un cóctel. Un cóctel que implicaba cadáveres, armas y fugas de asesinos. Sólo que, en aquel caso, si te hacías de rogar era porque estabas muerto, no porque hubieras sido víctima de una catástrofe en la peluquería o de un atasco en la ciento veintiocho.

Lo que le recordaba...

Grier echó un vistazo a su alrededor y sintió un hormigueo en la nuca. Los estaban vigilando, podía sentirlo. Pero aquello no la puso nerviosa, sino que la tranquilizó.

Apostaba a que eran los hombres de Jim. No los había visto seguirles, pero estaban allí.

Cuando su padre cogió el equipaje y bajó la puerta del maletero, Grier cerró el automóvil con llave e intentó no pensar en que el hombre con el parche en el ojo había estado dentro de aquel maldito coche. Lo cierto era que aquello le daba ganas de vender el Audi, aunque no tuviera más que cincuenta mil kilómetros y corriera como el que más.

—¿Vamos? —preguntó su padre, señalando el sendero principal con una elegante mano.

Asintiendo, Grier echó a andar por el camino de ladrillos hacia la puerta. Antes de entrar, su padre desconectó el sistema de seguridad, que era como el de Grier, y luego abrió las cerraduras una por una. En cuanto atravesaron el umbral, cerró la puerta tras ellos, conectó de nuevo la alarma y volvió a echar todos los cerrojos.

Allí nadie los atraparía: al lado de aquella casa, la de la ciudad era como una caseta de perro de papel maché.

Tras la muerte de Daniel, había sido preparada para un asedio, algo que Grier no había comprendido hasta ese momento. Habían arrancado todas las tablas para cambiarlas por paneles ultrafinos ignífugos tanto en el interior como en el exterior, todos los vitrales emplomados habían sido sustituidos por cristales blindados de tres centímetros de grosor, las antiguas puertas habían sido

reemplazadas por otras con los marcos de plomo reforzados, habían instalado equipos de seguimiento de oxígeno y resistentes sistemas de calefacción y aire acondicionado. Aunque, sin duda, habría otras mejoras de las que ella no era consciente.

Todo aquello había costado más de lo que valía la casa y, en el momento en que lo había hecho, Grier había cuestionado la salud mental de su padre.

Ahora se sentía agradecida.

Mientras observaba las antigüedades coloniales americanas, los suelos hechos con enormes tablones y la atmósfera elegante a la par que informal, la noche que quedaba por delante se alargó hasta el infinito. Que era lo que sucedía cuando lo único que podías hacer era esperar. Jim e Isaac se pondrían en contacto con su padre en algún momento, pero no se sabía cuándo. Ni qué noticias le darían.

Aquello era horrible. Realmente horrible.

Por el amor de Dios, para ella la muerte solía ser algo relacionado con un accidente o una enfermedad. Pero aquella noche no. Aquella noche se trataría de algo violento y premeditado, y a ella no le gustaba aquel mundo. Ya era suficientemente difícil soportar el día a día teniendo sólo en contra a la Madre Naturaleza y a la ley de Murphy. Todo aquello le daba muy mala espina.

—¿Quieres comer algo? —Le preguntó su padre—. ¿O prefieres asearte?

Qué extraño era todo. Ella solía actuar como si aquella casa fuera suya y usaba la nevera, la cafetera y la cocina sin pensarlo. Se le hacía raro e incómodo que la trataran como a una invitada.

Giró la cabeza por encima del hombro para mirar a su padre y observó en sus hermosas facciones. En el incómodo silencio de aquella casa blindada, se dio cuenta de lo solos que ambos estaban. Por su propio bien, necesitaban volver a ser una familia en lugar de comportarse como extraños.

—¿Preparo la cena para los dos?

Los ojos de su padre se humedecieron sutilmente y éste se aclaró la garganta.

—Eso sería fantástico. Subiré esto a tu habitación.

—Gracias.

Al pasar a su lado, él estiró la mano y le tocó el brazo, apretándose ligeramente, lo cual era su versión de un abrazo. Ella posó la mano sobre la suya, para aceptar el gesto. Exactamente como habían hecho siempre.

Cuando su padre empezó a subir las escaleras delanteras, Grier fue hacia la cocina sintiéndose débil y fuera de juego, pero se mantuvo firme y siguió adelante.

Lo cual, al final del día, era lo único que le quedaba.

Sólo le faltaba una cosa y se detuvo para volver a echar un vistazo por encima del hombro. Luego entró apresuradamente en la cocina y miró en la mesa de la esquina, en el largo tramo de encimera donde estaba la cocina y

delante de las escaleras de atrás.

—¿Daniel!? —susurró—. ¿Dónde estás?

Tal vez no quería entrar en la casa de su padre. Aunque si podía aparecer en el Four Seasons para un acto benéfico y en un combate clandestino, bien podía mover el culo hasta allí.

—Te necesito —dijo—. Necesito verte.

Esperó antes de repetir su nombre un par de veces más, pero, al parecer, sólo el horno doble y la nevera la estaban escuchando.

Por Dios, sabía que su hermano siempre había menospreciado los conflictos y que su padre le ponía nervioso. Pero la única que podía verlo era ella, así que, obviamente, podía elegir ante quién mostrarse.

—Daniel.

En un momento de pánico, se preguntó si no volvería nunca más. ¿Se habría despedido sin que ella se diera cuenta?

Los electrodomésticos siguieron sin responder.

Suponiendo que tendría más suerte si los usaba, fue hacia la nevera y abrió la puerta, preguntándose qué demonios podía improvisar para su padre y para ella.

De una cosa estaba segura: no iban a cenar tortilla.

Pasaría mucho tiempo antes de que volviera a hacer una.

* * *

Mientras la oscuridad lo invadía todo, los faros del coche de incógnito de Matthias barrían la carretera que tenían delante. Había otros coches que viajaban por el mismo asfalto que el suyo, otras personas al volante, otros planes en otras cabezas.

Pero todo aquello le resultaba irrelevante y no tenía más significado para él del que podía tener una película en una pantalla. Ni más profundidad.

Él tenía asuntos que resolver. Asuntos de los malos. De los que le hacían un nudo al cerebro y conseguían que el dolor que tenía en el lado derecho del pecho alcanzara tal intensidad que tenía que esforzarse para no perder la consciencia.

Joder, Jim Heron tenía demasiada información sobre lo que se suponía que deberían ser pensamientos e información privados. Era como si hubiera sintonizado la emisora de radio interior de Matthias y pudiera oír todas las canciones, anuncios e informes sobre el tráfico.

Y el muy cabrón tenía razón. El segundo de a bordo de Matthias sólo había destacado de verdad tras su pequeño «accidente» en el desierto: en los dos últimos años, aquel agente se había convertido en alguien indispensable y, si echaba la vista atrás, a las misiones y situaciones pasadas, se daba cuenta de que aquel tío había influido cada vez más en sus decisiones, hasta el punto de prácticamente tomarlas él mismo.

Había sido muy sutil. Como si estuviera aumentando poco a poco el fuego bajo una olla llena de agua. El segundo de a bordo había sido el que le había hecho cambiar de opinión en lo de dejar libre a Jim Heron y el que lo había empujado a matar a Isaac. Y podría poner cien ejemplos más de cien situaciones, en muchas de las cuales él le había obedecido.

Ni siquiera se había dado cuenta de lo que estaba pasando.

Por el amor de Dios, todo había comenzado con el asesinato del hijo de Alistair Childe. Aquella había sido la primera de una serie de brillantes ideas.

Por supuesto, le había parecido que tenía todo el sentido del mundo y Matthias no había dudado en apretar el gatillo. Pero cuando vio las imágenes de la muerte, el llanto del capitán lo conmovió y abrió una puerta en su interior que él ni siquiera sabía que existía.

Matthias había apagado el vídeo para irse a dormir y, a la mañana siguiente, se había despertado y había decidido que ya era suficiente. Que era hora de abandonar la fiesta que él mismo había organizado hacía tantos años, de dejar que los invitados se apoderaran de su casa y la quemaran, si era lo que querían. Pero él no podía más. Aquella era la gota que había colmado el vaso.

Mientras fijaba la vista en sus manos, que estaban sobre el volante, se dio cuenta de que otra persona lo había estado manejando, manipulándolo, mostrándole las salidas y las señales de tráfico. ¿Cómo había sucedido? ¿Y cómo coño lo sabía Jim Heron?

Mientras su mente centrifugaba y comenzaba otro ciclo de lavado del pasado, llegó a la conclusión de que todos aquellos lavados y aclarados mentales no servían para nada. Al menos no aquella noche. No en aquella carretera. Lo que importaba no era cómo había acabado al volante de camino a Boston, sino lo que haría cuando llegase allí.

Efectivamente, se encontraba en una encrucijada. Lo sentía en lo más profundo de su ser, como lo había sentido al preparar aquella bomba años atrás.

La cuestión era qué hacer. Creer lo que Jim Heron le había dicho o guiarse por el impulso de la rabia que lo empujaba hacia el este.

Qué destino elegir.

Mientras reflexionaba, tuvo la certeza absoluta de estar escogiendo entre el cielo y el infierno.

CAPÍTULO

46



Mientras vigilaba la casa gris de madera del padre de Grier desde un roble, Adrian estaba empezando a sentirse como un maldito árbol. Excepto por la escaramuza que había tenido lugar en la ciudad la noche anterior, se había pasado los dos últimos días esperando entre bastidores.

Lo cierto era que nunca había sido un gran aficionado a los banquillos, pero, en una noche como aquella, en que la acción estaba en la ciudad y él y Eddie estaban allí tirados entre las ramas ejerciendo de niñeras de un par de adultos, se sentía como si tuviera el demonio en el cuerpo. Sobre todo teniendo en cuenta que el par de personas de las que él y su colega estaban a cargo estaban encerrados en una casa que, en cuestiones de robustez, hacía que Fort Knox pareciera un váter portátil.

Por los clavos de Cristo, no podía creerse que hubieran ido a por el alma equivocada.

Las conclusiones a las que habían llegado parecían factibles, pero, en realidad, aquella mierda era como una ecuación matemática mal hecha: en el papel tenía muy buena pinta, pero el resultado era incorrecto.

Y qué irritante había sido enterarse. Tenía sudores fríos sólo de pensar lo cerca y a la vez lo lejos que habían estado del final de otro asalto.

Aunque el fallo que habían estado a punto de cometer no era lo único que hacía que se le encogieran las pelotas sobremanera. La otra razón era cómo se encontraba Jim tras lo que le había sucedido. A pesar de lo que Devina le había hecho, el tío seguía fingiendo que no había pasado nada. Aunque en aquellos momentos puede que ésa fuera la mejor actitud. Qué demonios, quizá el hecho de que lo de Isaac y Matthias fuera a finalizar aquella noche a Jim le viniera bien, porque le daba algo en lo que concentrarse. El único problema era, como Adrian sabía de primera mano, que aquella crisis iba a pasar y que luego tendría que enfrentarse a un montón de largas y silenciosas horas de soledad, sin más compañía que aquellos terribles recuerdos silbando alrededor de su cráneo como balas perdidas.

Lo más duro, al menos en opinión de Adrian, era saber que iba a volver a ocurrir. Cuando la situación lo requiriera, Adrian regresaría al parque de atracciones de Devina, al igual que Jim. Ellos eran así de machos y ella era así de zorra.

A su lado, Eddie ahogó otro estornudo.

—Jesús.

—Malditas lilas. Soy el único inmortal con alergias, en serio.

Mientras su colega miraba las flores de lo que fuera que tenía al lado de la cabeza, Adrian respiró hondo y pensó que al menos su mejor amigo no tenía que bajar al infierno a aquella mesa. Aunque él había sido marcado por la demonio, lo cual no era en absoluto un pase de por vida para Disneylandia.

Después de diez minutos, tres estornudos y nada de nada, Adrian sacó el móvil y llamó a Jim. El tío contestó al segundo tono.

—Dime —ladró.

—*Nada*. Estamos aquí fuera entre las lilas, creo que se llaman así, viendo cómo Grier cena con su padre. Creo que comen un par de chuletas de cerdo. — El suspiro que llegó del otro lado de la línea fue de pura frustración—. Supongo que por ahí tampoco ha pasado nada.

A veces, que sucediera algo malo era mejor que tener que matar el tiempo mirando para las musarañas.

Jim maldijo.

—He hablado con Matthias hace una hora, pero no tengo idea de dónde estaba. Venía hacia aquí, eso desde luego.

—Creo que deberíamos volver. —Adrian frunció el ceño y se inclinó hacia delante. Dentro de la cocina rústica, Grier se levantó, sacó algunos platos de una alacena y levantó la tapa de cristal que cubría una tarta. Parecía toda de chocolate. Con glaseado blanco.

Joder. Aunque quizá deberían quedarse un poco más y autoinvitarse al postre.

—Aguantad un poco más —dijo Jim—. Aunque puede que tenga que ir hasta ahí. Preferiría que el combate tuviera lugar lo más lejos posible de los Childe, pero no estoy seguro de que Grier no sea el objetivo. Ahora mismo no tengo ni idea de qué estará pensando Matthias. No me dio tiempo a enterarme de mucho por teléfono antes de que colgara.

—Lo que está claro es que nosotros queremos estar donde esté la fiesta. —Y los antihistamínicos, pensó Ad cuando Eddie volvió a estornudar—. Además, he dado una vuelta alrededor de la casa y no puede ser más segura. El alma que está en juego es la de Matthias, así que la acción estará donde él esté y él va a por Isaac.

Hubo un segundo de silencio, antes de que Jim respondiera.

—Sin embargo, Grier es un alma inocente y una excelente oportunidad de venganza para Matthias. Puede que a quien quiera cargarse sea a ella, no tenemos ni puta idea. Por eso quiero esperar un poco más. Luego puede que intercambiamos puestos.

—De acuerdo. Iremos adonde nos digas —consintió Ad antes de colgar. Míralo a él, qué soldadito más formal. Menudo lameculos—. Nos quedamos aquí —gruñó—. Por ahora.

—Es difícil saber dónde ponerse.

—Necesitamos más guerreros.

—Si Isaac sobrevive, podríamos reclutarlo. Sabe de qué va el rollo.

Adrian miró para él.

—Nigel nunca nos daría permiso para eso. —Hizo una pausa—. ¿No?

—Yo diría que le disgustaría más perder.

Adrian volvió a observar a Grier, mientras ésta cortaba dos trozos de tarta y los servía en sendos platos. Le dio la impresión, por la forma en que movía los labios, de que su padre y ella estaban manteniendo una conversación bastante distendida y se alegró de ello. No sabía cómo era eso de tener un padre, pero llevaba en la Tierra el tiempo suficiente para saber que tener uno bueno era maravilloso.

Maldijo al ver que Grier iba hacia la nevera.

—Joder, colega. ¿También helado?

—¿Cómo puedes tener hambre en un momento como éste?

Adrian hizo una pequeña reverencia.

—Soy un monstruo.

—Creo que «frikí» es la palabra correcta.

Aprovechando el comentario, Ad tiró de cuerdas vocales y cantó unas notas de *Super Freak*, en una fantástica imitación de Rick James. Entre las lilas, en... ¿dónde demonios estaban? ¿En Roosevelt, Massachusetts? ¿O era en Adams?

¿En Washington?

—Por lo más sagrado —murmuró Eddie, tapándose los oídos—, para...

—... *in the name of looooooooooove*. —Y, extendiendo la mano, Ad cambió a un final tipo Diana Ross, mientras meneaba el culo—. *Be... fore... you... breaaaaaak... my...*

Eddie dejó escapar una risilla ahogada, que era justo lo que Adrian quería y, en cuanto la consiguió, se calló.

Mientras todo se quedaba de nuevo en silencio, pensó en el bueno de Isaac Rothe. Aquel hijoputa cabezota y fortachón podía ser una excelente adquisición para el equipo.

Claro que, para eso, antes tenía que morir.

O ser asesinado.

Lo cual, visto lo visto, bien podía quedar solucionado esa misma noche.

* * *

En la cocina de la casa de campo, Grier se sentó enfrente de su padre en una mesa hecha con los tablones de un viejo granero. Entre ellos había dos platitos blancos manchados con restos de chocolate sobre los que reposaban sendos tenedores de postre formando agudos ángulos con la mesa.

Durante la comida no habían hablado de nada importante, sólo de temas anodinos relacionados con el trabajo y el jardín de su padre y de los casos que ella estaba llevando en los juzgados. La conversación era muy normal, quizá hasta decepcionante, pero ella se aseguraría de que la cosa siguiera así hasta que, a fuerza de fingir, acabara por ser real.

—¿Otro trozo? —preguntó Grier, señalando con la cabeza hacia la tarta que estaba sobre la encimera.

—No, gracias. —Su padre se dio unos toquecitos con la servilleta en las comisuras de los labios—. Ya no debería haber tomado éste.

—Parece que has perdido peso. Creo que deberías...

—Mentí sobre Daniel para mantenerte a salvo —le espetó, como si la presión de seguir ocultándolo hubiera llegado hasta un punto insostenible.

Ella parpadeó un par de veces. Luego alargó la mano y jugueteó con el tenedor, dibujando pequeñas equis y oes en el glaseado que no se había comido, mientras la cena le daba vueltas en el estómago.

—Te creo —dijo finalmente—. Aunque me duele muchísimo. Es como si él hubiera vuelto a morir.

—Lo siento, aunque sé que eso no es suficiente.

Ella levantó los ojos hasta los de él.

—No te preocupes, todo volverá a la normalidad. Sólo necesito un poco de tiempo. Tú y yo... sólo nos tenemos el uno al otro.

—Lo sé. Y es culpa mía.

Salido de la nada, un resplandor procedente del exterior atravesó las ventanas,

iluminándolos a ellos y a la habitación en un foganazo de luz.

Las sillas chirriaron cuando ella y su padre se levantaron de un salto para ocultarse tras la sólida pared del cuarto de estar.

Fuera, en el jardín delantero, las luces de los detectores de movimiento se activaron mientras un hombre atravesaba el corto césped hacia la casa. Detrás de él, en las sombras, un coche que ella no reconoció estaba aparcado en el camino de grava.

Quienquiera que fuera debía haber llegado sin encender las luces. Además, si se tratara de Jim, de Isaac o de aquellos dos hombres, los habrían avisado.

—Coge esto —susurró su padre, poniéndole en la mano un objeto metálico y duro.

Una pistola.

Ella la aceptó sin rechistar y lo siguió mientras él se acercaba a la puerta delantera, que era hacia donde su inesperado «invitado» parecía estar dirigiéndose. Lo cual no tenía ningún sentido, por cierto. De manera que entraba a hurtadillas en el camino con las luces apagadas, y luego iba directo a la...

—Gracias a Dios —murmuró su padre.

Cuando vio quién era, Grier también se relajó. Bajo las luces de seguridad, la corpulenta figura de Jim Heron y su duro rostro se veían tan claros como si fuera de día y el hecho de que se hubiera deslizado de tapadillo en el camino de acceso cobraba sentido.

Lo primero en que pensó Grier fue en Isaac y lo buscó en el haz de luz mientras su padre desactivaba la alarma y abría la puerta. Sin embargo, no estaba con Jim. Santo cielo...

—Todo el mundo está bien —gritó Jim, cruzando el campo, como si le hubiese leído la mente—. Se ha acabado.

El alivio que Grier sintió fue tal que se excusó un instante, se metió en la cocina, posó la pistola y apoyó los brazos sobre la mesa. Desde la otra habitación, oyó las voces profundas de su padre y de Heron, aunque dudaba que hubiera podido seguir la conversación si hubiera estado al lado de ellos. Isaac estaba bien. Estaba perfectamente. Estaba bien...

Se había acabado. Fin. Y ahora que Isaac estaría empezando a disfrutar de una relativa libertad, ella podría intentar seguir adelante por su propio camino.

Dios bendito, necesitaba unas vacaciones.

«En algún lugar frívolo y cálido —decidió, acercándose a la mesa para recoger los platos de postre—. Con palmeras, *mai tai* y sombrillas. Playa. Piscina...».

Tic... tic... Un ruido...

Grier frunció el ceño y giró lentamente la cabeza para mirar por encima del hombro. Al lado de la nevera, el cerrojo de la puerta trasera empezó a deslizarse de derecha a izquierda al mismo tiempo que el antiguo pestillo se levantaba.

Las voces de la sala de estar enmudecieron de repente.

Demasiado silencio.

Algo no iba bien. Nada bien...

Dejó caer los platos y se lanzó a por el arma que había dejado sobre la encimera, pero no llegó a tiempo. Algo le golpeó en el omóplato y luego una descarga eléctrica le recorrió el cuerpo y le hizo arquearse hacia atrás. Acto seguido, perdió el equilibrio y cayó al suelo cuan larga era.

CAPÍTULO

47



Mientras tanto, en Beacon Hill, Isaac subió las escaleras de delante de la casa y se detuvo en el rellano del segundo piso antes de continuar hacia el cuarto de Grier. En su espacio privado, se paseó alrededor de la cama y sintió como si estuviera perdiendo su preciada cordura.

Miró el despertador, fue hacia las puertas de cristal y echó un vistazo a la terraza. Allá afuera no había ni un alma y en la casa sólo estaban él y Jim.

El tiempo pasaba, pero allí no aparecía nadie. Y por mucho que bajara junto a Jim y volviera a subir de nuevo, la siguiente tanda de acontecimientos seguía sin ponerse en marcha.

Era como un director sin megáfono. Y al elenco y al equipo de rodaje les importaba una mierda lo que tuviera que decir.

Le atormentaba un pánico inexorable a estar en el lugar equivocado. Que él y Jim estuvieran allí perdiendo el tiempo mientras la acción tenía lugar en otro lugar. Como por ejemplo, en la casa de campo del padre de Grier.

Profirió una feroz maldición, se encaminó de nuevo hacia las escaleras y las bajó corriendo, sin esperar encontrarse otra cosa por el camino o allá abajo que

una pequeña pausa en la cocina para volver a emprender el viaje hacia arriba.

Pero...

Cuando llegó al rellano, oyó que abajo la puerta principal chirriaba como si la estuvieran abriendo. Empuñó las pistolas y ya estaba listo para atacar, cuando oyó la voz irritada de Jim.

—¿Qué hacéis aquí? —inquirió Heron.

—Nos enviaste un mensaje de texto.

Isaac frunció el ceño al oír lo que el hombre de los *piercings* le decía.

—No.

—Sí.

En ese momento, la telealarma que Isaac tenía en el bolsillo emitió un débil zumbido.

Con los cinco sentidos alerta, se metió silenciosamente dentro de la habitación de invitados en la que se había quedado. Se puso el transmisor en la palma de la mano, activó el dispositivo y, esa vez, la respuesta fue inmediata.

Matthias contestó al momento.

—Tengo a tu chica en casa de su querido papaíto. Ven hacia aquí. Tienes media hora.

—Como le hagas daño...

—Estás perdiendo el tiempo. Y no hace falta que te diga que vengas solo. No me hagas esperar, o puede que me aburra y tenga que entretenerme con algo que no te gustaría nada, puedes estar seguro. Treinta minutos.

La luz se apagó y la comunicación se cortó de repente.

Isaac giró sobre sus talones para marcharse y retrocedió de un salto. Jim había subido las escaleras sin que él se diera cuenta y estaba justo detrás de él.

—La tiene —afirmó Jim con rotundidad—. ¿No?

—O voy solo o la matará.

Isaac apartó a Jim de su caminó y bajó las escaleras. Habían registrado el cadáver de la entrada en busca de armas antes de envolverlo para regalo, pero no le habían cogido las llaves del coche.

Bingo. En el bolsillo delantero. Un Ford.

Ahora tenía que localizar el trasto de aquel cabrón.

Cuando Isaac se incorporó, se dio cuenta de que reinaba un silencio absoluto y de que no había nadie en el vestíbulo de la entrada. Echó un vistazo alrededor y tuvo la sensación de que estaba solo en la casa, aunque no tenía ni idea de cómo se habían largado tan rápido.

¿Y qué más daba? A la mierda con eso. Y con ellos.

Isaac salió disparado hacia la puerta, pero, en el último momento, dio media vuelta en el umbral y volvió adonde estaba el cadáver para quitarle otra cosa. Luego desapareció corriendo en la oscuridad.

El coche de incógnito que había visto el día anterior desde la casa de la calle

Pinckney estaba aparcado una manzana más allá y la llave del fiambre le dejó acceder a él. El motor arrancó sin problemas y el GPS estaba conectado, así que introdujo rápidamente la dirección que el padre de Grier les había dado.

« Como alma que lleva el diablo » era la frase que mejor describiría la forma en que Isaac recorrió aquellos kilómetros.

Entró a toda pastilla en la autopista Mass Pike, rebasando el límite de velocidad hasta casi hacer añicos el puto coche. Aun así, tenía la sensación de que se movía a cámara lenta, lo que empeoró cuando salió de la autopista e intentó cruzar algunos pueblos llenos de señales de *stop* y de sinuosas carreteras.

Afortunadamente, el GPS lo llevó exactamente adonde necesitaba ir: hasta un par de postes de piedra que señalaban su destino y que flanqueaban un camino blanco y reluciente.

Apagó las luces y giró a la derecha, pasando de ir rápido como una liebre a lento como una tortuga. Abrió un poco la ventanilla para poder oír mejor y avanzó centímetro a centímetro, maldiciendo el crujido que las ruedas hacían al triturar aquel millón de conchas. La única buena noticia era que allí, donde Cristo había dado las tres voces, la luminiscencia de la ciudad no existía y que la luna estaba cubierta por las nubes. Aunque apostaba la cabeza a que tenían sensores exteriores de movimiento en la casa y/o en los árboles.

Isaac continuó hasta otro coche de incógnito, que no podía ser otro que el de Matthias. Maniobró para dejar el coche apuntando hacia la salida. Cogió las llaves y salió corriendo campo a través con todos los sentidos alerta y una furia infernal que le hacía hervir la sangre.

Como le hubiera puesto un solo dedo encima a Grier, Matthias moriría. Un cabello fuera de lugar en su cabeza y se cargaría a aquel cabrón.

Mientras se aproximaba a la casa, buscó las puertas. La principal estaba abierta y la de atrás no la veía.

Aunque, al fin y al cabo, qué importaba: lo estaban esperando. Así que ya podía ir mandando a la mierda aquel rollo de líder ninja y anunciar su llegada.

Se acercó a la entrada de la casa de campo y, con las pistolas escondidas y los ojos bien abiertos, cerró el puño y golpeó el marco de madera.

—Matthias —gritó.

Mientras entraba, el silencio sepulcral le resultó más aterrador que cualquier grito o charco de sangre. Y es que sólo Dios sabía dónde se estaba metiendo.

* * *

Jim había ideado un plan mientras los ángeles y él se dirigían como rayos a la casa del padre de Grier. No le había hecho gracia dejar solo a Isaac en la ciudad, pero se habrían puesto a discutir y sabía que aquel astuto cabrón sabía cuidarse.

Por otra parte, Devina estaba jugando con fuego y aquello era algo que sólo

Jim podía solucionar. Además, lo de tener un poco de tiempo antes de que Isaac llegara podría resultar útil: si Matthias le había hecho algo a esa tal Grier, el soldado se volvería loco.

Así que Jim aterrizó y salió disparado hacia la puerta abierta de la casa de campo con sus compañeros de ala a la zaga, dispuesto a hacerse cargo de la situación.

Pero Nigel se lo impidió.

El arcángel se interpuso en su camino y aquella vez no llevaba puesto ni el esmoquin ni el equipamiento blanco de croquet ni ningún maldito trajecito de algodón impoluto: no era más que una forma brillante, una sinuosa silueta de luz ondulante.

Y no pronunció más que una palabra:

—No.

Jim frenó en seco y, de haber tenido algún objetivo sólido, le habría pegado un puñetazo a aquel hijoputa.

—¿Qué coño pasa contigo? —Primero la pista falsa sobre Isaac, ¿y ahora aquello?

—La suerte está echada. —Nigel levantó una mano prácticamente intangible. — Si intervienes ahora, acabarás fracasando.

Jim señaló hacia la puerta abierta.

—El alma de un hombre está en peligro. —O lo que era lo mismo: « No me jodas, capullo arrogante» .

La voz de Nigel se volvió lúgubre.

—Como si no fuera consciente de ello.

—Si pudiera hablar con Matthias...

—Tuviste la oportunidad...

—¡No sabía que era él! ¡Esto es una mierda!

—No está en mi mano cambiar nada, pero insisto: deja que pase lo que tenga que pasar.

—¿Así que no puedes cambiar nada, pero ahora puedes intervenir? ¡Justo en este puto instante! —Jim era plenamente consciente del atronador tono de voz que estaba utilizando, pero le importaba bastante poco anunciar su presencia a Devina o a quien fuera.

—A la mierda, voy a entrar.

Con un veloz resplandor, la forma de Nigel lo cubrió como una manta de la cabeza a los pies. La luz actuó como una especie de pegamento, impidiéndole moverse. Y entonces su voz con acento inglés no resonó sólo en sus oídos, sino que le invadió el cerebro.

—¿Cuál es el camino correcto? ¿El pasional o el racional? Piensa, Jim. Piensa. Quien incumpla las reglas, recibirá un castigo. Recapacita. Quien incumpla las reglas, recibirá un castigo. ¡Piensa, maldito seas!

La ira le nublabla la mente y sacudía su cuerpo de tal forma que creyó que se desmembraría, pero, de repente, su cabeza dura como la piedra se iluminó y entendió lo que el arcángel intentaba decirle.

Quien incumpla las reglas... recibirá un castigo.

—Así es, Jim. Deja que esto siga su curso más allá de esta noche. Y que sepas que llegarás más lejos en este juego si te guías por el cerebro y no por la ira. Por favor, te lo ruego, confía en mí en lo que a esto se refiere.

Jim relajó los músculos y sintió que una extraña calma se apoderaba de él. Giró la cabeza en medio de la melaza que Nigel había creado.

Miró a Adrian y a Eddie, que se acercaban corriendo, y vio que estaban tan cabreados como él. Lo cual, teniendo en cuenta lo que Nigel estaba diciendo, no era en absoluto positivo.

—Confía en mí, Jim —pidió Nigel—. Tengo tantas ganas de ganar como tú. Yo también llevo mi propia carga de seres queridos a los que he perdido. Yo también haría cualquier cosa para proporcionarles la paz eterna. Ni se te ocurra pensar que pudiera guiarte en la dirección equivocada.

Jim negó con la cabeza mirando a sus chicos.

—Dejadlo —les ordenó—. Vamos a permanecer al margen. Nos quedamos aquí fuera.

Sus camaradas lo miraron como si estuviera loco de remate, y él no pudo estar más de acuerdo con ellos. Se moría por entrar allí, pero había captado la idea y hasta se alegraba de que el arcángel hubiera intervenido. Dado que Devina se había tomado las reglas a la ligera, lo mejor para Matthias sería que Jim se desvinculara de aquella mierda.

Aunque aquello fuera en contra de su naturaleza.

Al cabo de un rato, Nigel lo fue liberando poco a poco y su iluminación mágica se fue dispersando gradualmente. En su ausencia, Jim cayó de rodillas sobre la hierba, con los ojos fijos en la puerta de la casa de tablonos de madera mientras Adrian y Eddie se abalanzaban sobre él como hienas exigiendo una explicación para la orden de alto.

En lo más profundo de su mente y de sus sentimientos, aún sentía la tentación de interponerse en el camino de aquello que Devina hubiera planeado.

Sobre todo cuando se imaginaba a la chica de Isaac en manos de Matthias.

Santo Dios, Rothe iba a ser sacrificado, ¿verdad?

Las manos de Jim tantearon la tierra y hundió los dedos en el césped, obligándose a permanecer allí quieto.

Inclinó la cabeza y rezó para que su fe le ayudara y para que el bien, finalmente, prevaleciera. Pero lo triste era que hacer lo correcto iba a implicar la muerte de un hombre que no merecía morir esa noche.

CAPÍTULO

48



Matthias había dejado las cosas bien atadas con los Childe mucho antes del momento en que esperaba que Isaac cruzara el umbral de la puerta principal.

Después de haberla aturdido con la pistola paralizante, se había dado cuenta de que levantar a Grier del suelo para sentarla en una silla requería más fuerza de la que él tenía, así que la había dejado allí tirada y le había atado las piernas y las muñecas con cinta de embalar que había encontrado en la despensa de Alistair.

¿Y su padre?

No tenía ni idea de lo que había hecho que el hombre le dejara vía libre y se quedara allí plantado en trance, pero el hecho de que estuviera como ido le venía a las mil maravillas. Matthias no había tenido ningún problema para caminar tranquilamente hacia él y ponerle una pistola en la cabeza.

Así que hacer que se sentara en una silla de la cocina había sido un juego de niños. Sólo le había faltado atarse él mismo las manos y los pies.

Aquello le había resultado muy útil a Matthias, porque el pecho le dolía tanto

que apenas podía respirar. Ahora no tenían más que esperar a Isaac los tres juntos en aquella casa, con la puerta abierta de par en par.

Se oyó un gemido y un ruido en el suelo cuando Grier Childe empezó a volver en sí. Sufrió unos instantes de desconcierto, como si no entendiera por qué estaba tirada en el suelo de madera sin poder abrir la boca. Luego todo su cuerpo se convulsionó en un espasmo, mientras abría los ojos de par en par y los posaba sobre él.

—Despierta, dormilona —dijo Matthias con brusquedad, señalándola con la cabeza mientras su padre empezaba a luchar contra sus ataduras y a hacer ruidos ahogados bajo la cinta adhesiva que tenía pegada en la boca.

Matthias le puso el cañón del arma en la cabeza.

—Cállate.

No había nadie alrededor que pudiera oírlo, pero la angustia y el forcejeo estaban poniendo de los nervios a Matthias. De hecho, mientras permanecía de pie entre los dos, estaba muy lejos de ser el tío tranquilo y dueño de la situación que había sido en el pasado. Sentía muchísimo dolor. Estaba exhausto. Y tenía la sensación de que lo que estaba a punto de suceder a continuación no era algo que él hubiera decidido hacer, sino que había sido dispuesto.

Estaba totalmente fuera de control y, al mismo tiempo, absolutamente centrado.

Con los ojos de los Childe puestos en él y todos en silencio de nuevo, se apoyó contra la encimera y su renqueante cuerpo protestó por el cambio de postura.

—¿Sabes lo que me cabrea? —le dijo a Alistair—. Que salvé a la buena. — Señaló con la cabeza a Grier—. Podría haberte dejado con aquel hijo tuyo. Pero no, elegí al que no valía. Liberé a tu querido Danny de su miseria y de la tuya.

Recordó que le había sorprendido su propio proceso mental en aquel momento. Era mucho más propio de él elegir al que más le habría dolido, pero en aquella encrucijada había elegido un camino distinto.

Puede que hubiera empezado a cambiar antes de hacer que lo mataran. Quién sabía.

Y a quién le importaba.

Estaba demasiado hundido para salvarse, y su conversación con Jim al teléfono le había mostrado, en lugar de las posibilidades de redención, la realidad de su condenación. Era hora de acabar con aquello antes de despedirse con un pum.

Aunque sólo fuera por aquella vez, lo haría bien.

En aquel preciso instante, Isaac Rothe apareció en el umbral de la puerta de la cocina. Lo primero que hizo fue mirar a Grier y ni siquiera su estoico autocontrol logró ocultar el pánico que sintió.

Amaba a aquella mujer.

Pues peor para él. Pobre infeliz.

—Bienvenido a la fiesta —dijo Matthias con indiferencia, levantando el arma y apuntando hacia ella.

—No lo hagas —masculló Isaac—. Mátame a mí, no a ella.

Matthias miró fijamente los aterrorizados ojos abiertos de par en par de la mujer. Parecía que estaba diciendo algo así como: « Dios, no... » .

—Lo siento muchísimo —le dijo Matthias a Grier, con total sinceridad. No estaba seguro de qué era más cruel: matarla delante de Isaac o dejar que sobreviviera a la muerte de éste. Eso suponiendo que el amor que él sentía por ella fuera correspondido.

Era una pena que uno de ellos fuera a morir en aquel momento para que Jim Heron se viera obligado a entrar y dispararle a Matthias, equilibrando así la balanza. El soldado lo había salvado hacía dos años en contra de su voluntad y esa noche iba a hacer lo que debería haber hecho en el desierto.

—Matthias —dijo Isaac bruscamente—. Voy a dejar la pistola en el suelo.

—No te molestes —murmuró, todavía centrado en Grier—. ¿Sabe, señorita Childe? Se entregó a mí para salvarla. Dos veces. Todo es culpa suya.

—Matthias, mírame.

Pero él no lo hizo. En lugar de eso, le echó un vistazo a Alistair y eso fue lo que le hizo tomar una decisión.

Giró el arma.

Isaac estaba preparado. De hecho, no esperaba menos de él.

Ambos apretaron el gatillo al mismo tiempo.

CAPÍTULO

49



Grier gritó bajo la cinta adhesiva que le tapaba la boca cuando los disparos sonaron en la cocina y el eco hizo que le pitaran los oídos y le escocieran los ojos.

Oyó el ruido de dos cuerpos al desplomarse sobre el suelo, pero, desde el lugar en el que estaba, no pudo ver cuál de ellos estaba herido. Alguien estaba gimiendo.

Con el corazón a mil, levantó la cabeza y estiró el cuello. Matthias ya no estaba a la vista, así que debía de haberle dado. Rezó para que hubiera sido así.

¿E Isaac? ¿Y su padre?

Reptando por el suelo de madera, avanzó centímetro a centímetro alrededor de la isla de la cocina. Lo primero que vio fue a su padre sentado en la silla. Era él el que gemía mientras se peleaba con violencia con la cinta adhesiva que tenía alrededor de las manos y de los pies.

¿Dónde estaba Isaac?

Un pánico helado reemplazó cada gota de sangre de sus venas y supo la respuesta a la pregunta antes incluso de verlo tirado de espaldas dentro de la

habitación.

No se movía, tenía la pistola en la mano abierta y laxa y miraba sin ver hacia el techo.

Grier volvió a gritar, su cuerpo se contrajo y su mejilla rozó el suelo barnizado mientras toda su alma y su mente se empeñaban en negar lo evidente. Revolviéndose, se arrastró poco a poco hacia él con intención de ayudarlo, luchando para acortar distancias...

De pronto sus manos quedaron libres.

De tanto revolcarse, las había liberado de sus ataduras. Presa de una inesperada coordinación, se arrancó la cinta de la boca y se arrastró con los brazos hacia Isaac.

La bala le había dado de lleno en el corazón.

El agujero que ésta había dejado en la sudadera era minúsculo, un simple pinchazo con una mancha de hollín alrededor de los bordes. Pero había sido más que suficiente para matarlo.

—Isaac —dijo, tocando la fría cara—. Por Dios, no te vayas.

Tenía la boca entreabierta, las pupilas fijas y dilatadas y su respiración era tan superficial que casi era inexistente.

Había hecho todo aquello para salvarla: el cambio de planes, lo de entregarse. Después de todo, aquel loco malvado no tenía por qué mentir.

—Isaac, te quiero. Lo siento...

Él volvió lentamente la cabeza hacia ella, intentando enfocar la vista. Mientras parecía centrarse en su rostro, las lágrimas inundaron su gélida mirada y una de ellas se le escapó por el rabillo del ojo y le rodó por la sien para caer al suelo.

—Yo...

—Llamaré al 911 —contestó ella con rapidez.

Pero cuando se disponía a abalanzarse sobre el teléfono, Isaac le agarró el brazo con sorprendente fuerza.

—No...

—Te estás muriendo...

—No. —Con la mano libre, alcanzó la cremallera de la sudadera. Aunque los dedos le temblaban, consiguió agarrar el cierre y bajarla... para dejar a la vista el chaleco antibalas que llevaba puesto.

—Sólo... me he... quedado... sin aire... —Y, dicho aquello, respiró hondo hinchando completamente el pecho y soltó el aire de manera uniforme y sin problemas—. Se lo cogí... al soldado muerto...

Grier parpadeó. Luego le apartó las manos y le echó un vistazo al agujero, donde la bala había quedado atrapada entre el rígido tejido del chaleco antibalas.

Su cuerpo reaccionó de forma automática y una extraña e inconmensurable fuerza se apoderó de ella mientras tiraba de él para levantarlo del suelo y

estrecharlo contra su corazón.

—Eres... —Empezó a llorar intensamente mientras el pánico y el terror daban paso a un abrumador alivio—. Eres un idiota... genial.

A continuación, él la rodeó con los brazos y, contra todo pronóstico, le devolvió el abrazo.

Sin embargo, no tardó ni un segundo en separarse de ella y coger la pistola.

—Quédate aquí.

Con un gruñido, se levantó y fue arrastrando los pies hasta donde yacía el cuerpo de Matthias, para echarle un vistazo. Entretanto, Grier se desató los pies y se acercó gateando a su padre.

—¿Estás bien? —le preguntó, intentando desatarle los brazos.

Él asintió frenéticamente con la cabeza mientras miraba a Isaac en lugar de a ella, como si él tampoco pudiera creer que éste hubiera sobrevivido. En cuanto tuvo las manos libres, empezó a desatarse los tobillos.

Grier miró a su alrededor y luego, como medida de precaución por si había alguien más en la casa o por si aparecía, cogió la nueve milímetros que le habían dado cuando Jim Heron había aparecido. Eso suponiendo que realmente fuera él.

Algo le decía que quizá lo que ella y su padre habían visto no había sido en absoluto real.

* * *

Matthias sabía que era una herida mortal y se alegraba. Le habría gustado que hubiera sido la pistola de Jim Heron la que llevara a cabo la hazaña, pero la de Isaac había hecho bien el trabajo y, al fin y al cabo, Rothe también había estado involucrado en lo de su supervivencia.

Al menos había conseguido ajustar cuentas con uno de ellos. Cuando la sangre de la arteria rota de su corazón le invadió la cavidad torácica, Matthias empezó a respirar con dificultad y su presión sanguínea cayó en picado, haciendo que su cuerpo se entumeciera y se enfriara. Qué maravilla, adiós al dolor.

Bueno, no exactamente. El punzante calvario del lado izquierdo seguía acompañándolo y fue entonces, en su lecho de muerte, cuando se dio cuenta de lo que era: estaba equivocado. No estaba a punto de sufrir ningún infarto de miocardio. Aquello era —sorpresa, sorpresa— su conciencia. Y lo supo porque, cuando se puso a pensar que había matado a un hombre relativamente inocente delante de la mujer que lo amaba, el dolor se agudizó muchísimo.

Qué ironía. Aunque pareciera increíble, en las profundidades del pecado el sociópata había encontrado su alma. Demasiado tarde.

Qué coño, sin embargo todo había salido bien. Pronto estaría muerto y nada importaría. La luz blanca que había ido a buscarlo con anterioridad un par de

veces, cuando estaba en la mesa de operaciones, aquella vez se quedaría. No creía que se tratara de nada celestial. Aquella mierda era seguramente la consecuencia de algún fallo ocular, simplemente otra parte más del proceso de morirse...

Isaac apareció de pie ante él, vivito y coleando. Y bajo la sudadera abierta llevaba un chaleco antibalas.

Cuando tuvo la certeza de que estaba viendo bien, Matthias se echó a reír y el dolor del lado izquierdo se calmó repentinamente.

—Hijo de... —Un ataque de tos le impidió pronunciar el «puta» que remataba la frase.

Cuando se le pasó, notó que le salía sangre por la boca y le bajaba por la mejilla mientras el corazón le empezaba a latir con fuerza en la caja torácica como un animal revolviéndose en una jaula.

Cuando Isaac se agachó, Matthias pensó en el tatuaje de la Muerte que éste tenía en la espalda. Se preguntó si el soldado se tatuaria otra muesca en la parte inferior.

Apostaba a que sería la última.

—Tengo que dejarte morir. Lo sabes, ¿verdad? —dijo Isaac en un susurro, sacudiendo la cabeza.

Matthias asintió.

—Gra... cias...

Levantó una mano helada e, instantes después, la notó envuelta en algo cálido y sólido. La de Isaac.

Era extraño cómo acababan las cosas. En el desierto, Jim se las había arreglado para salvarlo, pero allí, en aquel momento, en aquella cocina, Isaac le estaba proporcionando lo que siempre había querido.

Antes de que Matthias cerrara los ojos por última vez, miró a Alistair Childe. Su hija lo había soltado y estaba abrazándola, protegiéndola, con la cabeza inclinada al lado de la suya. Como si se hubiera sentido observado, levantó la vista.

La expresión de alivio en su rostro era colosal, como si supiera que Matthias se estaba muriendo y nunca más volvería. Y que, aunque aquello no resucitara al hijo que había perdido, protegería su futuro y el de su hija para siempre.

Matthias asintió mirando hacia él y luego cerró los ojos preparándose para el gran vacío que se aproximaba. Dios, estaba ansioso. Su vida no había sido un regalo ni para él ni para la humanidad, y estaba deseando dejar de existir.

Mientras estaba con un pie aquí y otro allá, ni realmente vivo ni suficientemente muerto, pensó en Alistair la noche en que su hijo había muerto.

—Danny... hijo mío... Danny... mi niño...

Matthias frunció el ceño y se dio cuenta de que no sólo había pronunciado aquellas palabras mentalmente, sino que las había dicho en voz alta.

Eran las mismas que había mencionado justo antes de poner el pie sobre el detonador de aquella bomba.

Entonces la luz blanca se cernió sobre él, producto de su adormilamiento. O puede que hubiera atravesado la sensación como si aquel sentimiento fuera una puerta. Tras su llegada, una inmensa calma invadió su mente, su cuerpo y su alma como si le hubieran perdonado todos los pecados que había imaginado o cometido durante su estancia en la Tierra.

Aquella luz era algo más que una mera ilusión óptica. Era lo único que veía, lo único que sentía y lo único que era.

El cielo existía en realidad.

Y aquella maravillosa nada, aquella bendita...

Por el rabillo del ojo, vio que una niebla gris empezaba a formarse. Al principio era algo sin importancia, pero luego se expandió y se oscureció, dando lugar a una negrura que empezó a devorar la luz.

Matthias luchó contra la invasión porque su instinto le decía que aquello no era lo que quería, pero fue inútil.

La niebla se convirtió en alquitrán que lo cubrió y lo reclamó, empujándolo hacia abajo a una espiral cada vez más estrecha, hasta que lo arrastró a un mar de gente.

Se retorció en medio de aquella asfixiante y envolvente marea, mientras iba chocando contra cuerpos que se retorcían.

Atrapado en un infinito negro y aceitoso, empezó a gritar como el resto.

Pero nadie acudió. Nadie se molestó. Nada sucedió.

Su eternidad finalmente lo había reclamado y nunca lo dejaría marchar.

CAPÍTULO

50



—**E**stá muerto.

Mientras Isaac pronunciaba aquellas palabras, se levantó y respiró hondo. Al otro lado de la sala, Grier y su padre estaban fundidos en un abrazo y se dio un momento para disfrutar del espectáculo de verlos a los dos vivos, sanos y juntos.

Gracias Dios, pensó, a pesar de no ser un hombre religioso.

Gracias, Dios todopoderoso.

—Quedaos aquí —les dijo antes de ir a cerrar con llave la puerta de atrás.

Le llevó diez minutos revisar toda la casa para comprobar que todo estuviera bien cerrado. Lo último que hizo fue volver a cerciorarse de que los pestillos de la puerta delantera estaban echados como era debido.

Isaac frunció el ceño mientras contemplaba el prado a través de una de las ventanas. Allá fuera había un perrito de patas achaparradas que lo observaba con la cabeza ladeada. Qué monada. No le vendría mal un corte de pelo, pero aquello pasaba en las mejores familias perrunas.

Isaac entreabrió la puerta y le gritó.

—¿Vives aquí?

El perro inclinó la cabeza hacia el otro lado, e Isaac inspeccionó el jardín delantero rezando para que Jim Heron saliera de entre los árboles en cualquier momento.

Pero el perro continuó allí, solo.

—¿Quieres entrar? —le dijo al animal.

El bicho pareció sonreír, como si le agradeciera tan amable invitación. Pero acto seguido dio media vuelta y se alejó trotando, inclinándose ligeramente hacia la derecha debido a una pequeña cojera.

En un abrir y cerrar de ojos, desapareció.

«Para variar», pensó Isaac mientras volvía a cerrar la puerta.

Tan pronto como entró en la cocina, Grier se separó de su padre y echó a correr hacia él, chocando con fuerza contra su cuerpo y rodeándolo con los brazos con gran vitalidad. Y, con un suspiro de gratitud, él la estrechó contra su cuerpo, acunando su cabeza en su pecho y sintiendo los latidos de su corazón contra el suyo.

—Te quiero —confesó Grier contra el chaleco antibalas—. Lo siento. Te quiero.

Joder, así que no había oído mal cuando estaba tirado en el suelo.

—Yo también te quiero. —Y, levantándole la cara, la besó—. Aunque no te merezco.

—Cállate.

Entonces fue ella la que lo besó y él se lo permitió encantado, aunque no por mucho tiempo. Al cabo de unos instantes demasiado breves, se alejó de ella.

—Escucha, quiero que tu padre y tú hagáis algo por mí.

—Lo que quieras.

Isaac miró el reloj: las nueve cincuenta y nueve.

—Volved a la ciudad, a algún sitio público. A uno de esos clubes privados a los que vais, o algo así. Quiero que esta noche os vean juntos a los dos. Decidle a la gente que habéis ido a cenar o a ver una película. Un plan entre padre e hija.

Grier volvió la vista hacia el cuerpo de Matthias.

—Yo puedo ayudarte —dijo su padre.

—Los dos podemos ayudarte —corrigió Grier.

Isaac retrocedió y negó con la cabeza.

—Yo me ocuparé de los cuerpos. Es mejor que ninguno de vosotros sepa dónde acaban. Ya me las apañaré, pero tenéis que ir os ahora mismo.

Los Childe lo miraron con ánimo de discutir, pero no había más que hablar.

—Pensadlo bien: todo ha acabado. Matthias está muerto y el segundo de a bordo también. Sin ellos, Operaciones Especiales volverá a ser lo que debería y será dirigido por la gente adecuada. Tú estás fuera —dijo, señalando a Childe con la cabeza— y yo también. Después de esto, borrón y cuenta nueva. Pero

hagamos las cosas como Dios manda una última vez.

El padre de Grier profirió un juramento, algo que Isaac dudaba que hiciera muy a menudo.

—Tienes razón. Iré a cambiarme —añadió finalmente.

Mientras su padre desaparecía, Grier miró a Isaac y cruzó lentamente los brazos. Su mirada se volvió cada vez más seria.

—¿Esto es una despedida? ¿Esta noche? ¿Aquí y ahora?

Isaac fue hacia ella y le estrechó la cara entre las manos, sintiendo con claridad meridiana la realidad de la que él no podía escapar y con la que ella no sería capaz de vivir.

Con gran dolor de corazón, que nada tenía que ver con la bala, pronunció una única y devastadora palabra.

—Sí.

Al ver que Grier flaqueaba y cerraba los ojos con fuerza, no le quedó más remedio que decirle la verdad.

—Es mejor así. No soy tu tipo. Aunque no tenga que volver a preocuparme nunca más por Operaciones Especiales, no soy lo que tú necesitas.

Ella abrió los párpados de repente, y se le quedó mirando.

—¿Cuántos años tengo? —le preguntó—. Venga, ¿cuántos? Dímelo.

—Pues... Treinta y dos.

—¿Y sabes lo que eso significa legalmente? Que puedo beber, fumar, votar, servir en el maldito ejército y tomar mis propias decisiones. Así que te agradecería que me dejaras elegir lo que me conviene y lo que no.

Vale. Aquél no era el momento de excitarse. Y lo cierto era que no creía que ella hubiera pensado en lo que implicaba estar con un hombre con un pasado como el suyo.

Dio un paso atrás.

—Ve con tu padre. Déjame limpiar esto y lo de la ciudad.

Grier le sostuvo la mirada.

—No me rompas el corazón, Isaac Rothe. No te atrevas a romperme el corazón cuando sabes perfectamente que no tienes por qué hacerlo.

Y dicho aquello, lo besó y salió caminando a grandes zancadas de la cocina. Mientras observaba cómo se alejaba, Isaac se sintió entre la espada y la pared: o quedarse con ella e intentar que aquello funcionara, o dejar que siguiera adelante con su vida.

Arriba, los oyó a ella y a su padre dando vueltas mientras se arreglaban para salir y fingir que no habían visto dos cadáveres en sus casas y que no estaban rezando para que un soldado al que nunca deberían haber conocido hiciera desaparecer los cuerpos.

Por el amor de Dios, ¿y todavía se planteaba formar parte de su vida?

Apenas veinte minutos después, Isaac se quedó solo después de que padre e

hija salieran apresuradamente en el Mercedes de Childe hacia la ciudad.

Antes de que se fueran, Isaac le estrechó la mano al padre de Grier, pero a ella ni siquiera le tendió la mano. Temía no poder resistirse a besarla una última vez: con aquel vestido negro, el pelo recogido y maquillada, tenía el mismo aspecto que la primera vez que la había visto, el de una hermosa, educada y privilegiada mujer con los ojos más inteligentes que jamás había tenido el honor de observar.

—Cuidate —le dijo con voz ronca—. Os llamaré para indicaros cuándo podéis volver.

Ni una lágrima, ni un pero por parte de ella. Asintió una sola vez, dio media vuelta y se dirigió hacia el coche de su padre.

Mientras la pareja se alejaba, fue hacia la puerta principal y siguió las luces traseras del coche.

Tuvo que secarse los ojos. Dos veces.

Y, cuando aquellos faros rojos desaparecieron, se sintió como si lo hubieran abandonado. Aunque menuda patraña, no podías sentirte abandonado si eras tú el que te ibas. ¿No?

Sintió la necesidad de establecer algún tipo de contacto, de sentir algún tipo de esperanza, y volvió a mirar hacia los árboles que había al fondo del ondulado césped. Ni rastro de Jim ni de sus chicos. Y tampoco de aquel perro.

Aun así, juraría que estaba siendo observado.

—¿Jim? ¿Estás ahí, Jim?

Nadie respondió ni salió de entre el follaje.

—¿Jim?

Mientras volvía a entrar, tuvo la extraña sensación de que nunca más iba a volver a ver a Heron. Lo que resultaba raro, teniendo en cuenta lo entusiasmado que estaba Jim con el tema de salvarlo.

Aunque, por otro lado, el cuerpo de Matthias se estaba poniendo rígido en el suelo de la cocina, lo que significaba que Isaac ya estaba a salvo y que su propósito se había cumplido, ¿no?

De todos modos, por si acaso, no se quitaría el chaleco antibalas hasta el amanecer.

No había ninguna razón para dar por hecho que seguiría con vida.

CAPÍTULO

51



—¿Jim? ¿Estás ahí, Jim?

Mientras los ojos del hijoputa de Isaac examinaban con atención los árboles, Jim estaba a menos de medio metro de él con ganas de abrazarlo. Dios santo, cuando oyó aquellos dos disparos y, al mirar por la ventana, vio que Matthias y Rothe se desplomaban, había perdido varios años de su vida eterna.

Pero Isaac estaba bien. Se había salvado a sí mismo gracias a su claro pensamiento defensivo. Exactamente como le habían enseñado a hacer.

—¿Jim?

Y ahora, mientras contemplaba a su compañero soldado, lo invadía la más pura euforia. Había ganado. Otra vez.

«Jódete, Devina —pensó—. Jódete».

Isaac estaba vivo, al igual que Grier y su padre. Y, a pesar de haber elegido al alma equivocada en un principio, las cosas habían acabado bien. Aunque al final lo que Nigel había dicho del castigo no había servido de nada.

Jim echó un vistazo por encima del hombro para ver a Adrian y a Eddie y le sorprendió ver que no eran todo sonrisas.

—¿Qué pasa?

No le dio tiempo a acabar la frase. Un furioso remolino se creó a sus pies, envolviéndolo y levantándolo para hacerse con sus piernas, sus caderas y su pecho. Intentó luchar contra él, pero no pudo huir de...

Sus moléculas se enmarañaron y se dispersaron hasta que se convirtió en un enjambre en sí mismo que abandonaba las dimensiones del tiempo y el espacio para viajar a un destino desconocido.

Cuando se materializó, tuvo claro dónde estaba y nada más ver la mesa de trabajo de Devina se le revolvió las tripas.

No había ganado. ¿Verdad?

—No —dijo ella a sus espaldas.

Jim giró sobre sus talones y vio cómo atravesaba el umbral de la puerta. Había adoptado su forma de morena, encantadora lujuriosa y falsa como una versión Barbie de sí misma.

Sonrió y sus labios se curvaron sobre sus preciosos dientes blancos.

—Matthias le disparó a Isaac con la intención de matarlo. Que haya habido o no una muerte de por medio, no interesa. El caso es que hay una *mens rea*: voluntad intencional.

Sobre su cabeza, una bandera negra pendía de la negra pared: el primero de sus trofeos.

—Has perdido, Jim. —Aquella sonrisa se hizo incluso más amplia mientras ella levantaba los brazos y señalaba su enorme y viscosa prisión que se elevaba hasta el infinito sobre ambos—. Ahora él está aquí y es mío para siempre.

Jim apretó los puños.

—Has hecho trampa.

—¿Ah, sí?

—Fingiste ser yo, ¿verdad? Así fue como Matthias debió de entrar en la casa de campo. O hiciste que él pareciera yo o fuiste tú quien adoptó mi apariencia.

Su petulante satisfacción fue la única confirmación que necesitaba.

—Vaya, vaya Jim... Yo nunca hago trampa, así que no sé a qué te refieres. —Devina se acercó tranquilamente a él, aproximándose con un sensual contoneo —. Dime, ¿te importaría quedarte un momento? Se me ocurren un par de ideas para pasar el rato.

Cuando estuvo justo delante de él, le pasó las uñas rojas por el pecho y se inclinó hacia él.

—Me encanta estar contigo, Jim.

Él le agarró la muñeca con violencia y se la apretó lo suficientemente fuerte como para rompérsela.

—Debes de ser masoquista. Por si no lo recuerdas, te jodí el último paseo por el parque.

La muy zorra tuvo el valor de hacer un mohín.

—Me estás haciendo daño.

Ni se le pasó por la cabeza crearla.

—Y tú dirás o harás algo.

Ella volvió a sonreír.

—Tienes toda la razón, Jim, mi amor. Toda la razón.

La soltó como si quemara y el estómago se le hizo un nudo cuando reconoció aquel brillo en su mirada.

—Está bien, Jim —murmuró—. Siento algo por ti. Y eso te asusta, ¿verdad? ¿Temes corresponderme?

—Ni de coña.

—Vaya, tendremos que trabajar eso.

Antes de que pudiera detenerla, se elevó y se adueñó de su boca. Lo besó con rapidez y le mordió el labio inferior con tal fuerza que le hizo sangre.

Luego dio un rápido paso atrás, como si supiera que estaba tentando a la suerte.

—Me despido de ti por ahora, Jim. Pero nos volveremos a ver pronto. Te lo prometo.

Asqueado, él se limpió la boca con el dorso de la mano y escupió en el suelo. Ya estaba a punto de abalanzarse sobre ella, cuando frunció el ceño y recordó lo que Nigel le había dicho en el prado: « Que sepas que llegarás más lejos en este juego si te guías por el cerebro y no por la ira ». Ahora era Jim el que esbozaba una sonrisa forzada. Había cosas peores que el hecho de que tu enemiga estuviera enamorada de ti: con lo fuerte que era, con lo impredecibles y peligrosos que eran sus poderes, la mirada que tenía en aquel momento, aquel aspecto ardiente y fuera de control, era un arma de destrucción masiva.

Reprimiendo sus propios sentimientos, bajó una mano y se agarró la polla.

La reacción de Devina fue instantánea y eléctrica. Su tórrida mirada fue directa a las caderas de él, entreabrió la boca como si no pudiera tomar suficiente aire y sus pechos asomaron sobre el corpiño de su vestido.

—¿Quieres esto? —le preguntó Jim con aspereza.

Ella asintió como una marioneta.

—No es suficiente —le dijo, odiándola y odiándose a sí mismo—. Dilo, zorra. Dilo.

—Te deseo —susurró ella con voz ronca y ansiosa.

Jim soltó la mano, sintiéndose asqueroso por dentro y por fuera. Pero la guerra no era algo agradable, ¿no? Aunque estuvieras del lado de la bondad y la moralidad.

Un medio para un fin, pensó. Su cuerpo y la necesidad de ella eran medios para conseguir un fin, y si no le quedaba más remedio, se valdría de ellos.

—Bien —gruñó—. Eso está mejor.

Acto seguido, hizo que su cuerpo se elevara del suelo, pero esa vez fue él

mismo quien invocó al remolino de energía.

Mientras levitaba cada vez más alto, Devina estiró la mano hacia él y su rostro se contorsionó en una especie de gesto de doloroso deseo que la consumía.

Jim dejó de mirar hacia ella y empezó a escudriñar las paredes de la mazmorra, buscando a la chica que odiaba tener que dejar atrás una vez más, además de al jefe que había intentado salvar sin éxito.

Volvería a por la primera. En cuanto al último... Mucho se temía que el destino de Matthias era quedarse allí toda la eternidad. Se había ganado a pulso el sufrimiento perpetuo.

A pesar de todo, Jim lamentaba la pérdida de aquel hombre. Le habría gustado lograr que se redimiera.

Jim recobró la consciencia en el césped del capitán Alistair Childe. Recordó su primera misión y llegó a la conclusión de que se le daban de maravilla las idas y venidas sobre la hierba.

Adrian y Eddie estaban cada uno a un lado de él, ambos con cara grave y seria.

—Hemos perdido —dijo Jim. Como si no lo supieran ya.

Adrian le tendió la mano y, cuando Jim estiró la suya, le ayudó a ponerse en pie.

—Hemos perdido —murmuró Jim de nuevo.

Volvió la vista atrás y se le pasó por la cabeza ir a la casa de campo para ayudar a Isaac a deshacerse de los restos de Matthias, pero decidió no hacer nada. Al soldado ya le iba a costar lo suficiente encontrarles sentido a todas las cosas inexplicables que había vivido y tener más contacto con Jim no haría más que darle otra razón para comerse la cabeza.

—A Caldwell —le dijo Jim a sus chicos—. Volvemos a Caldwell.

—Muy bien —murmuró Eddie, como si no le sorprendiera en absoluto.

Jim no pensaba molestarse en averiguar quién sería el siguiente en entrar en el juego. Si algo había aprendido de esa misión en concreto, era que serían las almas las que lo encontrarían a él. Así que podía dedicarse sin problemas a seguir los dictados de su corazón, que le decía que ya iba siendo hora de que la familia Barten recuperara el cuerpo de su hija para enterrarlo como era debido.

Y Jim era el ángel que haría que eso ocurriera.

Mientras desplegaba sus inmensas y luminiscentes alas, echó un último vistazo a través de las ventanas de la cocina. Isaac Rothe trabajaba con inexorable determinación, haciéndose cargo de la situación con la eficiencia y la energía que le caracterizaban.

Le iría bien, suponiendo que fuera lo suficientemente inteligente como para quedarse con la abogada. Por el amor de Dios, habría que ser tonto para dejar escapar un amor como aquel.

Jim se adentró en el cielo nocturno como si hubiera nacido para ello y sus

alas lo elevaron en el gélido aire con el viento golpeándole en la cara y jugueteando con sus cabellos, mientras los otros dos miembros del equipo lo seguían.

En la próxima batalla iba a tener que ser rápido como un rayo. Y pensaba sacarle el máximo provecho a su nueva arma contra Devina.

Aunque aquello lo matara.

CAPÍTULO

52



Una semana después

Mientras Grier se quitaba la ropa en el vestidor, colgó el traje negro junto con el resto y no pudo evitar recordar cómo estaban colocadas antes las cosas. Los trajes, que solían estar a la izquierda de la puerta, ahora estaban enfrente de ella.

Sólo con la blusa de seda y las medias puestas, se paseó en silencio acariciando la ropa y preguntándose qué prendas había vuelto a colgar ella aquella tarde y cuáles había ordenado Isaac después de que se marchara.

Cerró los ojos con ganas de llorar, pero no tuvo fuerzas suficientes.

No había vuelto a saber nada de él desde que les había dado luz verde aquella noche, hacía ya una semana. Lo cual, por cierto, había sido por medio de un mensaje y no en persona ni por teléfono. Desde entonces ni una llamada, ni un correo electrónico, ni una visita.

Era como si nunca hubiera existido.

Había desaparecido sin dejar rastro. Cuando Grier volvió a casa, la tarjeta de visita que Matthias le había dado, así como los jirones de tela de la camiseta de

Isaac y el archivero lleno de expedientes habían desaparecido junto con ambos cadáveres y los dos coches que estaban en Lincoln.

Como una tonta, se había puesto a buscar alguna nota, como había hecho la primera vez que él se había «ido», pero no había encontrado ninguna. A veces, en plena noche, cuando no podía dormir, volvía a buscar de nuevo en la mesilla de noche, en la encimera de la cocina e incluso allí, en el vestidor.

Pero nada.

Parecía que el único rastro que había dejado era aquel armario ordenado. Lo cual no era algo que pudiera guardar en su diario y sacar de vez en cuando en los momentos de melancolía.

Durante aquellos siete días, el trabajo había sido su tabla de salvación, obligándola a levantarse por las mañanas cuando lo único que quería era taparse la cabeza con las mantas y quedarse en la cama todo el día. Cada mañana se había levantado, se había vestido, se había tomado su café y se había quedado atascada en el tráfico en el corto trayecto que tenía que recorrer hasta el distrito financiero, donde estaba su oficina.

Su padre se había portado fenomenal. Habían cenado juntos absolutamente todas las noches, como solían hacer antes.

Lo único que se podía parecer a una luz al final del oscuro túnel en el que se encontraba —y que era más del tipo cerilla que del tipo hoguera— era el plan de las vacaciones, con el que seguía adelante. La semana próxima se subiría a un avión para irse a...

Un cosquilleo en la nuca interrumpió su rollo autocompasivo y Grier se quedó paralizada.

—¿Daniel?

Al no obtener respuesta alguna, profirió un juramento. Además de haber estado buscando la nota inexistente de Isaac, también había estado esperando ver al fantasma de su hermano, pero era como si los dos la hubieran dejado plantada a la vez sin decir ni adiós.

Se dio la vuelta y...

—¡Daniel! —Se llevó la mano al pecho—. ¡Cielo santo! ¿Dónde demonios te habías metido?

Por primera vez, su hermano no iba vestido de Ralph Lauren. Llevaba una larga túnica blanca, como si estuviera a punto de graduarse en la universidad, o algo así.

Su sonrisa era cálida, pero triste.

Hola, hermanita.

—Creía que me habías dejado. —Estaba a punto de echar a correr hacia él para abrazarlo, cuando se dio cuenta de que era imposible. Como siempre, no era más que aire—. ¿Por qué no has...?

He venido a decirte adiós.

—Vaya. —Grier cerró los ojos involuntariamente y respiró hondo—. Spongo que, en cierto modo, me lo esperaba.

Cuando volvió a levantar los párpados, él estaba justo delante de ella, y lo único que se le pasó por la cabeza fue que tenía un aspecto realmente saludable. Tan relajado. Tan... curiosamente sabio.

Ya estás lista, le dijo él. Estás lista para seguir adelante.

—¿Ah, sí? —Ella no estaba tan segura. La idea de no volver a verlo le hizo sentir pánico.

Sí, lo estás. Además, esto no es nada permanente. Volverás a verme. Y a mamá también. No será hasta dentro de mucho tiempo, pero ahora tienes algo por lo que vivir.

—Yo sola, claro. Sin ofender, pero llevo haciéndolo treinta años y es un poco insustancial.

Él esbozó una amplia sonrisa y su brillante mano se posó sobre el vientre de Grier.

No exactamente.

Ella bajó la vista para mirarse y se preguntó de qué demonios estaba hablando.

Te quiero, le dijo su hermano. Y todo te irá bien. También quería decirte que creo que estaba equivocado.

—¿Sobre qué?

Cree que estaba atrapado entre medias porque tú no me dejabas irme. Pero no era así. Yo era el que no te dejaba marchar. Sin embargo, ahora te dejo en muy buenas manos y todo saldrá bien.

—Daniel, ¿de qué estás hablando?

Le diré a mamá que la quieres. Y no te preocupes, sé que también me quieres a mí. Saluda a papá de mi parte si puedes. Dile que estoy bien y que hace mucho que lo he perdonado. Su hermano levantó una fantasmal mano. Adiós, Grier. Por cierto, «Daniel» sería genial. Si es niño, claro.

Grier retrocedió mientras su hermano se esfumaba.

Cuando él hubo desaparecido, se quedó allí plantada, con la boca abierta, preguntándose qué diablos...

Sus pies empezaron a moverse sin que ella se lo ordenara y, una décima de segundo después, estaba en el baño. Abrió de golpe el cajón donde guardaba el maquillaje y...

Las píldoras anticonceptivas.

Con mano temblorosa, cogió el blister cuadrado y empezó a contar.

Aunque lo cierto es que se acordaba perfectamente de lo que se había olvidado de tomar.

La última píldora que había ingerido había sido la noche antes de que Isaac

entrara en su vida. Y habían practicado sexo dos veces, o puede que dos veces y media, sin protección.

Grier salió a trompicones del baño y se dio cuenta de inmediato de que no tenía adonde ir. Se dejó caer a los pies de la cama y se quedó allí sentada, en la penumbra, mirando fijamente la caja mientras fuera empezaba a llover.

¿Embarazada? ¿Sería posible que estuviera embarazada? ¿Ella?

El golpe fue tan suave que al principio pensó había sido uno de los latidos de su corazón, pero, cuando volvió a oírlo, miró hacia la puerta de cristalera que daba a la terraza.

Vio una silueta enorme al otro lado del cristal y, por una décima de segundo, a punto estuvo de lanzarse a por el mando del sistema de seguridad. Pero luego vio que aquel hombre no llevaba una pistola en la mano, sino otra cosa.

Una rosa.

O al menos eso era lo que parecía: una única rosa.

—Isaac —dijo casi gritando.

Se levantó de un salto, fue corriendo hacia la puerta y la abrió de un tirón.

Su soldado desaparecido en combate estaba allí de pie, bajo la llovizna, mojóndose el pelo y con una camiseta blanca de tirantes que le dejaba los hombros al descubierto para dejar vía libre a las gotitas.

—Hola —dijo él en voz baja, como si no supiera cómo lo iban a recibir.

Grier se escondió las píldoras anticonceptivas detrás de la espalda.

—Hola.

Su mente bullía con una actividad febril mientras se preguntaba si habría ido a informarla de que había habido algún problema con la limpieza o si estaba allí para advertirle que alguien más iba a por ellos. Aunque, de ser así, ¿por qué le iba a llevar una...?

—No es nada malo —dijo él, como si ella lo hubiera dicho en voz alta—. Sólo he venido a darte esto. —Levantó la rosa blanca con torpeza—. Es... algo que suelen hacer los hombres. Cuando... pues...

Mientras la voz parecía abandonarle, Grier observó los pétalos perfectos de la flor. La olió, percibió el aroma... y se dio cuenta de que le estaba haciendo quedarse allí fuera, bajo la lluvia.

—Dios bendito, ¿dónde están mis modales? Entra —le pidió—. Te estás mojando.

Grier dio un paso atrás y él vaciló. Acto seguido, sujetó la rosa entre los dientes y se agachó para desatarse los cordones de las botas militares.

Grier se echó a reír.

No tenía ningún sentido, pero no pudo evitarlo. No fue capaz de contenerse. Rió hasta verse obligada a retroceder y volver a sentarse sobre el colchón. Era una risa de alegría, de confusión y de esperanza. Se reía por todo, desde por la rosa hasta por la idoneidad del momento, pasando por el hecho de que Isaac se

comportara como un perfecto caballero hasta el punto de no querer dejar huellas en la alfombra de su habitación.

Su hermano tenía razón.

Todo saldría bien.

Su soldado había vuelto a casa definitivamente y todo iba a salir a las mil maravillas.

* * *

Isaac entró en la habitación de Grier en calcetines y se aseguró de cerrar la puerta tras él. Se quitó la rosa de entre los dientes, se atusó el cabello y dejó a un lado la idea de que le habría gustado aparecer allí en esmoquin, o algo así.

Aunque él no era muy de esmoquin.

Se acercó a su chica y se arrodilló delante de ella mientras la veía reírse. Él también esbozó una pequeña sonrisa. O Grier había perdido la maldita cabeza o se alegraba de verlo. Deseó con todas sus fuerzas que se tratara de la segunda razón, aunque no le importaría que fuera la primera, siempre y cuando le dejara quedarse.

Santo Dios, estaba guapísima. Vestida sólo con una camisa de seda negra y un par de medias, era la cosa más bonita que había visto nunca.

Cuando ella se secó los ojos, Isaac se dio cuenta de que tenía algo en la mano, y no era ninguna estúpida flor. Era una plaquita de aluminio llena de... ¿pastillas?

Obviamente, Grier se dio cuenta de que se había fijado en ella, porque dejó de reír e intentó esconderla detrás de ella.

—Un momento —dijo él—. ¿Qué es eso?

Ella respiró hondo, como si se estuviera armando de valor.

—¿Por qué has vuelto?

—¿Qué pasa con las pastillas?

—Tú primero. —Grier le dirigió una mirada mortalmente seria—. Tú primero.

Isaac se sentía como un imbécil. Claro que, aunque en el amor y en la guerra todo valía, en aquella mezcla no había sitio para el orgullo de un hombre, ¿no?

—He vuelto para quedarme, si me dejas. Esta semana he estado ocupándome de algunos asuntos. —No había razón alguna para dar más detalles y se sintió aliviado al ver que ella no se los pedía—. Y necesitaba pensar. Quiero vivir una vida normal. Como tú dijiste, no se puede cambiar el pasado, pero se puede hacer algo con el futuro. El tiempo durante el que he formado parte de Operaciones Especiales... Tendré que soportar esa carga durante el resto de mi vida, pero, aunque sé que esto no va a sonar muy bien, soy un asesino con la conciencia tranquila. No sé si me explico...

La cuestión era que la nota en su expediente que decía que necesitaba

imperativos morales no era simple escaparate, y que era la única razón por la que podría vivir sin enviarse a sí mismo a la cárcel o a la silla eléctrica.

Isaac se aclaró la garganta.

—Quiero presentarme al juicio por lo de los combates en la jaula. Tal vez si colaboro podría solicitar la libertad, o algo así. Y luego quiero buscar trabajo. Puede que de guardia de seguridad o...

En realidad, tenía intención de unirse al equipo de Jim Heron, aunque era posible que, tras la muerte de Matthias, aquellos tres se hubieran ido cada uno por su lado. De todos modos, eso nunca lo sabría. Si Jim no había ido a verle todavía, nunca lo haría.

—Creo que estoy embarazada.

Isaac se quedó petrificado. Luego parpadeó.

Vaya. Los oídos le pitaban como si alguien le acabara de dar un golpe en la nuca con un tablón de madera.

Lo cual explicaría no sólo el ruido, sino también la repentina sensación de mareo.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Ella levantó las pastillas.

—Me olvidé de tomarlas. Con todo el jaleo, me olvidé.

Isaac esperó a ver si la sensación de mareo regresaba, pero en lugar de ésta, lo que llegó fue una sensación de asombro.

Pero sus consecuencias no duraron mucho, sin embargo. Una abrumadora alegría hizo desaparecer el temblor y, antes de que se diera cuenta, se había abalanzado sobre Grier tirándola sobre el colchón en un abrazo cuerpo a cuerpo. De pronto, le entró el pánico.

—Dios mío, ¿te he hecho daño?

—No —dijo ella, sonriendo y besándolo—. No, estoy bien.

—¿Estás segura?

Grier tenía una mirada extraña y ausente.

—Segurísima. ¿Si es niño podemos llamarle Daniel?

—Podemos llamarle como quieras: Daniel, Fred, Susie me costaría un poco más, pero lo superaría.

Después de aquello se acabó la charla. Estaban demasiado ocupados desnudándose el uno al otro. Ya se habían quitado la ropa, cuando...

—Joder... —gruñó Isaac al entrar dentro de ella y sentir cómo su interior la envolvía, mientras disfrutaba de aquella cálida y húmeda presión—. Perdona por el taco, se me ha escapado.

Aquellos movimientos, aquellos soberbios movimientos.

Aquel glorioso futuro.

Por fin era libre. Y, gracias a ella, estaba al resguardo de la lluvia, literalmente.

—Te quiero, Isaac —susurró Grier con la boca sobre su cuello—. Pero dame más... Necesito más...

—Lo que usted diga, señora —gruñó él—. Sus deseos son órdenes.

Y se dispuso a darle todo lo que tenía. Todo lo que era y lo que siempre sería.

AGRADECIMIENTOS



A Kara Welsh, por todo.

Mi gratitud a Leslie Gelbman, Claire Zion y a toda la gente de NAL, por ser tan increíbles.

Gracias también a Steve Axelrod, la voz de la razón.

Mi enorme reconocimiento y agradecimiento al Equipo Waud: D, LeElla y Nath, sin los cuales nada de esto sería posible. ¿Qué haría yo sin vosotros? Aprovecho para decirle a Jac (y a su Gabe) que mi cocina es su cocina. Lo digo en serio, no hace falta que os lo vuelva a repetir.

Gracias a Ann, Lu y Opal —los domadores de líneas más impresionantes que he visto en la vida— y a Ken —¿ves cómo se me puede amaestrar?—: puedes devolver el pegamento Gorilla. También a Cheryle, de quien acepto gustosa órdenes porque no soy tonta.

Un abrazo enorme a todos los moderadores de los foros. Os agradezco muchísimo todo lo que hacéis por pura generosidad.

Mi inmensa gratitud a mi C.P., Jessica Andersen, que me ha apoyado incondicionalmente y ha sido extremadamente encantadora y realmente divertida durante todos estos años. Aún me hubiera gustado estar entre tus cinco primeras (suspiro).

Por supuesto, gracias a mamá Sue (Grafton).

Y, como siempre, con todo mi amor a mi madre, a mi marido, a mi familia,
y a la mejor mitad de WriterDog.



J. R. WARD, seudónimo de JESSICA ROWLEY PELL BIRD, nació en 1969 en Massachusetts, EE.UU., es la hija de W. Gillette Bird, Jr. y Maxine F. Bird. Empezó a escribir cuando era niña, escribiendo sus pensamientos en sus viejos diarios, así como la invención de historias cortas. El verano antes de ir a la universidad, escribió su primer libro, una novela romántica. Después de eso, ella escribió con regularidad, pero para sí misma. Bird, asistió al Smith College donde se especializó en historia del arte, concentrándose en la época medieval. A continuación, se licenció en Derecho en la Escuela de Leyes de Albany y trabajó en la administración de la salud durante muchos años, incluyendo el Jefe de Estado Mayor en el Beth Israel Deaconess Medical Center en Boston, Massachusetts.

En 2001, Bird se casó con John Neville Blakemore III. Su nuevo esposo la animó a tratar de conseguir un agente en el mercado para sus manuscritos. Ella encontró a un agente, y en 2002 su primera novela, un romance contemporáneo llamado *Salto del Corazón*, fue publicada. Varios años después, Bird inventó un mundo poblado por vampiros y comenzó a escribir un solo título de las novelas de romance paranormal en el marco del seudónimo de J. R. Ward. Estas novelas son una serie, conocida como *la Hermandad de la Daga Negra*.

A Bird, le gusta escribir novelas de la serie que incorporan los personajes de sus libros anteriores. Compara el proceso de creación a una serie de « reuniones con amigos a través de otros amigos ». Sus héroes son a menudo los machos alfa, « el

más duro, el *cockier*, el más arrogante, el mejor» , mientras que las heroínas son inteligentes y fuertes.

Romance Writers of America, otorgó el *Premio Rita* al Mejor Corto Contemporáneo Romance en 2007 por su novela, *El primero*.

NOTAS

[1] Líder ofensivo en los equipos de fútbol americano. *(Todas las notas son de la traductora)*. <<

[2] Presidente de la Ultimate Fighting Championship, asociación promotora de combates de artes marciales mixtas de Estados Unidos. (*N. de la T*) <<

[3] Presentadora estadounidense del programa *La rueda de la fortuna*. (N. de la T) <<

[4] Grupo de ocho universidades del noroeste de Estados Unidos que destacan por su alto nivel académico y su carácter elitista. (*N. de la T.*) <<

[5] En castellano en el texto original. (*N. de la T*) <<